LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

28 ENERO 1942

En este número:

LA CASA DE VAPOR
novela larga de JULIO VERNE

LAS JOYAS ROBADAS
cuento policial, por LEONIDAS BARLETTA

EL PERITO
relato famoso, por PAUL BOURGET

VALERY DESPIDE A BERGSON BAJO LA CUPULA
crónica de EDUARDO MALLEA

LA MAZORQUERA DE MONSERRAT
cuento histórico, de HECTOR P. BLOMBERG

AUSTEN CHAMBERLAIN, EL DIPLOMATICO
un nuevo artículo de LEANDRO PITA ROMERO

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES
estampa porteña, por FERNANDEZ MORENO

EL RUNAUTURUNCU
narración folklórica, por RICARDO ROJAS

y otros muchos cuentos, reportajes, secciones, etc.

En "LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS": BLANCA PODESTA



LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.° 97.126

ESMERALDA 116
U. T. 34 - 4067
Buenos Aires

AÑO IX - N.° 184
28 ENERO 1942



Sumario

Ilustraciones de: **Valencia, Gubellini, Fairhurst, Mariano Alfonso, Cosentino y Lisa.** Fotografías de: **Castellano, Conesa, Podestá, Romero, Borelli, etc.** Chistes e historietas de diversos autores.

EN EL PROXIMO NUMERO:

EL CRIMEN DEL RUBI CAMDEN

apasionante novela policial de **ADAM BLISS**

LA ULTIMA CLASE
cuento famoso por ALFONSO DAUDET

LA TELESITA
tradición criolla por RICARDO ROJAS

UN HOMBRE DE ORDEN
cuento humorístico por ANTON CHEJOV

GUSTAVO V, EL DECANO
un nuevo artículo por LEANDRO PITA ROMERO

LA LECHUZA
cuento dramático por ALBERTO GERCHUNOFF

UN HIJO DE DIOS EN EL SERTÃO BRASILEÑO
crónica de BERNARDO KORDON

EN "LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS":
VICENTE C. GALLO

LEOPLÁN aparece el 11 de febrero



TUCUMÁN, LA CIUDAD

Desde el campanario de la catedral se ven los naranjos de la plaza Independencia, que traen al centro de la ciudad el olor de novia, de sus azahares, tan característico de la tierra tucumana, poblada del hechizo que exhalan sus agrestes naranjales.



He aquí uno de esos bellos patios tucumanos, en los que el tiempo se remansa perezosamente, como si no quisiera moverse de ellos, extasiado ante sus rejas y flores.

El reloj del parque 9 de Julio es como un emblema de la ciudad. Sus agujas, moviéndose sobre una esfera de flores, son el claro símbolo de que el tiempo pasa sobre una tierra perfumada, donde todas las horas tienen una fragancia.

La ciudad de Tucumán es muy bella. Sin embargo, no es su belleza corpórea, no es su arquitectura ni su colorido lo que de ella más nos enamora. Su seducción nos viene de algo más profundo, pero también más sutil; de algo inaprehensible y etéreo: su perfume, tan punzante, que nos traspasa hasta las fibras más íntimas. Sólo las flechas de Eros, que llevan en sus puntas diamantinas tan delicioso veneno, son capaces de producirnos tan suave deliquio. Así como el alma de otras ciudades está en sus viejas piedras o en sus modernos rascacielos, en su arte o en su industria, en su movimiento, en su gracia o en su sonrisa, el alma de Tucumán está en su perfume. Quien haya respirado su aire fragante, la recordará siempre con estos versos de Baudelaire:

Comme d'autres esprits voguent sur la musique,
le mien, ô mon amour! nage sur ton parfum.

FRAGANTE

por
Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

El autor de "Las flores del mal", que tan maravillosamente conocía lo que valen los aromas para nuestra sensibilidad, vivió toda la vida embrujado por fragancias semejantes, donde se percibe el hálito virginal de la tierra; le bastó haberlas respirado una vez, en su viajera juventud, para descubrir, guiado por ellas, nuevos orbes de poesía. Por sus aromas, la ciudad que fundara don Diego de Villarroel el 31 de mayo de 1565, pero que ocupa su actual emplazamiento desde el 27 de septiembre de 1685, no es sólo un área geográfica, ni una entidad urbana, ni un recinto histórico, sino también, y por encima de todo, una expresión poética; que es lo más que se puede ser, porque a través de la poesía conocemos, presentimos más bien, la divinidad de



Para que las calles céntricas — donde la argamasa y el cemento no dejan resquicios para árboles y plantas — tengan también una ilusión de jardín, esta tucumanita les lleva flores, que en su mano son como una ofrenda de la noble tierra, morena de sol ardiente.

En el gran parque 9 de Julio, este reloj es algo así como un emblema de la ciudad. Sus agujas, moviéndose sobre una esfera de flores, nos dicen, con claro símbolo, que sólo marcan horas fragantes. Al fondo, la casa del obispo Colombres, creador de la industria azucarera de esta provincia, finge un templete griego, donde se rindiera culto a la Venus que amadrina a las tucumanas.

las cosas, y soñamos, como en Tucumán, con bellezas que están más allá de lo que vemos.

* * *

En la plaza Independencia misma, corazón de la ciudad, las copas de los naranjos, mullidas de azahares, son como nevados incensarios que embalsaman el aire, comunicando a los grandes edificios, donde el hombre encierra sus afanes, un hálito de selva sagrada, donde tuviese su templo una deidad pagana. ¿Pero es que acaso no es ésta una ciudad habitada por diosas? ¿De dónde procede, si no, el prestigio casi legendario de la mujer tucumana? Diosas que entrevemos, al pasar, en los patios de singular encanto, como en el interior de un templo ornado de flores. Con ser muy bellas, su belleza mayor no está en su escultura, sino en sus ojos, donde brilla el sol, que las ha hecho morenas, suavizado por la miel de su mirada.



Entre los grandes edificios asoman las copas de los árboles, como en un deseo de participar de la arquitectura urbana. El bello paisaje que fué este lugar en otro tiempo, antes que a él trajeran la ciudad, subsiste todavía en su verdoso follaje.

Ese aroma de azahar —olor de novia, que no puede respirarse sin un estremecimiento de delicia— es el que predomina en toda la ciudad. Y así ha podido cantar, en su verso inspirado y exacto, nuestro gran Lugones:



Un aspecto del parque 9 de Julio, glorificado de flores, que justifica sobradamente el título de "el jardín de la República" que el inmortal Sarmiento dió a Tucumán.

Flota en aromá de azahar [nativo
tu molicie más dulce que [la miel.

Y cuando no es el aroma de los azahares, es el aroma de los jazmines. Si el azahar es el ornato de la novia, el jazmín es su cuerpo mismo. Bajo el encantamiento de la luna, toda la ciudad parece poblada de blancas novias. Miles de novias blancas aguardan extáticas, en la clausura de las sierras, como novicias del ensueño, la llegada del amado, si bien sus nupcias no serán a lo divino, sino a lo profano, porque la que surge de la blanca espuma de los jazmines es Venus Afrodita. ¿Cómo van a soñar en el cielo, si están en el cielo? En un cielo que ha bajado a la tierra y al cual miran asombradas, por encima del Aconquija, las estrellas. Y el asombro las agranda, en su afán de mirar más de cerca aquella divina hermosura de la tierra.

Olor de juventud, de juventud del mundo, porque en Tucumán los olores tienen toda su frescura virginal. Siempre que el hombre ha respirado estos olores sobre la tierra ha creído encontrarse en el paraíso, y ha exultado de júbilo, como si volviese a su edad primera, puesto que empezó a envejecer cuando lo arrojaron de él. Dijérase que las civilizaciones no hacen otra cosa que exprimir esos aromas hasta extinguirlos, y entonces envejecen y mueren; y se renuevan o nacen de nuevo al encuentro de esos perfumes virginales. Un vital impulso — inconsciente — lanza a los hombres en su busca y dijérase que él los guía, porque en su busca los hombres completaron el cerco de la bola del mundo, llegando un día a las tierras que se llamarían América.

Esta fragancia paradisíaca vale más que el oro. En el oro estaba lo aparente de la conquista; lo esencial era esta fragancia. Ella era la que comunicaba a los conquistadores un aliento sobrehumano, la que les daba esa divina embriaguez que los impulsaba a empresas fabulosas. Acaso El Dorado no fuera más que esta fragancia virginal. Cuando deje de haber aromas así sobre la tierra, su vejez será irremediable y su muerte segura... ¡Bien hayan los capitanes que un día llegaron por el camino del Perú, guiados por esta fragancia, y que pudieron creer que regresaban al paraíso al pisar este trozo privilegiado del planeta, donde no se conoce el frío, incompatible con la desnudez edénica, y donde fundaron nuestra ciudad de Tucumán, que por algo llamaron San Miguel de la Nueva Tierra de Promisión!

La Mazorquera

De **HECTOR PEDRO BLOMBERG**

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA



I

—CANDELARIO Santana, ya te he dicho que es inútil. ¿Para qué andás perdiendo el tiempo?

La mirada de la mujer centelleaba.

Era de alta estatura, de facciones regulares y de cabellos rizados, casi motosos. Sus ojos refulgentes, de córnea levemente amarillenta, cuando se enfurecía, tenían resplandores sangrientos.

El sargento Santana se alisó el chiripá rojo. Su mano musculosa, dura mano mazorquera, se agita a impulsos de una emoción extraña, pujante. Por un momento pensó en arrojarse sobre aquella mujer que lo desdeñaba, a él, el sargento Candelario, el brazo derecho del comandante Cuitiño, uno de los puntales de la Federación en Buenos Aires.

La escena se había repetido varias veces frente a los boliches de la plaza Fidelidad, donde Mariana Artigas, la bisabuela de Baltasara, poseía un pequeño taller de cigarros.

Llevando el caballo de las riendas, Candelario, corrido, desesperado, vencido por la mujer, caminó tras ella. Dejaron atrás la esquina de la Patria, Belgrano y Tacuarí.

—¿Por qué, Baltasara, por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Porque no quiero, Candelario — respondió, echando para atrás la cabeza casi motosa, brillándole extrañamente las negrísimas pupilas, cuya córnea comenzaba a enrojecerse.

Un gran moño rojo adornaba la frente estrecha.

Llevaba el rebozo terciado airosamente; roja también era la lanilla de su vestido, y usaba, ella, pobre cigarrera de la plaza de los negros, un gran pañuelo de la India, como las federalas distinguidas, que odiaba con todo su orgulloso y apasionado corazón.

—Déjame de una vez, Candelario — ordenó, y el mazorquero, sintiendo que una oleada de sangre inundaba su corazón, montó a caballo de un salto y se perdió por la calle Belgrano. Las blasfemias hacían estremecer su barba espesa y negra.

Baltasara le miró desaparecer despreciativamente y siguió andando. Frente a una pulpería de la calle Piedras se detuvo. Varios hombres bebían dentro. Uno de ellos la vió.

—Ahí está la Mazorquera de Monserrat...

Los otros se volvieron vivamente. Uno por uno los contempló con frialdad.

—Vaya con estos federales — dijo, con una mueca desdeñosa —; sirviendo al Restaurador en las pulperías, a las cuatro de la tarde... ¡Gauchos rotosos! ¡Y Lavalle por invadir!...

Apartándolos con rudeza, llegó hasta donde estaba el pulpero, un español de figura recia, de bigotes enormes.

—Aquí están los negros — exclamó Baltasara, dejando sobre el mostrador un paquete de cigarros.

Abrió el paquete el español.

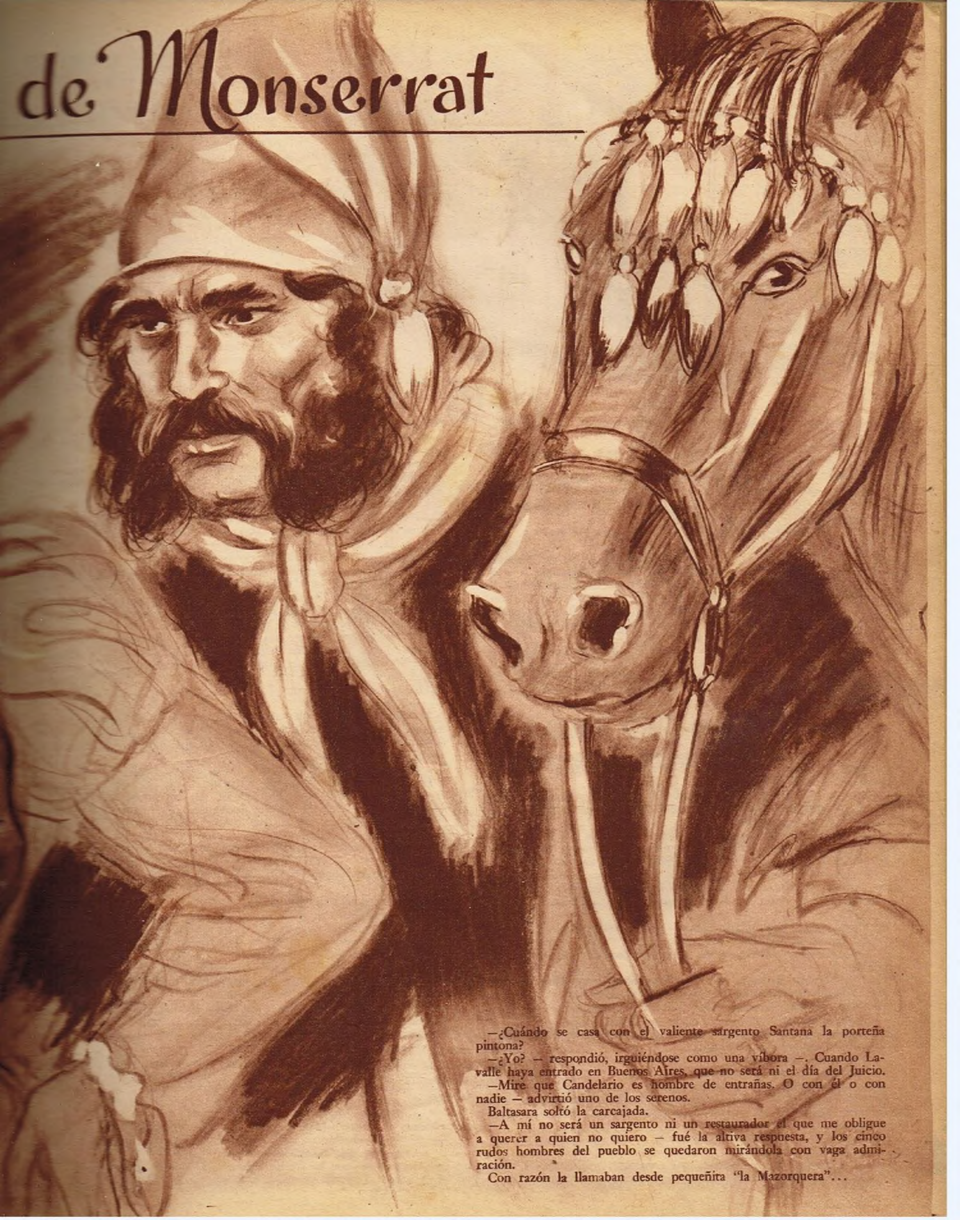
—¿Cuántos trae, niña?

Siempre la llamaba así, "niña", el áspero pulpero. Era de aquellos que temían a la Mazorquera de Montserrat.

—Cuente...

Contó el hombre. Sus toscos dedos deshacían los atados, mientras los bebedores, dos serenos y tres paisanos, chacoteaban con la muchacha.

de Monserrat



—¿Cuándo se casa con el valiente sargento Santana la porteña pintona?

—¿Yo? — respondió, irguiéndose como una víbora —. Cuando Lavalle haya entrado en Buenos Aires, que no será ni el día del Juicio.

—Mire que Candelario es hombre de entrañas. O con él o con nadie — advirtió uno de los serenos.

Baltasara soltó la carcajada.

—A mí no será un sargento ni un restaurador el que me obligue a querer a quien no quiero — fué la altiva respuesta, y los cinco rudos hombres del pueblo se quedaron mirándola con vaga admiración.

Con razón la llamaban desde pequeñita "la Mazorquera"...



—Son ciento veintiocho cigarros — dijo el pulpero —. Aquí tiene sus seis pesos...

Contó el dinero con dedos parsimoniosos, como si le doliese desprenderse de los sucios billetes.

—El lunes tráigame otra partida — prosiguió, mientras Baltasara guardaba el dinero y se iba sin despedirse de nadie.

—Oiga, Mazorquera... ¿Irá el mes que viene a la fiesta de Nuestra Señora del Carmen?

Uno de los paisanos había salido tras ella hasta el veredón.

—Puede ser...

Se alejó por la calle. Quedábale aún otro atado de sus cigarros negros. Caminó rápidamente, sin contestar a los saludos que le dirigían, porque eran pocos los que no conocían en el Buenos Aires de 1840 a Baltasara Pacheco, la Mazorquera de Monserrat. Pocos minutos más tarde llegaba a la calle Chacabuco. Una hilera de presos aherrojados, conduciendo barriles de agua, marchaba de regreso a la cárcel de San Juan, junto a San Telmo.

La cigarrera llegó frente a una especie de corralón. Sentados en el suelo, junto a la pesada puerta de rejas, varios serenos reían estrepitosamente. Dos o tres de ellos parecían ebrios. Por la polvorienta calle Chacabuco, un muchacho de chiripá rojo vareaba un caballo tordillo.

—¡Dichosos los ojos que la ven, Baltasara!...

—¡Buenas tardes! — contestó ella secamente, entrando al cuartel de Cuitiño, pues no era otro el vasto corralón de las terribles leyendas federales.

Dentro, en la amplia cuadra, unos veinticinco o treinta soldados y serenos tomaban mate o tejían tientos. Otros afilaban sus dagas desmesuradas. Un oficial se acercó a la cigarrera.

—Siempre linda como el sol de mayo — exclamó, galante, pero ella replicó, encogiéndose de hombros, como era su ademán habitual.

—Aquí traigo los cigarros...

Arrojó el atado al suelo y paseó su mirada desdeñosa por sobre aquellos hombres siniestros, que la contemplaban con ojos de admiración.

El oficial abrió el atado y comenzó a distribuir los cigarros a la tropa.

—No hay nada mejor que este tabaco, picado por sus manos, Baltasara — observó, y los hombres aprobaron aquella opinión.

—Saben a Federación, es decir, a gloria — apuntó uno de rostro juvenil.

El oficial estaba pagando los cigarros en monedas de plata, cuando oyéronse voces destempladas en la puerta del cuartel. Tres serenos, algo alcoholizados, penetraron en el patio, conduciendo a un desconocido.

Era un hombre de unos treinta años, rubio, muy alto, de ojos azules, vestido de levita, sin divisa federal.

El oficial lo miró sin sorpresa.

—¿Y este hombre?

Un sargento se adelantó y tocó su gorra de manga con el rebenque.

—Es el salvaje unitario Thorne.

—¿Hay orden contra él?

Turbóse ligeramente el sargento.

—No, pero anduvo con los salvajes del sur...

El oficial meditó un instante. Baltasara Pacheco contemplaba con atención la figura inmóvil y simpática del prisionero. ¿Dónde lo había visto antes?

—¿Cómo se llama usted? — interrogó el oficial que acababa de oír el apellido del preso.

—Ignacio Thorne, y soy ciudadano que respeta la Federación y no anda en conspiraciones — respondió éste, con acento tranquilo. Mientras hablaba, sus ojos azules se fijaban en la cara morena de la cigarrera, que se le había acercado y lo miraba con pupilas centelleantes.

—Queda usted detenido en este cuartel hasta que llegue el comandante Cuitiño, que anda en comisión — decidió el oficial.

—¿Se me detiene por la simple acusación de un sargento borracho, a quien no quise entregar una suma de dinero? — preguntó Thorne, y el oficial frunció el ceño.

—¿Qué dice? Pásenlo a las cuadras...

Lo llevaron al interior del cuartel. Baltasara lo vió desaparecer en las profundidades tenebrosas de aquel antro, y un soplo de piedad pasó por su soberbio corazón.

II

Ignacio Thorne era hijo de un sargento que se quedó en Buenos Aires después de la segunda invasión inglesa. Su padre, renunciando a la carrera de las armas, resolvió levantar su hogar en estas tierras, donde por primera vez amara a una mujer de ojos negros, y después de la capitulación fuése al sur de Buenos Aires.

El antiguo soldado de Trafalgar se hizo estanciero. Su mujer, Tomasa Cárdenas, porteña, lo amó fielmente, y al morir le dejó el pequeño Ignacio. Murió el buen Thorne allá por el año 1820.

Ignacio creció entre sus parientes maternos, que nunca habían mirado con buenos ojos al honrado sargento de la invasión, y cuando fué hombrecito, fuése a trabajar la heredada estancia del sur.

Era un soñador. Con el tiempo, fué el amigo inseparable de Esteban Echeverría, en cuya estancia Los Talas pasaba largos meses.

Ignacio Thorne se casó en 1833, el año de los Restauradores, con una de las mujeres más bellas de Buenos Aires, María del Carmen Bustamante, parienta de los Azcuénaga, y durante largos años vivió con ella un idilio ininterrumpido. El año de la muerte de Quiroga, Thorne vió morir a su María del Carmen y creyó que la vida también terminaba para él. Resolvió irse de Buenos Aires, como su amigo Echeverría, como todos los soñadores de la Asociación de Mayo, que acababa de dispersar la daga de la Mazorca.

¿Qué iba a hacer él en esta ciudad que se ensangrentaba por momentos, donde acababa de morir el amor y ya no existía la libertad?

Ensilló su parejero y se perdió en las llanuras del sur. Al atravesar el puente de Barracas detuvo su caballo y miró la ciudad de techos bajos, de calles polvorientas. Un sollozo estalló en su garganta:

—¡María del Carmen!

Se había ido, dejándole tan sólo su dulce recuerdo, porque no tuvieron hijos. ¡Cuántas veces, en las soledades de su estancia, en el profundo silencio del campo anochecido, ese mismo grito se escapó de su corazón lacerado, inconsolable!

—¡María del Carmen, que estás en los cielos!...

El tiempo restañó la herida. Llegaron horas de sangre y de violencia. Las guitarras enmudecieron un día en las estancias y en los campos del sur. Sólo la vihuela de Esteban Echeverría cantó la insurrección. Todo el sur se alzó contra Rosas. Rodaron las cabezas por los caminos y las plazas.

Ignacio Thorne se mantuvo alejado de la insurrección. Hacía mucho tiempo que no veía a Echeverría ni se trataba con los estancieros de los partidos vecinos. Vivía sólo con el recuerdo de la muerta adorada.

Pero alguien le acusó de hallarse complicado en el movimiento. No se le persiguió ni se le privó de su libertad. Pero una orden de confiscación cayó sobre su estancia, y un oficial de Prudencio Rosas le intimó una mañana que se alejara de aquellos campos que ya no eran suyos, por orden del Restaurador.

Lleno de ira, Thorne regresó a Buenos Aires. Al llegar al partido de Quilmes sintió que su ira se desvanecía, y el viejo dolor amortiguado apretó nuevamente su corazón.

Porque en la ciudad trágica de Rosas flotaba la dulce sombra del pasado muerto. Al pasar ante cada iglesia, le parecía volver a contemplar la imagen de María del Carmen como en aquella mañana de 1833.

Al pasar por la calle Larga de Barracas, al paso lento del caballo, se cruzó con un grupo de hombres y mujeres que parecían salir de Santa Lucía. Creyó ver vagamente un rostro moreno, de ojos ardientes; un extraño rostro de mujer. Ella le clavó la mirada de fuego y se perdió entre los demás.

Desde entonces habían transcurrido cuatro meses. Todas las gestiones por la devolución de sus bienes habían sido estériles. Sus parientes le aconsejaron que cesara en sus trámites.

—Tus campos son bienes de unitarios, bienes malditos, Ignacio — le dijeron —. ¿Todavía no sabes quién es Juan Manuel de Rosas?...

Puedes estar agradecido de hallarte libre, con la cabeza sobre tus hombros, aunque no hayas conspirado nunca contra la Santa Federación...

Pero la sangre inglesa del hijo del sargento Thorne se rebelaba contra la injusticia y el despojo.

Fué entonces cuando un paisano, que lo había conocido en el sur, lo señaló a un sargento de la Mazorca.

Y ahora estaba en el cuartel de Cuitiño, solo en aquel antro de asesinos, en aquel cuartel donde se degollaba y fusilaba con horrible tranquilidad.

Estaba solo, despojado de sus bienes, acusado de ser enemigo de Rosas...

Esa noche no pudo conciliar el sueño. La sombra de María del Carmen se le aparecía en los rincones de la cuadra, entre las risotadas de los soldados y serenos. ¡Ah, si ella, la muerta dulcísima, pudiese verlo en estos instantes, arruinado, con la daga de Rosas suspendida sobre su cabeza inocente!...

¡Y pensar que desde los días venturosos sólo habían transcurrido cinco años!...

Allá por el alba se quedó dormido, escuchando los gemidos de un indio a quien habían azotado cruelmente a medianoche.

III

—¿Quiere fumar, señor?

Ignacio Thorne abrió los ojos y vió delante una mujer morena, de ojos que ardían, que le ofrecía un puñado de cigarros. Un enorme moño punzó coronaba sus cabellos rizados.

La reconoció súbitamente.

Era la misma cara que vió entre la multitud, en la calle Larga de Barracas, cuando llegaba del sur. Era la misma que viera el día anterior, al ser conducido al cuartel por el sargento borracho.

—Muchas gracias...

Tomó un puñado de cigarros y sacó una moneda de plata. Vaciló ella, pero finalmente se apoderó de la moneda y la guardó en el seno.

—Yo sé quién es usted, señor. No tenga temor, que no le sucederá nada. Yo se lo prometo.

—¿Y quién es usted? — preguntó Ignacio Thorne, mirándola con curiosidad.

Acercóse a él, bajando la voz. Su acento era intenso, extraño.

—Una pobre mujer que quiere salvarlo, señor Ignacio Thorne.

Iba a hablar el preso, cuando se oyó un rumor de espuelas y de sables en la cuadra. Thorne vió ante él la figura sombría y famosa de Cuitiño. Era un hombre de regular estatura, de tronco hercúleo. Entre la maraña espesa de la barba sólo distinguíanse los ojos y la nariz.

—A usted lo aprehendieron ayer, por sospechoso, ¿no?

La voz era más bien agradable, pero el infortunado prisionero sintió un escalofrío a pesar suyo. Baltasara Pacheco, alejándose unos pasos, escuchaba con atención profunda. Su mirada de fuego se posaba ora en Cuitiño ora en Thorne.

—Bueno, amigo — dijo el personaje, después de reflexionar un instante —, en cumplimiento de mi deber de buen federal, yo debo ponerlo a disposición de su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes... De modo que esta noche usted será conducido al cuartel del Retiro...

—¿Para fusilarme? — preguntó el preso, fríamente.

—¡No, hombre!... ¿No le he dicho que para ser puesto a disposición de su Excelencia? Ahora, si el Ilustre Restaurador lo hace fusilar, es asunto suyo. Dígame una cosa: ¿usted anduvo mezclado con los mocitos de la Asociación de Mayo, allá por el año 35 ó 36? Me parece haberlo visto una vez con el "lomo negro" Echeverría.

Volvióse bruscamente y se alejó, golpeándose la bota con el rebenque. Parecía no haber advertido la presencia de Baltasara, que lo había escuchado ávidamente.

—¿Ha oído usted, porteña? Me llevan al Retiro. Allí sólo llevan a los presos y a los sospechosos para fusilarlos.

La Mazorquera de Monserrat no contestó. Thorne creyó que no había oído.

Parecía absorta en una profunda meditación.

—Al Retiro... Esta noche...

Dijo estas palabras como si hablara consigo misma, y, bruscamente, ella también se alejó, arrojándole una extraña mirada.

Ignacio Thorne se quedó solo en el rincón de la cuadra.

Un soldado le llevó mate y una galleta. El indio seguía quejándose penosamente.

IV

Baltasara Pacheco era hija legítima de Ventura Pacheco, el abastecedor. Su infancia había transcurrido en el matadero y los mercados, y cuando Ventura murió asesinado por un tropero, ella se fué a vivir con su bisabuela, que tenía ciento siete años y se llamaba Mariana Artigas.

Mariana Artigas era africana. Su hija y su nieta habían muerto. Sus hijos, nietos y biznietos, o habían muerto, o andaban dispersos. Ella no los veía nunca, y su amor de centenaria se concentraba en Baltasara.

Era Marana quien dirigía la cigarrería de Monserrat, la diminuta fábrica de cigarros, que Baltasara, la más bella y arrogante de las que allí trabajaban, iba a vender en las pulperías, los mercados y los cuarteles de la ciudad.

Veinte años contaba Baltasara cuando Ignacio Thorne fué aprehendido por la Santa Federación. Y nadie bailaba la media caña, ni el vals de la puñalada, ni templaba la guitarra como ella en los barrios populares de la ciudad de Rosas.

Federala adicta, solía acompañar a su bisabuela a la casa de doña María Josefa Ezcurra, en la calle Potosí. Nunca entraba en las piezas de la cuñada de Rosas. Quedábase en el patio de abajo, o íbase a la cocina del fondo, a tomar mate y a encogerse de hombros ante los piropos apasionados de los soldados de guardia.

La figura trágica y grandiosa del Restaurador de las Leyes le inspiraba una devoción casi religiosa. Una vez habíalo visto, en un baile de los negros Banguelas, de los cuales su bisabuela era la reina, y la imagen deslumbrante de aquel hombre no debía borrarse nunca de su memoria.

Numerosos amores salieron al encuentro de Baltasara en las calles, los mercados, las pulperías, los cuarteles. Algún oficial, hasta algún escribiente del mismo Rosas, siguieron por la calle y requirieron a la gallarda cigarrera. En el Retiro, en Restauradores, en todos los cuarteles de la ciudad, las guitarras de los sargentos gemían por Baltasara.

Pero la biznieta de Mariana Artigas se encogía de hombros desdeñosamente. Ella no sería de ninguno de aquéllos, no...

Por ella un negro mató a un blanco una noche en el callejón del Pecado. Baltasara no quiso ver al muerto, que yacía con un cuchillo en el corazón en medio de la calleja. Pero durante mucho tiempo fué a rezar por su alma en Monserrat.

Y fué ella, Baltasara Pacheco, quien una tarde, junto al juzgado de paz de la parroquia, hirió de una puñalada a un mulato que intentó abrazarla, hallándose ebrio.

—A mí no me abraza nadie — había exclamado la bravía porteña, esgrimiendo una daguita de plata, en medio de la admiración de los presentes.

El mulato se alejó limpiándose la sangre del hombro, y desde entonces nadie, ni militar ni paisano, osó poner la mano sobre la Mazorquera de Monserrat.

Había aprendido á leer a los diez años, con gran admiración de su bisabuela, y los negros de las seis naciones de Buenos Aires la consideraban como un ser superior dentro de su raza, por la gotas de sangre etíope que llevaba, aunque ella se considerase como una blanca auténtica. Frecuentaba las fiestas de los morenos acompañando a su bisabuela, pero su reino era entre los blancos de la plebe porteña, que la admiraban y la temían a un tiempo.

Tal era Baltasara Pacheco, la Mazorquera de Monserrat, la mujer que se cruzó en la existencia de Ignacio Thorne en la hora más dramática y solitaria.

V

—¿Me quiere siempre, Candelario Santana?

El mazorquero la miró con estupor. Le parecía un sueño que la Mazorquera de Monserrat, el tormento y la pasión de su vida, le hubiese detenido en el atrio de la Concepción, aquella lluviosa tarde de agosto, para decirle aquellas palabras, ella, que desde hacía dos años le envenenaba el alma con sus desdenes.

—¿Yo, Baltasara? — balbució, y su duro rostro se enrojeció súbitamente —. La quiero más que a la Santa Federación, y el Restaurador me perdone — agregó, sintiendo que las gotas de sudor, no obstante la fría tarde, corrían por su rostro hirsuto de soldado.

—Venga, entonces — dijo ella, y el mazorquero la siguió dócilmente.

Dobló sobre la cabeza de ambos la campana de la Concepción. Era el toque de ánimas.

La calle Tacuarí estaba solitaria; Baltasara caminó algunas cuadras en dirección a San Telmo. Candelario Santana la seguía como un niño.

—Oiga, Candelario...

—Hable, Baltasara, y ordene como si fuera el Restaurador...

La cigarrera lo miró fijamente, y el hombre se estremeció ante aquellos ojos que ardían.

—Esta noche, después del toque de silencio, llevarán al cuartel del Retiro, desde el cuartel del comandante Cuitiño, a un hombre llamado Ignacio Thorne.

Oyóla el sargento sin pestañear.

—¡Ah, sí!... Uno de apellido extranjero que llevaron ayer. He oído hablar, pero no lo he visto.

—El mismo. Yo quiero que usted, Candelario Santana, sea el encargado de conducirlo al Retiro.

—¿Para qué, Baltasara?

La Mazorquera de Monserrat le clavó su mirada ardiente.

—Para que nunca llegue a ese cuartel, donde lo fusilarán — dijo ella lentamente, acercando su rostro turbador al semblante barbudo del mazorquero.

—¿Tengo que dejarlo que se vaya, entonces?

—Sí, Candelario...

La voz era acariciadora, como la de las tórtolas del monte, que Santana había oído en su infancia en su pago del sur.

—Así se hará — dijo con sencillez —. Me voy al cuartel.

Baltasara lo vió partir. Cerró los ojos y pensó en la cabeza rubia de Ignacio Thorne, solo, arruinado, sospechado, esperando la muerte entre los indios torturados de Cuitiño, en el patio del Retiro.

Se cubrió el moreno y hermoso rostro con ambas manos.

—No... No lo matarán... — gimió.

Porque la Mazorquera, la porteña bravía y desdeñosa de los mercados y los cuarteles, había encontrado su destino. Ella amaba a Ignacio Thorne, lo había amado desde aquel día en que lo viera pasar a caballo por la calle Larga de Barracas, al salir de Santa Lucía.

¿Cumpliría Santana su promesa? Sabía ella que su enamorado se jugaba la vida en su promesa. Nada le había pedido en cambio, y ella nada le daría, porque su corazón era de Thorne.

Pero, ¿qué era la vida de un mazorquero, de un rudo sargento — aunque la amara —, comparada con su pasión abrasadora, con el amor de Baltasara Pacheco?

Dirigióse lentamente a la calle Chacabuco. Penetró en el cuartel en medio de los saludos y los piropos habituales. Se internó en las cuadras, y no tardó en divisar a Thorne; su cara se iluminó de júbilo al advertir que no lo habían engrillado.

Dos infelices, atados de pies y manos, se quejaban débilmente cerca del preso. Los iban a degollar esa noche. El fuego de aquellos ojos le turbaba de modo extraño. ¿Quién sería aquella mujer que veía ahora por cuarta vez y que le prometiera la vida y la libertad?

—Esta noche, a las nueve, lo llevarán al Retiro, como sabe — dijo ella —. Irán un sargento y dos soldados. Confíe en ellos y huya. Yo los esperaré, frente al Hueco de la Laguna. Tome, señor Thorne.

Le dió un envoltorio. Dentro del pañuelo de hierbas sintió Thorne que había una daga corta y una pistola de dos tiros.

La vió desaparecer como una sombra en la penumbra del cuartel.

VI

La lluvia arreciaba. Candelario Santana, sombrío y silencioso, miraba a su prisionero, que marchaba en un caballo patrio junto a su zaino. El había creído que Ignacio Thorne fuera un hombre entrado en años, algún extranjero que compraba su libertad con dinero. Y veía ahora que el protegido de Baltasara Pacheco era un hombre rubio, de treinta años, de aspecto señoril, un porteño "lomo negro", un perro unitario, de aquellos que sorbían el seso a las federalas.

Los dos soldados, obedeciendo a una orden, seguían a larga distancia. Sargento y preso pasaron frente a dos o tres pulperías. Se cruzaron con una partida mazorquera, que reconoció y pasó de largo.

A las diez estaban frente al Hueco. De pronto, Santana y Thorne vieron a la figura de una mujer junto al cerco. Silbó el sargento.

—Aquí estoy, Candelario. Ahora, déjelo ir...

A la luz de la linterna que ella levantaba, leyó el mazorquero la pasión de su amada por el preso. Los celos lo hirieron como una puñalada:

—Déjelo ir...

Santana lanzó una blasfemia.

—¡Contigo, perra! — rugió —. ¡Por éste..., por éste me van a fusilar!...

Los ojos de Baltasara arrojaban llamas. Comprendió que Thorne estaba perdido si no hacía uso de sus armas.

—Huya, señor Thorne — gritó —. ¡Defiéndase y huya!

La linterna cayó entre las hierbas, junto al cerco. Thorne echó mano a la pistola, pero en ese instante un disparo resonó en la oscuridad. Oyó un gemido, un agudo y desolado lamento de mujer.

—¡Baltasara! ¡Baltasara! ¡Y yo soy quien te ha muerto!

Candelario Santana se dejó caer del caballo y se puso a sollozar como un niño sobre el cuerpo de Baltasara Pacheco, que había detenido con su pecho la bala que iba a matar a Ignacio Thorne, y se desangraba junto al cerco.

El hombre que amó a María del Carmen, y que fué amado por la Mazorquera de Monserrat, se perdió en las tinieblas. ◈

¡DEBE USTED PREPARARSE!

RADIOCOMUNICACION · AERONAUTICA · MECANICA-DIESEL · ELECTROTECNIA

4 CARRERAS DE GRAN PORVENIR

RADIO

TELEVISION
CINE SONORO—DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO

y todas las otras aplicaciones de esta maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desee independizarse estableciéndose en ***Radiorreparación*** y Venta de Aparatos y Accesorios, o prestando sus servicios en puestos Técnicos, de responsabilidad y bien remunerados en: ***Estaciones Difusoras y de Comunicaciones; Fábricas de Receptores; Laboratorios; Operadores de Radio a Bordo***, etc. etc.

AVIACION

VUELO—MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPLANOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES

y todas las materias relacionadas con la Aeronáutica son conocimientos indispensables para el progreso y defensa de las naciones y de ahí que, quienes sigan estos estudios contribuyen al bienestar de su patria, a la vez que labran el suyo propio, por ser ellos los llamados a ocupar puestos importantes de ***Piloto - Oficial de Navegación - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración***, etc. etc.

INGENIERIA MECANICA

DIESEL—MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos; ofreciendo estas actividades un campo de acción amplísimo para el especialista en ***Fuerza Motriz***, tal como los prepara esta Escuela, para dedicarse a la ***Transportación; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras***, etc.

ELECTROTECNIA—REFRIGERACION

GERACION Y ACONDICIONAMIENTO DE AIRE son otras de las ramas de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Este Plantel lo capacita, con su enseñanza, para desempeñar los más envidiables empleos de esta profesión, como Experto en ***Instalaciones; Plantas y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel-Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire***, etc.

ESTUDIE EN SU CASA

Por medio de mi Método por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente. Comprende Equipo Profesional y Herramientas para que

GANE MAS DINERO

EN POSICION PRIVILEGIADA

Esta antigua Escuela ocupa un lugar privilegiado por contar con Sucursales en la mayoría de las Capitales del Continente, de donde rinde rápido y esmerado servicio a sus educandos. Diríjase Ud. a la de su país.

FUNDADA EN LOS ANGELES CALIFORNIA EN 1905

NATIONAL SCHOOLS CHACABUCO 146 Buenos Aires, Argentina

Pida LIBRO Gratis

¡Envíe este cupón!

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Depto. Num. XI-380

Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"

RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐

NOMBRE ____________ EDAD ______

DIRECCION ____________

LOCALIDAD ____________ PROV. ____________

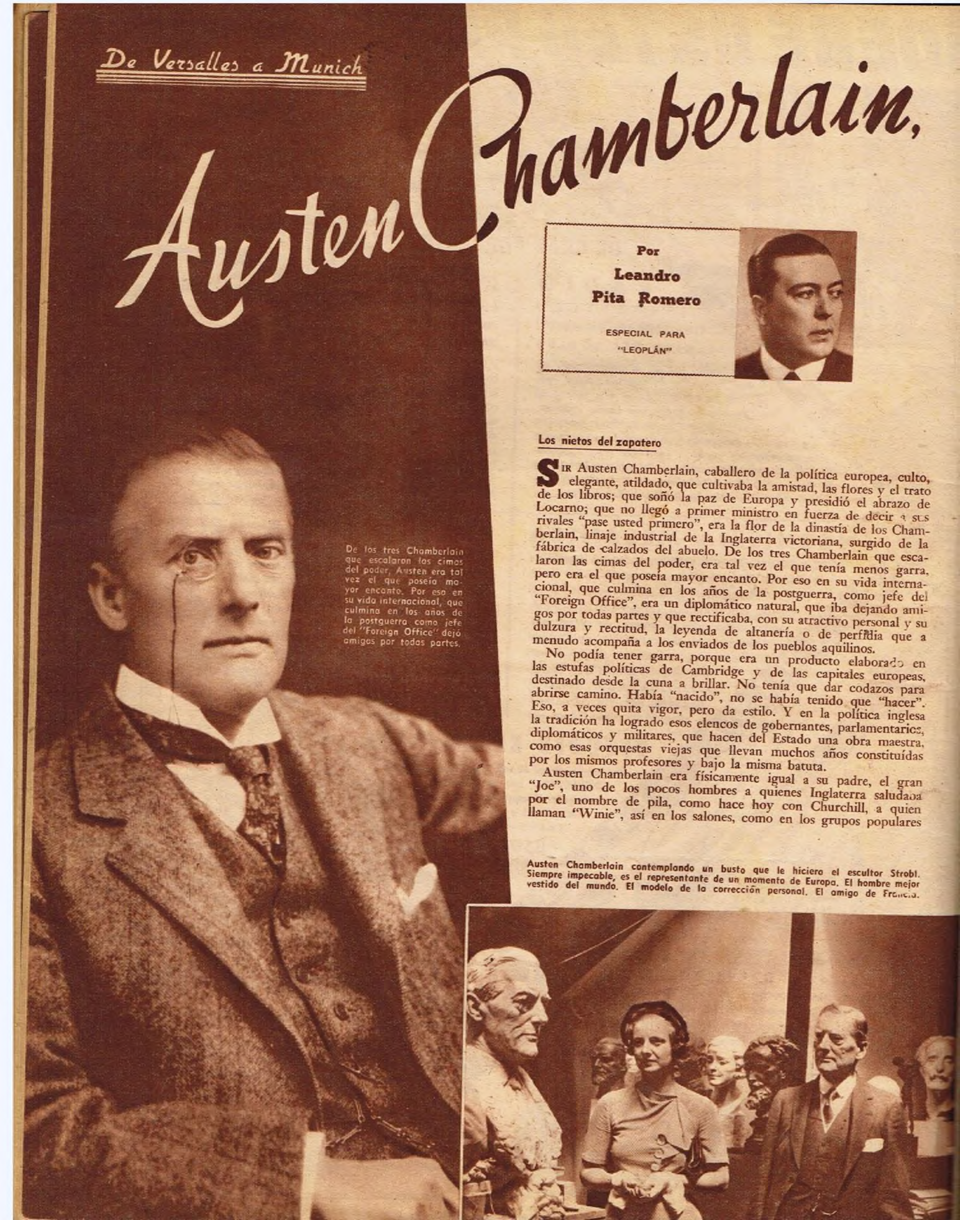
De Versalles a Munich

Austen Chamberlain,

Por

Leandro Pita Romero

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



De los tres Chamberlain que escalaron las cimas del poder, Austen era tal vez el que poseía mayor encanto. Por eso en su vida internacional, que culmina en los años de la postguerra como jefe del "Foreign Office" dejó amigos por todas partes.

Los nietos del zapatero

SIR Austen Chamberlain, caballero de la política europea, culto, elegante, atildado, que cultivaba la amistad, las flores y el trato de los libros; que soñó la paz de Europa y presidió el abrazo de Locarno; que no llegó a primer ministro en fuerza de decir a sus rivales "pase usted primero", era la flor de la dinastía de los Chamberlain, linaje industrial de la Inglaterra victoriana, surgido de la fábrica de calzados del abuelo. De los tres Chamberlain que escalaron las cimas del poder, era tal vez el que tenía menos garra, pero era el que poseía mayor encanto. Por eso en su vida internacional, que culmina en los años de la postguerra, como jefe del "Foreign Office", era un diplomático natural, que iba dejando amigos por todas partes y que rectificaba, con su atractivo personal y su dulzura y rectitud, la leyenda de altanería o de perfidia que a menudo acompaña a los enviados de los pueblos aquilinos.

No podía tener garra, porque era un producto elaborado en las estufas políticas de Cambridge y de las capitales europeas, destinado desde la cuna a brillar. No tenía que dar codazos para abrirse camino. Había "nacido", no se había tenido que "hacer". Eso, a veces quita vigor, pero da estilo. Y en la política inglesa la tradición ha logrado esos elencos de gobernantes, parlamentarios, diplomáticos y militares, que hacen del Estado una obra maestra, como esas orquestas viejas que llevan muchos años constituídas por los mismos profesores y bajo la misma batuta.

Austen Chamberlain era físicamente igual a su padre, el gran "Joe", uno de los pocos hombres a quienes Inglaterra saludaba por el nombre de pila, como hace hoy con Churchill, a quien llaman "Winie", así en los salones, como en los grupos populares

Austen Chamberlain contemplando un busto que le hiciera el escultor Strobl. Siempre impecable, es el representante de un momento de Europa. El hombre mejor vestido del mundo. El modelo de la corrección personal. El amigo de Francia.

el diplomático

que se forman cuando visita los escombros de algún barrio bombardeado. Pero era un "Joe" Chamberlain sin crispación ni fiereza: la misma bella cabeza ovalada, la misma faz rasurada, los mismos ojos rasgados, la misma boca dominante, el mismo mentón voluntarioso; pero todo eso dulcificado en el hijo por una sonrisa, una calma y una benevolencia señorial, que no conoció el viejo Chamberlain, urgido por la tarea de hacerse y de hacer, creador de doctrinas nuevas y de territorios flamantes del Imperio británico.

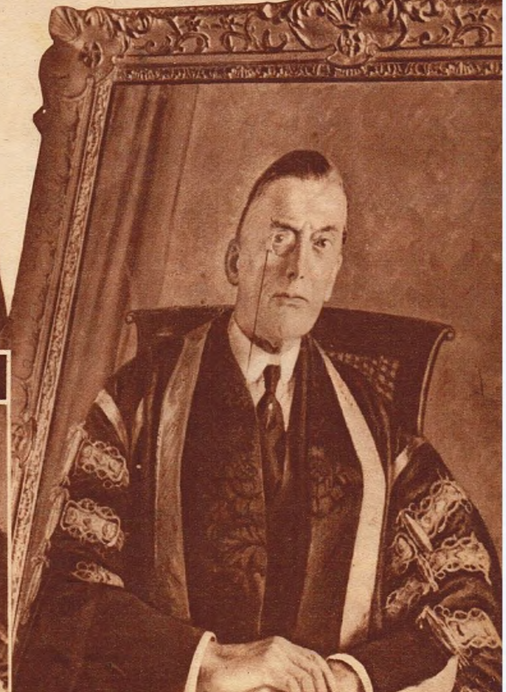
Una República de veinte años

Austen Chamberlain se educó en Cambridge, pero continuó su preparación en París. Era un París especialmente agradable el de aquel momento en que la República iba a cumplir sus veinte años y empezaba a olvidar el desastre de su nacimiento, y desplegaba con juvenil esperanza todo el ingenio de su brillante cuadro de escritores, artistas, hombres de ciencia y toda la ilusión colonial con que sus políticos reedificaban la grandeza de Francia. Austen Chamberlain conoció aquel París desde el lugar privilegiado que correspondía a su nombre y a su destino. Fué alumno de Alberto Sorel, contertulio en los mejores salones literarios, amigo de Clemenceau — que le presentó a la primera bailarina de la Opera —, de Ribot, de Renán, de Taine, de Alfonso Daudet, de Cherbuliez, de Pasteur, de Paul Bourget, del conde de Mun. Asistió al debut de Cecilia Sorel, aplaudió en su esplendor a



He aquí dos poses del ex jefe del "Foreign Office", al ser presentado, juntamente con un retrato de sí mismo pintado por sir William Rothenstein, en la Universidad de Reading. En esta ocasión, Austen Chamberlain vistió sus ropas de canciller de la mencionada Universidad.





Durante una feria de Navidad, el político inglés aparece en compañía del lord mayor de Londres y de su esposa, después de haber adquirido una antigualla. Culto, elegante, cultivaba la amistad de las flores y de los libros.





Junto a su padre, el gran "Joe". La misma bella cabeza ovalada, los mismos ojos rasgados, la misma faz rasurada, pero suavizado por esa sonrisa que no conoció el viejo, urgido por la tarea de hacerse y de hacer. En sus brazos, Austen Chamberlain sostiene a su hijo José.

En compañía de su esposa, colaboradora inapreciable de su carrera diplomática, asiste a la primera manifestación de la alianza francoinglesa; y en la foto se le ve junto al mariscal Petain y a sir George Clerk. Austen Chamberlain era un verdadero enamorado de Francia.



Coquelín, a la Réjane, a Sara Bernhardt... Un año después completaba su experiencia del continente en Berlín. Pero, aunque allí pudo ver de cerca a Moltke y a Holstein, y aun fué huésped del propio Bismarck, Berlín estaba todavía en la niñez de su rango de corte de un imperio y tenía aún dejos provinciales de la modesta capital de Prusia que hasta poco antes había sido. Y, sobre todo, el joven británico había ya sido hechizado por París, al que toda la vida fué fiel, en la política que andando el tiempo le tocó hacer. "Amo a Francia como se ama a una mujer", dijo alguna vez. Cuando los franceses, en agosto de 1914, desconfiaban de Inglaterra y no sabían si entraría en la guerra o permanecería neutral, Austen Chamberlain fué de los que hicieron más por decidir al gobierno a aliarse con los enemigos de Alemania. En la guerra fué de los que se opusieron siempre a toda veleidad de paz negociada. Después de la guerra, Francia tuvo en él uno de sus amigos más seguros. Briand dijo que sin él no se hubiera atrevido a intentar la reconciliación de Locarno. Cuando abandonó el "Foreign Office", cayó tachado de demasiado francófilo. Poco antes de morir, viendo el giro que tomaban las cosas en Europa, y el tratado de Locarno denunciado por Hitler, se levantó en los Comunes para condenar la política del puño, que denunciaba tratados a golpes de hechos consumados. Grave fué la amargura que eso le proporcionó, pero ¿cuál no sería la que le hubiera producido la lejanía rencorosa en que el gobierno de Francia se mantiene hoy respecto de Inglaterra?

El hombre de la orquídea

El padre de los Chamberlain, el famoso José Chamberlain, ofreció a Alemania la alianza inglesa, en los últimos días del siglo pasado. Esa alianza hubiera sido una inmensa concentración de poder, porque se trataba de completarla con la de los Estados Unidos y la amistad del Japón. El enemigo de esa poderosa constelación sería Rusia, de quien Inglaterra recelaba que cayese ora sobre la India, ora sobre el Mediterráneo. Francia, aliada de Rusia, hubiera visto disminuído su rango internacional, eclipsada por esa deslumbrante combinación de fuerzas. Si Inglaterra hizo con Francia, pocos años después, la "entente cordiale", fué porque la Alemania de Guillermo II y de Bülow, que no era la Alemania de Guillermo I y de Bismarck, dejó escapar aquella ocasión que se le ofrecía de crecer en la paz, y prefirió la política de aldeana vanidad de asombrar a la propia Inglaterra con una competencia naval y unos designios de supremacía que produjeron al cabo la ruina de la monarquía germana.

"Joe" Chamberlain era un hombre de vasto genio y de implacable acción. De la estirpe de los Pitt, los Palmerston, los Gladstone, los Disraeli y los Churchill, trazó las bases, hoy seguidas, de la unidad económica del imperio, renunciando a la tradición librecambista, y ensanchó los dominios de la corona, aun a costa de la impopularidad de la guerra boer. Debajo de su sempiterno monóculo se abría en el ojal de su levita una orquídea, la orquídea de Chamberlain, que le caracterizaba, y que era como una alusión a tierras lejanas, a climas tropicales, a colonias soñadas desde la fosca penumbra londinense.

Su hijo Austen, por fuerza tenía que ser conservador, y representa fielmente a la Inglaterra satisfecha de Eduardo VII y Jorge V, cuyo problema no es el de acrecer sino el de mantener el estado de prosperidad y de prestigio heredados. Por eso el estilo de Austen Chamberlain era benévolo y señoril, como el de Baldwin, el de Lansdowne y el de Asquith, y en general el de todos los ingleses de este tiempo, salvo esos dos mastines de reserva que el imperio tenía apartados para un apuro: Lloyd George, el de 1916, y Churchill, el de ahora.

Una dama

No le bastó a Austen, para ese triunfo continuado que fué su existencia de político, la herencia paterna. Tuvo todavía una colaboración inapreciable en la función diplomática. La de lady Chamberlain, una mujer bella y elegante, de gran inteligencia, con quien se casó por amor, a esa edad serena en que el Dante erraba por la selva oscura y Beatriz le enviaba el socorro de Virgilio. Hay en política muchos tipos de mujer, desde la intrigante hasta la coqueta; desde la Maintenon, discreta Mentora, a la Staël, despechada conspiradora, y desde las amorosas Pompadour y Hamilton hasta las Lupescu de nuestros días. Pero hay también el tipo de la colaboradora fiel, inteligente, atractiva. Un diplomático soltero es un diplomático incompleto. Un diplomático genial, unido a una mujer torpe y atrevida, está condenado al fracaso. Sólo Talleyrand pudo permitirse el lujo de casarse con aquella hembra que era bella y tonta como una rosa.



Tres generaciones: Austen Chamberlain con su padre, el gran "Joe", y con su hijo José. El diplomático no tenía gorra. No podía tenerla porque era un producto elaborado en las estufas políticas de Cambridge...

Lady Austen Chamberlain tenía la vocación de su matrimonio. Su nombre quedó unido al pacto de Locarno. Aunque hablar de esto sea rememorar ilusiones perdidas, no será inoportuno recordar que aquel famoso paseo por el lago, en que Briand y Stresseman allanaron sus más arduas diferencias, fué urdido con motivo de obsequiar a lady Chamberlain en el día de su cumpleaños. La excursión se hizo a bordo de un barquito que se llamaba "Flor de naranjo". Y la conciliación se logró en un ambiente de respetuosa galantería, en la fiesta de una gran dama. En su salón de Kensington hubiera visto desfilar a todas las personas distinguidas de la Gran Bretaña, pero no hubiera recibido homenaje tan cumplido como el de haber celebrado su aniversario con un capítulo inédito de la historia del mundo, servido en íntimo coloquio por los protagonistas de Europa. Todas las amarguras que comporta a una mujer estar unida a un hombre que tiene un oficio a veces tan poco compatible con la asiduidad conyugal, quedaban de golpe compensadas con la fortuna de asistir de tan cerca a hechos tan grandes. No es de extrañar que, ya viuda, lady Chamberlain, añorando la política, hubiese continuado sola la vida diplomática que aprendió a hacer al lado de su marido. Así pudo vérsela, durante el gobierno de su cuñado Neville Chamberlain, ir a Roma más de una vez, y preparar el ambiente del acuerdo de 1937, y visitar la España nacionalista durante la guerra civil.

El paraíso perdido

Sir Austen Chamberlain es el representante de un momento de Europa. El hombre mejor vestido del mundo, el modelo de la corrección personal, el amigo de Francia, el mediador entre vencedores y vencidos, evoca aquellas virtudes propias de las épocas de abundancia y triunfo. Austen Chamberlain tenía un hermoso jardín alpino, creado y cuidado por sus manos. Las flores eran para él una pasión comparable a la que Churchill siente por los tanques. Hoy su patria ha tenido que arar sus parques, y sembrar papas donde antes había rosas. La diplomacia es una profesión arqueológica, enmudecida por la actividad militar. Los lores han aprendido en los subterráneos a concertar sus ronquidos con los del "canillita" que duerme al lado. Caen las bombas. Arden los pueblos. Los Soviets, tan poco estimados por sir Austen, están ayudando a salvarse a los ingleses. Las buenas formas no son el estilo oficial de los gobiernos. Es verdad que Eden todavía usa buena ropa, y que lord Halifax tiene palabras suaves, y que Roosevelt no ha perdido su aire de pastor protestante. Pero el mundo está gobernado por puños cerrados, por mandíbulas apretadas. Stalin se come las boquillas en que fuma. Churchill digiere sus cigarros de hoja. Hitler lanza sus gritos estridentes desde la tribuna del Reichstag. Mussolini se queda ronco en su balcón romano. Todo es trepidación, paroxismo, crispación. Austen Chamberlain, hombre de un período de transición, llegó hasta los linderos de la catástrofe y se fué. Se diría que olfateó el mundo feo y descompuesto de ahora, que percibió el rumor del odio, y decidió marcharse, con su ilusión de paz, plegada debajo del brazo, a un mundo mejor. Desde esta orilla atormentada, añoramos aquel tiempo en que era posible ver florecer un hombre del buen corte moral, del alma apacible y elegante, de Austen Chamberlain, diplomático natural, de corazón y de escuela, que creía en la buena voluntad de los hombres. ◈

En el próximo número: GUSTAVO V, EL DECANO

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES

Por Fernández Moreno



ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DIBUJO DE RAUL VALENCIA

Frutas nocturnas

De pronto, en una encrucijada, a las dos de la mañana, surge un puesto de frutas: una casilla de madera, pintada de verde, unos soportes, unas lonas grises y el municipal letrero correspondiente. Algo improvisado, de poca monta, entre caseta de playa y tienda de campaña. La encrucijada es típica: dos calles anchas, de casas irregulares, sobre las que el cielo y las estrellas se desploman fácilmente como en la pampa. Las dos calles se disparan en los cuatro sentidos; una de ellas, con jardinillos y bancos de mármol; otra, con los refugios, esas fichas de cemento que parecen que pudieran correrse con el dedo. Y disparan en cuesta, flanqueadas de masas de follaje verdinegro, y la botonadura de ópalo de los focos por arriba, con sus adoquines pavonados, aceitados, y los rieles dibujando una sonrisa más siniestra que nunca. En tres de las esquinas hay negocios cerrados, dos con los toldos recogidos; en la otra, un alto paredón de ladrillos sonrosados, con avisos, y lleno de nombres de candidatos políticos y de mala ortografía. El púlpito del agente de tránsito está vacío, y su sombrilla iluminada. Los postes del tranvía se levantan como troncos sin ramas, como mesanas sin velas. Y en todas partes, la brisa ligera que hace vivir a la noche.

* * *

Es una región luminosa, aromada, desnuda. Sobre el plano inclinado de unas tarimas, en cajoncitos simétricos, acaba de sazonarse la fruta bajo la luz eléctrica. Allí están las manzanas que, aunque no los tienen, parecen colmadas de hoyuelos; las naranjas, que incendian los mercados del mundo; los pomelos, atacados de anemía crónica. Frutas sólidas, macizas, de trabajo. Por excepción, bananas o ciruelas. No hay fruta rica, delicada. Los cajones de frutillas, las frutillas, sólo de vez en cuando asoman por el barrio sus naricillas aplastadas, como si hubieran viajado con ellas pegadas al vidrio de una ventanilla. También hay un friso de ananás con profusión de hojas, de esas hojas que tienen algo de plumas tropicales, de cacique. En el fondo de la casilla, algunos comestibles, alguna ropa colgada, y alrededor el silencio y la tiniebla clandestinos.

* * *

Para el hombre de la blusa blanca y del gorro ladeado, lo importante es esperar con paciencia y arreglar su mercancía, cosa de empalmar con la aurora y con la feria franca. La fruta se le ofrece, se le doblega entre las manos, plástica y femenina, fácil y dócil de acomodar. Yo nunca he visto a nadie comprar a estas horas. ¿Quién, a las dos o tres de la mañana, tendrá humor de comprar en estos puestos? ¿Acaso el tahur, que sale del garito, el pelo revuelto y la lengua seca? ¿Acaso el amante despechado que encontró cerradas las rejas de oro, y a quien tan bien le haría un racimo de uvas estrujado en la boca? ¿O el canillita que espera vender su último ejemplar, ya manoseado y marchito? Parece que no tuvieran éstos puestos otra función que la meramente suntuosa. Son horas de acidulada soledad. El hombre, con su blusa fantasmal, va de una parte a otra. Da un toque delicado a sus pirámides frutales. Se sienta. Bosteza.

* * *

De las cuatro esquinas comerciales, sólo trabaja el garage: golpes sordos entre luces amarillentas y palabras sueltas. En el centro, entre cien trastos bisuntos, hay un auto aupado, levantado como en una bandeja. Es el instante en que ruedan esos carretones torreados, con aspecto de catafalco, y en cuya cumbre dos o tres hombres de contornos borrosos arreglan la telaraña de los cables eléctricos. El cobre desnudo brilla como un recto relámpago. El vigilante se mueve a grandes zancadas, o se derrumba sobre una fachada como un pelele con brazos de yeso. Un poco más y aparecen los pegadores de carteles, con sus baldes de engrudo y sus brochas, esas brochas chorreantes que vencen todas las muñecas. Los tranvías y los ómnibus atraviesan raudamente la zona paradisíaca. Aparece la luz. De la iglesia vecina, de agudo campanario, y a cuyo jardín corresponde la tapia de ladrillos, bajan horas y campanadas. Desfilan los primeros obreros y se llevan como un tesoro un par de naranjas. Y algunas beatas de velillo y zapatos de lana.

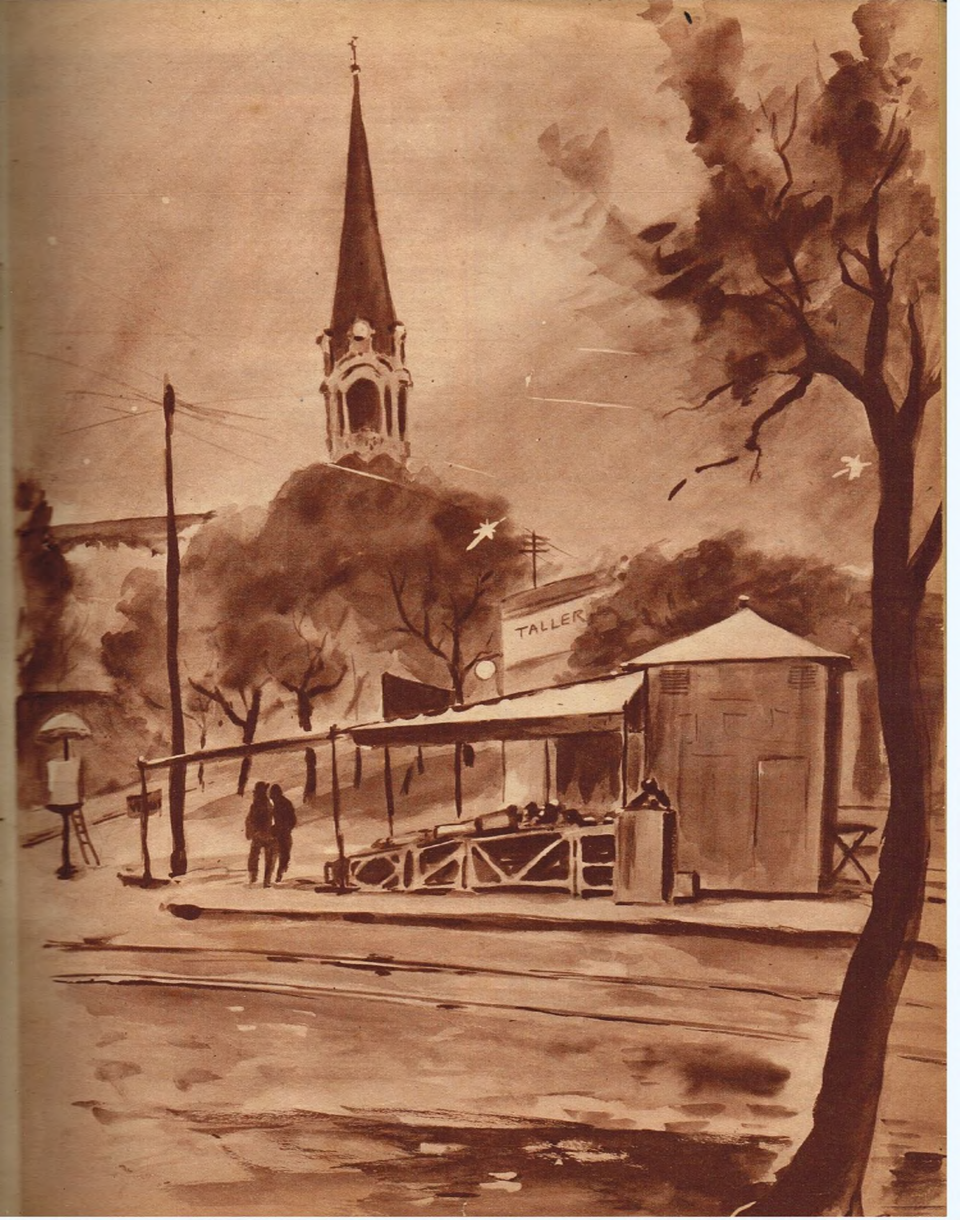
* * *

El último transeúnte se ha detenido a charlar con el encargado del puesto.

—Se le ha de hacer larga la noche, amigo, ¿eh?

—No, señor. Siempre hay algo que hacer. Trabajando, se pasa pronto la noche.

—Y la vida.


TALLER

ACTUALIDADES

DON MANUEL RODRIGUEZ GILES. — Hondas manifestaciones de pesar suscitó en los medios periodísticos porteños el fallecimiento de don Manuel Rodríguez Giles, subadministrador de "La Nación", diario al que consagró largos años de meritoria y brillante actividad. El sepelio de sus restos, efectuado el 16 del mes actual en el cementerio del Oeste, con asistencia de elementos representativos de los más diversos órdenes de la vida local, constituyó un auténtico y emocionante homenaje de respeto a su memoria.

EN RIO DE JANEIRO. — Prosigue sus deliberaciones la conferencia de cancilleres reunida en la capital carioca bajo la presidencia del ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, doctor Osvaldo Aranha, quien aparece en la foto acompañado por el doctor Ruiz Guiñazú y el embajador argentino en el país hermano.







FIESTA DEL TANGO. — Continuando la serie de reuniones mensuales dedicadas a diversos aspectos de la música, acaba de celebrarse con todo éxito en el Club Sportivo Barracas la Fiesta del Tango. La foto de abajo muestra un grupo de músicos y artistas radioteatrales que intervinieron en dicha fiesta, acompañados por el secretario, señor Enrique H. Puccia, y otras autoridades del club. La de la parte superior, un aspecto del asado criollo con que fueron obsequiados los participantes.



GRAFICAS



LITERARIAS. — El doctor Juan Julián Lastra, autorizado crítico literario, autor de "La obra poética de Ricardo Victorica", bella y conceptuosa monografía que acaba de aparecer, en excelente edición privada, y en cuyas páginas, densas de erudición y sentido humano, se glosa y exalta la fecunda labor del inspirado poeta y distinguido orientalista.

•

EN EL CLUB HONOR Y PATRIA.—A una lucida reunión social, celebrada en los salones del club Siriolibanés Honor y Patria, dió lugar días pasados el casamiento de la señorita María Laura Obeid, hija del secretario de dicha institución, con el doctor Daniel Rivas. La fotografía muestra un aspecto parcial de dicho acto.





ALMUERZO CRIOLLO. — La firma Benegas Hnos. y Cía. Ltda., de la capital federal, reunió a su personal en el acostumbrado almuerzo criollo que dicha firma comercial ofrece todos los años, con el objeto de estrechar vínculos entre sus obreros y empleados.

DEMOSTRACION. — Con motivo de su próxima partida a los Estados Unidos, donde se dedicará a estudios de tisiología, becado por la Comisión Nacional de Cultura, fué objeto de diversos agasajos el doctor José Gómez, quien aparece en la presente fotografía durante la comida servida en su honor en el transcurso del mes actual.



Valéry despide a Bergson

por
EDUARDO MALLEA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Yo no creo que exista — no la hay para mí — cosa tan intelectualmente conmovedora como el discurso de Valéry, pronunciado en la Academia Francesa, con motivo de la muerte de Bergson. Acabo de leerlo — las manifestaciones del espíritu nos llegan en este tiempo como un eco lejanísimo —, y no sé siquiera si esta profunda impresión será en igual grado compartible. Es probable que no todos tengan la misma sensibilidad para espectáculos de esta severa grandeza. Ellos son, en efecto, como la simplicidad en la elegancia: para distinguirla, para estimarla, hay que tener una segunda vista.

Pues este discurso, este discurso del más grande de los poetas contemporáneos, es lo más sobrio del mundo. Nada en él estalla en uno u otro efecto. Su solemne magnitud proviene de un ajuste insuperable de los atributos más sobrios y más precisos. Ningún énfasis, ninguna exclamación. Todo es, en esta despedida, justeza, necesidad. Y así su grande patetismo se origina en el espectáculo mismo de una inteligencia que rechaza todo lo que sea espurio o extranjero. En un gesto de supremo decoro, la inteligencia del más ilustre ensayista de nuestro tiempo, amenazada por el tiempo bárbaro, se recoge e instala en lo más inexpugnable de su categoría. Se instala en la precisión pura.

Todo se puede imitar, menos la inteligencia. Precisamente porque rechaza las fijaciones y nunca es igual a sí misma. Lo que se imita de las cosas es su repetición. Un gesto habitual — esto es, recurrente —, una modalidad frecuente, un tic, una insistencia característica en los mismos acentos de un ritmo, eso es lo imitable, o sea todo cuanto se repite en términos reconocibles. Ahora bien, la inteligencia, cuanto más singular, o sea, cuanto más inteligencia, menos propensa es a la repetición. Lo propio de la inteligencia es su perpetuo estado de virginidad, aquello que en su fisonomía se dispone a cambiar una dada expectativa en una dada expresión, una potencialidad tal en una tal resolución.

Lo que hay, así, de grande en este discurso pronunciado por Valéry bajo la cúpula de la Academia Francesa, es lo que tiene de inimitable. Su modo de inteligir y su manera de expresar esa intelección. La marcha de la máquina más precisa del mundo.

Se trataba, por añadidura, de un discurso eminentemente difícil. El primero dicho en la Academia después de vivirse en un París ocupado por esas caras extrañas y agresivas y esos uniformes sospechosos, ante los que la amargura de Francia debía guardar silencio. Y se trataba de despedir al más ilustre de los muertos franceses, a su primera mentalidad filosófica, al hombre en quien se resumían las virtudes más excelsamente típicas de la nación. ¿Qué podía decir, en esa emergencia, el primer poeta de Francia para despedir al primer filósofo de Francia? ¿Cómo podía dejar de osar y cómo podía osar? Tales cuestiones estremecen a un pueblo en quien la razón asumió siempre una presencia cenital.

Pues bien, Valéry se levanta y dice cómo esperaba que las primeras palabras habían de ser pronunciadas en ese recinto al abrirse las nuevas sesiones, fueran un voto porque el año presente deparara a los miembros de la Academia horas menos amargas, menos siniestras, menos terribles que las pasadas en 1940; pero he ahí que el nuevo año comienza por golpear en la cabeza a la Compañía al acabar con la vida de Bergson. El cuerpo de ese hombre ilustre ha sido inhumado con una ceremonia de imponente y trágica sencillez. "El Estado francés — dice Valéry, y piense el lector en la amarga, implícita ironía de estas palabras — estaba representado por el señor embajador De Brinon."

He ahí que la nación no ha podido llegar entera, de pie a cabeza, para decir adiós a su más alto pensador.

Como dice Valéry después, ese hombre era "el ejemplar más auténtico de las virtudes intelectuales más elevadas." Y agrega: "Una suerte de autoridad moral en las cosas del espíritu se unía a su nombre, que era universal." Una suerte de autoridad moral en las cosas del espíritu. Véase qué categoría, qué rango, qué jerarquía. No sólo una autoridad en las cosas del pensamiento: una autoridad moral en las cuestiones de pensamiento. Y así añade Valéry que en el mundo de las ideas nadie podrá enorgullecerse de haber suscitado en sus discípulos similar devoción, similar fervor.

Una formación, un ideario, una filosofía del todo opuestas sustentaban estos dos creadores eminentes, Valéry y Bergson. El uno pensaba ante las operaciones de la inteligencia, de la vida en términos de arquitectura; el otro pensaba ante las mismas manifestaciones en términos de crecimiento intuitivo. El uno es sequedad, ascetismo; el otro era jugo, vitalidad. El pensamiento del uno podría representarse por analogía mediante las formas de la geometría del espacio; el pensamiento del otro, mediante las formas frutales. Los dos con eminente densidad; los dos plantados en una altura sin comparación en nuestro tiempo.

Valéry — cuyo discurso de recipiendario al ingresar en la Academia fué una hábil (escandalosa) omisión del nombre de su antecesor, M. Anatole France — salta ante la desaparición de Bergson por encima de esas diferencias y conforma su pensamiento al curso de ese río cesado.

Habla de la hora en que apareció Henri Bergson. Hora crítica del pensamiento occidental. "En esa época — dice —, la potente crítica kantiana, armada de un temible aparato de control del conocimiento y de una terminología abstracta muy sabiamente organizada, dominaba la enseñanza y se imponía incluso a la política, en la medida en que la política puede tener algún contacto con la filosofía. Monsieur Bergson no fué ni conquistado ni intimidado por el rigor de esa doctrina que decretaba tan imperativamente los límites del pensamiento, y se propuso sacar a la metafísica de la especie de descrédito y abandono en que la había encontrado reducida... Mientras los filósofos — desde el siglo XVIII — habían vivido, en su mayoría, bajo la influencia de las concepciones psicomecánicas, nuestro ilustre cofrade se dejó seducir felizmente por las ciencias de la vida. La biología lo inspiraba. Consideró la vida y la comprendió y concibió como portadora del espíritu. No temió buscar, en la observación de su propia conciencia, algunas luces sobre problemas que nunca serán resueltos. Pero había prestado el servicio esencial de restaurar y rehabilitar el gusto de una meditación más próxima de nuestra esencia que lo que puede serlo un desarrollo puramente lógico de conceptos a los cuales, por lo demás, es en general imposible prestar definiciones irreprochables."

He ahí Valéry lanzado a la defensa de lo que no comparte. ¿No es acaso él un rapto del hombre hacia el conocimiento, con la condigna esfumación deseada de los pesos entrañablemente biológicos, oscuros?

Añade: "El verdadero valor de la filosofía no es otro que el de reintegrar el pensamiento a sí mismo. Este esfuerzo exige de aquel que quiere describirlo y comunicar lo que le aparece en su propia vida interior, una aplicación particular y hasta la invención de una manera de expresarse conveniente a ese fin, ya que el lenguaje expira en su propia fuente. Es aquí donde se manifiestan todos los recursos del genio de M. Bergson. Osó pedir en préstamo a la poesía sus armas encantadas, cuyo poder combinó con la precisión de que un espíritu nutrido en las ciencias exactas no puede apartarse nunca".

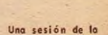
En esas líneas se refugia, velado, otro rasgo de la ilustre discrepancia. Pues todo el arte poético de Valéry consiste, al revés del pedido que su creador atribuye a Bergson de las armas de la poesía para el combate del pensamiento, en una solicitación de las armas del pensamiento puro para el combate de la poesía. Por eso se llama a su poesía, poesía del conocimiento. Bergson se permite concebir el

bajo la cúpula

pensamiento como un Prometeo a quien hay que licenciar de las cadenas de la abstracción tiránica; Valéry, al contrario, no osa soñar en ningún tipo de licencia. No piensa más que en atar sus facilidades, en encadenarlas y disciplinarlas. Ha escogido como su lema el *ostinato rigore* de Leonardo. Para él, el ejercicio de las potencias creadoras es hijo de un obstinado rigor. Lo que pasa es que, por razones complejas, Valéry tiende a la precisión por un solo camino, teme, no se permitiría seriamente escoger otro, la aventura lo horripila; mientras Bergson, por cualquiera que tome, está seguro de *vivir*, de morar en ella. El capital de Bergson parece demasiado rico para el ahorrativo Valéry.

Pero en el discurso bajo la cúpula, pesa sobre cada palabra lo augusto de la figura a quien solemnemente se despide. (Solemnemente — ¡oh, americanos de dispendioso origen español! —, porque cada palabra, en ese recinto, gracias a estar habitado por la especie de inteligencias que lo ilustran, está contada, pesada, dividida, como la justa inscripción en las paredes de Baltasar al entrar Ciro en Babilonia. La solemnidad auténtica del pensamiento está en la justeza de ese pensar, contar, dividir. ¡Ah, no en el lujo, en el derroche verbal, sentimental, americanos!) Valéry no se consiente, en su sobrio discurso, una demasía, un juicio excesivo. Y en esa severidad, en esa precisión, en esa dureza diamantina reside la grandeza de esta despedida entre señores.

Una amargura de Valéry que se filtra: "Henri Bergson, gran filósofo, gran escritor, fué también, y debía serlo, un gran amigo de los hombres. Su error consistió, tal vez, en pensar que los hombres valían la pena de que se fuera su amigo". Dice luego el gran poeta que Bergson trabajó con toda el alma en la unión de los espíritus y los ideales, unión que le parecía deber proceder a la de los organismos políticos y las fuerzas. "Pero — se pregunta Valéry — es quizá lo contrario lo que ha de verse. Tal vez hay que considerar como específicamente humanos los antagonismos tan varios que existen entre los hombres..." Luego encarece Valéry el sentido religioso implícito en la idea bergsoniana de que la suerte misma del espíritu es inseparable del sentimiento de su presencia y de su valor universal. Y se pregunta cuáles habrán sido los sufrimientos, ante el presente descalabro del mundo, de un alma para quien el sentido de la vida, desde sus manifestaciones más simples y más humildes, era esencialmente espiritual.


Henri Bergson.


Una sesión de la Academia francesa.

El insigne creador de los versos del "Cementerio marino" sufre gravemente, aunque casi sin dejarlo notar, ante el tormento final que imagina destruyendo los días últimos de Bergson. Toda su figura laicamente ascética y demacrada se recoge para decir al final que ésta muy alta, muy pura, muy superior figura del pensamiento, siendo de los que más exclusivamente, más profundamente y más superiormente han pensado en medio de un mundo donde cada vez se piensa menos, pasa, al irse, como una figura de otra edad y "su nombre es el último gran nombre de la historia de la inteligencia europea."

El más alto poeta contemporáneo dice esto de su compañero muerto, de su grande hermano en la rara comunidad de la inteligencia. ¿No se dice al decirlo — tremendamente — adiós a sí mismo?

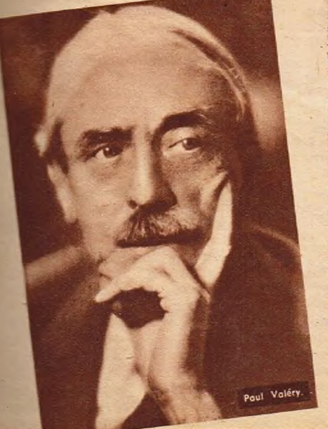
Me parece ver, erguida, a la eminente figura, bajo la cúpula, con sus ojos de acero penetrante, su frente recorrida por los surcos del más viejo pensamiento del mundo, mirando vacilar lo que el espíritu humano tardó centenares de años en criar, velándolo en los inviernos de la historia y apuntalándolo contra los diferentes vendavales.

Como el árbol que al ser hachado en el poema de Thomas Hardy derriba, al caer, doscientos años de firme crecimiento, he aquí que parece en esta hora ir a derribarse ese otro gigantesco árbol: siglos y siglos de una cuidadosa cultura de la inteligencia de la especie.

Ante un dolor de esta jerarquía, ante el dolor de Valéry, ¿qué hacer, sino guardar silencio?

Eso es lo que hago, contigo, lector acompañante. ◈

Eduardo Mallea





De **RICARDO ROJAS**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

EL RUNAUTURUNCU

El misterio de las metamorfosis ha poblado con sus creaciones la selva mediterránea; y entre ellas hay un mito al cual los moradores de esas comarcas llaman *runauturuncu* en el idioma tradicional. Forman su nombre dos palabras quichuas: hombre y tigre, respectivamente. Aplícase el vocablo a un ser humano transformado en felino por esotérica virtud. Ya hablaron los antiguos de estos seres extraños, aunque eligieron para sus leyendas al lobo de las licantropías. El árcade Alphesibeo de Virgilio alude en la "Egloga farmaceutria" a hierbas marinas que comunicaban este don singular.

...Nascuntur plurima Ponto,
His ego sæpe lupum fieri et se condere sylvis
Mœerim...

Más tarde las campañas europeas cultivaron historias de *loups garous;* pero el individuo metamorfoseado era víctima en ellas de la fatalidad. Hoy mismo lo creen en el mediodía de Francia, donde les llaman *loulerous.* Al llegarle cierta hora de la noche, abandona su lecho como arrebatado por una fuerza ciega y superior; dirígese a un estanque, donde entra hombre por un lado y sale bestia por el otro; ululando recorre las campiñas; y vuelve, al amanecer, a su primera forma. Según las tradiciones, los pastores se han visto muchas veces obligados a defenderse, sintiéndose en caso de herirle o asesinarlo.

El runauturuncu santiagueño, si bien pariente de la fábula latina y del mito francés, aparece con los caracteres de una creación aborigen. Todas las supersticiones populares tienen su equivalente en otras épocas y zonas, impresa en ellas el rasgo común de la naturaleza desconocida.

El indio-tigre es más bien un brujo, que no el juguete de los sinos aciagos. Los relatos del bosque no descubren, sin embargo, el secreto de su virtud maravillosa. Sin duda fué en su origen el poder obtenido en pacto con Zupay, ya para un acto de venganza, ya para unir su inteligencia humana a la pujanza animal, tornándole más fácil la existencia en medio de los montes. Y si hoy ya nadie siente repercutir en los ámbitos de la selva los rugidos de aquel ser mitológico y siniestro, producto genuino de la tierra donde nació, en ella vive todavía, por las tradiciones de esa raza cuyas extrañas leyendas aprendí en la niñez.

* * *

Una de las estancias del país fué cierta vez alarmada por la presencia de un tigre. El diseminado chocil se dispersaba en la breña: aquí un puesto, más allá un negocio, lejos el rancho de un peón. El peligro común reunió a sus moradores, pues la fiera andaba por la espesura cercana. Quedaba rastro de su paso: tal cerco aportillado; un caminante herido; el sello de su garra en el fango ya seco; varias ovejas muertas, de las que ni siquiera bebió la sangre, como en abuso de crueldad... La víspera parecía haber llegado hasta las casas, pues un muchacho — temblorosas la voz y la persona — avisaba a los adultos allí presentes:

—Sí; anoche, estando yo despierto, lo he sentido bramar al otro lado del río.

Deliberaban si no sería un tigre cebado, como llaman al que habiendo probado carne humana una vez, la prefiere y hace de ella su presa. Y el rapaz agregaba:

—Se oyó también tropel de haciendas en el monte; relinchos y brincoteos en el corral; gruñidos en el chiquero, y las ovejas lloraban de miedo como criaturitas asustadas.

Al saber estas revelaciones, todos quedaron estupefactos, hasta los gauchos que bravuconeaban próximas hazañas; y no se diga las tímidas mujeres, con los hijos prendidos a las faldas o enhorquetados en las robustas caderas.

Se convino, por fin, en la urgencia de matar al felino. Una partida de los mozos más arrojados del lugar defendería las inmediaciones de la casa, mientras mandaban un propio para buscar al cazador. Es la caza del tigre en la selva mediterránea todo un oficio, como el de hachador o melero. Gratifican los vecindarios el beneficio que reciben al verse libres de semejante azote,

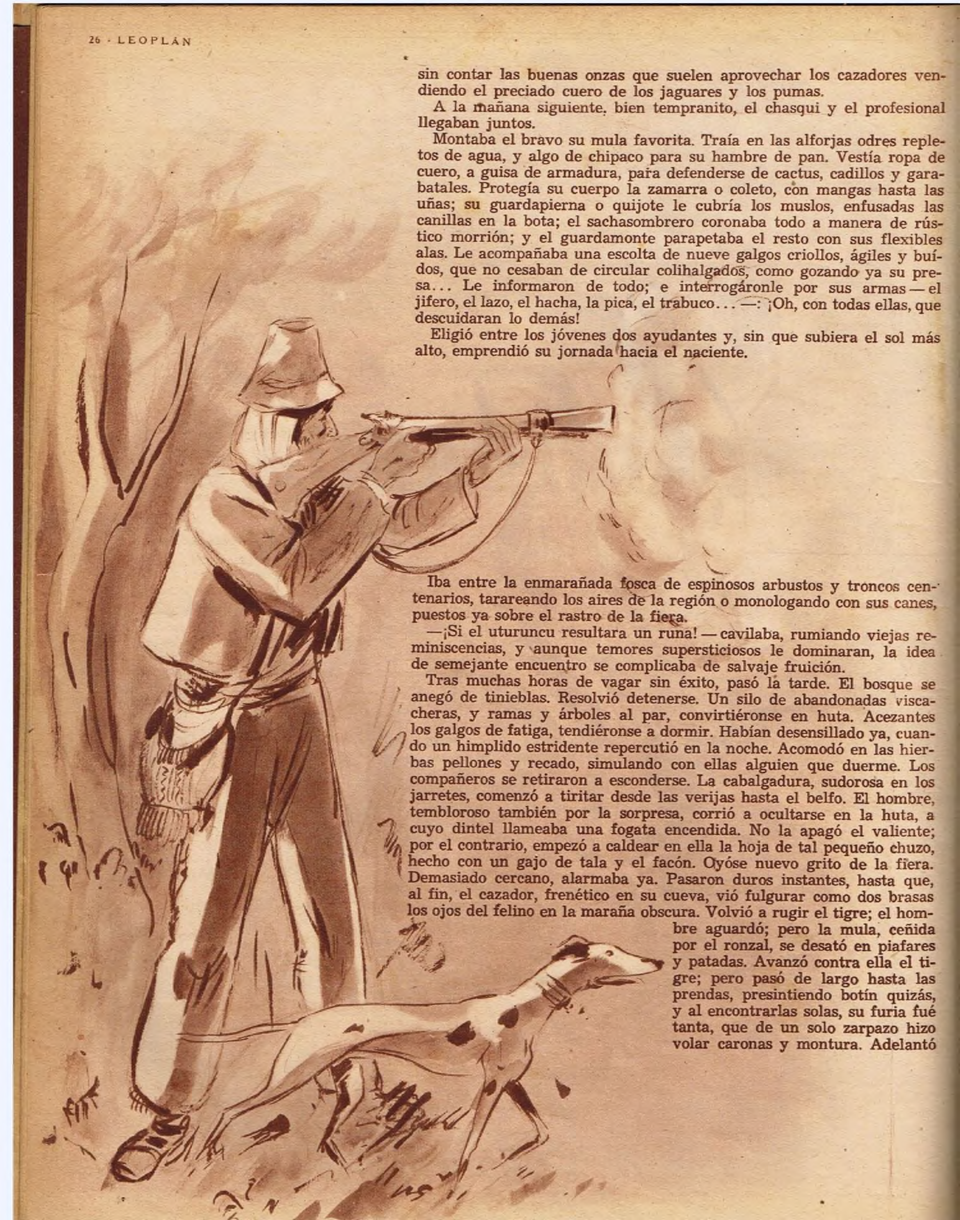


sin contar las buenas onzas que suelen aprovechar los cazadores vendiendo el preciado cuero de los jaguares y los pumas.

A la mañana siguiente, bien tempranito, el chasqui y el profesional llegaban juntos.

Montaba el bravo su mula favorita. Traía en las alforjas odres repletos de agua, y algo de chipaco para su hambre de pan. Vestía ropa de cuero, a guisa de armadura, para defenderse de cactus, cadillos y garabatales. Protegía su cuerpo la zamarra o coleto, con mangas hasta las uñas; su guardapierna o quijote le cubría los muslos, enfusadas las canillas en la bota; el sachasombrero coronaba todo a manera de rústico morrión; y el guardamonte parapetaba el resto con sus flexibles alas. Le acompañaba una escolta de nueve galgos criollos, ágiles y buídos, que no cesaban de circular colihalgados, como gozando ya su presa... Le informaron de todo; e interrogáronle por sus armas — el jifero, el lazo, el hacha, la pica, el trabuco... —: ¡Oh, con todas ellas, que descuidaran lo demás!

Eligió entre los jóvenes dos ayudantes y, sin que subiera el sol más alto, emprendió su jornada hacia el naciente.



Iba entre la enmarañada fosca de espinosos arbustos y troncos centenarios, tarareando los aires de la región o monologando con sus canes, puestos ya sobre el rastro de la fiera.

—¡Si el uturuncu resultara un runa! — cavilaba, rumiando viejas reminiscencias, y aunque temores supersticiosos le dominaran, la idea de semejante encuentro se complicaba de salvaje fruición.

Tras muchas horas de vagar sin éxito, pasó la tarde. El bosque se anegó de tinieblas. Resolvió detenerse. Un silo de abandonadas viscacheras, y ramas y árboles al par, convirtiéronse en huta. Acezantes los galgos de fatiga, tendiéronse a dormir. Habían desensillado ya, cuando un himplido estridente repercutió en la noche. Acomodó en las hierbas pellones y recado, simulando con ellas alguien que duerme. Los compañeros se retiraron a esconderse. La cabalgadura, sudorosa en los jarretes, comenzó a tiritar desde las verijas hasta el belfo. El hombre, tembloroso también por la sorpresa, corrió a ocultarse en la huta, a cuyo dintel llameaba una fogata encendida. No la apagó el valiente; por el contrario, empezó a caldear en ella la hoja de tal pequeño chuzo, hecho con un gajo de tala y el facón. Oyóse nuevo grito de la fiera. Demasiado cercano, alarmaba ya. Pasaron duros instantes, hasta que, al fin, el cazador, frenético en su cueva, vió fulgurar como dos brasas los ojos del felino en la maraña obscura. Volvió a rugir el tigre; el hombre aguardó; pero la mula, ceñida por el ronzal, se desató en piafares y patadas. Avanzó contra ella el tigre; pero pasó de largo hasta las prendas, presintiendo botín quizás, y al encontrarlas solas, su furia fué tanta, que de un solo zarpazo hizo volar caronas y montura. Adelantó

más aún, gruñendo entre dientes, hozando junto al fogón, y el gaucho, desde la sombra, calentada hasta el rojo la cuchilla, le clavó su alabarda en el costillar.

—¡Erre, su maula! — chilló, saltando el heridor, al propio tiempo que chisgueteaba un chorro.

—... (?)

Algo dijo la fiera al incorporarse del revuelco; pero el tigrero nada comprendió. Sudor helado le corrió por las sienes. ¡Quince años profesionales y jamás le había acaecido semejante percance!... Entretanto, la víctima, zafándose de unos perros que la mordían de atrás, mientras otros le dentellaban el flanco, se disparó hacia el bosque, dando alaridos y manando sangre... ¿No serían ciertas, acaso, las historias del runauturuncu?... El llegaría a descifrar el misterio, y poseído de esta obsesión, esperó la mañana, se reunió a los suyos, montaron de nuevo y siguieron el rastro revelador.

Llegó hasta una pequeña loma sola donde encorvábase un tanto el suelo siempre llano, permitiendo contemplar sobre el monte, como un océano, el moteado panorama de las copas belmares. Era una vieja tapera, cubil del tigre ahora. Había una choza en medio, y un paloapique en torno, acorralando el lóbrego recinto, donde se amontonaban cráneos y fémures deshechos, carnes y ropas desgarrados. Silencio y soledad solemnizaban el paisaje. En aquel momento insurgía el sol tras de la arboleda, entre glorias de púrpura. Esto debió comunicarle coraje al cazador, vacilante hasta allí, pues que vibrante de ánimo traspuso el umbral del seto. Detúvose nuevamente a las puertas de la mansión fúnebre, cuando asomó tras del quicio, arrastrándose con pena, una cabeza humana, cuyo cuerpo se perdía en la penumbra interior. De su pecho goteaba sangre, y sus labios, con palabras dolientes, imploraban piedad.

—¡Es el runa!—musitó el gaucho, como si hablara consigo mismo. Y el ex-uturuncu, entonces, le ofreció las riquezas acumuladas, botín de sus matanzas, si le dejaba la vida; pero el cazador, que ya sentíase vencedor del misterio, descargó un trabucazo formidable sobre la cabeza del indio. Y se volvió a la estancia, llevando este nuevo episodio del mito selvático, cuya fiereza inteligente y fecunda ha inspirado tantas leyendas en la tradición americana. ◈

(De "El país de la selva".)

Qué son y cómo actúan la corriente

"En la orilla del río, ella y él charlan desmadejadamente..."

En la arena

TARDE de "week end" junto al Plata. La mancha aleonada del río se distiende hasta el confín lejano. En la ribera hay una doble algarabía: la algarabía sonora de mil voces que gritan, que chillan o que charlan, acompasadas por la orquesta que desde el casino cercano, y multiplicada por los altavoces, lanza al aire las notas dulzonas de un "blue", y la algarabía cromática de las carpas y los quitasoles de la playa, que compiten en color con las mallas policromas — y tan someras — de las bañistas, vibrantes bajo el sol estival.

Tendidos en la arena, ella y él charlan desmadejadamente. Acaban de darse una zambullida en el río, y él protesta:

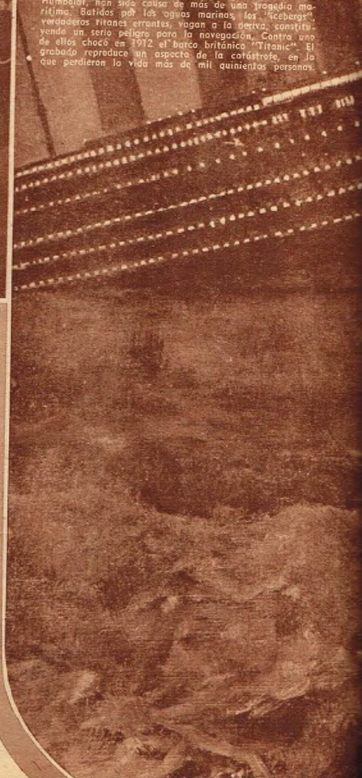
—Es un asco el agua. Está tibia. ¡Y en vez de refrescar, calienta. ¡También, cómo la pone el sol!



Una vista de Viña del Mar, cuyas aguas son asombrosamente frías por la corriente de Humboldt.

La corriente de Humboldt

—No te quejes del agua tibia — aconseja ella —. Por lo menos, uno puede zambullirse, y algo refresca. ¡Si tú conocieras los mares de Chile! Nosotros fuimos el año pasado. Estuvimos en Penco, en Constitución, en Zapallar, en Viña del Mar. Pero no había manera de bañarse. Ibamos de mañana a las playas, y el agua estaba fría como una ducha de invierno. Ibamos por la tarde, y parecía que le hubieran agregado hielo. Mientras más calor hacía,



Los grandes deshielos, originadores de la corriente de Humboldt, han sido causa de más de una tragedia marítima. Batidos por las aguas marinas, los "icebergs", verdaderos titanes errantes, vagan a la deriva, constituyendo un serio peligro para la navegación. Contra uno de ellos chocó en 1912 el barco británico "Titanic". El grabado reproduce un aspecto de la catástrofe, en la que perdieron la vida más de mil quinientas personas.

de HUMBOLDT y el GULF-STREAM

Por
Luis Enrique Carrera

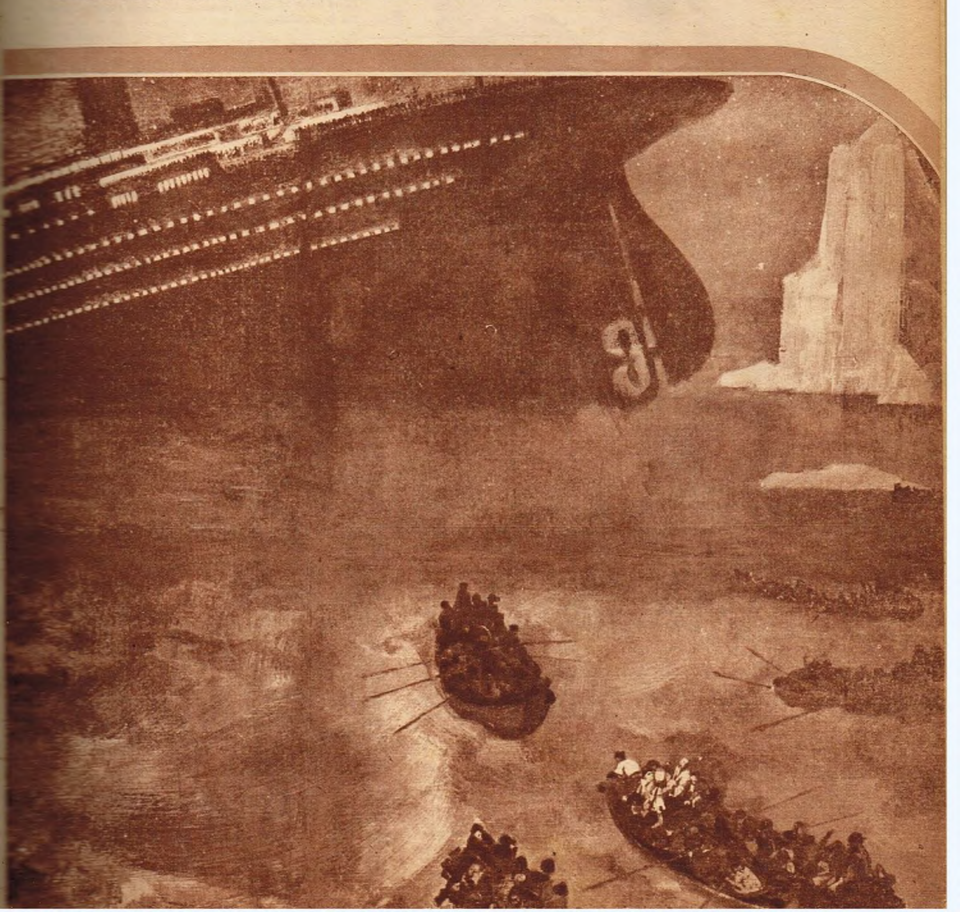
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

más fría estaba el agua. Los chilenos, que están acostumbrados a su mar, gozaban bañándose allí. No te digo que no sea delicioso, en un día de gran calor, sumergirse en el mar helado. Pero, ¡quién se mete en él! Apenas ponía los pies en el agua, empezaba a tiritar... ¿Por qué serán tan fríos los mares de Chile?

–Es la influencia del hielo polar. El polo sur...

–¡Che! Pero el polo sur está muy lejos. Admito que en Penco, que está muy al sur, pueda influir. Pero te hablo de Viña del Mar, que está en la misma latitud que Buenos Aires.

–Es la influencia – te repito – del hielo polar. Corre a lo largo de la costa chilena una corriente que se llama de Humboldt. Nace en la barrera de hielos del Antártico, junto al formidable "pack-ice" que defiende la entrada al polo austral. Y corre rumbo al norte, en busca del trópico. E imagínate tú la temperatura que tendrán esas aguas, que no sólo la costa de Chile, sino la subtropical del Perú, sufre su influencia. Avanza rápida e inmiscible, y sólo algunas millas antes de llegar al ecuador pierde por entero su poder refrigerante, confundiéndose con las aguas calientes del trópico.





"—De buena gana me fumaría un cigarrillo—pide ella después de un rato. Y se quedan de espaldas al sol, recibiendo la caricia violenta de los rayos que queman pero vivifican".

costa chilena hacia el norte, Humboldt observó la existencia de esa corriente marina, que es como un ancho río de agua fría, que corre por el cauce de las aguas normales del mar, y que, además de su frigidez, tiene otra característica: su velocidad. Marcha hacia el norte a unos 15 kilómetros por hora, prolongando la primavera en el verano de la costa chilena.

—Entonces — concreta ella — la descubrió Humboldt.

—No puede decirse que fuera descubierta por él. Los viajeros de aquellos siglos, tan duros, de navegación a vela, solían aprovecharla en sus travesías de Magallanes hacia el Perú. Tomaban la corriente como quien sigue un curso río abajo, y se dejaban llevar por ella. Pero al regreso tenían que esquivarla, porque bajar hacia el sur siguiéndola, era como marchar contra la corriente.

La isla donde vivió Robinsón Crusoé

Un marino español, Juan Fernández, tratando justamente de soslayarla, se adentró en 1565 por el Pacífico, en busca de una ruta más propicia del Perú al estrecho, y pasado el meridiano 45 descubrió unas islas que han sido famosas: las que llevan su nombre.

—¿La isla de Robinsón Crusoé?

—Justamente. Allí vivió solitario, abandonado en 1704 por el capitán de su barco, Alejandro Selkirk, un marino escocés. Rescatado después de cinco años de aislamiento, Selkirk regresó a su patria. Allí conoció a Daniel de Foe, y éste inmortalizó su aventura en el famoso libro que has nombrado. Pero las islas de Juan Fernández son, también, célebres por otra causa...

—¡Las langostas! — interrumpe ella, gozosa de demostrar que si anda mal en historia, no falla en gastronomía.

Se quedan un rato silenciosos. A lo lejos, algunas velas albas interrumpen la monotonía parda de las aguas. Fluye una suave poesía de esas barcas lejanas, que pasan, se alejan y vuelven, llevadas por el capricho de los vientos.

Titanes errantes

—¿Y esas aguas frías, a qué se deben?

—A los deshielos. Durante el invierno, como sabes, el casquete polar del sur se congela hasta una latitud increíble. La barrera de hielo, que en el verano se recoge hasta el paralelo 65, y que deja muchos huecos por donde pasarla, libertando las islas Georgia, las Orcadas y hasta las Shetland, avanza hacia el norte, sobrepasa el paralelo 60, se extiende al sur de nuestro país, por el estrecho de Drake, hasta las proximidades del cabo de Hornos, e inclusive aísla a la Georgia del sur, que está situada a la misma altura que Ushuaia, en el paralelo 55.

Pero con la llegada de la primavera, el sol empieza a calentar esas gigantescas masas. Y lentamente va abatiéndolas. Miles de kilómetros cúbicos de hielo empiezan a descolgarse. Batidos por las aguas marinas, que se vengan de su esclavitud invernal apenas se ven libres, esas colosales montañas se resquebrajan, se parten, entrechocan y se desmenuzan. Es una lucha de titanes. Piensa que algunos "icebergs" tienen cien metros de altura. Y otros llegan a pasar de los doscientos. Y calcula que el hielo flotante sólo deja a flor de agua la décima parte de su altura. Las otras nueve décimas quedan bajo el agua.

Esos témpanos de hielo son la más terrible amenaza de los navegantes. Llevados por las corrientes, marchan a la deriva. Con un témpano de esos chocó, en abril de 1912, el *Titanic*, orgullo de la flota mercante británica de esos días, en su viaje inaugural, de Liverpool a Nueva York. Perdieron la vida en la catástrofe más de 1.500 personas.

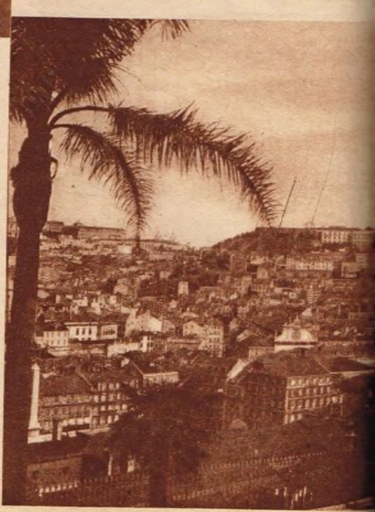
Un río dentro del mar

Ante la evocación de la tragedia, ella tiene un estremecimiento. Pero no dice nada.

—Esos "icebergs" — prosigue él — van disolviéndose lentamente en las aguas y comunicándoles su frío. Y se forma, entonces, esa corriente de aguas frígidas de que te hablé: la corriente de Humboldt.

—Humboldt. ¡Qué nombre raro! ¿Y por qué se llama así?

—Porque fué observada por un sabio naturalista de ese nombre, Alejandro de Humboldt. Allá por el año 1799, cuando la América latina era todavía una colonia, Humboldt, acompañado por otro sabio, Bonpland, vino a investigar la naturaleza del trópico. Hicieron la travesía por el cabo de Hornos. Y al tomar rumbo por la



El Gulf-Stream

—Otra corriente notable —reanuda la conversación él— es la del golfo de Méjico.

—Esa es de aguas calientes —apunta ella.

—En efecto —asiente él—. Y sigue su marcha a la inversa. Se genera en el trópico, del lado del Atlántico. Recoge las aguas recalentadas por el sol del norte del Brasil, de las Guayanas y de las Antillas, que suelen calentarse a 50 grados. Cruza el golfo de Méjico, sale por la península de la Florida. Y llevada no se sabe por qué impulso inescrutable, abandona las costas americanas a la altura del cabo Hatteras, se interna en el mar de los Sargazos y se dirige a Europa. Es, también, un ancho río que corre por el cauce del Atlántico, sin mezclarse con las aguas de ese océano. Y su influencia es de tal laya que lleva su calor hasta Islandia, e inclusive hasta Spitzbergen, la lejana isla del Artico, situada al norte de Noruega. Gracias a ella, según afirman los investigadores, las costas occidentales de Europa, desde Portugal hasta Noruega, disfrutan de una temperatura benigna, que favorece la vida humana y que, inclusive, provoca lluvias y otros fenómenos meteorológicos propicios a la vegetación. Gracias a ella, Lisboa, la capital portuguesa, puede enorgullecerse de las palmeras de sus parques, que sobreviven al invierno de esa región, mientras que Nueva York, situada en la misma latitud —40 grados norte—, sufre temperaturas invernales que llegan a descender a 30 grados bajo cero. Y gracias a ella, también, el acceso invernal al Cabo Norte y a la costa norte de Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia —situadas en el círculo Polar— no es del todo imposible en el invierno, mientras que gran parte del mar Báltico y el golfo de Finlandia —ubicados unos 10 grados bajo aquel círculo— quedan completamente cerrados a la navegación apenas termina el otoño.

"El hombre que arrancó el rayo a los cielos"...

—Esa corriente fué la que descubrió Ponce de León —señala ella.

—En 1513 —agrega él—. Pero su verdadero conquistador fué Benjamín Franklin.

—¿El de los pararrayos?

—Justamente. El hombre que, según reza el epitafio de su tumba, "arrancó el rayo a los cielos y el cetro a los tiranos". Franklin, cuya curiosidad científica lo llevó por todos los caminos de la investigación, se interesó por esa corriente. Y con los datos que le proporcionó el patrón de un ballenero de Nantucket, el capitán Folger, trazó un mapa del Gulf-Stream, que es como se llama esa corriente en inglés. Este mapa no pasa de ser hoy una curiosidad histórica. Pero el camino de la investigación estaba abierto. Y fué así como Maury, otro marino norteamericano, estudió algunos años después la corriente y señaló con precisión su curso. Tiene una velocidad de 10 a 14 kilómetros por hora. Alcanza un ancho de 80 kilómetros y una profundidad de mil metros. Muchos investigadores han seguido las huellas de Franklin y de Maury. Mediante flotadores lanzados a la deriva, se ha estudiado el curso del agua. Y no han faltado, sobre todo en estos últimos años, estudiosos como Edmundo Le Danois, un marino francés, que, si no a destruirla, han tendido a reducir la leyenda de la corriente del golfo a sus proporciones justas.

—De buena gana me fumaría un cigarrillo —pide ella después de un rato.

Y cuando han encendido los *rubios*, se quedan de espaldas al sol, recibiendo sobre sus cuerpos jóvenes la caricia violenta de los rayos que queman pero vivifican. ◈

Franklin, "el hombre que arrancó el rayo a los cielos", fué, en realidad, el que abrió el camino a la investigación de la un día misteriosa corriente del "Gulf-Stream".

Lisboa, la bella capital portuguesa, puede enorgullecerse de sus palmeras, que sobreviven allí en invierno, gracias al "Gulf-Stream".

¿QUIERE USTED SER ARTISTA?

A estas horas, el lector aprendiz del magnífico arte de ser artista ha de estar creyendo ya que lo sabe todo y que no necesita más para salir al tablado. Pero no es así; usted, señor lector, no sabe que los secretos del arte no se desentrañan así no más, en dos lecciones. Hasta ahora aprendió a besar, y esto, si lo aprendió, que yo desde aquí no lo puedo saber; y aprendió a hacer creer al público que está haciendo una cosa que no sabe y sin embargo la sabe, que es lo mismo que hacerse el zonzo como si uno no lo fuera y hacer creer que no lo es, siéndolo. Pero, por si aprendió bien, pasemos a otra lección. Se trata aquí de gritar debidamente y con impulso contagioso ese famoso "¡salve!" que se grita en los casos de gran entusiasmo teatral y siempre con una bandera en la mano. Observe usted el



ejemplo de la que vemos en primer término: ¡qué gesto!; ¡qué posición!; ¡qué piernas!; ¡y qué busto!; ¡qué mujer!, ¿no? Mírela bien, va a ver qué linda, ¿se da cuenta? Pues bien, imítela, no tenga miedo, póngase como ella, con una vara en la mano, y grite con todas sus fuerzas: "¡salve"!, mirándose en el espejo, hasta que le salga bien. Si viene un vecino a molestarlo con protestas incomprensivas, no le haga caso, y si insiste, llame a un vigilante, ¡no se deje aplastar por los vecinos que no comprenden el arte! ¡Grite, no más, a gusto! Y si lo llevan preso, avíseme. Le llevaré cigarrillos y revistas.

PROFESOR ROJAIJÚ.

LOS OJOS DEL AGUILA

Las aguilas y otras grandes aves de rapiña tienen dos párpados. Uno de ellos hace las veces de pantalla, y el ave lo baja cubriendo el ojo, cada vez que, volando muy alto, quiere mirar algo suspendido entre ella y el sol.



HAZAÑA GALLINACEA

Una curiosa noticia que nos llega de Norteamérica dice que una gallina que se llamaba "Mrs. Simbad" recorrió más de 200 kilómetros de un río, posada sobre un leño que bajaba a la deriva. Nos llama la atención el hecho, más curioso aun, y en el cual los norteamericanos no han reparado, de que la gallina haya sabido que sí se llamaba "Mrs. Simbad" le correspondía realizar la hazaña del caso. Pero tenemos por cierto lo que ocurrió después: la pusieron en una jaula dorada, y gritaron: "¡Pasen a ver a "Simbad, la marina", que recorrió 200 kilómetros...!".

DEFINEN A LA MUJER

El fabricante de termómetros: "La mujer es un termómetro que se dilata al calor del orgullo y la vanidad".
El cirujano: "La mujer es el bisturí del corazón, manejado con poca pericia y mucha crueldad".
El zoólogo: "La mujer es un bipedo lindo pero indomesticable".

Epigrama

"Los que casan, mal lo pasan",
Dicen todos... y se casan.

R. S. de Castro

EL MEJOR VESTIDO



Esta mujer bonita es Lana Turner y trabaja en películas de la Metro. Y usa pantalones. Esto es lo que a los hombres nunca nos ha hecho mucha gracia; ¿no dan ganas de sacárselos y ponerle polleras?; o no ponérselas, porque en malla de baño quedará preciosa. Al fin, si las mujeres se visten por y para nosotros, ¿por qué no se visten como a nosotros nos gusta?...

—Por... ayudar a las modistas — nos respondería por lo bajo Lana Turner.

INTERPRETACION ERRONEA



—¡No, no! ¡A quien he dicho que rodeen es al enemigo!

DESQUITE

Un señor, dueño de una zapatería y técnico en la materia, invitó a comer a Chopin. Al final le pidió a su invitado que tocara el piano. Chopin se negó en el primer momento; pero ante la insistencia del otro, cedió y se sentó al piano.

—Aunque sólo sea para saber cómo se hace — le dijo el dueño de la zapatería, a fin de apoyar sus argumentos.

Otro día, el compositor retribuyó la atención invitándolo también a comer. Luego de los postres, hizo llevar al salón una mesa con los instrumentos y materiales necesarios, y pidió a su visitante que le hiciera unos zapatos. El comerciante quedó estupefacto. Entonces Chopin le dijo:

—¡Aunque sólo sea para saber cómo se hacen!

Epitafio

Sólo murió de constante
La que está bajo esta losa;
acércate, caminante,
Que no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

OK

Falló el cálculo

Un momento después de tomada la presente foto se produjo una de aquellas catástrofes que no se repiten. Esas seis muchachas que vienen patinando se propusieron pasar simultáneamente por debajo del "arco de triunfo" formado por las piernas de la que está en primer plano. Se agacharon, se apretaron hacia el centro para hacerse chiquitas, y embistieron. Por efecto del choque, estas piernas volaron en trayectorias circulares hacia arriba, mientras que la cabeza de su poseedora lo hacía hacia abajo. A raíz de esto se dieron cuenta de que sus cálculos habían fallado.





PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

ESTENTOREO

El mono carayá (Mycetes carayá), que abunda en los bosques de Misiones, emite un aullido que se oye a más de una legua de distancia.

Dijo un sabio:

La honestidad es un lujo que no todos pueden permitirse.

UN IMPOSIBLE

El maestro. — *Nada hay en el mundo que no pueda ser vencido; todas las dificultades son resueltas con la voluntad...*

El alumno. — *Señor, ¿no ha intentado usted meter de nuevo en el tubo la pasta dentífrica?*

Dijo alguien: **Hay que aprender como si fuéramos a vivir siempre, y hay que vivir como si fuéramos a morir mañana.**

GRAN SISTEMA

¿Por qué será que a las gentes que viven lejos de nosotros se les ocurren siempre cosas que jamás podrían pasar por nuestra imaginación? ¿Por qué no se les ocurrirán a las que viven cerca? En la India, junto a la frontera de Afganistán, la tribu de los patanas (no confundir con patanes), en cuanto declara la guerra a otra tribu también se declara muda. Sus miembros, entonces, sólo se comunican por medio de señas. Es un estado de sitio a su manera. Y esta manera quizá encierre gran sabiduría. Si en la actual guerra entre "civilizados" los beligerantes no hablaran, ¡qué diferentes cosas estarían sucediendo!

EL ARTE DE ECHAR HUMO

por el profesor TOSCANINI

A nadie se le ha ocurrido pensar que el arte de echar humo es justamente el absurdo arte de hacer humo el dinero, ese dinero que tanto cuesta ganar. Pero esto no es nada. Porque sería posible asegurar que el tabaco es el padre de todos los vicios. Para comprar el primer atado de cigarrillos cometimos el primer robo en el bolsillo confiado de nuestro padre o en la cartera de nuestra madre. Por tales cigarrillos dijimos la primera mentira premeditada, cuando pedimos plata para caramelos. Quisimos fumar para hacernos los hombres; y querer parecer hombre a los 15 años no es para nada bueno. Seguro que para conquistar una dama, lo que a esa edad es vicio. O para "compadrear", lo cual es estúpido y peligroso. Después, el cigarrillo sirve para demostrarnos que no tenemos voluntad. Por más que queramos demostrar que somos hombres de gran voluntad, no podemos. Cuando, desesperados, queremos dejar el tabaco a fuerza de whisky, nos hacemos borrachos. Y para dejar este vicio, adquirimos otros peores. O nos dedicamos de nuevo al cigarrillo. Entonces atrapamos una buena laringitis. Y el último dinero que nos queda nos lo lleva el médico. Por fin, lo último que resolvemos definitivamente, es... ¡seguir fumando!, ¡qué le vamos a hacer! Porque ¿qué sería entonces la buena vida sin cigarrillos? ¿Sobre qué pantalla plantaríamos la imagen de nuestro pensamiento? ¿Y cómo adquiriríamos, si no, el maravilloso vicio de pensar? ¡El vicio de pensar! Con nada se paga esto. Entonces, ya que lo hacemos, sepamos echar humo magníficamente, mejor que como lo hacen los demás, o misteriosamente, sin cigarrillo visible, por ejemplo. Como aprenderán los lectores si me leen en el número próximo.

El profesor Toscanini.

OJO POR OJO



por GONZALEZ FOSSAT

MILLONARIOS



Estos tres tipos se dijeron: "La justicia anda mal en el mundo, vamos a hacerla nosotros", y salieron a sacarles la plata a los ricos para dársela a los pobres. A algunos se la pidieron, a otros los asaltaron porque no quisieron darla; y así empezaron a llenar bolsas y más bolsas, hasta formar un gran montón, una montaña de dinero. Cuando llegó la desgraciada hora de repartirlo entre los pobres, ellos estaban cansados, y resolvieron el problema colocando en la montaña de oro un cartel que decía: "Vengan a llevarlo". Pero ocurrió que los pobres, timoratos, creyeron que era broma o burla; los ricos no habrían de venir a buscar plata destinada a los pobres, y nadie se presentó para llevarse el dinero. Aquí vemos a los inventores del feliz procedimiento, estrechándose la mano en efusivas felicitaciones recíprocas, marcando así el momento preciso de su entrada en la vida de millonarios.



PULMON VENTOSA
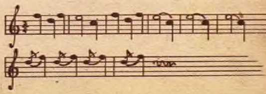
Acaba de inventarse en Boston un nuevo "pulmón" de caucho, que tiene la particularidad de poseer dos ventosas que se adhieren al cuerpo por debajo de los omoplatos de la víctima asfixiada, y a cuyos rítmicos movimientos de succión y de compresión es posible producir la respiración artificial. El nuevo aparato puede utilizarse indistintamente en casos de asfixia por gas o por agua.

Se hizo rico

Este muchacho comenzó por adquirir un vagoncito aquí, otro vagoncito allá, un rielecito acá, otro rielecito allí, una cabinita, una estacioncita, hasta que se armó un ferrocarril completo en miniatura; lo electrificó, y se puso a hacerlo andar para divertirse y así gozar del fruto de su trabajo. Pero se enteró la gente y empezó a acudir. Cada vez más gente. Hasta que ésta constituyó una multitud. Entonces el cerebro moderno norteamericano del muchacho se despertó y resolvió cobrar un dólar por cabeza curiosa, y a estas horas está rico. Obsérvese la cara de contento que tiene.

EL CANTO DE UN ZORZAL

El pájaro que mejor canta, en el Alto Paraná, es el zorzal; y el mejor de estos cantores, cuya voz ha sido registrada, canta así:



LAS JOYAS ROBADAS



CUENTO POLICIAL

por **LEONIDAS BARLETTA**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

Al atardecer llegó al costado del "South Georgia" una mujer como de treinta y cinco años, de rasgos hermosos, severamente vestida de negro. Subió con agilidad la escalera y cuando se encontró con el marinero de guardia dijo, en voz baja:

—John Browne.

El marinero se apartó lentamente y la mujer siguió por el corredor de la cubierta hacia la popa. Una mirada de soslayo le reveló la presencia en el muelle de tres hombres que la seguían con la vista. Sintió cierta flojedad en las rodillas. Se detuvo en la penúltima puerta del corredor y golpeó con la mano. John Browne salió, tirando de la visera de su gorra, como de costumbre. La recibió alegremente, invitándola a entrar con un gesto. Pero ella movió la cabeza y fué a acodarse en la baranda de la borda.

—¿No quiere pasar al camarote? —insistió Browne.

—No —respondió ella sonriendo levemente—; el tiempo no está nada bueno.

Quedaron un instante silenciosos, con los ojos fijos en el agua amarilla del dique.

Después dijo la mujer:

—Podríamos dejar para mañana.

—Imposible. El barco sale esta noche.

—¿Esta noche se va?

Precipitadamente, la mujer sacó de su cartera un pañuelo y empezó a llorar de codos en la baranda.

Browne dijo con una entonación ambigua:

—Bueno; ahora llanto.

Entre lágrimas, ella susurró:

—No pierda tiempo.

Y siguió sollozando. Browne entró en su camarote y volvió a salir inmediatamente. Se acercó a la mujer y le puso una mano en el hombro.

—No llore más. Ya es bastante.

Ella entonces alzó su rostro mojado de lágrimas y se echó en brazos del marino. Así es-

tuvieron abrazados un instante. Luego, bruscamente, ella emprendió la vuelta y Browne se quedó mirándola y tironeando la visera de su gorra.

A duras penas, conteniendo las lágrimas, bajó ella la escalera, y no había andado diez pasos cuando oyó decir casi junto a su rostro, con una vaharada de aliento de tabaco:

—¡Está detenida! Tenga la bondad de seguirme.

Una angustia mortal pareció apretarle la garganta.

—Yo... —murmuró intentando un gesto de asombro— he venido a preguntar por mi hijo, mi hijo que no vuelve...

Pero una voz conocida dijo a sus espaldas:

—Déjese de comedias, Sara. ¿Tiene ahí el paquete?

Se volvió bruscamente con un gesto de contrariedad y asombro que se pintó unos segundos en su rostro hermoso; después, cansadamente, dijo:

—Sí, aquí está. ¿Cómo le va, comisario? No lo había visto.

El que había sido nombrado comisario dijo a los otros dos hombres:

—Tomen un auto y llévenla a la Prefectura. Y cuidado, que no se les escape.

Uno de ellos respondió:

—Pierda cuidado.

El otro le dió el brazo familiarmente y tomó de sus manos un paquetito atado con una cinta.

El comisario añadió, recapacitando:

—No; mejor quédense ustedes aquí. Yo voy a acompañar a la señora. Déme el paquete.

Subieron a un auto y el comisario indicó:

—A la Prefectura, a la oficina de guardacostas.

El coche empezó a saltar sobre las piedras. El comisario miró a la mujer y dijo:

—¡Mire que da trabajo, usted!

Ella sonrió levemente y dijo, con un mohín gracioso:

—¿Me va a hacer un sermón, Almeyda?

—¡Qué gran actriz pudo ser usted! —exclamó el comisario.

—¿Usted cree? —dijo ella riendo —. Sin embargo, siento mucho lo que expreso y soy sincera: no podría ser actriz.



—Toda su habilidad consiste en imitar perfectamente el sufrimiento sin sentirlo.

—Se equivoca, Almeyda; lo siento y me lleno de emoción..., aunque no sea cierto. Lo que vivo imaginativamente, para mí es tan verdadero como lo real.

El se revolvió en el asiento:

—¿También en el amor?

Ella lo miró, reconviniéndolo:

—¡Vamos, comisario, no sea irónico!

No hablaron más; pero el policía miraba el pie de la mujer, fino, bien calzado.

Descendieron del coche y entraron en la oficina. El comisario saludó al oficial que salió a su encuentro.

—Viene del "South Georgia", con este paquete de alhajas. Son las famosas joyas robadas en Río.

—Vamos a abrirlo —dijo el oficial guardacostas. La mujer no pudo evitar una sonrisa.

Desliaron el envoltorio y aparecieron como una docena de fotografías antiguas y medallones esmaltados.

Almeyda se puso nervioso:

—Mire, Sara—dijo despaciosamente—; usted anda arriesgando mucho.

—Ya se lo dije, comisario; pero usted no me quiere creer —replicó la mujer suavemen-

te —; fuí a preguntar por mi hijo, que está en Europa, y me envía estas fotografías viejas, de parientes. Recuerdos sentimentales —agregó con los ojos llenos de lágrimas.

Almeyda la enfrentó bruscamente:

—¡Ah! Sara, ya estaba por creerle; pero si usted hace comedia, es señal... ¡Que la revisen!

Ella dijo:

—Tengo demasiada sensibilidad para ser una buena comedianta. Se necesita ser más fría, más calculadora.

El oficial pasó a otra habitación y volvió con una señora vestida con un guardapolvo gris.

—¡Revíseme a esta mujer!

Las dos mujeres entraron en un gabinete próximo.

El oficial murmuró:

—¡Es tremenda, eh!

El comisario no contestó. Sacó un cigarrillo y se puso a fumar con cara de estar reflexionando. Al cabo de unos minutos la puerta se abrió y reaparecieron las dos mujeres. La empleada se adelantó y extendió un dije con una cadenita:

—Es todo lo que lleva encima.

Era un medallón con tapa de vidrio y la fotografía en esmalte de una señora anciana.

El comisario movió la cabeza, como quien no puede negarse a la evidencia; pero sin convicción.

Le abrió el bolso de mano y fué sacando y colocando sobre el escritorio un lápiz para los labios, una polvera de metal, un pañuelito de encajes, dos llaves, un portamonedas con veintidós pesos y treinta centavos, una herradurita de metal blanco y una libretita con números de teléfonos.



Almeyda revisó una por una todas sus páginas y se detuvo en una inscripción que decía:

ESTA MEJOR RALFA DALE LUCES ISAAC MARTES TELEFONO.

Retuvo en la mente esta frase y devolviéndole todas sus cosas, dijo:

—¡Váyase, Sara, y disculpe la molestia!

El oficial le dió su paquete, con una boleta.

El comisario anotó en un papel la frase. Se puso de espaldas para que ella no le viese sonreír.

Ella saludó con una inclinación de cabeza y salió. Estaba anocheciendo. No había ningún vehículo. Cruzó la explanada desierta de la dársena, pasó delante de la garita del guardacostas, que no reparó en su paquete, y salió de la zona del puerto.

Mentalmente se iba diciendo:

—No apurarse..., no apurarse...

Tomó un tranvía. Cinco cuadras más adelante bajó, y subió a un auto de alquiler.

—Siga derecho —dijo. Entretanto desenvolvió el paquetito y buscó una inscripción en el revés de una de las fotos.

—Tucumán y Esmeralda —dijo al chofer.

El coche avanzaba con lentitud por las calles céntricas. Antes de llegar a Esmeralda, pagó y bajó.

Mentalmente se decía:

—No apurarse..., no apurarse...

Dobló por Esmeralda y entrando súbitamente por un gran portalón, apretó con nerviosidad el timbre.

Salió una sirvienta. La señora no recibía, su hija había llegado de Europa por la mañana. Recién al día siguiente sería posible que la atendiera.

—Dígale que es por un paquete que ha olvidado en el puerto.

La criada se retiró dejándola en el recibidor. La mujer miró dos o tres veces la calle con inquietud. Al fin, la puerta volvió a abrirse.

—Pase.

Entró en un vestíbulo con mármoles y palmeras. Vino una señora anciana, vestida de negro.

—Señora —dijo la visitante—, esta mañana, al desembarcar su hija, el comisario de a bordo le entregó por equivocación un paquetito que me pertenece, y a mí me dió el de ustedes.

La anciana dijo:

—¿Un paquetito?

—Sí, señora; creí que lo perdería. Fuí primero al barco, después a la oficina de guardacostas. Por fin me decidí a abrir este paquete de fotografías y encontré su dirección.

—¡Qué casualidad! Fué el comisario del buque, un tal John Browne, quien me la hizo anotar. Me dijo: lleve este paquete de fotografías usted misma, así no molestarán a su hija en la Aduana. Después, con la confusión, debe haberme dado el suyo. Por fortuna, su paquetito está en mi poder. Voy a buscarlo.

La mujer no tuvo tiempo de echar un vistazo al vestíbulo, y ya volvió la anciana.

—Discúlpeme que lo abra en su presencia —dijo la visitante—, pero son alhajas.

—¿Alhajas? ¡Es posible! ¡A ver!

Abrieron el paquetito y contaron las piezas.

—Fíjese bien, señora, que no le falte nada —dijo la anciana—. Esto valdrá un dineral, seguramente. Son las alhajas más finas que yo he visto en mi vida. Estaría usted desesperada.

—Son regalos de mi esposo —dijo ella y añadió—: ¿Me permite que las envuelva en el papel de las fotografías? Por precaución. Es un papel menos llamativo...

—Con mucho gusto. Pero ya que usted entiende de joyas, ¿podría decirme qué le parece este broche?

La anciana levantó el cuello y Sara estiró la cabeza para examinarlo.

—Es extraordinario.

—Me costó cuarenta mil francos en París.

—Hermosa joya.

Terminó de liar cuidadosamente su paquete, se despidió y salió.

Anduvo unas cuadras con rapidez. De vez en vez se decía mentalmente:

—No apurarse..., no apurarse...

Entró en la joyería de Luis A. Martel. Un hombre alto, delgado, le echó una mirada furiosa, inclinando el cuerpo hacia adelante por encima del mostrador.

—No te asustes —dijo ella—; todo salió bien.

El hombre apretó los labios levantando las cejas y volvió a mirarla con ojos que querían ser una advertencia desesperada.

Ella dijo en voz alta, cambiando de tono.

—¿Cuánto pagaría usted por este broche? Me costó 40.000 francos en París.

Por una puerta de espejos que comunicaba con el interior del negocio salió el comisario Almeyda.

La mujer dió una vuelta en redondo, pero en la puerta un hombre obstruía la salida.

Entonces sonrió francamente y dijo con graciosa resignación:

—Bueno, esta vez me la ganó.

El joyero dijo:

—Tenías escrita en clave mi dirección en una vieja libreta. Una clave como la que utilizan las chicas cuando están de novias. Una sílaba sí y la otra no. ¡Qué ridiculez!

Ella dijo:

—Comisario, este broche es de la pobre señora que me sacó el paquete de a bordo. Ordene que se lo devuelvan.

El comisario tomó el broche y murmuró:

—Ahora, por un tiempo, va a poder meditar sobre si el arte de representar requiere sensibilidad o cabeza. ¡Vamos!

Y había en su acento un ligero velo de tristeza. ◈

En la Capital de la República de BOLIVIA

ha quedado instalada una SUCURSAL de las

ESCUELAS ZIER

de Buenos Aires

LA PAZ

Desde el 12 del corriente, funciona en la ciudad de

LA PAZ
Edificio IGLESIAS

una SUCURSAL de nuestras Escuelas, bajo la dirección del delegado oficial Sr. ALBERTO R. BOUCHEZ GRANEROS, quien se halla a las enteras órdenes de nuestros numerosos alumnos residentes en el citado país amigo, para subsanar cualquier inconveniente que, en razón de la distancia, pudiera presentárseles en sus estudios, así como para proporcionar a quienes se interesen en la Enseñanza que imparten con todo éxito estas Escuelas, amplia y detallada información a su respecto.

Enero de 1942.



1 Aunque la posición no parece muy cómoda, la madre de Blanca Podestá leía de esta manera sus novelas preferidas. Tal vez la poca luz de la palmatoria sería suficiente para iluminar el libro, pero lo más raro es que esa forma le resultara cómoda para leer a la madre de Blanca Podestá.

2 Esta es una de las últimas fotografías de Jerónimo Podestá, el padre de Blanca, la conocida artista. Por esa fecha, Podestá ya se hallaba paralítico y era Blanca quien, con más frecuencia, lo llevaba en su coche de enfermo a todos los paseos de la ciudad.

3 Contaban los padres de Blanca Podestá que cuando ésta tenía tres años de edad, quisieron conservar de ese tiempo una fotografía. La llevaron a retratar, pero fueron vanos todos los empeños para que sonriera. Con ella fallaron los clásicos argumentos de "... Mirá, nena ... Va a salir un pajarito ..." La nena permaneció seria, y hay quien dice que ya quiso evidenciar su vocación.

Blanca

7 Caracterizada para representar en el teatro Marconi de esta capital la obra de Eduardo Rossi "Manuelita Rosas". Fué, sin duda, esta interpretación de Blanca Podestá, durante la temporada teatral de 1923, uno de los éxitos más firmes, éxito que pudo comprobarse por el número exorbitante de las representaciones que, sucesivamente, alcanzó la pieza en el cartel.

8 1925. He aquí el elenco de la famosa compañía que formó Blanca Podestá para actuar en el teatro Smart durante ese año. Fué la actuación de este conjunto otro de los grandes éxitos que han coronado su carrera de intérprete. Integraban su compañía sólo primeros figuras, y entre ellas podía contarse a Faust Rocha, Florindo Ferrario, Casamayor, Gusanis, Zanía, Blanca Vidal, Amelia Senisterra, Squari y otros.

Podestá

4 Pero si ya en la foto anterior se advierte la belleza de la niña, aquélla se acentuó con el correr del tiempo, y cuando cumplía los veinte años era toda una hermosa mujer. Esta placa, lograda en 1903, corresponde a su debut en las tablas, que, como es bien sabido, hizo con la obra de García Velloso "Caín". El estreno de esa pieza, en el teatro Rivadavia, hoy Liceo, no pudo ser más halagüeño.

4

5

5 En esta foto es relativamente fácil hallar el rasgo más acusado de la gran actriz argentina: su dramatismo. Corresponde al año 1906, y en ese entonces ya Blanca se había destacado como una artista de innegables méritos para representar en los escenarios de las salas centrales las obras de más prestigio, siendo muchos los autores que le rogaban el estreno de sus producciones.



6

6 Con el correr de los años, la labor de Blanca Podestá le crea un puesto de privilegio entre el conjunto de artistas argentinos que gozan del favor del público. Esto se puso bien de relieve con la obra de García Velloso "Casa de soltero". Su estreno mereció los más elogiosos comentarios, y aquí vemos una de las escenas de dicha obra, en la cual Blanca Podestá aparece acompañada por el conocido actor Pedro Garza.

9 El *hall* de un hotel de Mar del Plata, en 1929. Un grupo de artistas, una victrola y un disco de "La cumparsita". Formaban en la rueda Blanca Podestá y el inolvidable Carlitos Gardel. ¿Para qué más?... Al conjuro de los acordes del tango más famoso en todo el mundo, Blanca y Carlitos hicieron algunas figuras coreográficas. Gardel sonríe, y Blanca pierde el compás, tentada por la risa...



10 En esta fotografía de Blanca Podestá, obtenida en 1932, en la ciudad de Rosario, se evidencia la enorme fuerza interpretativa de la conocida actriz. Era cuando representaba, en una jira por el interior de la república, la obra "Madame X". Cuentan que los *bordereaux* obtenidos en esa oportunidad no fueron igualados por ninguna compañía. Y conviene destacar que la artista no llegó a actuar una semana en ésa.

11 Tres Podestá. Son las tres hermanas, en 1930. María Podestá de Fontanilla, Ana Podestá de Berterini y Blanca Podestá, la mujer a quien un banquero, un conde y varios millonarios le ofrecieron su nombre y su fortuna. Pero Blanca prefirió no ser noble, no ser millonaria, no ser la esposa de un magnate, y seguir siendo la artista que el público porteño aplaudía con cariño.

13 Es muy sabido que Blanca Podestá no pierde, en ningún momento, su buen humor. Pero, como cabeza de compañía, es exigente al máximo en la preparación de las obras que han de subir a escena. Su rigor lo aplica hasta con ella misma, y se le ha visto ensayar hasta cansarse pasajes de una obra para lograr la entonación debida. Aquí la vemos, durante uno de esos ensayos, junto a Mario Danesi.

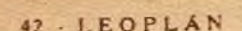
14 Cuando se inauguró, en 1940, la Casa del Descanso de la Gente del Teatro, en Córdoba, se obtuvo esta instantánea, en que aparecen tres primeras figuras del ambiente teatral. Son ellas: Camila Quiroga, Blanca Podestá y Mecha Ortiz.



12 Pese al excesivo trabajo que realiza en las tablas, hoy aumentado por su labor frente a los micrófonos de diversas *broadcastings*, Blanca es una entusiasta de todos los deportes. Aquí la vemos, acompañada de una amiga, durante la última temporada veraniega, paseando en bicicleta por las calles de Mar del Plata, ejercicio que procura alternar con la práctica de la equitación y la natación.

15 También en 1940, Blanca Podestá recibe del intendente municipal, doctor Carlos Alberto Pueyrredón, la medalla que le fué otorgada como premio a la mejor interpretación dramática durante dicho año. Fué ésta, sin duda, una merecida distinción a la conocida intérprete por su labor en la obra de Rodríguez Acosuso "La vida que ha de nacer", obra que la crítica juzgó con entusiasmo.





Un cuento de

PAUL BOURGET

ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO

EL PERITO

I

TODOS cuantos se ocupan de medicina conocen, siquiera de nombre, al profesor Courrioles, autor del "Tratado de Psiquiatría", que es para Francia lo que para Alemania el libro de Kraepelin o el de Krafft-Ebing, para Rusia el de Korsakoff y para Italia el de Morselli —el cuadro más completo de las doctrinas francesas sobre las enfermedades del espíritu—. Menos elegante en la forma que Gilbert Ballet, menos original en sus intuiciones que Ernesto Dupré, menos enciclopédico que Graset, Courrioles tiene, sin embargo, el mérito de haber recogido un número de observaciones clínicas realmente prodigioso. Quizá no quede nada de las teorías que ha edificado —por ejemplo, su hipótesis sobre lo que él llama la "semipsicosis"—. Pero sus descripciones son tan vivas, tan "gráficas", que durarán lo que las de Trousseau.

Lo que durará también para cuantos se le han acercado, es el recuerdo de uno de los personajes más singulares de esta época. Físicamente, Courrioles es una especie de gigante forzudo, a quien su pelo rojizo y sus gafas de oro darían el aspecto de un sabio alemán, si no fuera por la precisión latina de su mirada. Invierno y verano está desde las ocho de la mañana oprimido en una levita negra, cuya única nota algo clara es la cinta de la Legión de Honor. Invierno y verano, a la misma hora, su carruaje anteriormente, su automóvil hoy, lo conduce a la clínica de un asilo del arrabal, de la que es médico en jefe. Sale de allí a eso de las doce, para volver al malecón de la Megisserie, donde vive, frente al Palacio de Justicia.

Este palacio es uno de los centros de

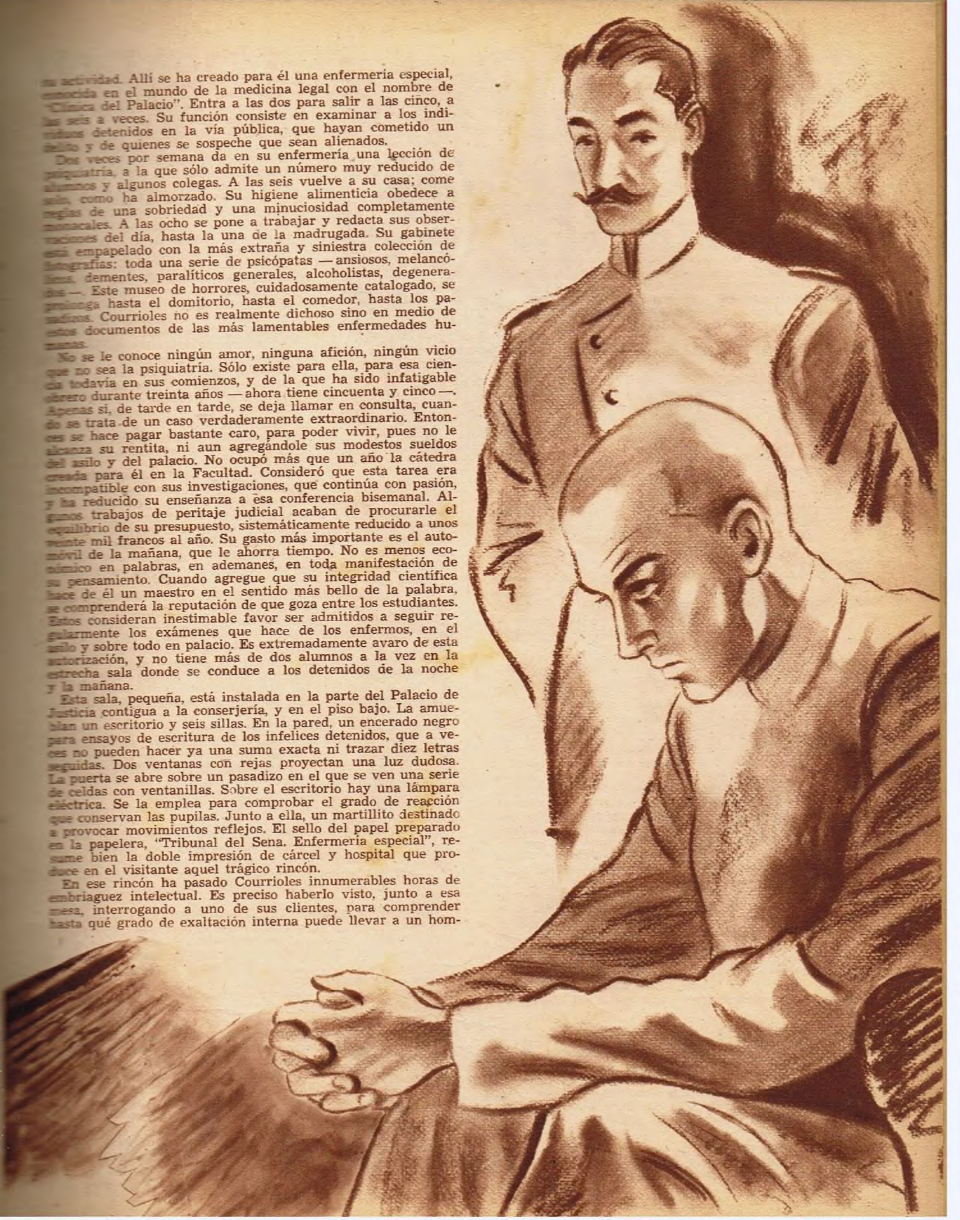
su actividad. Allí se ha creado para él una enfermería especial, conocida en el mundo de la medicina legal con el nombre de "Clínica del Palacio". Entra a las dos para salir a las cinco, a las seis a veces. Su función consiste en examinar a los individuos detenidos en la vía pública, que hayan cometido un delito y de quienes se sospeche que sean alienados.

Dos veces por semana da en su enfermería una lección de psiquiatría, a la que sólo admite un número muy reducido de alumnos y algunos colegas. A las seis vuelve a su casa; come solo, como ha almorzado. Su higiene alimenticia obedece a reglas de una sobriedad y una minuciosidad completamente monacales. A las ocho se pone a trabajar y redacta sus observaciones del día, hasta la una de la madrugada. Su gabinete está empapelado con la más extraña y siniestra colección de fotografías: toda una serie de psicópatas — ansiosos, melancólicos, dementes, paralíticos generales, alcoholistas, degenerados —. Este museo de horrores, cuidadosamente catalogado, se prolonga hasta el domitorio, hasta el comedor, hasta los pasadizos. Courrioles no es realmente dichoso sino en medio de estos documentos de las más lamentables enfermedades humanas.

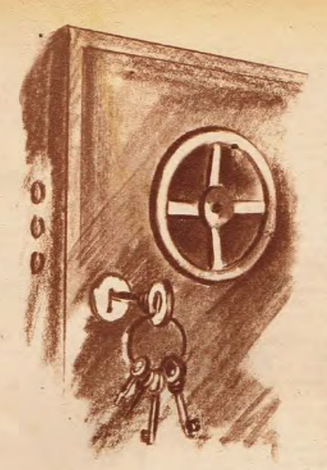
No se le conoce ningún amor, ninguna afición, ningún vicio que no sea la psiquiatría. Sólo existe para ella, para esa ciencia todavía en sus comienzos, y de la que ha sido infatigable obrero durante treinta años — ahora tiene cincuenta y cinco —. Apenas si, de tarde en tarde, se deja llamar en consulta, cuando se trata de un caso verdaderamente extraordinario. Entonces se hace pagar bastante caro, para poder vivir, pues no le alcanza su rentita, ni aun agregándole sus modestos sueldos del asilo y del palacio. No ocupó más que un año la cátedra creada para él en la Facultad. Consideró que esta tarea era incompatible con sus investigaciones, que continúa con pasión, y ha reducido su enseñanza a esa conferencia bisemanal. Algunos trabajos de peritaje judicial acaban de procurarle el equilibrio de su presupuesto, sistemáticamente reducido a unos veinte mil francos al año. Su gasto más importante es el automóvil de la mañana, que le ahorra tiempo. No es menos económico en palabras, en ademanes, en toda manifestación de su pensamiento. Cuando agregue que su integridad científica hace de él un maestro en el sentido más bello de la palabra, se comprenderá la reputación de que goza entre los estudiantes. Estos consideran inestimable favor ser admitidos a seguir regularmente los exámenes que hace de los enfermos, en el asilo y sobre todo en palacio. Es extremadamente avaro de esta autorización, y no tiene más de dos alumnos a la vez en la estrecha sala donde se conduce a los detenidos de la noche y la mañana.

Esta sala, pequeña, está instalada en la parte del Palacio de Justicia contigua a la conserjería, y en el piso bajo. La amueblan un escritorio y seis sillas. En la pared, un encerado negro para ensayos de escritura de los infelices detenidos, que a veces no pueden hacer ya una suma exacta ni trazar diez letras seguidas. Dos ventanas con rejas proyectan una luz dudosa. La puerta se abre sobre un pasadizo en el que se ven una serie de celdas con ventanillas. Sobre el escritorio hay una lámpara eléctrica. Se la emplea para comprobar el grado de reacción que conservan las pupilas. Junto a ella, un martillito destinado a provocar movimientos reflejos. El sello del papel preparado en la papelera, "Tribunal del Sena. Enfermería especial", resume bien la doble impresión de cárcel y hospital que produce en el visitante aquel trágico rincón.

En ese rincón ha pasado Courrioles innumerables horas de embriaguez intelectual. Es preciso haberlo visto, junto a esa mesa, interrogando a uno de sus clientes, para comprender hasta qué grado de exaltación interna puede llevar a un hom-



bre el amor a las ideas. Todo su rostro, surcado de arrugas, está tendido por la atención. Una llama brilla en sus pupilas claras. La fiebre de la investigación y el descubrimiento anima su cuerpo, cuya crispación nerviosa se adivina bajo las ropas. Hay algo de cazador, o más bien de detective, en el eretismo del sabio, para quien el individuo sentado ante él, hombre o mujer, es un experimento intentado por la naturaleza y que él debe descifrar. Este individuo, detenido por haber robado, por haber disparado un revólver, por haber intentado arrojarse al Sena, por haber asustado al público con sus gritos, o amotinado a los transeúntes en la calle, donde su proceder pareció tan extraño que los agentes lo dirigieron a la enfermería, ¿quién es?; ¿qué es?; ¿un malhechor vulgar o un enfermo? Si es un enfermo, ¿qué enfermedad padece? La responsabilidad de este interrogatorio es terrible. Con unas cuantas líneas garrapateadas por Courrioles será enviado al manicomio o devuelto a la libertad. La primera hipótesis es la que entraña consecuencias menos graves. En el hospital se le examinará de nuevo, y puede que se reforme el diagnóstico del célebre psiquiatra. La segunda, la de la libertad, es la que arruga de angustia la frente del médico. ¡Qué caso de conciencia! Que tenga delante un alienado, cuya locura no sepa descubrir, y mañana, pasado, dentro de ocho días, ese alienado pueda transformarse en asesino, en incendiario... Esta preocupación del deber social se mezcla, en el sabio, al júbilo intenso de la curiosidad profesional. Porque, en resumen, ese individuo es, sobre todo, para él, un "caso". Y las inflexiones de la voz de Courrioles traducen, a pesar suyo, el ardor de este interés. Su voz ausculta literalmente al paciente. Con los golpecitos de sus preguntas, si así puede decirse, el psiquiatra tantea esa inteligencia y esa sensibilidad. De pronto se vuelve hacia uno de sus dos discípulos, sentados junto a él. Nunca admite un tercero a sus sesiones.



—¿Cuál es su diagnóstico, Portehaut?

El discípulo, intimidado, se atreve a decir, vacilando:

—Es un Pe-Ge (las dos sílabas que designan a un paralítico general en la jerga de los hospitales).

—¿Y el suyo, Croulebois?

—Es un Paranoico con elemento etílico — contesta Croulebois, con tono más firme.

—Ni lo uno ni lo otro — rectifica Courrioles.

En pocas frases expone sus conclusiones propias, que comenta analizando al enfermo. Este, a veces sonriendo, más a menudo hosco, asiste atontado a la disección de su individualidad. En estos cuadros improvisados, en que debe caber en escorzo todo un destino humano, Courrioles es incomparable. Ningún novelista le iguala en invenciones pintorescas, ningún pesquisante, en deducciones sutiles sobre los datos más elementales. En cada una de sus palabras se ve la maestría, la seguridad del visionario que elige, con certeza adivinatoria, el detalle significativo.

El guardián, de pie tras del enfermo — o la guardiana, si se trata de una enferma —, no puede dejar de escuchar esa palabra, tan lúcida en la técnica. Y esta magnífica lección, que se perderá como tantas otras, termina con un seco resumen de diez o doce líneas, escrito por el profesor, con su letra delineada — como dibujada por el estilógrafo que lleva siempre consigo —, sobre uno de los papeles administrativos. La sentencia de clausura o libertad del "caso" queda extendida. El guardián o guardiana lo hacen levantar, mientras el psiquiatra dice tranquilamente:

—A otro.

¿Tranquilamente? No. Su fervor es demasiado vivo. Quizá el otro sea un delirante de nueva especie, el ejemplar único, tan anhelado por todos los coleccionistas. ¿No hay algo de coleccionista en Courrioles? Así, pues, sus ojos tienen una mirada de expectativa siempre algo impaciente, cuando la puerta se abre para dar paso al guardián que introduce a un nuevo enfermo...

II

A principio del último invierno este sabio tuvo una de las alegrías más grandes de su existencia profesional. Encargósele, como perito, de examinar a un criminal, cuyo nombre sonó mucho hace algún tiempo. ¿Quién recuerda hoy a Guillermo Ribier, y el asesinato del relojero de Grenoble, en que el jurado, no se sabe por qué, encontró circunstancias atenuantes? Ribier, condenado a diez años de trabajos forzados, se volvió loco casi inmediatamente después de la sentencia. Encerrado en un asilo, salió de él curado, para volver a tomar el camino del presidio. Desde entonces comenzó a escribir a los médicos, a los magistrados, a los ministros, al presidente de la república, súplicas y más súplicas. Pretendía haber cometido el acto por el cual se le había condenado, en una crisis de alienación, de la que sólo se dió cuenta después de su gran crisis. La casualidad hizo que una de sus cartas cayera en manos de uno de los miembros del gabinete, ex interno de hospital, que en su juventud se había ocupado de estudios psiquiátricos. Llamóle la atención el tono de sinceridad del escrito. Creyó ver cierto carácter de verosimilitud en los argumentos alegados por el solicitante. Habló de ello a su colega de Justicia. Este tuvo la misma impresión. El resultado fué el examen encargado a Courrioles.

—He leído todo el expediente — dijo éste a Portehaut —. Tengo mucha curiosidad de ver al hombre. Los detalles que da sobre su estado mental antes del crimen son muy precisos. Sólo un alienista podría inventarlos. Ahora bien; antes del crimen, Ribier era carpintero. No había hecho el menor estudio de medicina. ¿Cómo puede haber construído toda una fábula, tan exacta, tan especiosa? Sin embargo, un punto me intriga...

—¿La tardanza de la reclamación? — insinuó Portehaut, al ver que el maestro se callaba.

—No — dijo Courrioles —. Siempre es posible que una primera crisis de manía pase inadvertida por el que la experimenta, si sólo está esbozada. Pero hay demasiada coherencia en los síntomas presentados por Ribier. Esto huele a construcción reflexiva y voluntaria. Recuerdo lo que me decía un anticuario a quien asistí: "Lo que distingue el objeto falso del auténtico es que el falso resulta casi siempre demasiado perfecto..." Allá veremos...

Pronunció este juicioso "allá veremos" — divisa de todos los experimentadores — sentándose a su escritorio, en la salita de la enfermería del palacio, mientras revisaba el paquete de fichas en que estaban anotados los enfermos del día.

—¿No hay nada urgente? — preguntó.

—No me parece, señor — contestó Portehaut.

—Entonces comencemos por Ribier — continuó el profesor —. Habert, tráigalo usted.

El guardián Habert era un ex soldado, un atleta de cara rojiza y jovial, que seguía siendo alegre en su horrible oficio. Llevó la mano a la frente, ademán de cuartel, que acostumbraba, y que Courrioles comentaba regularmente con una palabra técnica, dirigiéndose a su discípulo: "Estereotipia del saludo militar".

Dos minutos después volvía Habert, introduciendo a un joven de veinticinco años, vestido con el uniforme pardo de una cárcel central, a quien el doctor invitó, con un ademán, a sentarse en la silla preparada al otro lado de la mesa. El joven se sentó, sencilla, tranquilamente, como había entrado. Miró al sabio, que le miraba a su vez.

Aunque Guillermo Ribier fuera bastante buen mozo, de rasgos menudos, la ausencia absoluta de toda expresión daba a su fisonomía un carácter siniestro. Los músculos de su rostro estaban completamente inmóviles. La extremada movilidad de las pupilas pardas, siempre en movimiento en su máscara aceitunada, como esculpida en un material insensible — madera, cera o piedra — daba la idea del acecho. Era el animal perseguido, que tiende toda su energía para no perder una sola probabilidad de escapar o de atacar. Cuando hablaba, su boca se movía con un movimiento tan vigilado, que sólo variaba la línea de los labios, como si esta parte del rostro estuviera regida por un mecanismo completamente independiente. Las palabras salían algo apresuradas, pronunciadas con la punta de los dientes, sin acento alguno, con una emisión automática, sin matices de emoción. Esta impasibilidad total no debía des-

mentirse ni un segundo durante el interrogatorio comenzado con las preguntas acostumbradas:

—¿Se llama usted Guillermo Ribier?

—Sí, señor doctor.

—¿Se le ha condenado a usted por el asesinato del relojero Jacquin, de Grenoble, y aislado luego, como demente?

—Sí, señor doctor.

—¿Y usted pretende que en el momento en que cometió el asesinato estaba ya alienado, y que, a causa de esto, no pudo defenderse cuando se vió la causa?

—Sí, señor doctor.

—¿Puede usted decirme lo que sentía entonces?

—Sí, señor doctor. Primero tengo que decirle que mi madre ha sido siempre muy nerviosa. Es la causante de lo que soy ahora. Mi padre había muerto. Ella me hacía dormir en su cuarto. Una mañana, a eso de las seis, me despertó un grito. La veo —era en primavera— retorcerse gimiendo, con los ojos abiertos y vueltos hacia arriba, el brazo derecho puesto sobre el pecho, así, y el otro, el izquierdo, sacudido por movimientos convulsivos. Trato de hablarle para despertarla. No me oye. Después se queda inmóvil, con un ronquido... Y cuando abrió los ojos no me reconocía.

—¿Era una crisis histérica o comicial? —preguntó el médico.

—No sé —contestó Ribier, como si no entendiera los términos científicos de que el doctor Courrioles se había servido para designar aquel fenómeno nocturno, tan claramente descripto por el pretendido ignorante—. El ataque de nervios de mamá me asustó tanto, que me enfermé. Murió algún tiempo después, pero no de eso, sino del pecho. Yo desde entonces he sido siempre muy nervioso, muy impresionable. Seis meses antes de lo de Grenoble empecé a estar triste sin motivo. Estaba en casa de un buen patrón. Trabajaba bien. Sufrí dolores de cabeza. No comía. No dormía. Pero aquello pasó. Durante la semana que precedió a... la cosa, experimenté un sentimiento de bienestar extraordinario. Decía a uno de mis camaradas que Grenoble era mío. Después, un día me sentí presa de una excitación imposible de dominar. No podía estarme quieto. Cambiaba de ideas a pesar mío, con una rapidez que a mí mismo me asombraba. Me sentía atraído invenciblemente por cosas que hasta entonces me habían sido indiferentes, la bebida, por ejemplo. Las copas no me daban placer; eran una necesidad a la que no podía resistir. Lo mismo con las mujeres. Tenía una amante que casi no era más que una buena camarada; pero desde entonces comencé a sentir por ella una pasión que ahora no alcanzo a comprender. Por ella cometí el crimen. Quise regalarle un reloj con cadena, que se le había antojado una vez, al pasar por la tienda de Jacquin. Jacquin se negó a venderme el reloj a crédito. La sangre se me subió a la cabeza. Lo herí sin saber. Desde aquel momento hasta mi salida del hospicio, todo me parece un sueño. Mi arresto, mi prisión, mi juicio, son como imágenes que hubiera visto durmiendo. Hay algo entre ellas y yo. En cuanto al asilo, es como la noche completa. Y, un día, al despertarme, me vuelvo a encontrar tan lúcido como hoy. El médico me dijo que me había vuelto loco en la cárcel, y ha sido necesario contarme mi propia historia. Ahora me doy cuenta de que el acceso había comenzado mucho antes, y por eso he pedido la revisión de mi causa.

—¿Cómo explica usted —preguntó Courrioles—, si todo pasó como usted dice, el hecho de haber forzado la caja de hierro del relojero, y ocultado lo que contenía, alhajas y valores, que los documentos encontrados en casa de Jacquin permiten valuar en sesenta o setenta mil francos?

—También me han dicho eso —contestó Guillermo Ribier—, también me han dicho que había desaparecido una gruesa suma. Yo hubiera podido tomarla en un estado de inconsciencia. Pero en aquel momento no estaba inconsciente. Eso fué después, en el hospital... Y me acordaría...

—¿Supone usted que otro haya tomado la suma?

—Sí, señor doctor. Leyendo los detalles de mi causa, notará usted que fuí a casa del desgraciado Jacquin a las cinco de la tarde. Está probado. Los vecinos no se sorprendieron de que la tienda estuviese abierta y sin luz hasta las ocho de la noche. Entre las cinco y las ocho ha pasado bastante tiempo. Supongo que habrá entrado algún transeúnte. Le pareció buena la ocasión para dar un golpe, sea que viese el cuerpo de Jacquin, sea que no lo viese. Esto también es posible. Yo lo había llevado al sotabanco.

—Pero, ¿y las llaves? ¿Cómo pudo el ladrón apoderarse de las llaves, si no se las tomó al muerto?

—Puede habérselas tomado al muerto —contestó Ribier—. Puede también haberlas encontrado puestas en la caja de hie-

rro. ¿Quién le dice a usted que Jacquin, cuando, al sonar la campanilla, salió de la trastienda para recibirme, no estuviera ocupado en guardar algún objeto en la caja de hierro? ¿Quién le dice que no haya dejado sencillamente su manojo de llaves en el bolsillo de la casaca, que se encontró colgada en la trastienda? Estaba en mangas de camisa, a causa del calor. Pero a mí no me toca explicar una coincidencia que nada tiene que ver con la tesis que sostengo y que es la justicia misma. Usted convendrá, señor doctor, en que un alienado no puede ser considerado como responsable. Yo estaba enfermo. Nadie lo sabía. El hecho se probó después, cuando se me llevó al manicomio. Pido que mi causa se revea ahora, en virtud de este hecho nuevo, y que se me permita defenderme, ahora que he vuelto a gozar de mis facultades.

Todo este discurso había sido pronunciado con la misma voz blanca, sin entonaciones altas ni bajas, voz que daba la idea de sílabas emitidas con metrónomo; y siempre con la misma inmovilidad de los rasgos faciales, inmovilidad que tanto podría traducir una sorprendente vigilancia de sí mismo como la anomalía de un maniático. Courrioles no había permanecido menos impasible.

—Volvamos a los síntomas de que me ha hablado usted —dijo—. Esos ataques de nervios de su señora madre, ¿tuvieron otros testigos que usted?

—Mi padre —contestó Ribier—, pero nadie más. Nunca se produjeron sino por la noche.

—¿No habían comenzado desde su infancia? — preguntó el médico.

—Siempre me dijo que no había tenido más de tres —contestó Ribier—, y el primero a los veintisiete años.

—¿Sabía, pues, que los había tenido? —interrogó.

Este corto diálogo parecía nada. Era sólo el duelo que comenzaba con dos testigos, uno de los cuales, Portehaut, únicamente, podía comprender los detalles del combate. El guardián Habert no sabía suficiente patología para advertir el lazo tendido desde un principio por el psiquiatra al presidiario. Lo que distingue las crisis de histerismo y de epilepsia, diurnas o nocturnas, es que el enfermo sale de ellas sin conservar recuerdo alguno de que las ha atravesado. Es raro que la histeria y la epilepsia se declaren de golpe, después de los veinte años, muy raro que los accesos sean exclusivamente nocturnos. Sin embargo, es posible. En cambio, la inconsciencia es una regla absoluta. Si Ribier contestaba afirmativamente a esta pregunta sobre la memoria de la madre, quedaría convicto de simulación. Sería evidente que había inventado las crisis para cargar su herencia con una tara.

—Mi padre se lo había dicho —contestó—, porque ella no se acordaba de nada al despertar.

—¿Y no tenía ningún otro síntoma nervioso? — preguntó el médico, después de un minuto de silencio.

Mientras su interlocutor le respondía, ¡qué penetrante mirada le lanzó! Pero, ¿era posible que un obrero hubiera adquirido nociones de semejante precisión científica sobre las enfermedades del encéfalo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? A la segunda pregunta, más insidiosa aún que la primera, Ribier dió, de nuevo, una respuesta significativa o bien de que decía la verdad, o bien que poseía singular conocimiento de la patología nerviosa, porque comenzó por contar una serie de pequeños hechos, prueba de que la madre estaba realmente atacada del "mal sagrado".

—Sentía a veces —dijo— necesidad imperiosa de dormir, y la satisfacía donde quiera que se hallase. Despertaba luego con terribles dolores de cabeza... Otras veces tenía grandes temblores... ¿Es todo? No. Me olvidaba. Solía conservar actitudes muy fatigosas, indefinidamente, si no le llamaba la atención. Una vez la vi que, habiendo levantado un botellón para servirse, lo tuvo en la mano e inclinado, por lo menos media hora. Excepto esto, era como todo el mundo.

Después de esta respuesta, el médico cambió bruscamente la dirección de su interrogatorio. Dejó la madre, para pasar a la estancia de Ribier en el asilo. Sus preguntas se hacían rápidas, breves, casi incoherentes en apariencia. El otro contestaba reposadamente, con cierta lentitud que dejaba adivinar la tensión de su voluntad. Podía ser también una sincera preocupación de defensa, muy legítima en el personaje que pretendía ser. Si había estado loco en realidad, era muy natural que se empeñara apasionadamente en demostrarlo para reconquistar su libertad.

Por fin, cuando, después de una hora de examen, Courrioles dijo al guardián: "He terminado; puede usted llevárselo", la impasibilidad del presidiario pareció ceder.

—¿No me dejará usted sufrir demasiado tiempo, señor doctor? —dijo retirándose—. Ya sabe usted que es muy duro [illegible]ar en la cárcel por un crimen de que uno no es realmente [illegible]nsable. ¡Bastante es, ya, haberlo cometido cuando uno [illegible]aba en sus cabales, cuando uno no era uno mismo!

III

—¿Y bien? — preguntó Courrioles a Portehaut, cuando la puerta se hubo cerrado y maestro y discípulo quedaron solos.

—Y bien, mi querido maestro —contestó el estudiante—, es el simulador más extraordinario que haya visto en mi vida.

—Va usted algo aprisa —dijo Courrioles meneando la cabeza—. Ya ve usted cuán exacto, hasta clásico, ha estado en lo que nos dijo de las convulsiones de su madre. Sin embargo, él no pudo inventar lo que nos contó de la tendencia a conservar las actitudes adquiridas. Eso es la "catotonía", como diría Hahlbaum. Sería preciso que ese diablo tuviera en el calabozo algún libro de vulgarización sobre las enfermedades nerviosas, y que lo hubiera estudiado como un candidato a practicante interno. Es posible, pero bastante inverosímil. ¿Y el cuadro de su propia manía, el período de invasión determinado por sufrimientos vagos, con todos los signos somáticos de rigor: cefalalgia, insomnio, inapetencia? Luego, aquel bienestar, aquella agitación tan característica, y lo demás, hasta la brusca cesación de estos fenómenos, una mañana, al despertar... Si yo me fingiera alienado no me dedicaría a simular otros síntomas. Y una vez más, Ribier no es alienista... Pero — agregó el sabio después de una pausa — hoy me he limitado a tantearlo... Mañana le haré una pregunta para la que ningún libro podrá prepararlo. Ya sabe usted cuál. Se trata de mi ley inédita, la de la hiperestesia disociada.

Esta ley, que el psiquiatra reivindicaba con ingenuo orgullo, era conocida por Portehaut, que había visto a su maestro buscarla y descubrirla recientemente. Courrioles se había sorprendido al comprobar entre los enfermos llevados a sus dos clínicas un singular contraste: el de su insensibilidad general con el exceso de su sensibilidad particular.

Un maniático, semidesnudo, vaga por las calles con un tiempo glacial, sin sentir frío. Esa es la insensibilidad general. Un ruido muy débil, imperceptible para los demás, será oído por él, con una agudeza de oído que traduce, en cambio, una sobreexcitación extraordinaria del órgano. Ese es el exceso de sensibilidad particular. Tal es lo que el médico, en un lenguaje tan técnico que llegaba a ser bárbaro, llamaba hiperestesia disociada.

—Sí —continuó—; si Ribier ha estudiado en los libros los síntomas de la manía, no habrá encontrado indudablemente en ellos este síntoma, porque yo todavía no he publicado mi informe acerca de él. Tiene, pues, la idea clásica de que los locos no sienten nada. Usted me comprende, pues. Si es un simulador, nos contará que tenía todos los sentidos disminuídos por igual. Será un signo muy pequeño, pero indiscutible, y habrá caído en el lazo... Pero, ¿es un simulador?... Bueno. Aquí está Croulebois. Llega usted tarde, amigo mío. Y usted mismo se ha castigado. Portehaut le contará lo que ha perdido... ¡Ah!; la señora Susana nos trae un caso interesante.

La señora Susana, fuerte moza bigotuda —la ayudanta de Habert—, entraba, en efecto, al mismo tiempo que Croubelois. El estudiante retrasado tomó una silla, disculpándose, al otro lado del maestro. La enfermera llevaba casi, sosteniéndolo por debajo de los brazos, un guiñapo humano, una mujer de ochenta años, con la cabeza bamboleante y los ojos nublados de demencia, que los agentes habían recogido en la calle, porque ya no sabía ni su domicilio ni su nombre.

—Observen ustedes lo que tantas veces he repetido —dijo Courrioles cuando sentaron a la desgraciada en la silla que poco antes ocupara Ribier—; observen ustedes que las viejas conservan en sus rasgos, en sus miradas desconfiadas, en la boca hundida, un aire de maldad que no tienen los viejos. ¡Por fin confiesan!—continuó riendo—. *Et nunc erudimini*, jóvenes.

Dos horas después, al salir del Palacio de Justicia, acompañado por Portehaut — los dos Wágners de este Fausto de nuevo género acostumbraban acompañar al maestro hasta su domicilio —, el psiquiatra preguntó al joven:

—¿Está enamorado Croulebois? Sí —continuó—, esta mañana llegó tarde. Ahora nos deja. Hace varios días que lo noto: ya no atiende a sus cosas. Y cuando hablé de la maldad de las mujeres, a propósito de la vieja demente, ¿no lo vió usted? Tuvo un "tic" así...

El minucioso observador hizo con los párpados un movimiento, el que había sorprendido en su discípulo, demostrando así hasta qué extremo había afinado su facultad de atención el ejercicio cotidiano.

—No se lo hubiera dicho a usted, señor —contestó Portehaut—. Pero es verdad. Tiene una amante. Se llama Julieta. Es lindísima y lo hace desgraciado.

—¡Psicosis sensual electiva! —repuso Courrioles, encogiéndose de hombros—. El amor no es otra cosa. Trataremos de sacarlo del pantano. Ha hecho usted bien en decírmelo. Empecemos por hacerlo trabajar. Vaya usted a buscarlo en seguida. Le dirá que tiene un compromiso para esta noche y mañana,



y que no puede usted seguir a Ribier. Le contará usted detalladamente nuestra escena de hoy, y le pedirá de mi parte que observe al hombre esta noche y mañana por la mañana. Repítale usted que cuento con él. Lo conozco. Obedecerá.

IV

Bajo sus rudas apariencias, el misógino Courrioles ocultaba la sensibilidad delicada y profunda que adorna a tantos hombres de estudio. Por mucho que le interesara el caso de Guillermo Ribier, la confidencia del buen Portehaut sobre su camarada Croulebois le preocupaba más aún, pues su primera pregunta, al llegar al día siguiente a la enfermería de palacio, se refirió a su interno.

—El señor Croulebois vino, pero se fué — le contestó Habert.

—¿Que se marchó?

—Sí, señor profesor, dejando esta nota.

El psiquiatra tomó la hoja de papel en que el estudiante había anotado su observación de la mañana acerca de Guillermo Ribier. Esta observación estaba redactada en once líneas.

"Visité a Ribier ayer noche —decía—. Lo encontré muy tranquilo. Hablamos de su asunto. Continúa pretendiendo que es víctima de un verdadero error judicial. Su sinceridad me parece evidente. Volví a verlo esta mañana. Le hallé una superactividad de la asociación automática de las representaciones mentales. La terminación de una palabra lo conduce a pronunciar inmediatamente otra palabra de análoga terminación. Acaba frases enteras con asonancias o con rimas (¿manía remitente o intermitente?) La segunda hipótesis concordaría con la teoría de Doutrebente, que liga las manías intermitentes al "mal sagrado". La herencia materna explicaría el caso."

Croulebois había firmado de una manera que debió parecer notable a Courrioles, porque permaneció largo rato examinando las letras de la firma, con expresión tan reconcentrada

y tan severa a la vez, que el jovial Habert dijo en voz baja al fiel Portehaut:

—Cuando asome el señor Croulebois, ya tendrá que rascar... Conozco al patrón. Está encolerizado.

—Deje usted — contestó Portehaut, también en voz baja —. Yo le hablaré. ¡Es un hombre tan bueno!

El estudiante se jactaba. No se atrevió a hablar al maestro, tan sombrío estaba su rostro. Portehaut era un muchacho de veinticuatro años, de cara rosada y blanca, encuadrada por sus cabellos rubios naturalmente rizados. Este aire infantil de monaguillo contrastaba casi cómicamente con los trabajos a que el joven se había dedicado. Era el discípulo sumiso, atento, dócil, mientras que Croulebois, el ausente, tenía la cara atormentada, casi verdosa de bilis, que armonizaba con la decoración siniestra del extraño laboratorio psicológico presidido por el áspero Courrioles. Era el discípulo preferido del maestro, lo que bastaba para explicar el mal humor de éste, mal humor de que Portehaut fué víctima expiatoria.

—Que traigan a Guillermo Ribier.

Esta primera frase fué seguida por esta otra:

—¿De manera que no ha transmitido usted mis órdenes a Croulebois?...

—¡Oh, sí, señor! — tartamudeó Portehaut.

Luego, avergonzándose de una denuncia que hacía, sin embargo, por servir a su colega, continuó:

—Julieta vino a buscarlo... Y, naturalmente...

—¿Y usted lo disculpa? ¡No lo defienda! Muéstreme más bien su trabajo.

Apenas había tenido tiempo de leer con el rabillo del ojo el extracto del interrogatorio de la víspera, cuando Ribier fué nuevamente introducido en la habitación por el guardián Habert. El asesino tenía la misma cara impasible en que los ojos seguían moviéndose tan extrañamente. Diríanse los ojos de un animal de presa. Con el borde de los labios, como la víspera, contestó a la pregunta del perito.

—Ya veo, Ribier, que ha dormido.

—Sí, he dormido; pero sintiéndome muy "afligido".

—¿Afligido? — preguntó Courrioles, rimando él también: "dormido", "afligido" —. Pues ya ve usted que nadie le quiere mal, puesto que se me ha encargado de examinarlo. No queremos más que la justicia y la verdad.

—Yo no tengo confianza, señor doctor. Se me ha tratado con demasiada "severidad".

—¿Ha leído usted la nota de Croulebois? — preguntó Courrioles a su interno, en alemán. Ambos hablaban corrientemente esta lengua. Y como Portehaut contestara negativamente —. Léala usted — agregó el maestro, indicando la frase sobre la superactividad de la asociación automática.

Ribier acababa de justificarla contestando de nuevo con una consonancia "verdad" y "severidad" a la segunda frase que se le había dirigido. Durante el nuevo interrogatorio, que no duró menos de una hora, no dejó, con una flexibilidad de lenguaje de veras sorprendente, de repetir, así en forma de eco, con la terminación de cada una de sus respuestas, el final de cada pregunta. Portehaut se quedó admirado al observar que estas preguntas se mantenían, contra la costumbre del profesor, en el mismo círculo que el día antes. Parecía como que Courrioles quisiera hacer pasar a su interlocutor de la víspera exactamente por los mismos caminos. El plan del perito era muy sencillo. Pero su sencillez misma constituía su profundidad, que el estudiante no estaba todavía preparado para comprender. Por fin, al terminar el interrogatorio, comenzó a dibujarse el lazo anunciado.

—El día del que usted llama su accidente, ¿hacía mucho calor? — preguntó Courrioles.

El asesino se había servido de esta expresión.

—No sé, señor doctor — contestó —. Durante todo el tiempo que duró mi crisis, nunca sentí ni frío ni "calor".

—¿Quiere usted decir — preguntó Courrioles — que tenía los sentidos como embotados, vamos, así como si algo en usted se hubiese dormido?

—Eso es — contestó Ribier —, como si algo se me hubiese "dormido".

—Tampoco vería usted muy bien, naturalmente — continuó el doctor con la misma voz, la voz de quien está convencido de lo que otro le dice —. ¿No oía usted tan distintamente como antes?

—Por el contrario, señor doctor — contestó el asesino, que pareció reconcentrarse para apelar a sus recuerdos, y otra vez, rimando, contestó —: nunca he tenido tan agudo el oído, ni los ojos tan "penetrantes", mucho más que "antes".

—Está bien — dijo Courrioles después de una pausa.

E hizo señas a Habert para que se llevase al preso, que se levantó, algo sorprendido por la repentina interrupción del interrogatorio. Pareció querer decir una frase. Pero, cambiando de opinión, no la dijo. Se despidió sencillamente.

—Buenas tardes, señores médicos.

Cuando la puerta se cerró, Portehaut dijo:

—Tenía usted razón, mi querido maestro. No es un simulador. Además, esa especie de "ecolalia", esa rima al final de las frases... Yo no la había notado ayer. Y, también, Ribier no puede conocer su ley de usted sobre la hiperestesia disociada... Ha tenido esta hiperestesia, junto con una anestesia general. Es, evidentemente, un maniático cíclico.

—Así opina Croulebois... ¿Sabe usted dónde puede estar Croulebois en este momento?

—Me temo que en casa de la amante de él, señor.

—Pues bien, tome usted un carruaje y tráigamelo en seguida. Si no quiere venir, dígale sencillamente que su observación ha decidido mi diagnóstico y que lo necesito para redactar el informe que debe ser presentado mañana mismo. Que vaya a casa. Yo me vuelvo allí para redactar el informe. En carruaje no tardará usted mucho. Estará de vuelta dentro de media hora. ¿Dónde vive esa mujer?

—En la calle Monje.

—Perfectamente. En seguida acabará usted la visita de los enfermos. No hay más que cuatro. Vaya usted, y acabe pronto.

V

Cuando, media hora más tarde, Croulebois, avisado por Portehaut, entró en el gabinete de trabajo de la calle de la Megisserie, donde ya estaba Courrioles, como lo había dicho, encontró fijos en él los ojos del célebre maestro. Aquellas pupilas eran tan perspicaces que el joven sintió detenerse los latidos de su corazón. Courrioles le indicó que se sentase y continuó perforándolo con su temible mirada.

—Croulebois —le dijo—, usted tiene una amante que le ha amenazado con abandonarlo. Usted ha querido, a toda costa, procurarse dinero para dárselo. Usted ha sabido que Ribier, el asesino, a quien examiné ayer y hoy, había robado cerca de setenta mil francos al relojero Jacquin, y que no se le han encontrado. Usted ha sabido, por Portehaut, la pregunta que yo iba a hacerle hoy para burlar su simulación. Usted se ha puesto en relación con ese hombre, de acuerdo con lo que yo le había mandado, por otra parte, y le ha ofrecido ayudarle a conquistar su libertad, si consentía en darle una parte del dinero oculto. El aceptó. Usted le dijo lo que yo le preguntaría y contestaría. En seguida le enseñó otro signo de manía intermitente que él no conocía, el eco al final de las frases. No está usted hecho para el crimen, mi pobre Croulebois. No le ha sido posible asistir al interrogatorio del bandido, de quien se ha hecho cómplice. Me ha escrito usted, sin recordar que desde hace treinta años me ocupo de leer en la letra el movimiento de la mano del que la traza. La mano de usted ha temblado al escribir esas letras. Su agitación interna ha pasado a sus dedos. No ha reflexionado usted, y no ha visto que yo repetiría hoy a Ribier las mismas preguntas que ayer le hice, y por eso no le recomendó que variara un poco sus respuestas. Ese automatismo le traicionó, a él... ¿Tengo razón, Croulebois? Conteste. Aun es tiempo de confesar y arrepentirse.

—¡Ah, señor! —exclamó el estudiante, cuyo rostro había ido descomponiéndose a medida que hablaba el profesor. Después, rompiendo repentinamente en sollozos, dijo—: Es verdad. Perdí la cabeza... Soy un miserable. No tengo más que arrojarme al río al salir de aquí.

—No —respondió Courrioles, con una voz en la que vibraba la compasión—; lo que debe usted hacer es arrepentirse, se lo repito, y probármelo, abandonando a esa mujer. Y eso en seguidita. Tal es la condición que impongo a mi silencio. Voy a acompañarlo esta misma tarde a la estación del Este, y embarcarlo para Munich, con una carta para el profesor Kraepelin. Le adelantaré a usted diez mil francos, que le bastarán para quedarse diez meses allí. Usted sabe el alemán tan bien como Portehaut, y podrá seguir esa clínica, de la que me informará diariamente. ¿Lo promete usted?

—¡Es usted demasiado bondadoso, señor! —murmuró el joven, sin dejar de sollozar—. ¡Haré todo cuanto usted quiera!

Con un ademán de gratitud apasionada y de remordimiento, quiso tomar la mano del sabio, que lo rechazó, como si no quisiera dejarse arrastrar por la emoción, y que le dijo:

—¡Ayúdeme usted, más bien, a aclarar un punto que permanece obscuro y que debo explicar en mi informe! ¿Cómo y dónde aprendió Ribier bastante medicina para fingir tan admirablemente su manía?

—Encontró en la cárcel a un médico, condenado por aborto, que le apuntó su papel.

—¿Sabe usted cómo se llama? —preguntó Courrioles.

Y como el estudiante le dijera que no, murmuró para sí:

—Yo tengo que saberlo, tengo que ver a ese hombre... Debe ser muy fuerte, para haber preparado semejante discípulo. Sí, muy fuerte... Y luego, ¡qué hermosas observaciones habrá recogido en ese medio!... ❖

YO FUI AMIGO DE

DE COMO EL AUTOR DE ESTA CRONICA, DESPUES DE CRUZAR EN BICICLETA CUATRO PAISES, Y EL CANAL DE LA MANCHA EN UNA CANOA, ASOMBRO AL FAMOSO POETA BRITANICO CON LA FOTOGRAFIA DE UNA RANA DE SEIS PATAS...

por

Tíbor Sekelj

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Una fotografía... rara...

AQUEL verano todo el campo de Kandersteg se había transformado en un enorme campamento. Habíanse congregado allí muchachos y muchachas de uniformes kaki y sombreros de ala ancha, llegados de todas las partes del mundo.

Yo me hallaba descansando en mi carpa, que compartía con un compañero, cuando oí que gritaban mi nombre. Un mensajero ciclista vino a buscarme. No me podía imaginar la causa de esta urgente llamada a esa hora, pues no se había proyectado ningún programa. El mensajero me condujo a la enorme carpa que servía de sala de exposición de trabajos de toda índole ejecutados por los participantes del *jamboree* del congreso mundial de *boy-scouts*.

Entre un grupo de visitantes que se había estacionado en un rincón de la sala, había dos señores que estaban comentando algo en el momento en que yo entraba. Ambos eran de edad avanzada e iban vestidos con el uniforme de *rover-scouts*. A uno lo reconocí en seguida: era lord Baden Powell, fundador y jefe supremo de la organización de jóvenes. Me presenté a él con todo respeto, aunque ya le había sido presentado oficialmente. Después de un instante de silencio, el otro señor levantó la mano hacia una de las fotografías expuestas y preguntó:

—¿Es usted el autor de esta fotografía?

—Yo soy — contesté.

Todas las miradas se concentraron en la foto, que representaba una rana de cuerpo alargado y con seis piernas.

—¿Dónde la consiguió? — continuó él, con un dejo de impaciencia en la voz.

—La tomé en Francia, cerca de Dijón.

—Y el animal, ¿lo dejó escapar?

Este retrato del célebre cuentista fué hecho poco antes de que cumpliera setenta años. Hombre sencillo y bondadoso, había descubierto el secreto de saber escuchar.

Este es el cuchillo con vaina autografiada, que Kipling obsequió al autor de esta crónica, joven *boy-scout* que recorrió media Europa en bicicleta para ir a Inglaterra.

RUDYARD KIPLING



—Sí — contesté —, pues no tenía nada de particular.

Los expresivos ojos de mi interlocutor, detrás de los lentes, se transformaron en un solo interrogante.

No tuve más remedio que explicar, en un inglés bastante deficiente, y ante la expectación general, que por error había utilizado dos veces la placa para fotografiar la misma rana.

La explicación provocó la risa de todos, pero noté que estaban un poco desilusionados.

—¿Así que es un muchacho francés?... — reanudó su interrogatorio mi interlocutor.

—No soy francés — contesté. Y tuve que relatarle en pocas palabras cómo había empleado tres meses en llegar a Kandersteg, cruzando cuatro países en bicicleta, y el canal de La Mancha en una canoa.

El señor que me interrogaba parecía muy interesado en mi relato, y de repente me interrumpió:

—Mañana es domingo; ¿está usted ocupado?

—Sí — contesté; y sin darle tiempo para hacer una nueva pregunta, agregué —: Al servicio del hermano Rudyard Kipling.

Un momento antes acababa de reconocer en mi interlocutor al ilustre literato, según sus fotografías en las ediciones de "Kim" y de "El libro de las selvas vírgenes", obras que tantas veces había releído.

Rudyard Kipling encontróse con lord Kitchener en Sudáfrica, durante la campaña de los *boers*. Entonces, el primero era periodista y el segundo comandante en jefe de las fuerzas coloniales. De la entrevista surgió la interesante anécdota que se transcribe en la presente crónica.

En la guerra anglo-*boer*, en la que Kipling fué corresponsal, hubo continuos y sangrientos acciones, y también se desplegó mucho ingenio. He aquí, por ejemplo, un reducto con un engaño militar.

Cuando la naturaleza plagió a Kipling

A la mañana siguiente se deslizaba por un hermoso camino el coche, no muy moderno, pero sí bastante ruidoso, guiado por Kipling, que a pesar de sus sesenta años pasados manejaba la máquina con gran seguridad y tranquilamente. De tiempo en tiempo me enseñaba un castillo, una roca o un arroyo, y me informaba en pocas palabras sobre su historia.

En ciertos momentos percibí una sonrisa que apenas se dibujaba en sus labios. Pasábamos por rocas y castillos sin comentarlos. Casi dejé de respirar para no interrumpir sus pensamientos.

"Quién sabe qué cuento estará creando en su mente", pensé. Fué él quien interrumpió el silencio:



—No me explico cómo me dejé engañar por aquella fotografía, yo que hice algo parecido, algo que ahora me viene a la memoria.

—¿. . . ?

—Hace años escribí una poesía dedicada a mi amigo X, y tuve que inventar un árbol cuyo nombre rimara, en obsequio de este amigo, que era también escritor. Al cabo de unos años él escribió un libro con el título "Estudios de la naturaleza", en el que aparecía mi árbol, con el mismo nombre y las mismas virtudes que yo le atribuí. Así que parece que la naturaleza me ha plagiado..., o quizá — pero esto es más difícil — mi amigo.

El alma de la gallina

Me presentó a su señora, una viejecita de sonrisa dulce y palabras agradables, que no me hizo ninguna pregunta para no ser indiscreta. Conocí también a dos sobrinos de Kipling que veraneaban allí, y recorrí los rincones más escondidos de su chalet, que me enseñaba él mismo, llamándome la atención ya sobre un dibujo de su padre, ya sobre un casco alcanzado por una bala en la campaña de los *boers*, en Sud Africa, etc. Pero donde más tiempo pasamos fué en el gallinero, en donde una gallina, con la pata cuidadosamente vendada, esperaba a su amo todos los días. Con aire sumamente simpático y digno del autor de los maravillosos cuentos selváticos, me contó Kipling cómo se había roto la pata la gallina y cómo él todos los días le cambiaba el vendaje, para curarla así lo más pronto posible. Le pedí que me permitiera a mí hacer este trabajo. Terminado el tratamiento, a su plena satisfacción, nos quedamos allí sentados un largo rato; el escritor, con la "paciente" en el regazo, acariciándola, habló del alma y del carácter de la gallina, con tal cariño que borró por completo de mi imaginación al oficial del ejército imperial, para dejar paso a la grandiosa figura del novelista y del poeta.

—¿Sabe usted — dijo Kipling después de una breve pausa — que acercando al oído la gallina uno puede percibir los golpes que producen en la molleja las piedrecillas que ayudan a su digestión?

—No lo sabía — contesté, casi dudando.

Levantó al mismo tiempo la gallina hasta su oído y escuchó un momento; en seguida la acercó a mí. Realmente se oía un golpeteo, como si proviniera de un pequeño molino.

Mi huésped examinaba mi expresión, y luego, con una sonrisa de triunfo, dijo:

—Me lo enseñó mi amigo sir John Bland-Sutton, rector de la Facultad de Medicina.

En el gran escritor parecíame que por momentos había un alma de niño.

Kipling y el arte de escuchar

Por la tarde, Kipling extendió delante de mí un mapa de Europa y me hizo contar mi viaje en bicicleta a través de me-

Lord Baden Powell, distinguido militar que luchó en la guerra anglo-*boer*, y que fué creador y jefe supremo de los *boy-scouts*, es otro de los personajes que se mencionan en este relato, cuya acción transcurre en las cercanías de Kandersteg, en Inglaterra.

Cada año llegan a Inglaterra concentraciones de *boy-scouts* de todo el mundo, como este grupo a quien el rey Jorge VI dirige la palabra. En uno de esos *jamborees* Kipling vió una foto rara y...

dio continente. Insistió en que relatara detalladamente las pequeñas aventuras e inconvenientes, pero lo que más le interesaba eran mis observaciones relacionadas con la naturaleza.

Nadie duda de que Rudyard Kipling era un gran maestro del cuento, pero pocos saben que era un verdadero prodigio en lo que al arte de escuchar respecta. Y esta virtud no debe extrañar si se recuerda que en su juventud fué periodista.

Dicen que cierta vez visitó al comandante en jefe de las fuerzas coloniales, durante la campaña de los *boers* en Sud Africa, al célebre lord Kitchener, para reportearlo. Dirigía entonces Kipling un diario local. Escuchaba atentamente a su interlocutor, y de vez en cuando anotaba una fecha o un nombre.

—¿Por qué no anota todo lo que yo digo? — preguntó el comandante en jefe.

—Mi general — replicó Kipling —, lo que yo no retengo en mi memoria no vale la pena de ser escrito.

Cuando apareció el artículo, el general felicitó a Kipling, reconociendo que tenía razón.

La delicadeza del poeta

Los dos sobrinos de Kipling, algo más jóvenes que yo, me llevaron a pasear por el parque que rodeaba la casa. En un banco de mármol encontramos un libro abierto; en otro lugar escondido, varios libros y un cuaderno.

—El tío Rudy — explicaban los jóvenes — tiene libros en todas partes, y cuando llega a un lugar o a otro, sigue leyendo donde había interrumpido la última vez. Así ocurre que lee al mismo tiempo una docena de libros.

Cuando llegamos a la casa, un mucamo avisó que era necesario prepararse para la cena. Los muchachos se retiraron y yo quedé solo, sentado bajo un árbol. De repente me di cuenta de que habían ido a vestirse de etiqueta, como es costumbre en Inglaterra, y de que yo no tenía más que mi uniforme de *boy-scout*. Me sentí muy molesto y busqué al mucamo para decirle que me era imposible participar en la cena, pues no me sentía bien. Se fué entonces y volvió a aparecer después de unos minutos, comunicándome que su amo deseaba verme en el salón a la hora de la cena, si era posible.

Cuando el mismo mucamo me abrió la puerta y entré en el comedor, ya estaban reunidos los de la casa junto a la mesa bien iluminada. Salió a mi encuentro Kipling, vestido de *boy-scout*, librándome así, de una manera delicadísima, de la incómoda situación.

Era este hombre sumamente fino en su trato, hasta con la servidumbre y con sus subalternos, que con mucha razón le adoraban.

Como ya era de noche, propúsome mi ilustre anfitrión pernoctar en su casa, prometiéndome que por la mañana me llevaría él mismo al campamento.

Nos quedamos un largo rato en su biblioteca. El me mostró paisajes de la India dibujados por su padre, ilustraciones de sus obras, su colección de insectos y mariposas, la colección más interesante, aunque no la más grande que yo había visto. Tenía allí muchos recuerdos de cacerías y de países exóticos.

El primer juez

A la mañana siguiente me hizo llamar a su sala de trabajo. Lo encontré ocupado trabajando en algo, que no pude identificar hasta que me acerqué. Tenía en la mano un cuchillo de cazador, en cuya vaina de cuero ejecutaba, con unas plumas especiales, una dedicatoria para mí.

Pude echar una mirada a su escritorio, de unos tres metros de largo y repleto de libros y papeles. Pero, además de eso, había una caja con un sinnúmero de plumas y pincelitos, otra cajita con bandas de goma, varios frasquitos de tinta de distinto color y un frasco lleno de cosas que me parecieron completamente inútiles.

Lo que más me llamó la atención fué un manuscrito que debía de estar corrigiendo. Sin que le hubiera preguntado, me contó que era un cuento que había escrito hacía varios años y que, a pesar de dos correcciones, todavía no le parecía bastante bueno.

El primer juez — explicaba — es la propia conciencia. Después de éste que vengan todos los demás ❖

EL ORGANISTA



La nieve congelada era espesa, durísima, pero no muy alta; Klen tenía las piernas largas, y caminaba con paso acelerado por la carretera que va de Zagrabia a Ponikly. Andaba así, tan de prisa, porque a medida que el crepúsculo avanzaba hacíase el frío más intenso; cosa poco agradable para quien, como él, llevaba vestidos tan ligeros. Una casaca corta, y encima un abrigo de pieles más corto todavía; unos calzones negros, que no le llegaban al tobillo, y un par de botas cuajadas de tajos y remiendos. Este era todo su equipo. En la mano llevaba un oboe; en la cabeza, un sombrero, a través del cual podían verse las estrellas, y en el estómago, unas cuantas copitas de ron.

Su espíritu vibraba presa de la serena emoción que nace de la alegría, y su corazón rebosaba de inmenso júbilo. Y a fe que tenía motivos sobrados para estar contento. Aquella misma mañana había firmado un contrato con el canónigo Krayewski en virtud del cual entraba en posesión del cargo de organista en la parroquia de Ponikly. ¡Organista de Ponikly! ¡El, que todavía el día antes andaba como un gitano, de pueblo en pueblo, de mercado en mercado, de mesón en mesón, de fiesta en fiesta; él, que no dejaba escapar boda ni bautizo sin apañarse para ganar algunas monedas de cobre con su oboe o con el órgano, que manejaba mejor que todos los organistas de la comarca!... ¡Organista de Ponikly!

Desde ahora iba a empezar para él una existencia metódica y tranquila; poseería casa propia, podría cultivar un huertecito todo suyo... Una casita, un huerto, un sueldo fijo de ciento cincuenta rublos anuales, amén de otros ingresos probables; un cargo honrosísimo, ya que sus servicios estaban dedicados única y exclusivamente a la gloria de Dios y podían, por lo tanto, equipararse con los de sus propios ministros... ¿Qué más podía apetecer? ¡Y pensar que tiempo atrás, siendo como era el mejor organista de la comarca, cualquier rústico de Zagrabia o de Ponikly, por el mero hecho de poseer dos yugadas de tierra, se creía con derecho a mirarle por encima del hombro!... No dejarían de saludarle ahora, ahora que desempeñaba un cargo tan importante; porque no era cosa de tomarse a broma eso de ser organista de una parroquia tan grande como la de Ponikly.

A decir verdad, Klen aspiraba a este destino desde hacía mucho tiempo; mas viviendo aún el señor Milnitzki, su antecesor, ni remotamente había que pensar en la realización de aquel ardiente anhelo. Es verdad que a duras penas podía el buen anciano mover sus gotosos dedos sobre el teclado, por lo cual salíanle las melodías horriblemente contrahechas y desafinadas; pero por espacio de veinte años había estado sirviendo a Dios al lado del señor canónigo, y ni por asomo se hubiera atrevido éste a pensar que podía ser substituído en vida.

Mas un día la yegua del señor canónigo, enfurecida de pronto, y sin que nadie supiese por qué, dió al anciano organista una coz tan descomunal en pleno pecho, que lo mandó al otro mundo en cosa de tres días. Y no se entretuvo Klen; presentóse inmediatamente al canónigo, y le hizo en toda regla la demanda del empleo vacante por la muerte del señor Milnitzki. Y como quiera que el canónigo había tenido ocasión infinidad de veces de admirar la destreza y la pericia de Klen, y sabía perfectamente lo difícil que hubiera sido encontrar quien rivalizar pudiera y más digno sucesor de su difunto amigo fuera, ni aun buscándolo en la ciudad, no titubeó un segundo en concederle la prebenda.

Pero ¿cómo era que Klen sabía tocar con tanta perfección, no sólo el órgano, sino también el oboe y otros diversos instrumentos? ¿De quién había heredado tan asombrosas aptitudes? De su padre, no por cierto. Este, sencillo campesino de Zagrabia, después de haber rodado medio mundo como soldado en sus mocedades, habíase visto reducido a fabricar sogas y cordeles de cáñamo, consolándose de la ruindad de su oficio con el humo que todo el santo día sorbía de su pipa, único instrumento que con los labios sabía manejar.

Un cuento de ***ENRIQUE SIENKIEWICZ***

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST



Klen, por el contrario, ya de niño se metía siempre donde había música, quedándose absorto largas horas, cual si en éxtasis estuviera. Ya mayorcito, había hallado la manera de ser útil al señor Milnitzki, tirando del fuelle del órgano, y el anciano organista de Ponikly, que conocía la afición del muchacho, enseñóle a tocar su instrumento. A los tres años ya sabía Klen más que su maestro. Un día, inopinadamente, el joven músico desapareció del país con una farándula de músicos ambulantes llegados a Zagrabia Dios sabe cómo.

Muchos años estuvo con ellos errando como un perro vagabundo por villas, pueblos y villorrios, ganándose el sustento en las ferias, en los banquetes, en las iglesias, en todas partes donde había posibilidad de embolsar unas monedas. Más tarde, muertos o dispersados sus compañeros, volvióse a Zagrabia, flaco, andrajoso, pobre como una rata, y desde entonces había vivido libre como un pájaro, pidiendo al aire su sustento y poniendo su música, ora al servicio de Dios, ora al servicio de los hombres.

De esta suerte fué su nombre, poco a poco, adquiriendo mucha fama, pese a algunos de sus paisanos, que le reprochaban su "liviandad". Se hablaba de él en Zagrabia, en Ponikly y en todas las cercanías. Decían las gentes: "Será lo que queráis; pero lo cierto es que cuando Klen agarra su instrumento y se pone a tocar, hasta Dios debe tenerle envidia, porque con su música les hace saltar las lágrimas a los hombres."

A veces le preguntaban:

—Oye, estimado Klen: ¿tendrás, acaso, dentro de ti un diablo que te inspire?

Y, en efecto, era muy de creer que un diablo se hubiese posesionado de aquel hombre enjuto, de tronco anguloso y largas piernas.

En las principales festividades del año o en las grandes solemnidades habíale llamado alguna vez el señor canónigo para que substituyera provisionalmente al anciano Milnitzki. En semejantes ocasiones olvidábase por completo de sí mismo y de cuanto le rodeaba; y cuando los corazones de los fieles palpitaban recogidos en la devoción; cuando subía el incienso hacia la bóveda del templo, extendiéndose en nubes olorosas; cuando el órgano mezclaba sus voces a las voces del pueblo que cantaba a Dios sus alabanzas, él puede decirse que no existía. Los cantos y los himnos de los feligreses, el tañido de las campanas, el flamear de los cirios en el altar, el áureo centelleo de los candelabros y de los relicarios, el perfume de la mirra, del ámbar y otras esencias tropicales, le embriagaban, haciendo volar su espíritu más allá de las regiones terrestres. Y cuando el canónigo, entornando los ojos, alzaba la custodia, resplandeciente de luz, para bendecir al pueblo, entonces Klen, desde su puesto, inclinaba también la cabeza, y en el inefable arrobamiento de su espíritu parecíale que el órgano tocaba solo, que las voces de sus cañones se elevaban como olas, fluían como ríos, chorreaban como manantiales; que llenaban la iglesia toda, flotando bajo la bóveda, junto al altar, mezcladas con el humo de los incensarios, con los rayos del sol y con las almas de los fieles prosternados: unas, potentes y majestuosas como truenos; otras, como cantos humanos, llenas de palabras vivas, y las restantes, aun suaves, menudas, sueltas como lentejuelas o como trinos de ruiseñor.

Acabada la misa, bajaba Klen por la angosta escalera del órgano con el alma todavía vibrante de entusiasmo y los ojos encantados y llenos de estupor, cosa que él, hombre sencillo, atribuía al cansancio. En la sacristía, el canónigo le ponía unos *groszy* en la palma de la mano, mientras cuchicheaba al oído una alabanza, y ya entonces se marchaba Klen, mezclándose con los fieles, que se estrujaban en el umbral de la iglesia para salir. Y la gente le saludaba siempre — por más que no tuviese ni tierras ni choza... — con inequívocas muestras de estimación.

Pero no era la consideración de sus paisanos lo que a Klen más le interesaba. Era otra cosa, una cosa que Klen anteponía a todo: a Zagrabia, a Ponikly, al mundo entero, y esta cosa era Olka, la hija del ladrillero de Zagrabia. Aquella muchacha se le había puesto en el corazón como una garrapata, valiéndose de sus ojos azules como dos acianos, de sus blancas mejillas y de sus labios rojos cual cerezas. En los momentos de sangre fría — raros, en verdad —, bien comprendía Klen que jamás el ladrillero habría de darle su hija por esposa, y decíase entonces, viendo claro en la cuestión, que más le valdría no pensar más en ella. Pero también comprendía, lleno de espanto, que jamás, jamás, podría el muy cuitado olvidar a la muchacha, y triste, cabizbajo, pensaba para sus adentros: "¡Demonio, y cómo se me ha colado en las entretelas del corazón! ¡Ni con tenazas sería posible arrancarla!"

Por ella abandonó su vida trashumante; por ella vivía, respiraba, y cuando tocaba el órgano, con sólo pensar que Olka tal vez le estaba escuchando, salíanle las tocatas de un modo magistral.

Y ella, ella le empezó a querer por lo bien que tocaba; pero luego púsose a amarle por lo que valía en sí y con toda su alma. Nada había en el mundo para



Olka como aquel hombre, a pesar de su cara estrambótica y aceitunada, de sus ojos errabundos, de su casaca raída, de su menguado abrigo de pieles, que no alcanzaba a taparle la casaca, y de aquellas piernas tan largas que más bien parecían las de un cigüeña.

Quien no compartía este mismo modo de pensar era el padre de la muchacha, el ladrillero de Zagrabia, el cual, aun cuando se encontraba muchas veces sin una moneda en el bolsillo, no hubiera consentido jamás en dar su Olka a Klen. "A la niña", decíase el ladrillero, "todo el mundo la pretende. ¿Para qué, pues, uncirla al carro de ese azotacalles de Klen?" Y apenas, si le dejaba traspasar de vez en cuando al pobre músico la puerta de su casa.

Pero con la muerte del viejo Milnitzki y el subsiguiente nombramiento de organista de Ponikly, ya tomaban las cosas un aspecto diverso. Aquella misma mañana, apenas firmado el contrato, había volado Klen a casa del ladrillero, que le había acogido con las siguientes palabras:

—No quiere decir esto que ya te dé mi consentimiento; pero, vamos, un organista ya no es un azotacalles.

Y hablándole así, habíale hecho entrar en casa, obsequiándole luego con unas copitas de buen ron, tratándole con toda clase de miramientos. Y al presentarse Olka, mucho se había regocijado el viejo en presencia de los dos jóvenes de que Klen fuese ya todo un señor, de que poseyese una casita propia y un huertecito, todo suyo, y de que después del señor canónigo fuese el más notable personaje de Ponikly.

El joven organista se había quedado allí toda la tarde, con gran regocijo suyo y de su adorada Olka, y regresaba ahora a Ponikly por la carretera cubierta de nieve, envuelto en la púrpura del crepúsculo. El frío se iba haciendo más y más intenso; pero andaba Klen con paso acelerado, sin reparar en ello, absorto y embelesado por el recuerdo de los acontecimientos de aquel día.

Y en verdad que había sido aquél un día bien feliz, como jamás recordaba haber pasado otro igual en su vida.

Por la carretera, desnuda, sin un árbol, serpenteando a través de los prados cubiertos de nieve congelada, que tomaba a la luz del ocaso reflejos rojos y azulados, llevaba Klen su felicidad, cual diminuta linterna luminosa que debía ya para siempre iluminarle en las tinieblas.

Mientras caminaba volvía a vivir con el recuerdo de los episodios del día aquel. Una a una veníansele al pensamiento las palabras que el canónigo le dirigiera por la mañana, al conferirle el nombramiento suspirado, y la firma del contrato, y la amistosa acogida del ladrillero, y, más que todo, las palabras que Olka le había cuchicheado en un momento en que habían quedado solos:

—Para mí eres siempre el mismo. Yo te hubiera seguido a todas partes, con los ojos cerrados, hasta más allá de los mares. Pero es mejor así, porque así mi padre estará contento.

Entonces Klen, emocionado y con el corazón henchido de gratitud, habíala besado en el codo, sin acertar a decir otras palabras que las siguientes:

—¡Que Dios te lo pague, Olka, por toda la eternidad! Amén.

Ahora, al recordarlas, parecíale que había estado un poco ridículo, y se avergonzaba de haberle besado el codo y de haberle contestado tan lacónicamente. Arrepentíase de ello también, porque no le cabía duda alguna de que en aquel momento le hablaba Olka con la mayor seriedad, de que era certísimo que le hubiera seguido más allá de los mares, si el padre se lo hubiera permitido. ¡Oh, querida, querida Olka! ¡Qué delicioso sería caminar en este momento, apoyado en tu brazo, por esa carretera triste, desierta, sepultada bajo la nieve!

—¡Oh, corazoncito mío, dueña y señora mía! — murmuraba Klen, acelerando más y más el paso.

Y crujía más fuerte la nieve bajo sus plantas.

Al cabo de un instante pensó:

—¡Una muchacha como Olka es imposible que mienta!

Y, de repente, un sentimiento de inmensa gratitud le inundó el corazón. Si en aquel instante hubiese tenido a Olka a su lado, de seguro que no hubiera podido resistir la tentación de abrazarla y estrecharla con todas sus fuerzas contra su pecho. Eso es lo que hubiera debido hacer por la tarde al despedirse... ¿Pero acaso no sucede siempre así? Es precisamente en el momento de obrar o de hablar con el corazón en la mano cuando el hombre se pone más torpe y se le traba la lengua. ¡Oh, cuánto más fácil resulta tocar el órgano!

Mientras tanto, las fajas purpúreas y doradas que cerraban el horizonte íbanse transformando poco a poco en doradas cintas de color de ámbar. Llegaba la noche, y las estrellas aparecían en el firmamento, mirando desde lo alto a la tierra, con la glacial severidad con que acostumbran a mirar en las heladas noches del invierno.

El frío iba siempre en aumento, y el nuevo organista de Ponikly sentía que le penetraba hasta los huesos y le quemaba las orejas. Como sabía tan bien el camino, decidióse a ir a través de los prados, para acortar el trayecto y llegar más pronto a casa. Muy pronto encontróse, pues, en el espacio que la nieve había puesto liso y uniforme, y en el cual se destacaba en negro su silueta larga y estrambótica.

Entonces le vino la idea de echar una tonadilla con su oboe, para matar el tiempo, al par que para mover los dedos, cuyas yemas se le iban helando. Y cosa singular: aquellas notas, cual si tuvieran miedo de la inmensa llanura, blanca y solitaria, salían del instrumento tímidas y temblorosas, y la cosa era más de extrañar toda vez que tocaba Klen alegres

melodías. Eran las canciones que había tocado aquella misma tarde en casa del ladrillero, entre dos copitas de ron y que Olka había ido siguiendo con su linda vocecita. Había querido empezar por la que había escogido primero Olka, y que decía:

Iguala, Dios mío, valles y montañas,
a fin de que todo, todo sea igual;
haz, Dios mío, que hasta mí llegue mi amada
sin tardanza, para consolar mi mal.

Pero la tonadilla no le había agradado al ladrillero, por demasiado sencilla y pastoril, pues gustábanle coplas más refinadas. Entonces habían escogido otra que Olka había aprendido en la casa señorial de Zagrabia:

Ludovico, el buen infanzón, sale de caza;
Elena, bella como un sol, queda en la cama.
Vuelve el infanzón; chilla y late la jauría;
clarines suenan... Duerme Elena todavía.

Esta sí que le había gustado al ladrillero; pero la mejor, sin disputa, había sido la "Canción de la jarra verde", que había provocado en los tres sonoras carcajadas. En esta canción, una moza se lamenta amargamente ante los pedazos de su jarra rota:

¡Roto me has, señor, la jarra verde!

Y el caballero, queriéndola consolar, le replica inmediatamente:

¡Cesa, mi niña, no llores, no;
la jarra verde te pago yo!

Olka, al cantar, alargaba cuanto podía las palabras: "La ja-a-a-rra ve-e-er-de", y estallaba luego en grandes risotadas; entonces Klen, soltando el oboe, le contestaba en tono patético, como el caballero de la canción:

¡Cesa, mi niña, no llores, no!

Y ahora, en medio de la noche, volvía a tocar la "Canción de la jarra verde", y al evocar la alegría y el holgorio de la tarde pomisse a reír cuanto se lo permitían los labios, amoratados en tocar el instrumento.

Pero el frío se hacía más y más intenso; poco a poco, los labios se le pegaban, ateridos, al oboe, y los dedos, en lugar de ablandársele, se le ponían más tiesos. Pronto ya no le fué posible tocar, y continuó caminando, algo jadeante, con la cara envuelta en niebla.

Al cabo de un rato experimentó una gran fatiga. No había pensado en que en los prados se acumula la nieve mucho más que en las carreteras, y que le sería más penoso sacar sus largas piernas de aquel espesor. Aquí, allá, por la inmensa llanura blanca, había surcos y zanjas que la nieve había colmado, disimulándolos, y en los que se hundía Klen hasta las rodillas. ¡Cuánto se arrepentía el pobre organista de haber dejado la carretera! Allí, por lo menos, podía haber encontrado algún carro que lo hubiera llevado hasta Ponikly.

En el firmamento brillaban las estrellas con creciente fulgor; el frío aumentaba cada vez más, y Klen prosiguió su camino de prisa, muy de prisa, bañada en sudor la frente. De vez en cuando se alzaban unos soplos de viento que desde los prados corrían hacia el río, y que le penetraban al pobre Klen hasta los huesos.

Una vez más probó a llevarse el oboe a los labios; mas el andar con la boca tapada le causaba enorme fatiga. Entonces se sintió rodeado de una terrible soledad... ¡Qué impregnado estaba todo de quietud, de misterio, de extraña y sorda calma!...

Y no ya a Ponikly, donde le aguardaba su pobre casita, sino a Zagrabia voló su pensamiento: "A estas horas ya debe estar Olka preparándose para acostar — pensaba —; ¡pero, gracias a Dios, es bien caliente su choza!" Y la certeza de que Olka estaba bien guardada del frío en su aposento era para su corazón un gran consuelo, consuelo tanto mayor cuanto más intenso era el frío que él sentía.

Finalmente, llegó al límite de los prados, allí donde empiezan los pastos, que están salpicados de matorrales de enebro. Sentíase Klen tan fatigado, que la sola idea de descansar un rato bajo uno de aquellos espesos matorrales le daba una gran alegría. Pero pensó: "Me voy a quedar helado", y continuó andando.

Por desgracia, en derredor de las matas de enebro, como también al pie de los setos, la nieve se amontona, y forma como unos alzamientos de terreno. Klen franqueó algunos de estos alzamientos, pero con enorme fatiga; luego, sintiendo que le abandonaban las fuerzas, díjose: "¡Voy a sentarme; mientras no no me duerma, no hay peligro de que me quede helado!".

Sentóse, y para ahuyentar el sueño volvió a tocar la "Canción de la jarra verde". Otra vez las notas salían del oboe tristes y miedosas y resonaban lúgubremente por la llanura congelada; pero los párpados del pobre músico pesaban como piedras sobre sus pupilas, y la melodía de la jarra verde decrecía poco a poco, hasta que, por último, se extinguió.

Pero todavía luchaba Klen con el sueño, conservando su lucidez; todavía pensaba en Olka... Unicamente cada vez se sentía más solo, más abandonado en aquel inmenso espacio vacío, y, por fin, una gran estupefacción pareció invadirle todo al ver que Olka no estaba allí con él, en medio de aquella noche y de aquel yermo... Entonces exclamó:

—¡Olka! ¿Dónde estás?

Al poco rato volvió a exclamar, como si la llamara:

—¡Olka!...

Y sus manos crispadas dejaron caer el oboe.

. . . .

Al día siguiente, los primeros albores del amanecer iluminaron el cuerpo de Klen: sentado sobre la nieve, con el oboe a sus pies, sus largas piernas parecían petrificadas y su cara, amoratada, parecía asombrada y atenta a la vez a las últimas notas de la "Canción de la jarra verde". ◈



POR LOS

Malaca

DE SANDOKAN, EL "TIGRE DE LA MALASIA", A LOS PARACAIDISTAS JAPONESES

A la entrada del puerto de Singapur se ve este pintoresco monumento levantado en memoria de sir Stanford Raffles.

Mujer y niño típicos de Malasia, mostrando unas bandas de goma elástica elaboradas por los aborígenes.

Los cerros de Singapur, extremo sur de la península de Malaca, vistos desde un buque inglés.

En la Malasia, el extensísimo conjunto de territorios habitados por los malayos, teatro actual de la gigantesca lucha entre blancos y amarillos, se destaca la península de Malaca, donde Singapur es el principal punto estratégico de Inglaterra en el Oriente, y contra el cual han lanzado sus fuerzas los japoneses.

Esta península asiática fué poblada por los chinos en la antigüedad, cuando se llamaba *Chersonesus aureus*, por la cantidad de oro que contenía. Luego, los malayos de Sumatra le pusieron el nombre de Malaca. Pasó a poder de Inglaterra, cedida por Holanda, en 1824. Completamente tropical, se extiende desde el paralelo 1 hasta el 13 N., donde limita con Siam y Birmania. Abajo tiene el estrecho de Malaca, que la separa de Sumatra; a su izquierda, la bahía de Bengala, y a su derecha, el golfo de Siam y el mar meridional de la China. Tiene 1.500 kilómetros de largo, una anchura máxima de 330 y una mínima de 70. Son 212.000 kms.², que contienen una población de unos 3.000.000 de habitantes. Su sistema orográfico es muy complicado; varias cordilleras se extienden sobre su territorio, cubriéndolo casi todo. El país es esencialmente montañoso, lo cual dificulta mucho las comunicaciones entre las dos costas. Del lado oriental, la conformación presenta variados accidentes; el cabo de Chong-pra y la bahía de Savi, desde la cual, hacia el oeste, un arco de círculo forma la bahía de Baudon; el estrecho de Samnie, frente al cual están las islas Tau, Pennan, Samnie y otras menores, el cabo Labuan y la bahía de Lakon, y cerca de ésta las islas de Krah, Losin, Perhentian, Gran Redang y Teng-gol; la bahía de Blimit y las islas de Pulo Teoman, Endau y Tingi, y, finalmente, la isla de Singapur y el archipiélago de Riou. La costa occidental es aún más accidentada; hay una porción de arrecifes e islotes en la parte sur del estrecho de Papra; la bahía de Weld, la isla de Georgetown, las de Lang-Kawa, Butang y Terutan; la de Lebog, la de Lantar y la de Tingein; la de Puket y sus numerosos adyacentes; el archipiélago de Nidos de Pájaros y el de Mergui, compuesto éste por gran cantidad de islas. Hay muchos ríos, y casi todos corren en sentido paralelo a las cordilleras.

Debido a la elevación del terreno y a la influencia del mar, no obstante la situación ecuatorial de la península, la temperatura máxima es de 32º, y a una altura de 750 metros, de sólo 21º. La vegetación es exuberante y variadísima. Los bosques contienen áloes, teks, sándalos, cocoteros, canela, ébano, bambú, alcanfor y gutapercha. Aunque el suelo no es muy

fértil en casos de cultivos, produce arroz, caña de azúcar, tapioca, piña, pimienta, nipa, nuez de betel, garu, maíz, té y café. En casi toda la extensión de Malaca se encuentran los dos animales más feroces que haya producido la naturaleza: el tigre y el rinoceronte; además, hay elefantes, osos y búfalos; en las cercanías de los ríos abundan los ciervos, los cocodrilos, las tortugas y las serpientes; y el cielo es cruzado por gran cantidad de águilas, faisanes y otras aves de colores vivos.

Los grupos humanos que habitan Malaca pueden dividirse en cuatro: negros, que parecen ser los habitantes prehistóricos de la región; siameses, malayos y extranjeros. La mayoría de éstos son chinos, y el resto indios, árabes, armenios, judíos, portugueses e ingleses.

Una de las riquezas de la península está constituída por la explotación de las minas metalíferas. Abunda sobremanera el estaño, el cual se encuentra a poca profundidad en todo el país; en el estado de Perak se han encontrado bloques de óxido de estaño. Y son numerosas las explotaciones de oro; las principales minas se encuentran en Trenggano, Kemaman y Talung. Además, se extrae plata en algunos puntos de la costa occidental, y carbón en la comarca de Kra.

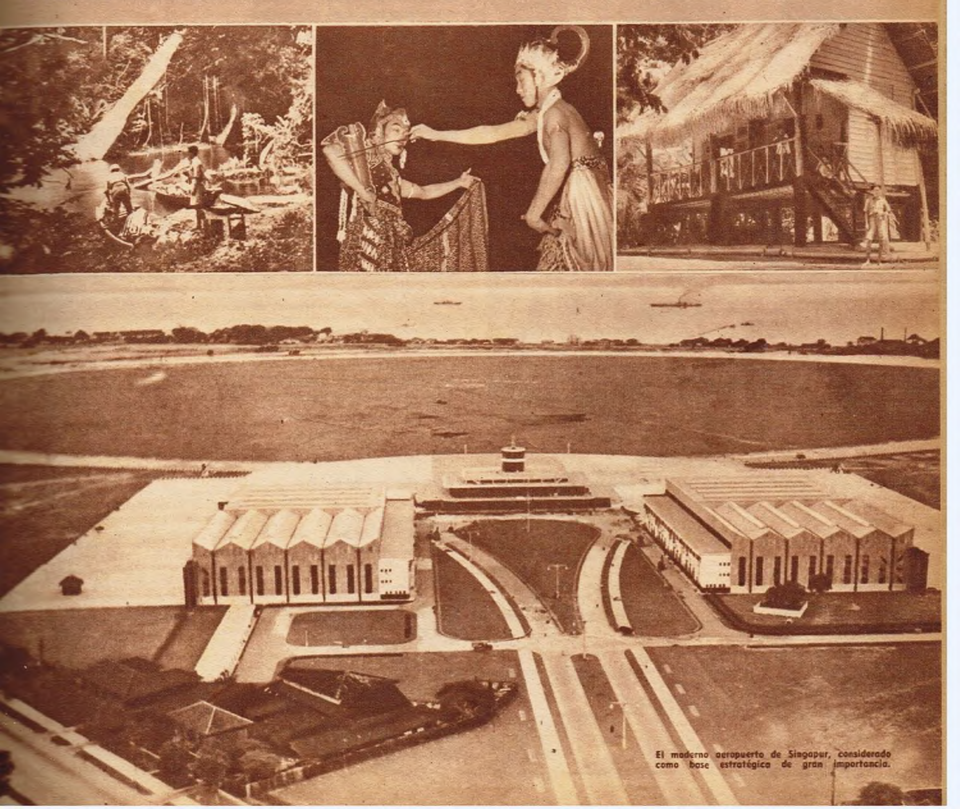
Antaño escenario de los fantásticos personajes que poblaron los relatos de Salgari, la Malasia es hoy teatro de otra lucha, más dramática y terrible que las que describiera con tan vívidos colores el famoso novelista viajero.

Sandokán, el "Tigre de la Malasia", no recorre ya en tren de aventuras las laberínticas regiones de aquel exótico país. No son ya dos especies las que luchan en las selvas malayas, impulsadas por sus instintos y accionadas por la fantasía de un escritor. Ahora son dos razas las que intervienen en el drama bárbaro. Y algo muy importante lo que allí, como en otras partes del planeta, se está poniendo en juego: el futuro del mundo. ◈

Esta foto refleja un panorama agreste de la península de Malaca, donde se encuentran tigres y rinocerontes.

Las danzas típicas de la Malasia recuerdan notablemente las que cultivan los mongólicos del Extremo Oriente.

He aquí una casa construída en el estilo típico de la Malasia central; toda ella es de madera y paja.



El moderno aeropuerto de Singapur, considerado como base estratégica de gran importancia.

Ocho frases célebres

"ZAPATERO, ¡A TUS ZAPATOS!" • "OTRA VICTORIA COMO ESTA, Y ESTOY PERDIDO" • "PARIS BIEN VALE UNA MISA" • "NO MAS SERVIR A SEÑORES QUE EN GUSANOS SE CONVIERTEN" • "MANOS BLANCAS NO OFENDEN, SEÑORA" • "NO MAS LOCURAS" • "SOY LA RAZON Y NO QUIERO SER LA FUERZA" • "YO HAGO LA GUERRA"

por **Alberto L. Rodríguez**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Zapatero ¡a tus zapatos!



Apeles era el retratista exclusivo de Alejandro Magno —quien aparece aquí domando a Bucéfalo—, cuando, en cierta ocasión, pronunció su tan conocida frase.

Apeles era, como se sabe, el retratista exclusivo de Alejandro Magno y un pintor de gran mérito, fiel copista de la naturaleza y de la verdad. El fué quien llegó a pintar una vez una cortina tan perfecta que, creyéndola natural, la gente intentaba descorrerla para contemplar lo que ocultaba. Pues bien, con toda su maestría aceptaba las indicaciones de aquellos que, por su pericia en un oficio o profesión, podían mejorar los detalles de sus cuadros. Así ocurrió con un maestro zapatero al que, oyéndole objetar el calzado de una de sus figuras, se apresuró a modificarlo. Pero el zapatero, animado por el proceder del pintor, quiso continuar haciendo apreciaciones sobre los demás aspectos del cuadro, motivando la advertencia severa de Apeles:

—Zapatero, ¡a tus zapatos!

Otra victoria como ésta y estoy perdido

No hay ningún general moderno que tenga la sinceridad de que hizo gala el rey de Macedonia, Pirro. Sucedió que los ciudadanos de Tarento, en guerra con los romanos, llamaron a Pirro, el famoso general griego, cuyas actividades guerreras estaban sin empleo desde que hubo de abandonar el trono de Macedonia, acudiendo el caudillo con un florido ejército de helenos, ilirios y galos, formidable falange de aguerridas huestes pertrechadas a la perfección. Tampoco los romanos se presentaron mancos a la lucha, y el combate que se dió en Ausculum, donde los romanos quisieron impedir la marcha de sus rivales sobre Nápoles, fué encarnizado y terrible. Duró todo el día, y al final se decidió a favor de Pirro.

Este, al darse cuenta de que la mayor parte de sus soldados o habían perecido o no estaban en condiciones de continuar la lucha, dijo melancólicamente cuando le felicitaban por su triunfo:

—Otra victoria como ésta, y estoy perdido.



He aquí a Pirro con su esposa Antígona. Después de un triunfo contra los romanos, el antiguo rey de Macedonia dijo como respuesta a sus amigos que lo felicitaban "¡Otra victoria como ésta, y estoy perdido!..."

París bien vale una misa

El que más y el que menos, para justificar esfuerzos o dispendios ocasionados por el viaje a París, ha parodiado a Enrique IV, sabiendo o no quién pronunció la frase feliz. Más importancia tenía para Enrique de Navarra que para cualquier turista, puesto que París era la capital de la nación y su aquiescencia le otorgaba la corona de Francia. Para obtenerla, Enrique de Borbón, llamado también el Bearnés, hizo muchos sacrificios, no siendo el menor el de su matrimonio con Margarita de Valois, una de las "mujeres fatales" que han merecido justamente tal calificación. Enrique de Navarra, hugonote, era idolatrado por sus partidarios, pero siendo la mayoría de los franceses fieles al catolicismo, tenía forzosamente que adoptar la religión más extendida en su reino. Enrique, pues, tomó esa decisión y la anunció a sus compañeros hugonotes con el humorismo en él proverbial:

—París bien vale una misa.

Enrique IV

No más servir a señores que en gusanos se convierten

Epílogo triste de una triste historia de amor, y comienzo de una vida de santidad ejemplar. El marqués de Lombay, luego duque de Gandía y virrey de Cataluña, servidor arrogante del emperador Carlos V, fué nombrado caballerizo de la emperatriz Isabel, mujer **fermosa**, de la que se enamoró perdidamente. La emperatriz murió y el duque recibió el encargo de conducir su cadáver, que había de ser enterrado en Granada, en la capilla de los Reyes Católicos. La comitiva llegó al paraje de la Cruz Blanca, donde había de ser entregado el cuerpo de Isabel, luego de solemne reconocimiento.

Al abrir la caja y ver el duque de Gandía en qué montón de carroña se había convertido el hermosísimo cuerpo de su adorada Isabel, tomó la firme resolución, que expresó en alta voz de esta forma:

—No más servir a señores que en gusanos se convierten.

En aquel momento se inició la senda que había de llevar al mundano marqués al santoral, bajo el nombre de San Francisco de Borja.



El artista ha perpetuado el instante en que, ante los despojos mortales de su reina y amada Isabel de Portugal, dijo el duque de Gandía su célebre frase: "No más servir a señores que en gusanos se convierten".

Manos blancas no ofenden, señora



Este es Fernando VII, a cuyo ministro Tadeo Calomarde se debe la galante frase que con su correspondiente anécdota se registra en la presente nota.

Magnífica demostración de galantería debida a un ministro español de la época más negra y obscurantista del reinado de Fernando VII. Su dominio se conoce con la designación de la **ominosa década de Calomarde**, porque de Tadeo Calomarde estamos ocupándonos. Privado Fernando VII de descendencia masculina, había derogado la ley sálica, que excluía a las mujeres del trono. En una de las enfermedades del rey, hallándose éste muy grave, inconsciente casi, Calomarde, con intención de ayudar a los carlistas, hizo firmar al monarca un decreto en el que se abolía aquella derogación, privando de tal suerte a sus hijas de la corona y a su esposa María Cristina de la regencia. Pero la hermana de ésta, infanta Luisa Carlota, mujer de carácter, al salir de la cámara con el decreto en la mano, se lo arrebató a Calomarde, al tiempo que le aplicaba una sonora bofetada.

Don Tadeo, acariciándose la mejilla, y aun viendo frustradas sus ilusiones, tuvo delicadeza suficiente para decir:

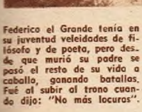
—Manos blancas no ofenden, señora.

No más locuras

De adolescente, la carrera de Federico el Grande no presagiaba los rumbos que más adelante iba a seguir. Se dedicó al cultivo de las letras y de las artes, era poeta y hasta se sentía un poco filósofo, contrariando los deseos de su padre Federico Guillermo, que quería verlo dedicado a empresas militares. Hubo serios altercados en la familia, pero el chico no cedió, y hasta quiso escaparse a Inglaterra. Detenido, le encerraron en un castillo, mientras era ahorcado Katte, su compañero de viaje. Pero su padre, Federico Guillermo, murió, y Federico II subió al trono. Filósofo como era, reflexionó, y, al ceñirse la corona, dijo:

—No más locuras.

Efectivamente, se pasó el resto de su vida a caballo, galopando entre batallas y conquistas. Media Europa fué objeto de sus designios, y llevó la guerra a Francia, a Rusia, a Suecia, a Austria, iniciando el reparto de Polonia.



Federico el Grande tenía en su juventud veleidades de filósofo y de poeta, pero desde que murió su padre se pasó el resto de su vida a caballo, ganando batallas. Fué al subir al trono cuando dijo: "No más locuras".

Soy la razón y no quiero ser la fuerza

Frase feliz, enteramente soberbia, que basta para cimentar un prestigio y que acredita las extraordinarias virtudes cívicas del gran hombre público que las pronunció. Rivadavia, el primer presidente de la Nación, al abandonar el poder, con ese espíritu de renunciamiento que parece consubstancial con las grandes figuras argentinas —el mismo que inspiró el alejamiento de San Martín—, dejó tras sí la ejecutoria insigne de esas palabras augustas.

—Soy la razón y no quiero ser la fuerza.

Bernardino Rivadavia, el hombre que se adelantó un siglo a las ideas de progreso y organización social, el estadista que formó el sólido bloque sobre el que ha sido posible edificar el magnífico edificio de nuestras instituciones y de nuestras libertades, teniendo la fuerza no quiso emplearla, porque poseía la razón.

¡Qué ejemplo para el mundo actual, en el que la fuerza ha desencadenado el vendaval de violencia que amenaza terminar con la civilización!

Bernardino Rivadavia.

Yo hago la guerra

El 8 de marzo de 1918, cuando la situación militar de Francia parecía gravísima, mientras los "Gothas" bombardeaban a París, multiplicando los muertos y los heridos, Georges Clemenceau, presidente del Consejo, pronunciaba en la Cámara francesa las enérgicas palabras siguientes:

—Mi política extranjera y mi política interior es todo uno. Política interior: yo hago la guerra. Política extranjera: yo hago la guerra. ¡Yo hago siempre la guerra! Yo busco mantener la confianza de nuestros aliados. La Rusia nos traiciona: yo continúo haciendo la guerra. La desgraciada Rumania es obligada a capitular: yo continúo la guerra, ¡¡y continuaré hasta el último cuarto de hora!!

A Clemenceau se le llamó feroz. Lo que ha registrado la historia es que esa energía salvó a Francia. La guerra hecha por Clemenceau, el octogenario genial que tenía confianza en su pueblo.



Georges Clemenceau.



DONDE INTERVIENE

HABLAR de mis antepasados y no dedicar un recuerdo a mi abuela Carolina Bélico de Bélico sería una injusticia tan grande como las muchas que cometió la Suprema Corte de Lío Traslío al rechazar sus pedidos de excarcelación, pedidos que alguna vez debieron ser escuchados en mérito siquiera a la frecuencia con que eran formulados. Quiero, pues, ocuparme en este capítulo de aquella digna matrona, a quien jamás doblegaron leyes, decretos, edictos, bandos ni ordenanzas, y supo inculcar a sus hijos el sentido de la responsabilidad, como lo prueba esta noticia extractada de un periódico que conservo entre mis documentos personales.

Nuevamente Lío Traslío se queda sin verdugo.
Presionado por su madre, el flamante verdugo D. Patricio Bélico ha renunciado al cargo y vuelve a sus actividades privadas. Recomendamos al vecindario asegurar con trancas las puertas y no salir de las casas después de las 23 p. m.

Contar cómo Patricio Bélico había llegado a ocupar tan honroso puesto es cosa que dejo para otra oportunidad. Baste ahora saber que su designación fué una de las tantas maniobras del gobierno de aquel país para sembrar la discordia en nuestra casa; pero gracias a su oportuna renuncia, exigida por la autora de sus días, salvaron su existencia cuatro parientes que estaban en capilla.

Anécdotas de este tipo son las que abundan en la vida de mi querida abuela, y he referido adrede la más inocente de cuantas matizaron los treinta y cinco años que gozó de libertad, y si omito las más jugosas es porque cualquiera puede encontrarlas en el archivo del Reformatorio (?) del lugar en una época que abarca casi seis décadas. Y paso de inmediato al asunto, que merece figurar con letras de oro en nuestro árbol genealógico.

Nunca llegaron a explicarse los vecinos de Lío Traslío de dónde le salió a mi abuela Carolina su entusiasmo por el espiritismo, pero la verdad es que aun no había cumplido los veinte abriles cuando, mediante una propaganda habilidosa, todos los habitantes de la ciudad se enteraron de sus manipuleos junto a la mesa de tres patas, y que nuestra casa era visitada por la flor y nata de los muertos ilustres. Sólo falta agregar que por aquel entonces medio mundo vivía enloquecido por los experimentos de Allan Kardec y Flammarión, y quién más quién menos, todos querían entendérselas mano a mano con Romeo y Julieta, Richelieu, etc. No debe extrañar, entonces, si los más caracterizados ciudadanos se mostraron interesados por los manipuleos de la joven Carolina, y muy [illegible]nto por la ilustre casa de los Bélico em[illegible]n a desfilar los tipos más extraordi[illegible] mediums, medio mediums y aficio[illegible] tercera categoría, todos los cuales fueron objeto de una cuidadosa selección, hasta que, finalmente, sólo quedaron aquellos que cortaban grande en la Banca, la Industria y el Comercio, y una media docena de nuevos ricos, de esos que por cualquier bagatela son capaces de extender cheques por un millón de pesos.

Así fué cómo llegamos a una memorable noche en que la sala de nuestra casa hubo de alumbrarse *a giorno* para competir sin desventaja con la carga de brillantes que portaban los visitantes.

EL ESPÍRITU DE ALÍ BABÁ

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

—Queridos amigos — dijo la graciosa Carolina —, estamos aquí reunidos para darnos un atracón de "más allá", y me felicito de que seáis todas personas cultas, y no como ocurre en otras sesiones de espiritismo donde se llama a Mesalina, a Thais, a Cleopatra, etc., para averiguarles detalles de su vida privada y andar a los pellizcos con la pobre medium.

Un murmullo de aprobación indicó a Carolina que todos los asistentes a la velada estaban en cuerpo y alma con la ciencia.

—Vamos a iniciar la sesión, amados hermanos, con un plato fuerte, que constituye la especialidad de esta casa: un llamado a Beethoven.

No habrían pasado cinco minutos cuando el espíritu del gran músico charlaba animadamente con sus flamantes amigos, y daba gusto oírle opinar sobre política, finanzas o arte, según las preferencias de sus interlocutores.



Pero, repentinamente, el espíritu de Beethoven debió cansarse, pues hizo oídos sordos a las preguntas y no dió más respuestas. Procedióse entonces, y de acuerdo con un sorteo, a llamar a los espíritus de Juan Jacobo Rousseau, Caín, Hernán Cortés, Marco Polo, y la sesión terminó con un pedido del conocido industrial D. Josué Lincoy:

—Vamos a intentar una comunicación con Alí Babá, amigos. ¿Será posible acercarle a nuestra mesa, Carolina?

—Nada es imposible para nosotros, hermanito... La prueba es difícil, porque Alí Babá tiene fama de ser un espíritu tímido, pero trataremos de inspirarle confianza recibiéndolo en mangas de camisa. Os invito, amigos, a quitaros vuestros sacos y chalecos, prendas que podéis dejar en el respaldo de vuestras sillas...

Cuéntase que con las cosas que contó Alí Babá, aquellas buenas gentes se rieron durante largo rato, y nunca hubo en Lío Traslío otra reunión espiritista que mereciera tantos comentarios, comentarios que en cierta forma no favorecieron a mi abuela, pues a la vista tengo otro recorte de diario, cuyos titulares darán una pálida idea del escándalo:

¡Sensacional robo en casa de los Bélico! ¡Desvalijan a toda la concurrencia! ¡Desaparecen alhajas y dinero por valor de 400.000 pesos!

Tengo entre los papeles una copia de la "Solicitada", que mi abuela envió a los diarios de la ciudad, y creo honrar su memoria transcribiéndola textualmente:

"Señor director:

"Habiendo llegado a mis oídos que varios señores andan por ahí quejándose de mi última sesión de espiritismo, deseo publicar la siguiente aclaración:

"1. — Fué a pedido del señor Josué Lincoy que en dicha sesión se llamó al espíritu de Alí Babá;

"2. — no es mía la culpa si el sinvergüenza de Alí Babá no pudo aguantarse y se alzó con cuanto le cayó a tiro;

"3. — yo también, y por desaparición de un florero, debo contarme entre los perjudicados, y sin embargo no ando haciendo tanto alboroto y complicando a la justicia en un asunto que deben aclarar los espíritus;

"4. — dicho lo anterior, invito a los señores afectados a concurrir a una gran sesión de gala, en la cual volveremos a llamar a Alí Babá y le diremos cuatro frescas en su misma cara.

"Sin más, le saluda atentamente,

Carolina Bélico."

La publicación de la "Solicitada" satisfizo a los damnificados y a la justicia. Pero, eso sí, la fama de los espíritus que visitaban nuestra casa quedó por los suelos, y la mesita de tres patas se apolilló en el desván. Y de todo cuanto aquí refiero, apenas si queda conmigo un recuerdo de valor, y es este juego de reloj y cadena (trescientos ochenta gramos de oro en total), reloj en una de cuyas tapas puede leerse: *A Josué Lincoy, su amante esposa...* ◈

COMO SE INICIARON EN LA LITERATURA....

María Alicia Domínguez, Laura Piccinini

Por
Luisa Celia Soto

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS SCHONFELD Y PODESTÁ

Continuando la encuesta que iniciáramos en un número anterior, incluímos hoy en estas páginas las respuestas de María Alicia Domínguez, Laura Piccinini de della Cárcova y Zulma Núñez, figuras femeninas de relieves propios en el ambiente literario de nuestro país.



María Alicia Domínguez.

UN DIRECTOR SUSPICAZ

—Para mí — afirma María Alicia Domínguez, la delicada poetisa de "La rueca", "Crepúsculo de oro", "Música de siglo", "Las alas de metal", etc. — una cosa ha sido siempre escribir y otra muy distinta publicar...

—¿Y cuál fué el primer trabajo escrito por usted?...

—En realidad, no podría decir con precisión el título de uno determinado. Mis primeros trabajos fueron una serie de ensayos de prosa y verso que mantuve rigurosamente inéditos. Nacieron estas primeras tentativas de la necesidad de contar cuentos y recitar versos a mis hermanitos, que constituían un público exigente e insaciable...

"Esta época de escritora inédita era para mí de una inspiración caudalosa, que me hacía permanecer horas y horas sobre mis cuadernos.

"Cuando un diario lugareño quiso publicar unos versos míos, tuve mi primer éxito...

—¿Gustaron sus poesías?

—No se trata de eso. Lo que ocurrió fué que el director de aquel diario, al leer mis versos, por todo comentario preguntó... ¡si yo no los habría copiado!...

María Alicia sonríe. Después agrega:

—Este fué uno de mis comienzos. Otro caso que podría contarle me sucedió en plena infancia. Estaba yo en cuarto grado cuando resolvió la maestra que nosotros escribiéramos una composición sobre la primavera. El mejor trabajo, a modo de premio, sería copiado en los cuadernos de las alumnas. Todas mis compañeras me atribuían de antemano el triunfo. Pero yo tenía una rival que me aventajaba en aptitudes de astucia, bien disimulada por la sonrisa y la dulzura aparentes. Nunca pude saber cómo o por qué "casualidad" se "volcó" el tintero sobre mi cuaderno, volviendo ilegible la composición... Pero lo que más me dolió fué que mi maestra, ídolo de mi infancia, no "había comprendido", y en los cuadernos de las alumnas mandó copiar la composición de mi astuta rival...

—¿Publicó desde niña?

—No. Como le he dicho al principio, una cosa ha sido para mí el escribir y otra muy distinta el publicar. Nunca he tenido prisa para esto último, y hasta me he resistido durante algún tiempo a dar a conocer mis trabajos. Los primeros versos míos aparecieron en una revista católica que se llamaba "La Esperanza" y que dirigía don Domingo Guelfo, hombre de gran espíritu. Yo le mandaba mis trabajos, sin conocerlo, y él los publicaba sin haberme visto jamás. Un día, alguien tomó un original mío, y abriendo el sobre tachó palabras de mis versos, sustituyéndolas por groseros vocablos. ¡Cuánto medité y con qué profundo dolor! ¡Con qué pánico se asustaron mis diecisiete años de aquella maldad!...

"Ya he dicho cómo empecé a escribir y cómo empecé a publicar. La victoria más lucida que puedo jactarme de haber obtenido es esta de poder hoy contar tales anécdotas y decirles a mis primeros enemigos que los perdono..."

-¡MAMITA: AQUI ESTA DON QUIJOTE!

Laura Piccinini de della Cárcova, figura vastamente conocida en el mundo de las letras y de la radiotelefonía del país, es autora de numerosos libros, entre los cuales pueden citarse "Vida, dolor y muerte", "El micrófono y yo", "Oro, azul y blanco", etc.

De todas nuestras entrevistadas, es la escritora que revela

de della Cárcova y Zulma Núñez

Laura Piccinini de della Cárcova.

una mayor precocidad en cuanto al despertar de sus aficiones literarias se refiere.

—¿En qué circunstancias — le preguntamos — tuvo usted la revelación de su vocación literaria? ¿Cómo concibió y publicó usted su primer trabajo?...

—En realidad, mi primer "trabajo" literario fué una fantasía — nos dice —. Una fantasía que nunca se llegó a escribir...

—¿Un cuento, acaso?...

—Digamos mejor una... "visión". Ya que me lo piden, les contaré la anécdota.

"Cuando yo no tenía más que cuatro años o cuatro años y medio, ya sabía leer y escribir. Era muy aficionada a los cuentos, las "historias", los relatos de toda naturaleza. Pero las narraciones fantásticas, sobre todo, me cautivaban.

"Un tío mío, que, sin duda, deseaba explotar esta predisposición mía para formar desde temprano mi gusto literario, comenzó a leerme los capítulos de "Don Quijote de la Mancha".

—¿Y le gustaba el "Quijote"?...

—Para mí ese libro fué un motivo de verdadero entusiasmo. Seguía la lectura de mi tío con un interés apasionado. A tanto llegó mi admiración o mi interés por "Don Quijote", que ya no me satisfacía con lo que me leían. De noche, dormida y por mi cuenta, seguía soñando con él y componiendo una especie de Quijote a mi gusto...

"Pero lo más extraordinario es que mi obsesión llegó a ser tan viva, que sin llegar a estar dormida, todas las noches veía al Caballero de la Triste Figura que, vestido con su coraza y tocado con su yelmo de Mambrino, llegaba hasta mi cama y se inclinaba cortésmente para besarme los pies...

"Entonces yo comenzaba a gritar: "¡Mamita!... ¡Mamita!... ¡Aquí está Don Quijote!..." En casa se armaba el consiguiente revuelo. Le echaban la culpa a mi tío y a sus lecturas. Pero a mí todo eso me parecía tan natural, que aun hoy, se lo aseguro, no estoy convencida de que aquello fuera simple imaginación y que Don Quijote no venía real y verdaderamente a besar los pies de una niña de cuatro años que tanto lo admiraba."

—¿Y nunca llegó usted a relatar eso?

—¡Nunca! Y afortunadamente. Pues si lo llegara a es-



Zulma Núñez.

cribir hubiera ocurrido que mi primer trabajo literario, a los cuatro años y medio de edad, hubiese resultado nada menos que un capítulo del "Don Quijote"...

❦ ❦ ❦

UN REPORTAJE AL AUTOR DE "TABARE"...

Zulma Núñez ha publicado, con firme y repetido éxito de crítica, "Verdades y fantasías", poemas; "El espíritu en crisis", ensayos, y "Coplas de soledad"; pero a pesar de esa fecunda y noble labor de escritora y poetisa, ella considera que su verdadero comienzo estribó en un reportaje.

He aquí cómo nos refiere la anécdota:

—Estaba terminando de cursar mi bachillerato, cuando por pura casualidad se publicaron en un diario de Montevideo unos versos míos, que no eran más que un ensayo de estudiante. Fuí a ver al director. Quizá para abreviar la entrevista, éste me preguntó si yo sería capaz de hacer un reportaje "inmediatamente".

—¿Y aceptó?...

—Usted lo ha dicho. De inmediato le dije que sí; y entonces me encargó que lo entrevistara al famoso escultor José Luis Zorrilla de San Martín...

"Me dirigí a su casa, la hermosa casa de estilo español que habitaba junto a su padre. Llamé; salió a recibirme nada menos que este último: el propio autor de "Tabaré", el gran poeta, don Juan Zorrilla de San Martín... Me dió la mano, me trató como a una antigua conocida. Le leí algunos versos míos; él me mostró su jardín, me presentó a su hija... Y, a todo esto, él creía que yo era una visitante que había ido a solicitar su opinión sobre los propios trabajos...

"No lo desengañé. Como fin de fiesta, me invitó a visitar el estudio de su hijo, el escultor, que en ese momento no estaba en la casa. Me mostró las esculturas, los dibujos, las pinturas que llenaban el taller. Frente al "Viejo Vizcacha", el poeta me explicó, mejor de lo que lo hubiera hecho su autor, todo aquello en que trabajaba su hijo, el joven Zorrilla...

"Cuando éste llegó al estudio, yo ya no necesitaba saber más; y me cuidé muy bien de decir para qué había ido. Momentos después, ya en mi casa, con la emoción fresca de todo lo visto y oído, me puse a escribir mi "primer reportaje"... Un reportaje que, puesto que así me lo habían pedido, decía ser sobre José Luis Zorrilla, el escultor, aunque lo era en realidad, y por legítimo derecho, sobre Juan Zorrilla de San Martín, el poeta, uno de los más admirables hombres que he conocido...

"Desde entonces — termina nuestra entrevistada — ejerzo el periodismo..." ❖

LA CASA DE VAPOR

NOVELA LARGA DE
JULIO VERNE

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. DE R. L.

TAPA E ILUSTRACIONES DE P. COSENTINO



UNA CABEZA A PRECIO

Era la tarde del día 6 de marzo de 1867. En la pared de un *bungalow* medio en ruinas, situado a orillas del río Dudhma, en Aurengabad, podía leerse la siguiente inscripción:

"Se ofrece una recompensa de 2.000 libras esterlinas para la persona que entregue, vivo o muerto, a uno de los antiguos jefes de la rebelión de los cipayos, quien, según noticias recibidas, se encontraría en la presidencia de Bombay, y el cual no es otro que el nabab Dandu-Pant, más conocido por..."

El último nombre, tan querido por unos como odiado por otros, no podía leerse. El trozo de papel que lo contenía acababa de ser violentamente arrancado por la mano de un faquir, a quien nadie había podido ver en aquella plaza desierta, y también había desaparecido el nombre del gobernador general de la presidencia de Bombay, que refrendaba el decreto del virrey de la India.

¿Por qué había hecho aquello el faquir?

No cabía pensar que, al arrancar aquel pedazo de papel, esperase que el rebelde de 1857 iba a poder escaparse. Suponer eso hubiese sido una insensatez. Otros muchos carteles cubrían las paredes de los edificios de Aurengabad; además, varios pregoneros recorrían las calles, lanzando a los cuatro vientos el decreto del gobernador. Hasta en la más ínfima aldea de la provincia se sabía ya el monto de la recompensa ofrecida al que entregase a Dandu-Pant. Si los informes recibidos por las autoridades inglesas eran ciertos, y el nabab había buscado refugio en aquella región, dentro de poco tiempo caería en manos de sus perseguidores.

¿A qué obedecería, entonces, el gesto del faquir?

Probablemente a un impulso de rabia o de desprecio. Lo cierto es que, después de haber realizado tal acto, el hombre se encogió de hombros y dirigióse al barrio más poblado y de peor fama de la ciudad.

Este lugar se conoce con el nombre de Decán, que en sánscrito significa sur, y está situado en la parte de la península india entre los Gates occidentales y los del mar de Bengala. El Decán comprende las presidencias de Bombay y Madrás, cada una de las cuales se divide a su vez en varias provincias, siendo Aurengabad, cuya capital fué en otro tiempo la de todo el Decán, una de las más importantes.

El famoso emperador mogol Aureng-Zeb estableció su corte en el siglo XVII en esta ciudad que, en los primeros tiempos de la historia indostánica, se llamaba Kirgi. Contaba por aquella época con una población de cien mil habitantes, pero en la actualidad se ha visto reducida a cincuenta mil. Está sometida a la dominación de Inglaterra, que la administra en nombre del *nizam* de Haiderabad. Aurengabad no ha sufrido hasta ahora del cólera asiático ni de las epidemias comunes en la India, y es una de las ciudades más sanas de aquellos parajes [1].

La capital ha conservado restos de su magnífico pasado, entre los que se destacan: el palacio del gran mogol, edificado sobre la orilla derecha del Dudhma; el mausoleo de la favorita del Shah Jahan, padre de Aureng-Zeb; la mezquita, trazada imitando a la célebre Tadye de Agra, con sus cuatro minaretes que se elevan graciosamente en torno a la cúpula, y otros muchos monumentos lujosos y artísticamente construídos que atestiguan el poderío del más famoso de los conquistadores de la India, quien supo llevar este país, al que unió el Cabul y el Asam, a un alto grado de prosperidad.

A pesar de que la población de Aurengabad se había reducido a la mitad, un hombre podía confundirse aún fácilmente entre los múltiples tipos que la constituyen. Aquel faquir que hemos visto arrancando un trozo del decreto del gobernador, pasaba entre ella completamente inadvertido. Los faquires son numerosos en la India, donde constituyen con los *sayeds* una corporación de mendigos

(1) Debe tenerse en cuenta que las cifras sobre densidad de población y datos geográficos en general que contiene esta obra, se refieren a 1867, época en que se desarrolla la narración. Desde entonces se han producido no pocos cambios, pero con objeto de no fatigar a nuestros lectores con excesivas notas aclaratorias, sólo rectificaremos los errores — errores teniendo en cuenta los años transcurridos — que sean verdaderamente importantes (N. del T.)



de la misma, donde una abigarrada multitud, compuesta por europeos y asiáticos, comentaba el decreto del gobernador general, ansiosos todos y cada uno por ganar para sí las dos mil libras. Hombres y mujeres, niños y ancianos del barrio, mezclábanse a los soldados de los regimientos de guarnición en la ciudad y a los hortelanos de las afueras, formando corrillos cuyo tema obligado de conversación era el de las dos mil libras.

Indudablemente, el único que no sentía deseos de ganar el premio era el faquir, quien se acercaba a los distintos grupos para escu-

religiosos que se dedican a pedir limosna a pie y a caballo, y a exigirla cuando no se les entrega voluntariamente. Estas gentes, que en más de una ocasión aceptan el martirio por propia voluntad, gozan de gran crédito entre el pueblo bajo del Indostán.

El faquir de nuestra narración era de alta estatura, sobrepasaba los cinco pies y nueve pulgadas, de unos cuarenta años y pertenecía al tipo *marahata*, a juzgar por el brillo de sus ojos negros y vivaces, ya que el resto de la cara, cubierta por los hoyos de la viruela, no dejaba ver las facciones. Tenía el pelo teñido de rojo e iba medio desnudo y descalzo, con un turbante en la cabeza y una camisa de lana rayada sujeta por una faja a la cintura. Sobre el pecho aparecían pintados con colores brillantes los símbolos de los principios conservador y destructor de la mitología india: la cabeza de león de la cuarta encarnación de Visnú, al lado de los tres ojos, y el tridente de Siva. Aquel hombre tenía una seña particular: le faltaba un dedo en la mano izquierda.

Una gran excitación reinaba en las calles de Aurengabad, y más particularmente en los barrios bajos

char lo que se decía. Sin embargo, no hablaba con nadie. Sus ojos y sus oídos trabajaban sin cesar, pero su boca permanecía cerrada.

—Dos mil libras para el que descubra al nabab — decía uno levantando sus brazos al cielo.

—Para el que lo descubra, no — le contestaba otro —; sino para el que lo agarre, que no es lo mismo.

—¡Claro! No es de los que se dejan prender.

—¿Pero no había muerto de fiebre en los bosques del Nepal?

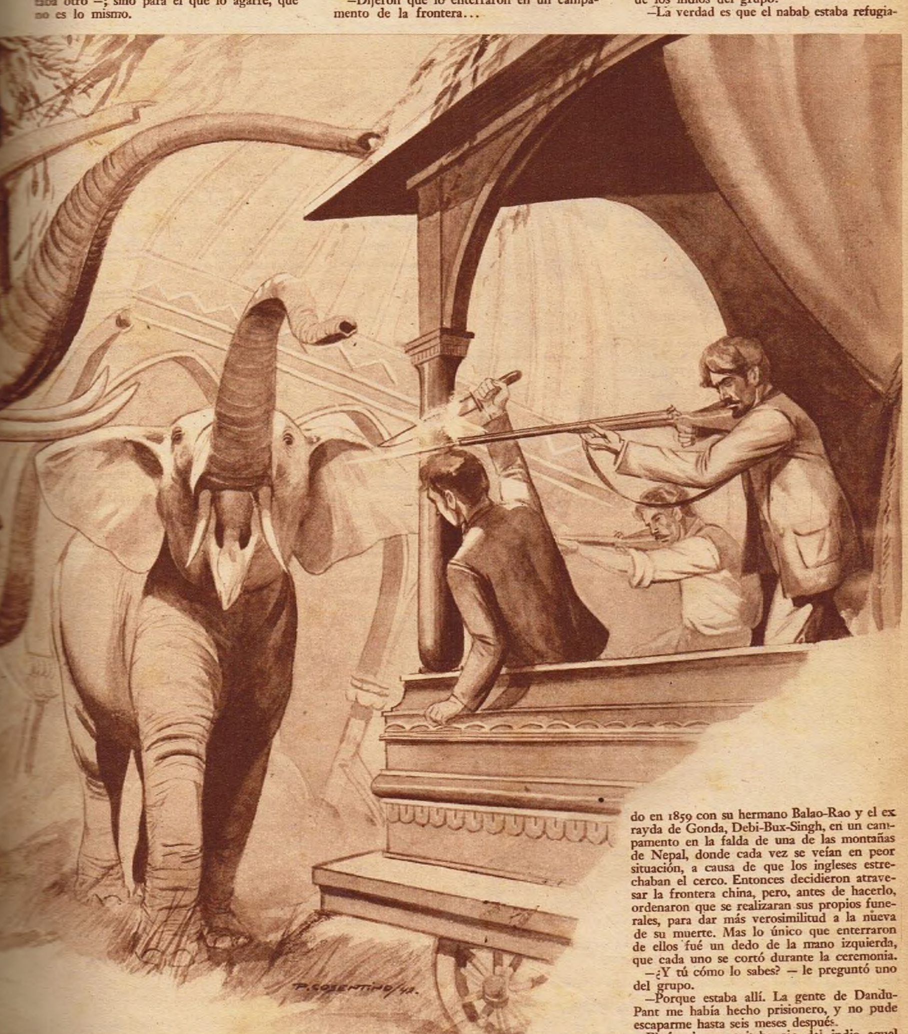
—No; quiso hacer creer que había muerto para vivir seguro.

—Dijeron que lo enterraron en un campamento de la frontera...

—Fué un entierro para engañar a la policía.

Ante esta afirmación, dicha con un aire que no admitía dudas, el faquir no hizo ningún gesto; pero, sin embargo, no pudo reprimir un movimiento cuando oyó decir a uno de los indios del grupo:

—La verdad es que el nabab estaba refugiado en 1859 con su hermano Balao-Rao y el ex rayda de Gonda, Debi-Bux-Singh, en un campamento en la falda de una de las montañas de Nepal, donde cada vez se veían en peor situación, a causa de que los ingleses estrechaban el cerco. Entonces decidieron atravesar la frontera china, pero, antes de hacerlo, ordenaron que se realizaran sus propios funerales, para dar más verosimilitud a la nueva de su muerte. Mas lo único que enterraron de ellos fué un dedo de la mano izquierda, que cada uno se cortó durante la ceremonia.



—¿Y tú cómo lo sabes? — le preguntó uno del grupo.

—Porque estaba allí. La gente de Dandu-Pant me había hecho prisionero, y no pude escaparme hasta seis meses después.

El faquir no quitaba ojo del indio aquel que parecía tan enterado de todo lo ocurri-

do, y había ocultado su mano mutilada debajo de la camisa. Continuaba sin decir palabra, pero, de cuando en cuando, un relámpago iluminaba sus ojos, y sus labios temblaban.

—¿De modo que conoces al nabab? — le preguntó uno.

—Sí — respondió el indio.

—¿Y lo reconocerías si lo vieses?

—Desde luego.

—En este caso, tú eres de los que pueden ganar el premio — comentó uno de los del grupo, no sin cierta envidia, dirigiéndose al indio.

—Quizá — dijo éste —, si es verdad eso de que el nabab ha venido a Bombay, lo que me parece difícil.

—¿Qué se le iba a perder por aquí? — inquirió otro.

—Tal vez venga a organizar otra sublevación, sino entre los cipayos, entre la gente del campo — comentó alguien.

—Si el gobierno dice que ha sido visto en la provincia, es que estará bien enterado — observó uno de los asistentes, que pertenecía a esa clase de gentes que creen que la autoridad es infalible.

—Puede ser verdad — concluyó el indio —. Y, en ese caso, sólo pido a Brahma que yo lo vea, pues habré hecho mi suerte.

El faquir se alejó algo, pero no perdió de vista al indio.

Se había hecho ya de noche, mas la animación no disminuía en las calles de Aurengabad. Seguíase hablando del nabab, en torno al cual corrían las más fantásticas historias y rumores. Primero se dijo que había sido detenido en el norte de la provincia y que un correo acababa de traer la noticia al gobierno, algo más tarde, hacia las nueve de la noche. Los bien enterados aseguraban que se encontraba encerrado en la cárcel de la ciudad y que, a la madrugada siguiente, se le ahorcaría sin más ceremonias ni trámites, como se hiciera con Tantia-Topi, su famoso compañero de revuelta, en la plaza de Sipri; pero a las diez de la noche llegó la nueva de que Dandu-Pant se había fugado, y las esperanzas de los que aspiraban a las dos mil libras renacieron.

La verdad es que todos aquellos rumores eran falsos. Los que se decían bien enterados sabían tanto como los otros. La cabeza del nabab continuaba valiendo lo que ofrecían por ella.

Aquel indio que conocía a Dandu-Pant era quien tenía más probabilidades de ganar el premio. En aquella región eran muy pocas las personas que tuvieron ocasión de ver al famoso jefe de la célebre revuelta. En los territorios situados algo más al norte y algo más al centro, en el Scindia, en el Bundelkund, en el Oude, en las cercanías de Agra, de Delhi, de Cawnpore, de Luknow, principales teatros de las tropelías llevadas a cabo por orden del nabab, los habitantes se hubiesen alzado en masa contra él y lo hubieran librado a la justicia inglesa. Los familiares de sus innumerables víctimas seguían, a pesar del tiempo transcurrido, alimentando deseos de venganza. Era imposible que Dandu-Pant se aventurase por aquellos parajes, y si era verdad que pasara la frontera indiochina, y la idea de una nueva revuelta o algún otro motivo desconocido lo había empujado a salir de su retiro por todos ignorado, únicamente las provincias del Decán podían ofrecerle algo de seguridad.

Mas, a pesar de ello, el gobernador había tenido conocimiento de su presencia, e inmediatamente fué puesta a precio su cabeza. Sin embargo, muchos altos funcionarios de la provincia — magistrados, oficiales — dudaban de la veracidad de la información, a causa de que la noticia de la presencia, y aun de la captura del famoso nabab, habíase ya divulgado muchas veces. Una especie de leyenda se había forjado en torno a su persona, la cual le atribuía casi el don de la ubicuidad y una destreza extraordinaria para burlar a la policía.

Pero el pueblo creía en la presencia de Dandu-Pant, y entre los menos incrédulos se encontraba el indio que fuera su prisionero. Este pobre hombre, ilusionado por la importancia de la recompensa y empujado por su afán de vengarse, sólo pensaba ponerse en campaña, y no tenía duda alguna de obtener éxito. A la mañana siguiente dirigíase al palacio del gobernador para ofrecerle sus servicios, y después iría al sitio en que el nabab hubiese sido visto.

Alrededor de las once de la noche, abandonó los grupos que formaran en el barrio y encaminóse en dirección a su vivienda, una barca amarrada a orillas del Dudhma.

Marchaba el buen hombre con los ojos medio cerrados y reflexionando, seguido por el faquir, quien, ocultándose en la sombra, hacía todo lo posible por no llamar la atención. En el extremo del barrio había menos animación en las calles, la principal de las cuales terminaba en unos terrenos incultos que conducían a orillas del Dudhma.

Una en cada puerto



—Su nombre es Mbopa... Dile que venga, que Juancito está de vuelta.

Todo aquello era casi un desierto que algunos rezagados atravesaban de prisa para llegar pronto a las zonas más frecuentadas.

El indio continuó avanzando, siempre seguido por el faquir, quien se resguardaba detrás de los árboles y pegándose a las paredes de las casas medio derruídas que encontraba a su paso. Sus precauciones no eran excesivas ya que acababa de salir la luna. A su luz, el indio hubiese podido ver que era espiado, pero de ningún modo podía oír los pasos del faquir, que caminaba descalzo y sin hacer el menor ruido.

Pasados cinco minutos, el indio llegó frente al bote que le servía de casa, y allí se detuvo, con el pensamiento absorto en las dos mil libras y en lo que diría al día siguiente al gobernador. Poco a poco, cautelosamente, el faquir se acercaba, pero el indio no lo vió.

Sólo se dió cuenta de que, de pronto, un hombre saltaba sobre él como una pantera, con un relámpago en la mano, que era el reflejo de la luna sobre el cuchillo malayo de su agresor.

Herido en el pecho, el pobre indio cayó al suelo; pero aun no había muerto. Pronunció algunas palabras inarticuladas, cortadas por torrentes de sangre.

El faquir levantó un poco a su víctima y acercando su cara, que en aquel momento recibía de lleno la luz de la luna, a los ojos del pobre indio, le preguntó:

—¿Me conoces?

—Él... — murmuró el desdichado, y cuando el nombre temido y maldito del faquir iba a ser pronunciado, murió ahogado entre las manos de éste, quien, unos instantes después, arrojaba el cadáver a la corriente del Dudhma.

No bien se hubo apaciguado la agitación de las aguas que siguió a la caída del cadáver, el faquir regresó por el mismo camino que había traído y dirigióse hacia una de las puertas de la ciudad, pero estaba cerrada. Algunos soldados ocupaban la entrada, y el faquir no podía abandonar la ciudad como pensaba.

—Pues tengo que salir, cueste lo que cueste, y esta misma noche. De lo contrario, estoy perdido — se dijo a sí mismo.

Tomó entonces el camino de ronda que va por dentro de la muralla y, unos doscientos pasos más allá, subió a lo alto del parapeto, que estaba por la parte de afuera, a unos cincuenta pies sobre el nivel del foso, abierto entre la escarpa y la contraescarpa. Se trataba de una pared completamente lisa, por la que parecía imposible que pudiese bajar un hombre. Con una cuerda cabía intentar el descenso, pero la faja que llevaba el faquir medía sólo unos cuantos pies, y no le servía.

El faquir dirigió una mirada a su alrededor como buscando una solución. Frente al parapeto estaban las copas de los grandes árboles que llenaban el campo próximo a Aurengabad. Aquellos árboles tenían ramas largas y flexibles de las que se podía hacer uso, no sin gran riesgo, para llegar al fondo del foso. El faquir no vaciló; agarróse a una de las ramas y quedó suspendido de ella meciéndose en el espacio. Esperó a que la rama se encorvase lo suficiente para llegar a lo alto del parapeto, y luego comenzó a bajar por ella, utilizándola como si fuese una cuerda de nudos. Había logrado bajar a mitad de la altura de la escarpa, pero aun le quedaban treinta pies para llegar al suelo, cuando se vieron varios chispazos seguidos de detonaciones.

Eran los soldados de la guardia que, habiendo descubierto al fugitivo, hacían fuego contra él. Una de las balas partió la rama en que descendía, haciéndole caer al fondo del foso.

Cualquiera se hubiese matado, pero él se levantó sano y salvo, subió al talud de la contraescarpa, en medio de una lluvia de balas que no le alcanzaron, y se perdió en la obscuridad.

Algún tiempo después se hallaba ya a dos millas y media y pasaba sin ser visto junto al acantonamiento de las fuerzas inglesas, situado en las afueras de Aurengabad, para detenerse doscientos pasos más allá y decir, mostrando a la ciudad su mano mutilada:

—¡Desgraciados de aquellos que caigan de nuevo en poder de Dandu-Pant! ¡Ingleses, aun no acabasteis con Nana Sahib!

¡Nana Sahib! Una vez más el nabab lanzaba a sus enemigos, como un reto, aquel temible nombre de guerra, el más famoso y terrible de cuantos se habían hecho célebres durante la revolución de 1857.

EL CORONEL EDWARD MUNRO

—Querido Maucler — me dijo el ingeniero Banks —, cuéntenos algo de su viaje, porque hasta ahora no ha dicho usted nada. ¿Se cree que está aún en París? ¿Qué impresión le ha causado la India?

—¿La India? — le respondí —. Para hablar sobre ella sería preciso haberla visto.

—Pero usted acaba de atravesar la península desde Bombay a Calcuta, y a menos que sea ciego...

—No soy ciego, pero estuve cegado.
—¿Cegado?
—Sí, señor, cegado. Por el humo, por el vapor, por el polvo y, sobre todo, por la velocidad. No quiero meterme con los ferrocarriles, porque su profesión es la de hacerlos; pero ¿quiere decirme si usted considera viajar a eso de meterse dentro de un coche, sin otro campo de visión que el cristal de la ventanilla, para correr día y noche a una velocidad media de diez millas por hora, pasando unas veces por viaductos en compañía de águilas, y otras por túneles con murciélagos o ratas como compañeros; no pararse más que en las estaciones, que son todas iguales; ver las poblaciones sólo desde fuera, y estar medio atontado por los continuos ruidos que provocan la locomotora, la caldera, los rieles y los frenos?
—¡Muy bien hablado! — exclamó el capitán Hod —. Y responda usted a ello, si puede, Banks. ¿Qué le parece, mi coronel?
El coronel se limitó a decir:
—Espero con curiosidad lo que vaya a decir Banks.
—Que tiene razón en cuanto ha dicho — fué la respuesta de Banks.
—Entonces — le preguntó Hod —, ¿para qué construye usted ferrocarriles?
—Para que usted pueda ir en sesenta horas de Calcuta a Bombay, cuando tenga prisa.
—No la tengo nunca.
—En ese caso, no tiene más que tomar la carretera del Gran Trunk y hacer el viaje a pie.
—Es lo que pienso hacer.
—¿Cuándo?
—Cuando el coronel se decida a acompañarme en un paseo de 800 ó 900 millas que quiero dar por la península.

El aludido se contentó con sonreír, para caer en seguida en una de esas largas meditaciones de las que sus mejores amigos, Banks y Hod, no lograban sacarle, pese a sus esfuerzos.

Hacía un mes que yo estaba en la India y aun no conocía nada de ella. Mi intención era recorrer el norte primero; es decir, la comarca situada al otro lado del Ganges, para visitar sus ciudades y monumentos.

Algunos años antes había conocido a Banks en París, y desde entonces éramos amigos, habiéndole prometido ir a visitarlo cuando terminase la parte del ferrocarril Scindia-Punjab-Delhi, que estaba construyendo. Concluídas las obras, Banks tenía derecho a un descanso de varios meses, que iba a emplear en recorrer la India conmigo. Pocas semanas después, en cuanto el tiempo fuese favorable, debíamos ponernos en marcha.

Banks me había presentado a sus amigos, el capitán Hod y el coronel Munro. El coronel tenía entonces 47 años y vivía en el barrio europeo de la ciudad, en una casa algo aislada, lejos de todo el movimiento que caracteriza a la Calcuta comercial. Al barrio donde vivía el coronel se le denominaba *La Ciudad de los Palacios* y, en efecto, existen en él algunas casas con apariencia de tales en aquella parte de la ciudad, donde aparecen juntos todos los estilos arquitectónicos que suele utilizar el inglés en sus ciudades de los dos mundos.

El coronel vivía en un simple *bungalow*, constituído por una habitación levantada sobre un piso de ladrillos y cubierta por un techo en forma de pirámide. Sólo constaba de piso bajo, y tenía una galería alrededor del edificio. A ambos lados se encontraban las cocinas, las cocheras y las habitaciones de la servidumbre que, como la de todas las familias angloindias, era muy numerosa. En torno a la casa había un hermoso jardín con árboles frondosos. Todo estaba arreglado con orden y gusto que denotaban la mano de una mujer inteligente que, seguramente, no debía estar ya allí.

Lo concerniente al régimen y gobierno de la casa estaba encomendado a un escocés, antiguo *conductor* del ejército, el sargento Mac Neil, quien había hecho con el coronel todas las campañas de la India. Tendría unos cuarenta y cinco años y era un hombre alto y fuerte, que no había perdido el sello del terruño y continuaba siendo escocés en cuerpo y alma. Había dejado el servicio activo, al mismo tiempo que el coronel, después de 1860.

Ambos habían preferido quedarse en Calcuta, donde vivían dentro de un cierto recogimiento, que tenía su razón de ser.

Al llevarme a casa del coronel, Banks me advirtió:
—No aluda nunca a la rebelión de los cipayos y, sobre todo, no nombre jamás a Nana Sahib.

Edward Munro descendía de una antigua familia escocesa, algunos de cuyos miembros adquirieron cierto renombre en la historia de su patria. Entre sus mayores figuraba sir Héctor Munro, que mandaba el ejército de Bengala en 1760 y que, por cierto, tuvo que luchar contra una sublevación de los cipayos. La revuelta fué dominada con toda energía por el ascendiente del coronel, quien no vaciló en atar a los rebeldes a las bocas de los cañones, sufriendo este suplicio veintiocho de ellos durante un solo día. Este procedimiento, quizá inventado por el abuelo de Munro, fué utilizado también en 1857.

El coronel Munro tenía el mando del 93 regimiento de infantería escocesa en la época en que se sublevaron los cipayos, y tomó parte en la campaña al mando de sir James Outram, uno de los héroes de aquella lucha, a quien se llamó el *Bayardo* del ejército de la India. Estuvo con él en Cawnpore y en el sitio de Luknow, y no se separó

hasta que Outram fué designado para formar parte del Consejo de la India.

Sir Edward Munro fué nombrado en 1858 comendador de la orden llamada la "Estrella de la India", recibiendo el título de *baronet*, y su mujer hubiera podido ostentar el de lady Munro, si no hubiese sido asesinada el 27 de junio de 1857 en la horrible matanza de Cawnpore, ordenada por Nana Sahib. Tenía 27 años, y su marido la adoraba. Ni siquiera sus pobres restos, confundidos con los de las otras víctimas, pudieron recibir sepultura.

El coronel estaba desesperado, y sólo tenía un pensamiento: vengar en Nana Sahib la horrible muerte de su mujer. Para ello solicitó el retiro y, acompañado por su fiel Mac Neil, se dedicó durante tres años a buscar al nabab.

En aquella época corría con frecuencia la noticia de que había sido visto en este o en el otro lugar, y hacia él se encaminaba en seguida sir Munro. Pasado ese tiempo, la noticia de la muerte de Nana Sahib circuló con insistencia.

Sir Edward Munro y Mac Neil volvieron a Calcuta, donde se instalaron en el *bungalow* que ya conocemos. El coronel vivía apartado del mundo, no leía ni libros ni periódicos que podrían traerle el recuerdo de la guerra de los cipayos y el de la querida muerta que le obsesionaba aún.

Nada sabía de la noticia que circulaba desde algunos días antes, anunciando la presencia de Nana Sahib en la presidencia de Bombay, pues sino ya se hubiese puesto en camino.

Todos estos antecedentes me fueron suministrados por Banks antes de presentarme en aquella casa, de la cual había huído para siempre la alegría.

Sólo dos amigos íntimos acudían asiduamente a casa del coronel: el ingeniero Banks y el capitán Hod.

Banks, mi amigo, acababa de terminar las obras que se le encargaran para el establecimiento del ferrocarril llamado "El Gran Peninsular". Tenía entonces cuarenta y cinco años y había sido designado para tomar parte en la construcción de la línea férrea, llamada de Madrás, que debía unir el golfo de Bengala con el mar de Omán [1]. Pero estos trabajos no comenzarían antes de un año, y el ingeniero se entretenía realizando diversos experimentos de mecánica, en busca de un nuevo invento. En sus ratos libres acudía a casa del coronel.

El capitán Hod pertenecía al primer escuadrón de carabineros e intervino en la lucha contra los cipayos, primero bajo las órdenes de sir Colin Campbell, en el Oude y en el Rohilkhand, y más tarde en la India central con sir Hugh Ross, en la campaña a la que puso término la toma de Gwalior.

Era un distinguido muchacho de treinta años, con bigote y barba rubios. Aunque inglés de nacimiento, se le hubiese tomado con facilidad como miembro del ejército indígena. Tanto se había "indianizado". Aquel país le parecía la tierra por excelencia y la única en que podía habitar un hombre y encontrar satisfacción para sus gustos. Todas sus aficiones de soldado, de cazador, de trepador, de viajero y de jinete veíanse satisfechas. Hasta las carreras de caballos, que eran su debilidad, se realizaban en los numerosos hipódromos, para él los mejores del mundo, con que contaba la India.

En este último punto no estaba conforme con Banks, cuya pasión era la mecánica. Un día, discutiendo con el ingeniero del asunto, éste le dijo que las carreras no serían interesantes más que con una condición.

—¿Cuál? — preguntó el capitán.

Que se fusilase al jinete que llegara en último lugar.

—No está mal — limitóse a responder Hod.

Con tal de correr a caballo, aquel muchacho era capaz de exponerse a ser fusilado.

Estos eran los dos asiduos concurrentes a la casa del coronel, quien se entretenía en oírlos discutir de todo y de nada. En más de una ocasión, ambos intentaron arrastrarlo a un viaje y hacerle recorrer el norte del país, o pasar una temporada en alguno de esos puntos donde se refugia durante el verano la sociedad angloindia, pero no obtuvieron de su parte más que una negativa continuada.

Por eso nosotros pensábamos que no querría acompañarnos en nuestra excursión al norte de la India.

Aquella noche se sacó de nuevo el tema a colación. El capitán Hod quería hacer a pie una gran excursión por el norte del país. A Banks no le gustaban los caballos, pero el capitán odiaba los ferrocarriles.

El viajar en carruaje o en palanquín, parándonos o avanzando según quisiéramos, hubiese sido una solución intermedia.

—No quiero oír hablar de sus carros de bueyes ni de sus camellos — exclamó Banks dirigiéndose al capitán —; si no fuese por nosotros estarían aún ustedes sirviéndose de esos medios primitivos de locomoción.

—Valen tanto como los coches del tren — dijo el capitán —. A mí me encantan esos grandes bueyes blancos que tienen un paso tan igual y que remudan cada dos leguas en las paradas de la posta...

—Eso es, y que arrastran una tartana de cuatro ruedas que lo sacude a uno continuamente de un lado para otro.

—Admito lo de las tartanas — respondió Hod —, pero hay también carruajes de tres y cuatro caballos, capaces de rivalizar con vuestros "convoyes", que hacen honor a su nombre fúnebre. Lo que es yo prefiero el sencillo palanquín...

—El verdadero ataúd —intervino Banks—. Unas cajas de seis pies de largo por cuatro de ancho, en las que va uno tendido como un cadáver.

—Quizá, pero sin sacudidas ni saltos bruscos, y en las que se puede leer, escribir y dormir, sin despertarse en cada estación. Un palanquín con cuatro o seis gamales bengalíes de esos que andan cuatro millas y media por hora, es una delicia y no corre el peligro de llegar antes de salir..., si se llega, como sucede en vuestros trenes tan renombrados.

—Lo ideal — dije yo — sería viajar dentro de la casa propia.

—¡Como el caracol! — exclamó Banks.

—Un caracol que pudiese dejar su casa y volver a ella cuando le pareciese no sería digno de compasión — le contesté —. Viajar dentro de una casa con ruedas sería el último adelanto en cuestión de viajes.

—Quizá — dijo el coronel Munro —. Cambiar el clima, el horizonte, la atmósfera, sin salir de casa, sin abandonar los hábitos y los recuerdos, sin perder el contacto con las cosas queridas..., sí..., quizá...

—Y se evitarían esos incómodos *bungalows* para servicio de los viajeros — comentó el capitán.

—Nos libraríamos de esas lamentables posadas, donde lo desuellan a uno física y moralmente — agregué yo.

—Sería el carro de los titiriteros, pero perfeccionado — continuó el capitán —. Pararse donde le interesa a uno, avanzar cuando le parece. Llevar consigo su dormitorio, su comedor, su sala de fumar, y hasta su cocina con cocinero. He ahí el verdadero progreso, amigo Banks. Muy por encima de su ferrocarril. ¡Dígame ahora que no, señor ingeniero! ¡Atrévase usted!

—Yo le daría la razón — respondió Banks —, si...

—¿Si qué?

—Si en su avance progresista no se hubiese usted parado de pronto en mitad del camino.

—¿Qué falta?

—A usted le parece una casa con ruedas infinitamente superior a un tren, y tiene razón si se trata de un viaje de placer y no de negocios. Creo que en esto estaremos todos de acuerdo.

—Todos — dije yo mientras el coronel asentía con un gesto.

—Bueno — continuó Banks —, ya tenemos la casa. Está construída por un arquitecto de buen gusto y no le falta un detalle. No es demasiado alta para evitar los vuelcos, y su ancho le permite pasar por las carreteras; está ingeniosamente suspendida sobre muelles para amortiguar los efectos de la marcha. La casa ha sido encargada por el coronel, quien nos invita para viajar en ella por el norte del país; pero ¿quién tira de la casa?

—¿Quién? — exclamó Hod —; pues caballos, o burros, o mulas, o bueyes.

—Por docenas de docenas — dijo Banks.

—Pero no; elefantes — corrigió Hod —. Eso sí que sería soberbio y magnífico: una casa movida por elefantes con su porte majestuoso, elefantes bien amaestrados, con trote igual al de los buenos caballos...

—Sería soberbio, mi capitán.

—Un tren de *rayda* en campaña, amigo Banks.

—Sí, pero...

—¿Hay todavía algún pero? — preguntó Hod.

—Y muy grave.

—Ustedes los ingenieros sólo sirven para complicar las cosas.

—Y para resolver los problemas cuando pueden resolverse.

—Pues resuelva usted éste.

—Eso voy a hacer, y explicaré cómo. Todos esos elementos que nos proponía el capitán pueden tirar de la casa, pero no debe olvidarse que se cansan, a veces son tozudos y se niegan a seguir adelante y, sobre todo, comen. Y cuanto los pastos escaseen un poco, como es imposible remolcar una dehesa, llegará un momento en que el tiro no pueda más, los animales caerán para no volver a levantarse, y la magnífica casa con ruedas se convertirá en algo tan fijo como este *bungalow*. Esto quiere decir que la casita viajera no servirá para nada hasta que no podamos moverla a vapor.

—Y corra sobre carriles — dijo Hod a la vez que hacía un encogimiento de hombros.

(1) Este ferrocarril funciona ya desde hace muchos años. (N. del T.)

A 10° bajo cero

—¡Mira, querido, cuánta leche de más nos deja el lechero en el invierno!

—No, señor; que marche por los caminos ordinarios impulsada por una nueva locomotora perfeccionada — le contestó Banks.

—¡Magnífico! — exclamó el capitán —; si la casa no tiene que marchar necesariamente sobre los rieles y puede ir a dónde uno quiera, acepto su opinión.

—Pero si los animales comen — intervine yo —, también come la máquina, y si le falta el combustible se parará en el camino.

—Cada caballo de vapor tiene la fuerza de tres o cuatro caballos de sangre, y aun puede ser aumentada — me respondió Banks —. Además, no está sujeto a las condiciones de un ser viviente. No tiene ni sed, ni hambre, ni enfermedades, ni fatiga. En invierno o en verano, con lluvia o con nieve, anda siempre. Todo lo que necesita es un poco de aceite o de grasa, algo de carbón o de leña. Y no son bosques, precisamente, los que faltan en la India, cuya leña es del dominio público.

—¡Bravo! — gritó el capitán —. ¡Viva el caballo de vapor! Créanme que ya veo en marcha la casa con ruedas del ingeniero Banks, avanzando a través de carreteras, de selvas y de bosques, llegando a las mismas guaridas de las fieras y matándolas tras la protección de sus muros, dando envidia a todos los grandes exploradores de la tierra: Nemrod, Anderson, Gerard, Pertuiset, Chassaing. Se me ponen los dientes largos y siento no poder nacer de nuevo dentro de cincuenta años.

—¿Por qué?

—Porque entonces será realidad ese proyecto suyo.

—Ya es realidad.

—¿Lograda por usted?

—Por mí, sí señor, y sólo temo una cosa, llegar más allá de donde usted supuso.

—¡Adelante, Banks! ¡Adelante! — le gritaba el capitán, que se puso de pie como impulsado por un resorte.

Banks, tras de calmarlo con un ademán, dijo con aire grave, dirigiéndose al coronel:

—Edward, si logro poner esa casa viajera a tu disposición, si dentro de unas semanas, en cuanto el tiempo lo permita, vengo a verte y te digo: aquí está tu casa capaz de moverse por sí misma y cambiar de sitio a tu voluntad, y aquí tienes a tus amigos, Maucler, el capitán y yo, dispuestos a acompañarte en una excursión por el norte de la India, ¿me prometes que serás de la partida?

Tras de reflexionar unos momentos, sir Munro respondió:

—Sí, amigos míos. Y pongo a tu disposición, Banks, todo el dinero que necesites, pero cumple tu promesa y constrúyenos esa magnífica casa de vapor, más perfecta que los mismos sueños de Hod y con la que recorreremos toda la India.

—¡Viva! — gritó Hod —. Y mueran las fieras del Nepal.

El sargento Mac Neil, atraído por los gritos de Hod, apareció en la puerta de la sala. El coronel le dijo:

—El mes que viene salimos en viaje hacia el norte, y tú serás de la partida.

—Claro, mi coronel — respondió Mac Neil —, ya que usted va.

LA INSURRECCION DE LOS CIPAYOS

Ya es hora de que digamos algo referente al estado de la India en aquella época y, sobre todo, que tracemos a grandes líneas un cuadro de lo que fué la temible rebelión de los cipayos.

Durante el reinado de Isabel de Inglaterra, en el año 1600 de nuestra era, se creó la Compañía de la India, más conocida entre los ingleses por Compañía del Old John, formada por una asociación de varios comerciantes que traficaban con las Indias Orientales, al frente de las cuales figuraba el duque de Cumberland.

Por aquel entonces comenzó la decadencia del poder portugués, con anterioridad muy fuerte en la India, lo que animó a los ingleses a llevar a cabo un primer intento de administración politicomilitar en la presidencia de Bengala, convirtiendo a Calcuta, su capital, en el centro del nuevo gobierno. Desde las islas británicas envióse un regimiento, el 39 del ejército real, que fué el primero que puso el pie en aquel territorio, tomando por esto la divisa: *primus in Indis*, que figura en su bandera.

Poco más o menos en la misma fecha se fundó una compañía francesa, con los mismos fines que la inglesa y que patrocinaba Colbert. Los intereses de una y otra chocaron con frecuencia, lo que dió lugar a continuas luchas, que terminaron con resultado variable y en las que descollaron varios insignes exploradores, como Dupleix, Labourdonnais y Lally-Tollendal, hasta que llegó un momento en que los franceses, no pudiendo ya hacer frente al número cada vez más crecido de ingleses, se vieron en la necesidad de abandonar el Carnatico, situado en el extremo oriental de la península.

Habiendo logrado desembarazarse de sus concurrentes, Portugal y Francia, de los que nada había ya que temer, lord Clive decidió consolidar la conquista de Bengala, para lo cual se nombró gobernador general de la presidencia a lord Hastings, quien realizó una serie de reformas beneficiosas y hábiles.

Pero, a medida que la importancia de la India crecía a los ojos del gobierno inglés, la compañía veía restringidas sus actividades. Pitt modificó sus estatutos en 1784, pasando la dirección de la entidad a manos del gobierno inglés, el que privó a la compañía, en 1813,

del monopolio del comercio con la India, y en 1833, del que se le había otorgado para el tráfico con la China.

Inglaterra no tuvo ya que luchar contra las potencias rivales que ambicionaron también una parte de la península; pero no por eso gozó de paz y tranquilidad. Los primitivos pobladores del territorio y los descendientes de sus últimos conquistadores se levantaron en armas repetidas veces contra la dominación británica. Así, en 1784, lord Cornwallis tuvo que luchar contra la insurrección de Tippo-Sahib, quien murió el 4 de mayo de 1799 en el asalto que dió el general Harris a Seringapatam. Luego vino la lucha contra los maharatas, procedentes de una fina e ilustre raza, muy poderosa en el siglo XVII; más tarde fué la guerra contra los pindaris, que se defendieron bravamente, contra los gurgkhas del Nepal, un pueblo de recios montañeses que, en 1857, había de permanecer fiel a la metrópoli y, por último, de 1823 a 1824, la lucha contra los birmanes.

Cuando lord William Bentinck se encargo del gobierno en 1828, Inglaterra era ya dueña de una gran parte del territorio, y se echaron las bases de una nueva política.

El ejército de la India componíase, desde su organización definitiva, de dos clases distintas de tropas: las metropolitanas y las indígenas. Las primeras formaban el ejército real, constituído por batallones de infantería, caballería y artillería al servicio de la Compañía del Old John, mientras que las segundas estaban integradas por batallones de infantería y escuadrones de jinetes, reclutados entre los naturales del país, pero al mando de oficiales ingleses. La artillería que acompañaba a las fuerzas indígenas estaba a cargo de un personal que en su mayor parte era europeo. Los batallones de infantería se componían de mil cien hombres en la presidencia de Bengala y de ochocientos a novecientos en las de Madrás y Bombay. Cada regimiento de caballería contaba con seiscientos jinetes.

Según cálculos muy precisos que figuran en la obra de M. Valdezen, "Nuevos estudios acerca de los ingleses y de la India", el contingente militar se elevaba, en 1857, a 200.000 hombres de tropas indígenas y 45.000 europeos, tomando en consideración las fuerzas de las tres presidencias.

Los cipayos constituían un cuerpo regular del ejército bajo el mando de oficiales ingleses, pero en el fondo de su alma existía latente el deseo de sacudir la dominación inglesa. En 1806, y posiblemente por inspiración del hijo de Tippo-Sahib, se sublevó la guarnición del ejército de Madrás, acuartelada en Vellore, la que aniquiló al regimiento 69 del ejército real, dando muerte a soldados y oficiales, así como a las familias de éstos, siendo sofocada con rapidez por las tropas que estaban en Ascot. Esta rebelión había estallado por un pretexto insignificante, en el fondo del cual podía encontrarse el rencor de los invadidos contra los invasores.

También fué por algo sin importancia alguna el comienzo de la lucha en 1857, dando lugar a un movimiento insurreccional de gran importancia, que seguramente habría terminado con la dominación inglesa en la península, si las tropas indígenas de Bombay y Madrás se hubiesen unido a él.

La rebelión no tuvo, pues, un carácter nacional, y estuvo limitada a los estados casi independientes del centro de la India, a las provincias del noroeste y al reino de Oude, sin que se adhirieran a ella los indios de las ciudades y del campo. El Pendjab y su regimiento de tres escuadrones de jinetes del Cáucaso fué fiel, así como los gurgkhas que ayudaron en el sitio de Luknow al mando del *rayda* de Nepal, los *maharajaes* de Gwalior y de Patiala, el *rayda* de Rampore y la *rani* de Bopal. También estuvieron al lado de Inglaterra los sikhs, obreros de la casta inferior, que lucharon valientemente en el sitio de Delhi.

Cuando estalló el movimiento, era lord Canning el gobernador general, y quizá no llegó a comprender toda su importancia. Desde hacía algún tiempo, el prestigio de Inglaterra en la India iba decreciendo; en 1842 la retirada de Cabul le infligió un duro golpe, y la participación no muy brillante de las tropas británicas en la guerra de Crimea aumentó aún más su descenso. Los cipayos no ignoraban nada de lo que pasaba en el mar Negro, y esto les hizo concebir la esperanza de que una insurrección tendría éxito. Los ánimos estaban excitados por las prédicas de brahmanes y mulvies, y la más pequeña chispa bastaría para prender la hoguera.

En 1857 el contingente de las tropas metropolitanas se disminuyó algo, y esto favoreció los propósitos de los cabecillas de la revuelta. A principios del año, Nana Sahib, también conocido con el nombre de Nabab Dandu-Pant, se trasladó a Delhi y Luckmont, desde su residencia de Cawnpore, con objeto, probablemente, de preparar la insurrección que estalló poco después de su marcha.

Por aquel entonces se había armado a las fuerzas indígenas con carabina modelo Enfield, que requieren el uso de cartuchos engrasados. Empezó a circular el rumor de que la grasa era de vaca o de cerdo, según la religión india o musulmana de los soldados. Lógicamente, en un país donde no se utiliza el jabón porque puede contener grasa procedente de un animal sagrado o vil, se había de oponer resistencia al empleo de cartuchos que era preciso morder y que estaban fabricados con grasa. El gobierno inglés hizo varias concesiones, modificó la carabina y aseguró que no se empleaba ya la grasa en la fabricación de los cartuchos, pero todo esto no convenció a los cipayos.

El 24 de febrero el regimiento 34 de guarnición en Berampore se negaba a recibir los cartuchos y pocos días después era asesinado un suboficial. Tras del suplicio de los asesinos, el regimiento fué licenciado, y sus miembros propagaron por las provincias su espíritu de rebeldía.

Esta fué la señal de comienzo, y, a partir de entonces, sucedió una serie de hechos análogos.

El 10 de mayo los regimientos 3, 11 y 20 se sublevaron en Mirat, algo al norte de Delhi, matando a sus oficiales y uniéndose al *rayda* de Timur; se apoderaron del arsenal y pasaron a cuchillo a los oficiales del regimiento 54, marchando después sobre Delhi, donde el mayor Fraser y los oficiales a sus órdenes fueron bárbaramente asesinados el día 11, apoderándose de 49 prisioneros, entre ellos mujeres, ancianos y niños, que fueron ultimados a golpes de hacha el día 16.

El 20 de mayo alzábase en armas el regimiento 26, de guarnición en las cercanías de Lahore, matando a su jefe.

El 28 del mismo mes, en Nurabad, varios oficiales son asesinados.

El 30 de mayo, la sublevación se extiende a los acantonamientos de Luknow, donde el brigadier y muchos oficiales son asesinados.

El 31 de mayo, nuevas matanzas de oficiales en Bareli, Rohilkand y en Schajahanpore, y, al otro día, matanza general de los oficiales, mujeres y niños que huían camino de la estación de Sivapore, a una milla de Aurengabad.

En los primeros días de junio, asesinan en Bopal a parte de los europeos, y en Jansi, bajo las órdenes de la *rani*, que había sido desposeída por los ingleses, se llevan a cabo bárbaras matanzas de las que son víctimas las mujeres y los niños refugiados en el fuerte.

El 6 de junio caen asesinados en Allahabad ocho jóvenes abanderados.

El 14 se rebelan en Gwalior dos regimientos y matan a sus oficiales.

El 27 se produce en Cawnpore la primera matanza general en la que son sacrificados europeos de todas las edades.

El 1 de julio, treinta y cuatro europeos son muertos en Holkar, y en Ugow caen el coronel y el ayudante del regimiento 23.

El 15 se produce en Cawnpore una segunda carnicería, más terrible que la primera, en la que centenares de niños y mujeres — entre ellas lady Munro — son degollados por orden de Nana Sahib y por la mano de los carniceros musulmanes empleados en los mataderos.

El 26 de septiembre en una plaza de Luknow, que se llama Plaza de las Literas, varios heridos fueron rematados a sablazos o arrojados al fuego.

Muchas más tropelías cometieron los insurgentes a las que los jefes ingleses respondieron con represalias, sin duda inevitables, pero evidentemente atroces.

En Lahore, el juez Montgomery y el brigadier Corbett consiguieron, valiéndose de los cañones con las mechas encendidas, desarmar a los regimientos 8, 16, 26 y 49, mientras que en Multan los regimientos 62 y 29 rendían las armas sin presentar seria resistencia, y en Peschawar, el brigadier Colton y el coronel Nicholson pudieron desarmar los regimientos 24, 25 y 51 en el instante en que la sublevación iba a estallar. Varios oficiales del regimiento 51 lograron huir, sin embargo, refugiándose en las montañas, de donde fueron traídos por los montañeses cuando su cabeza fué puesta a precio.

Aquí empezaron las represalias.

Un regimiento indígena que marchaba hacia Delhi fué alcanzado por una columna al mando del coronel Nicholson, quien lo derrotó, regresando a Peschawar con ciento veinte prisioneros. Todos ellos fueron condenados a muerte, pero se acordó que la sentencia sólo se cumpliría en uno de cada tres, los que serían atados a las bocas de los cañones. Los indios aceptaron estoicamente el castigo, y cuenta M. de Valbezen, que un joven y hermoso cipayo de veinte años, a quien le había tocado morir, dijo dirigiéndose a uno de los oficiales: "Señor capitán, no hace falta que me aten, porque no pienso escaparme".

El espectáculo resultó espantoso: diez cañones fueron colocados en

Enigma



—No puedo comprenderlo. Dice que hay un pelo en la sopa.

el campo de maniobras y a la boca de cada uno de ellos se ató un prisionero. Cada cañón hizo fuego cuatro veces.

Aquella primera ejecución iba a ser seguida de otras. El mismo día, después de dar muerte a dos cipayos del regimiento 55, el brigadier Chamberlain, al mando de la guarnición de Lahore, dirigió a los soldados indígenas la siguiente orden del día:

"Dos de vuestros compañeros acaban de ser atados vivos a las bocas de los cañones y destrozados por el fuego de éstos. Vosotros habéis presenciado su castigo por traidores, y vuestra conciencia os anunciará las penas que tendrán que sufrir en el otro mundo. Han sido ejecutados por el cañón y no por la horca, para evitarles el deshonor de que los tocase el verdugo y probar una vez más que el gobierno, aun en plena lucha, no quiere hacer nada que pueda ofender vuestros principios de religión o de casta."

El 30 de julio caían ante el pelotón 1.237 prisioneros.

El 27 de agosto, de 870 cipayos que huían de Lahore, seiscientos cincuenta y nueve fueron muertos por las tropas reales.

El 23 de septiembre, al tomar Delhi, se entregaron sin condiciones al general Hodson tres príncipes de la familia real — el presunto heredero y dos de sus primos — quién los hizo pasar con una pequeña escolta entre una multitud amenazadora de cinco mil indios, tras de lo cual mandó detener el carro a mitad del camino y, subiendo a él, dió muerte a los prisioneros con su propio revólver. "Esta ejecución sangrienta llevada a cabo por un oficial inglés — comenta Valbezen— produjo en el Pendjab la más alta admiración".

Muchos prisioneros fueron tomados en Delhi, de los cuales tres mil — entre ellos 29 pertenecientes a la familia real — fueron ejecutados.

Una horrible matanza hubo en Allahabad, de la que fueron víctimas los cipayos y el pueblo bajo que se había entregado al saqueo.

El 16 de noviembre, 2.000 cipayos fueron ejecutados en Luknow.

Los condenados a muerte en Cawnpore, fueron obligados por el coronel Neil, antes de enviarlos al suplicio, a limpiar con la lengua las manchas de sangre que quedaban como recuerdo de las ejecuciones ordenadas por Nana Sahib.

El 9 de marzo de 1858, durante el segundo sitio de Luknow, al ser tomada por asalto la Casa Amarilla, muchísimos cipayos fueron fusilados y uno de ellos parece comprobado que fué arrojado vivo a la hoguera por los sikhs en presencia de los oficiales ingleses. En los doce días de combate que duró este sitio, 3.000 indígenas perecieron ahorcados o fusilados, entre los que se cuentan 300 fugitivos que habían buscado refugio en la isla de Hidaspes, estado de Cachemira.

Resumiendo, podemos decir que, a principios de 1859, los cálculos hacían elevar a más de 120.000 el número de soldados y oficiales indígenas que habían muerto, a los que hay que agregar más de 200.000 civiles ejecutados a causa de su participación en el movimiento, la cual no estaba claramente probada en muchos casos. Esta represión originó la protesta de M. Gladstone ante la Cámara de los Comunes.

La narración que precede hará comprender al lector cómo, a pesar de haber transcurrido diez años desde los sucesos, el rencor y los deseos de venganza seguían latiendo en el alma de los vencidos, y aun de los vencedores, que continuaban llorando a sus víctimas de Cawnpore y Luknow.

Y ahora vamos a contar brevemente las distintas expediciones que comprendió la campaña contra los rebeldes.

La primera de ellas fué la de Pendjab, en la que perdió la vida sir John Laurence. Después vino el cerco a Delhi, capital de los sublevados, donde Mohamed Shah Bahadur había sido proclamado Emperador del Indostán. "Acabe usted con Delhi", fué la orden del gobernador general al jefe de las fuerzas. El sitio de la plaza comenzó el 13 de junio, y las fuerzas inglesas entraron en la ciudad el 19 de diciembre, habiendo perdido la vida durante la lucha de varios meses los generales sir Harry Bernard y John Nicholson. Aproximadamente por la misma época, las fuerzas al mando del general Havelock iniciaron su marcha sobre Cawnpore, donde entraron el 17 de julio, demasiado tarde para apoderarse de Nana Sahib, el cual logró replegarse con cinco mil soldados y cuarenta cañones. Entonces Havelock inició su primera campaña en el Oude, atravesando el Ganges el 28 de julio, y solamente con 1.700 hombres y 10 piezas de artillería tomó el camino de Luknow.

Este fué el momento en que entraron en acción sir Colin Campbell y el general sir James Outram. El sitio de la plaza de Luknow prolongóse durante ochenta y siete días, y en él perdieron la vida sir Henry Lawrence y el general Havelock, y Campbell se vió obligado a retirarse a Cawnpore donde se preparó para una segunda campaña, mientras que las tropas liberaban Mohir, en la India central, y restablecían la autoridad inglesa en el territorio de Malwa.

Campbell inició la segunda campaña del Oude a principios de 1859, con un ejército constituído por cuatro divisiones de infantería mandadas por los generales sir James Outram y sir Edward Lugar y los brigadieres Walpole y Franks, fuerzas de caballería a las órdenes de sir Hope Grant y grupos de armas especiales que mandaban Wilson y Robert Napier, los que formaban un total de 25.000 hombres, a los que había que agregar los 12.000 gurkhas a las órdenes del *maharajá* de Nepal. Los efectivos rebeldes no eran inferiores a 120.000

hombres, y la ciudad de Luknow tenía de setecientos a ochocientos mil habitantes. La orden de asalto se dió por primera vez el 6 de marzo, y diez días más tarde, el 16, después de una serie de rudos combates que costaron la vida al capitán de navío sir William Peel y al mayor Hodson, los británicos ocupaban parte de la ciudad. Pero en el palacio de Muza-Bagh, al noroeste de la villa, la Begún y su hijo continuaban resistiendo, mientras que el jefe musulmán de la rebelión, que permanecía en el centro mismo de la ciudad, se negaba a entregarse. El 19, un ataque de las fuerzas que mandaba Outram, dejó en bastante mala posición a los defensores de Luknow, que caía en poder de los ingleses el día 21, después de un combate victorioso.

Al llegar el mes de abril, la insurrección estaba casi dominada. Los rebeldes se habían refugiado en gran proporción en el reino de Bareli hacia donde se envió una expedición. Los principios de esta campaña fueron malos para las armas inglesas, derrotadas en Yudgespore, en donde perdió la vida el brigadier Adrián Hope; pero la llegada de Campbell modificó la situación y, el 5 de mayo, las tropas inglesas entraban en Bareli, aunque no pudieron impedir la fuga de los insurrectos.

La campaña de sir Hugh Ross, en la India central, fué rápida y victoriosa.

A primeros de enero de 1858 cruzó el río Bopal y marchó sobre Saungor, que caía en su poder el 3 de febrero. Diez días después tomaba el fuerte de Gurakota, y el 22 de marzo llegaba frente a Jansi, donde se encontraba la *rani* al mando de 11.000 hombres, ciudad que tomaba por asalto el 2 de abril, después de haber derrotado a las fuerzas que al mando de Tantia-Topi acudían en defensa de la misma. El 22 de mayo se apoderaba del fuerte de Calpi, donde se habían refugiado la *rani* y Tantia-Topi con los restos de sus ejércitos, a los que continuó persiguiendo a través del territorio de Gwalior y derrotó ante Morar, de la que se apoderaba el 18 de junio, tras de lo cual regresó a Bombay.

En una de esas luchas de avanzada fué donde murió la *rani*, poco antes de que los ingleses entrasen en Gwalior, a manos del propio sir Edward Muro. Nana Sahib, con el cadáver de lady Munro, y el coronel con el de la *rani*, eran los verdaderos símbolos de lo que habían sido la revuelta y la represión.

Desde aquel momento la campaña podía considerarse liquidada. Sir Campbell continuó persiguiendo a los restos de las fuerzas rebeldes en los límites del Oude y el Nepal, donde se decía que los jefes habían buscado refugio a orillas del Rapti. A pesar de la persecución lograron pasar la frontera, y sólo a primeros de febrero de 1859 pudo ponerse en su seguimiento una brigada inglesa, uno de cuyos regimientos mandaba sir Edward Munro. La brigada entró en el Nepal; Beni Madho fué muerto; la Begún del Oude y su hijo cayeron prisioneros y recibieron permiso para residir en la capital del Nepal, pero Nana Sahib y Balao-Rao no pudieron ser hallados.

La rebelión estaba aniquilada y Tantia-Topi, entregado por su lugarteniente Man-Singhy, moría valientemente el 15 de abril en la ciudad de Sipri. "Era una figura verdaderamente interesante del horrible drama de la insurrección – escribe Valbenze –, y no estaba desprovisto de genio político, audaz y estratégico".

El fin de la rebelión de los cipayos fué también el de la Compañía de las Indias. A últimos de 1857, lord Palmerston amenazó al Comité Directivo con destituirlo, y el primero de noviembre de 1858 se publicó una proclama redactada en veinte lenguas, por la que se anunciaba que S. M. la reina Victoria tomaba el cetro de la India.

Todo aquello era obra de Stanley. La India se colocaba bajo la inmediata autoridad de un virrey, quien tendría a sus órdenes un secretario de estado y quince funcionarios miembros del gobierno central. Los vocales del Consejo de la India y los gobernadores de Madrás y Bombay serían designados, en lo sucesivo, por la reina, y los comandantes elegidos por el secretario de Estado.

También se modificó la composición del ejército. Las fuerzas metropolitanas fueron aumentadas en 17.000 hombres, por lo que cuentan actualmente con 52 regimientos de infantería, 9 de fusileros y con mucha artillería. Cada regimiento de caballería consta de 500 hombres, y cada batallón de infantería de 700. Las tropas indígenas están distribuídas en 137 regimientos de infantería y 40 de caballería; pero toda su artillería puede decirse que es europea.

De esta manera ha organizado Inglaterra, después de la rebelión de los cipayos, la administración de un territorio habitado por 400 millones de almas.

Táctica



—Y recuerde, señorita Roth; de nueve a veinte soy el señor Fernández. De las veinte en adelante soy, simplemente, Enrique.

"Los ingleses – ha comentado con acierto M. Grandier – han tenido la suerte de encontrar en ese país, bello y grande, a un pueblo pacífico, trabajador y civilizado, que desde hace siglos está acostumbrado a someterse a todas las dominaciones, pero deben andarse con cuidado, porque toda paciencia tiene sus límites, y cuando el yugo es demasiado duro, las cabezas se alzan un día y lo quiebran".

EN LAS CUEVAS DE ELLORA

Aquel rumor era cierto. El príncipe maharata Dandu-Pant, hijo adoptivo de Bayi-Rao, Peishwah de Puna, a quien se conocía sobre todo por Nana Sahib, había abandonado su refugio montañoso allá en las cordilleras del Nepal. Valiente, audaz, hábil para borrar su pista, dejara su retiro inaccesible, al que consiguiera llegar burlando a sus perseguidores, y volvía a ser visto de nuevo en el sur de la India.

Sentía por los ingleses un odio reconcentrado, que las terribles represiones de 1857-58 habían aumentado. Nana Sahib era el heredero de Bayi-Rao, y, cuando éste murió en 1851, la compañía negóse a continuar pagando a su heredero la pensión de 8 laks de rupias (unos ocho millones de francos) que había concedido al extinto soberano. Entonces nació el odio de Dandu-Pant hacia los ingleses.

¿Pero qué pretendía lograr Nana Sahib? Desde hacía ocho años la rebelión de los cipayos había sido vencida y el régimen de la compañía sustituído por otro mucho más firme, que había reorganizado completamente al ejército, en el cual no se podía ya contar con complicidades. ¿Trataba, quizá, de provocar una insurrección entre las clases bajas del Indostán?

Más adelante conoceremos sus proyectos. Hasta ahora, lo cierto es que su presencia no había pasado desapercibida en la provincia de Aurengabad, lo que el gobernador comunicó al virrey, el cual ordenó poner a precio su cabeza.

Al escapar a las balas de los centinelas, decidió encaminarse a Ellora, situada a 25 millas de Aurengabad, donde lo esperaba uno de sus compinches.

Nana Sahib, en cuanto estuvo seguro de no ser perseguido, tomó el camino del mausoleo erigido en honor del mahometano Shah-Sofi cerca de la ciudad y cuyas reliquias tienen fama de lograr curas maravillosas. En aquella hora todos dormían en el mausoleo, y el falso faquir pudo pasar inadvertido.

La noche era obscura, pero no tanto que no se distinguiese la gran mole de granito que constituye la fortaleza de Daulutabad, cuatro leguas más al norte, y que domina la llanura. Nana Sahib recordó entonces que uno de sus antepasados, emperador del Decán, quiso establecer la capital de su imperio en la ciudad que se eleva junto al fuerte, que en realidad hubiese sido un excelente refugio para organizar desde allí la insurrección en aquella zona. Pero la fortaleza estaba ahora en posesión de sus enemigos, y el nabab no tuvo para ella más que una mirada de odio.

Tras de atravesar la llanura, el faquir se encontró con las primeras ondulaciones de un sistema montañoso. El fugitivo, que era vigoroso y estaba en la flor de la edad, no disminuyó por ello su marcha, pues quería andar 25 millas durante la noche a fin de cubrir la distancia que separa a Aurengabad de Ellora; allí podría descansar en seguridad, y por eso no quiso hacer ningún alto en su camino.

Cuando amanecía se encontraba a la altura de la aldea de Rauzah, donde está el sencillo sepulcro de Aureng-Zeb, el más grande de los emperadores mogoles. Dió un rodeo para no ser visto y llegó, por último, a las cuevas llamadas de Ellora, porque ése es el nombre de la aldea inmediata. Las cuevas se habían abierto en una colina que se extiende en media luna, en la que existen cuatro templos, veinticuatro monasterios consagrados a Buda y algunas pequeñas grutas de menos importancia. La cantera de basalto de la colina ha sido explotada a fondo, pero no para extraer piedras con que edificar monumentos, sino para lograr huecos en donde instalar *Chaityas* o *Viharas*.

El más importante de todos los templos allí existentes es el de los Kailas. Está constituído por un gran bloque de piedra de 120 pies de alto por 600 de circunferencia y ha sido colocado en una plataforma de 360 de largo por 186 de alto horadada en la colina, la cual ha sido labrada por los arquitectos, al igual que un escultor puede labrar un pedazo de marfil, construyendo columnas, pirámides, bajo relieves y hasta varios elefantes enormes que dan la sensación de sostener el edificio. Constituye un caso único en el mundo, digno de rivalizar con los hipogeos del antiguo Egipto.

El templo en cuestión se encuentra hoy casi abandonado y, a pesar de no contar aún con mil años de vida, está bastante deteriorado. Se

han abierto en él grietas profundas, por una de las cuales, medio oculta por la grupa de los elefantes, pasó Nana Sahib.

La grieta daba acceso a un obscuro pasillo que conducía debajo de la cripta del templo, donde había una especie de cisterna. Cuando el nabab entró en el pasillo dió un silbido que fué contestado con otro igual, apareciendo poco después un indio con un farol en la mano.

—Apaga la luz — dijo Nana Sahib.

—¿Eres tú, Dandu-Pant? — preguntó el indio, que apagó en seguida el farol.

—Sí, soy yo.

—¿Qué ocurre?

—Primero sírveme de comer y luego hablaremos; pero ni para lo uno ni para lo otro necesito luz. Dame tu mano y váleme de lazarillo.

Llevándolo de la mano, el indio lo condujo hasta un montón de hierba que había en el fondo de la cripta, y le ayudó a tenderse. Aquel indio tenía la costumbre de moverse en el recinto a obscuras, así que, en seguida, encontró pan y una especie de pastel de *murguis* que se prepara con carne de pollo, a más de una media calabaza llena de ese fortísimo licor indio que se llama *arak* y procede de la destilación de los cocos.

Nana Sahib comió y bebió con ansia, mientras el indio, que no era otro que su hermano Balao-Rao, esperaba pacientemente a que terminase su colación.

Ambos parecíanse físicamente hasta el punto de poder ser confundidos, y esta identidad era también moral. El mismo odio hacia los ingleses latía en sus corazones, los dos eran astutos y crueles; juntos durante la rebelión y, ahora, en el destierro, planeaban, de común acuerdo, una nueva revuelta.

Al terminar de comer, Nana Sahib continuó silencioso, por lo que su hermano supuso que querría dormir durante algunas horas; así que no le dijo nada. Pero al cabo de un rato, Dandu-Pant levantó la cabeza y, tomando una mano de Balao-Rao, le dijo con voz sorda:

—Conocen mi presencia en la presidencia de Bombay y mi cabeza acaba de ser pregonada en dos mil libras.

—Pero tu cabeza vale muchísimo más — exclamó su hermano —. Dos mil libras bastarían apenas para pagar la mía, y estoy seguro de que antes de tres meses estarían muy satisfechos de pagar 20.000 libras por las dos.

—Eso es, dentro de tres meses, precisamente el 23 de junio, será el aniversario de la batalla de Plassey. Ese mismo día, en 1857, debía terminar la dominación inglesa y comenzar la emancipación de la raza solar, según anunciaron nuestros profetas y cantaron nuestros bardos. Pero dentro de tres meses hará justamente diez años de la batalla y el inglés seguirá en la India.

—Lo que fracasó en 1857 puede triunfar diez años más tarde. Cada diez años, en 1827, 37, 47 y 57, los indios han sentido latir en sus venas deseos de independencia y como una fiebre de rebelión, que este año se curarán bañándose en sangre inglesa.

—¡Ojalá Brahma nos guíe! Y entonces responderemos al suplicio con el suplicio. Desdichados los jefes ingleses que caigan en nuestras manos. Laurence, Bernard, Hope, Napier, Hodson y Havelock han muerto, pero Campbell y Ross viven todavía, y también ese coronel Munro que desciende del verdugo que primero hizo atar a los indios a la boca de los cañones. Ese hombre ha matado por su mano a mi compañera la *rani* de Jansi. Si alguna vez consigo tenerlo en mi poder ¡pobre coronel! Entonces verá bien que si yo no he olvidado el juramento que hizo de mi muerte, tampoco él se olvidará del que yo hice de la suya.

—Pero Munro ha dejado el ejército.

—Cuando empiece la lucha volverá al servicio y, si la rebelión aborta, yo iré a buscarlo hasta su *bungalow* de Calcuta para darle de puñaladas.

—¿Y por ahora?...

—Seguir el trabajo que hemos empezado. Esta vez el movimiento tiene que abarcar todo el país. Los que deben sublevarse son los habitantes de los campos y ciudades, y bien pronto los cipayos se unirán a ellos. He recorrido todo el norte y el centro del Decán y he podido comprobar que los ánimos están preparados. En todas las ciudades y aldeas hay jefes dispuestos a unirse al movimiento. Los brahmanes están con nosotros y excitarán al pueblo. Todos los sectarios de Siva y de Vichnú se lanzarán al combate. A una señal convenida, millones de indios se alzarán en armas, y las tropas inglesas serán aniquiladas.

—Y Dandu-Pant...

—No será ya sólo el Peishwah coronado en el fuerte de Biluhr, sino el soberano de toda la tierra sagrada de la India.

Después de esta conversación, Nana Sahib guardó silencio durante algunos minutos y luego preguntó:

—¿Dónde están nuestros compañeros?

—Nos esperan en las cuevas de Adyunta, según lo convenido.

—¿Dónde tenemos los caballos?

—En el camino de Ellora a Boregami, escasamente a tiro de fusil.

—¿Está Kalagani con ellos?

—Descuida que están bien cuidados y descansados, y podemos irnos cuando quieras.

—Pues ahora mismo; quiero estar en Adyunta antes de que salga el sol.

—¿Y a dónde iremos luego? Esta huída ha debido trastornar tus proyectos.

—De ninguna manera, iremos a los montes de Sautpurra, que conozco palmo a palmo y en los que soy capaz de desafiar a toda la policía inglesa. Aquél es el territorio de los Bils y de los Gunds, amigos nuestros, y, en la región montañosa de Vindhyas, cuyos habitantes están siempre dispuestos a la revuelta, esperaremos el momento propicio.

—Adelante, pues. Es fácil ofrecer 2.000 libras por una cabeza. Lo difícil es agarrarla.

—No la tendrán, y vámonos ya que no quiero perder más tiempo.

Balao-Rao encabezó la marcha con paso seguro a través del obscuro pasillo y, cuando llegó a la grieta, observó con cuidado hacia uno y otro lado para ver si había alguien. Después salió y anduvo un trecho por la calle que comenzaba a la entrada del templo, tras de lo cual dió un silbido, signo anunciador de que no había nadie y de que Nana Sahib podía salir.

Se dirigieron entonces hacia el lugar donde Kalagani estaba escondido con los caballos —un bosque situado a una milla de la aldea—, y en seguida emprendieron la marcha hacia Adyunta, que se encontraba a unas 50 millas de Ellora.

A nadie podía extrañarle ver un faquir a caballo ya que muchos tenían la costumbre de pedir limosna desde lo alto de las cabalgaduras; pero, por precaución, dieron algunos rodeos para no pasar por los sitios más concurridos, como la aldea de Roya, y sólo pararon el tiempo indispensable para dar algún descanso a los caballos, durante el cual ellos se reconfortaron con las provisiones que llevaba Kalagani. El camino era llano hasta las proximidades de Adyunta, donde se tornaba más accidentado.

A las quince horas de haber salido de Ellora, los viajeros atravesaban un desfiladero que desemboca en el célebre valle de los veintisiete templos. La noche era tranquila y estrellada y sólo a lo lejos se oía el murmullo suave de un torrente de agua, que se fué trocando en ruido ensordecedor cuando los viajeros llegaron frente a la cascada de Satkhound que se precipita desde una altura de cincuenta toesas sobre un suelo de roca.

Los tres hombres habían llegado a su destino. Nana Sahib conocía perfectamente aquellos templos adornados con columnas y galerías, en cuyas paredes pueden admirarse muchos frescos representando procesiones, ceremonias y batallas que parecen recién pintados, y en los cuales él y sus amigos habíanse refugiado numerosas veces. Pese a la obscuridad, el nabab se dirigió sin vacilación hacia una de las cuevas menos importantes, cuya entrada aparecía obstruída por arbustos diversos y gruesas piedras que parecían haberse derrumbado, y rozó con sus uñas la pared.

Era la señal convenida; en seguida aparecieron dos o tres cabezas entre las ramas, que fueron aumentando hasta constituir un grupo de unos cuarenta hombres bien armados.

—Andando —dijo el nabab, y sus fieles compañeros le siguieron sin preguntarle siquiera adónde iban, dispuestos a dejarse matar a la menor señal. Marchaban a pie, pero podían mantener la velocidad de los caballos.

El grupo atravesó el desfiladero dirigiéndose hacia el norte, desde donde, luego de rodear la cresta de la montaña, siguieron en dirección al camino del Kandesh que iba hasta las gargantas de los montes Sautpurra.

Estaba saliendo el sol cuando cruzaron ante Nagpore, empalme del ferrocarril de Bombay a Allahabad, en el mismo momento en que el tren de Calcuta pasaba majestuoso a toda marcha, cubriendo por un momento con su vapor los soberbios bananeros que se alinean a ambos lados del camino.

Nana Sahib paró su caballo y amenazando al tren con su mano, gritó con vozfuerte:

—Ve a decir al virrey de la India que Nana Sahib no ha muerto aún y que encharcará con la sangre de sus enemigos este maldito ferrocarril que ellos construyeron.

EL "GIGANTE DE ACERO", ASOMBRO DE LOS INDIOS

No he visto jamás un estupor igual al que denotaban las caras de cuantas personas transitaban por el camino real de Calcuta a Chandernagor en la mañana del 6 de mayo. Y, en realidad, no era para menos.

En el amanecer de aquel día se puso en marcha desde uno de los arrabales de la capital de la India la más extraña máquina que la inteligencia humana haya podido concebir. Era una especie de tren que subía a orillas del río Hugli llevando a la cabeza un enorme elefante de 20 pies de alto por 30 de largo, con la trompa medio enroscada y con la punta al aire. Dos grandes colmillos dorados salían de sus mandíbulas y, encima de su piel color verde obscuro, llevaba un paño ricamente bordado. Sobre su dorso, se elevaba una torrecilla con adornos y filigranas de estilo indio, cuyas paredes eran de cristales lenticulares semejantes a los que se usan para las claraboyas de los barcos. Aquel monstruo tiraba de una especie de tren compuesto de dos inmensos vagones, que eran más bien dos casas o *bungalows* rodantes, montados sobre cuatro ruedas cada uno, los cuales tenían estrías en las llantas, los cubos y los rayos. El primer coche estaba unido al segundo por medio de un puentecillo articulado.

¿Cómo era posible que un solo elefante, por grande y fuerte que fuera, tirase de aquellas dos moles enormes?

Esta era la pregunta que se hacían los transeúntes al ver cómo el animal marchaba con ritmo acompasado y mecánico, y cambiaba de velocidad sin que, al parecer, fuese gobernado por nadie.

Pero cuando los paseantes, atraídos por la curiosidad, se acercaban al tren, su asombro subía de punto. Oían un mugido cadencioso muy similar al grito de los elefantes y, de tiempo en tiempo, un chorro de vapor se escapaba de la trompa del animal.

Y a pesar de todo aquello era un elefante; el color y las rugosidades de su piel, así como el brillo de sus ojos, no dejaban ningún lugar a dudas. Pero si alguno de los curiosos se hubiese aventurado a tocarlo, la ilusión habría desaparecido, porque no era más que una magnífica imitación construída en acero, que encerraba en su interior una locomotora como las que se utilizan para los trenes.

Todo aquello no era otra cosa que la Casa de Vapor que el ingeniero nos había prometido. En el interior del primer coche, o sea de la primera casa, viajábamos el coronel Munro, el capitán Hod, Banks y yo. La segunda estaba destinada para el sargento Mac Neil y la servidumbre.

Banks y Munro habían cumplido sus respectivas promesas y, en la mañana del 6 de mayo, partíeramos de Calcuta a bordo de aquel tren sorprendente en viaje hacia el norte de la India.

Lo que no comprendimos al principio es el porqué de aquel elefante mecánico y lujoso, de toda aquella ostentación tan contraria al espíritu práctico de los ingleses. La locomotora se construyó con arreglo a los planes de Banks, pero ¿por qué meterla dentro de un animal?

La primera vez que se nos permitió examinar la máquina, iniciamos sobre Banks un verdadero bombardeo de preguntas, quien se limitó a responder:

—¿Conocían ustedes al *rayda* de Bután?

—Yo sí —dijo Hod—, y hace tres meses que ha muerto.

—Es de todos conocida —continuó Banks— la vida fastuosa y original que llevaba el *rayda*, quien si no hubiese dispuesto de tesoros inagotables se habría arruinado hace mucho tiempo. Era, además, un hombre de imaginación ardiente y un tanto fantástica, que tenía el prurito de gastar su dinero en forma distinta a los demás mortales, y a quien, a veces, acuciaba la inquietud de no saber qué hacer con sus cuantiosas rentas. Un día me llamó a su palacio para encargarme la construcción de un fantástico tren que él mismo diseñó ante mis ojos. Aquello, en lugar de causarme risa, me interesó profundamente; me parecía algo digno de Salomón, si en su época se hubiese conocido la utilización del vapor, o de un cuento de las "Mil y una noches". En seguida me puse a trabajar. Poco a poco, fuí venciendo las dificultades que se presentaron, que no eran pocas. El *rayda* mostrábase impaciente como un chiquillo, y venía casi diariamente a mis talleres, pero la muerte no le permitió satisfacer su ilusión. Sus herederos miraban este aparato con una especie de terror supersticioso y se mostraron dispuestos a venderlo por una suma ridícula. Entonces yo lo compré para el coronel. Por eso podemos disponer de este elefante que tiene una fuerza de ochenta caballos, o, si ustedes prefieren, de ochenta elefantes de 300 kilos cada uno.

—¡Magnífico, Banks, magnífico! — exclamó Hod —. Es usted un verdadero artista, que compone versos con hierro y acero.

—Tengo que confesarles que, muerto el *rayda*, me ha faltado valor para destruir el elefante y dar a la locomotora una forma común.

—Ha hecho usted muy bien — dijo el capitán —. ¡Qué magnífico es nuestro elefante! Y qué impresión va a producir cuando nos paseemos con él por los bosques y llanuras. Reconozco que fué una verdadera idea de *rayda*, ¿no es verdad, mi coronel?

Sir Edward Munro casi se sonrió, lo que equivalía a una aprobación de las palabras del capitán, y he aquí la razón porque estamos viajando en dos *bungalows* rodantes, arrastrados por un elefante fantástico.

Veamos, ahora, en qué consistía el mecanismo:

Una caldera tubular de 60 metros cuadrados de superficie había sido construída en la parte delantera del animal, mientras que en la parte posterior se albergaba el ténder. Entre una y otro, montados sobre la misma roldana, existía un intervalo libre destinado al fogonero. El maquinista iba en la torrecilla que había sido hecha a prueba de balas y en la que, en caso de necesidad, podían refugiarse los pasajeros. En la torrecilla se encontraban las válvulas de seguridad, el barómetro para medir la tensión, el regulador para graduar la cantidad de vapor y la palanca de velocidades. Una serie de resortes del mejor acero, colocados en los ejes para amortiguar las sacudidas provocadas por los baches y desniveles del terreno, sostenía la caldera y el ténder.

Aquella locomotora tenía, como dijo Banks, una fuerza nominal de ochenta caballos, pero podíase aumentar la presión hasta lograr una de ciento cincuenta, sin miedo a que explotase la caldera. La máquina, construída de acuerdo al modelo Field, era de doble cilindro con roquete variable, y su gran ventaja consistía en que gastaba poco y producía mucho. El carbón y la leña podían utilizarse indistintamente, y aunque el ingeniero le calculaba una velocidad de 25 kilómetros por hora, en terreno favorable podía andar hasta cuarenta. No había miedo de que patinasen las ruedas, pues no sólo eran estriadas, como ya se dijo, sino que, además, el peso estaba perfectamente repartido entre ellas, y, en caso de necesidad, el maquinista tenía a su disposición frenos automáticos.

El aparato estaba contruído de tal modo que le era fácil subir pendientes hasta de diez y doce centímetros de inclinación por metro.

Debíamos tener en cuenta, además, que los caminos que los ingleses habían construído en la India eran excelentes y aptos para este gé-

nero de transporte. La principal carretera, conocida con el nombre de Great Trunk Road, atravesaba la península en una extensión total de 2.000 kilómetros.

Pero dejemos la máquina para hablar de los vagones, ya que Banks había comprado a los herederos del *rayda* el tren entero. Tenían éstos la forma de pagodas sin minaretes, con sus techos en forma de cúpula y adornados por columnas y estatuas de todos colores, con galerías y barandillas por delante y por detrás.

Sin embargo, Banks, que había respetado el gusto del *rayda* en lo que se refiere a lo externo, había construído el interior según el gusto británico, proveyéndolo de todo el confort necesario para un viaje de larga duración.

Y aun tenía aquel aparato otra particularidad, y es que podía flotar y atravesar un río, pues el vientre del elefante y la parte inferior de los dos coches, formaban barcos de fina tela metálica.

La casa de vapor comprendía dos coches, cada uno de los cuales tenía seis metros de ancho, los que iban suspendidos sobre resortes muy largos y flexibles para que no se sintiese el traqueteo. El primero de ellos, de quince metros de largo, tenía en su parte delantera un ancho balcón con capacidad para diez personas, el que daba acceso a la sala, a continuación de la cual venía el comedor y luego un pasillo a cuyos lados abríanse cuatro camarotes, cada uno de los cuales contenía una cama, un sofá, un armario y un tocador. Todas las habitaciones estaban lujosamente amuebladas, las ventanas cubiertas de transparentes, y del techo de la sala colgaba una *punka* que, por medio de una correa de transmisión, se movía automáticamente, haciendo las veces de ventilador durante la marcha, y que era movida por un criado cuando el tren se paraba. Estas precauciones resultaban imprescindibles en un país cuya temperatura alcanza en ocasiones a los 45º centígrados.

De los dos primeros camarotes, el de la izquierda era el del coronel Munro y el de la derecha el de Banks. El capitán dormía al lado del gabinete del ingeniero, y el mío lindaba con el del coronel.

En el segundo coche, de sólo doce metros de largo, estaban instalados la cocina, el comedor y dormitorios de la servidumbre, la armería, el depósito de hielo, el cuarto de equipajes, etc., etc. Vivían en este coche, a más del sargento Mac Neil, el maquinista, el fogonero, los asistentes del coronel y el capitán, y el cocinero.

No debe olvidarse que, durante el invierno, ambos coches recibían vapor caliente, que provenía de la máquina a través de una instalación de tubos circulares, independientemente de las pequeñas chimeneas con que contaban el salón y el comedor.

Llevábamos provisiones suficientes para todo un año: conservas de carne, pasteles de pollos, llamados *murguis*, caldo en pastillas y leche condensada.

El hielo lo fabricábamos nosotros mismos, valiéndonos para ello de uno de esos aparatos que lo producen por medio de la evaporación del amoníaco, almacenándolo después, como hemos dicho más arriba, en una de las habitaciones del segundo coche, donde colocábamos también, para que se conservase, el producto de nuestra actividad como cazadores.

Asimismo nuestra bodega, en la que no faltaban los vinos de Francia, la cerveza, el aguardiente, ni el *arak*, estaba bien provista.

Había que tener en cuenta, además, que el itinerario trazado no se alejaba mucho de las provincias habitadas, en las cuales, con tal de tener rupias, puede conseguirse todo lo que se quiera.

El viaje proyectado era, en efecto, el siguiente:

Salida de Calcuta siguiendo el valle del Ganges hasta Allahabad, desde donde subiríamos, a través del Oude, para alcanzar las primeras rampas del Tibet, en las que acamparíamos durante algún tiempo, a fin de que el capitán Hod pudiese organizar sus cacerías, bajando después hasta Bombay.

En suma, un viaje de 900 leguas; pero en nuestra casa y con toda nuestra servidumbre. Y en estas condiciones no creo que nadie se negase a dar varias veces la vuelta al mundo.

COMIENZOS DE VIAJE

Cuando al amanecer del día 6 de mayo dejé mi habitación del hotel Spencer para dirigirme a casa del coronel Munro, nada me quedaba ya por ver en Calcuta. Había recorrido la ciudad varias veces, a pie en las primeras horas de la mañana, y me paseé en coche durante la tarde por el Strand, cruzándome con los lujosos carruajes de los potentados europeos y de los ricos *babues* indígenas. Conocía el barrio de los mercaderes, por cuyas calles, llamadas bazares, habíame paseado con frecuencia. Había visitado los campos de incineración de los difuntos, situados a orillas del Ganges, los jardines botánicos del naturalista Hooker y el templete de los arrabales donde se ocultaba la famosa *madame Kali*, la horrible mujer de cuatro brazos, diosa feroz de la muerte. Había tenido tiempo de contemplar el palacio del virrey, que está precisamente enfrente del Spencer; el original palacio de Chowringhi Road, y la Town Hall, levantada en honor de los grandes hombres de la época. Visité detenidamente la curiosa mezquita de Hugli y el puerto, lleno de barcos de comercio y de unidades de la armada británica. Y hasta tuve tiempo para decir adiós a los arguilas, ayudantes o filósofos, las aves encargadas de limpiar las calles de Calcuta y de velar por la salubridad de la villa.

En un *palki-gari*, horrible carruaje de cuatro ruedas tirado por dos caballos, me dirigí a casa del coronel. A unos cien pasos, fuera del arrabal, estaba esperándonos la casa rodante, en la que se hallaban ya nuestros equipajes, que sólo contenían lo estrictamente necesario. Pero, de acuerdo con el criterio del capitán Hod, lo *estrictamente necesario* en materia de armas comprendía: cuatro carabinas tipo Enfield con balas explosivas, cuatro escopetas de caza, dos cajas de cartuchos y los fusiles y revólveres necesarios para armar a nuestra gente llegado el caso.

El capitán no cabía en sí de gozo. La alegría de haber conseguido arrancar al coronel Munro de su casa, la perspectiva de encaminarse hacia el norte de la India en un tren nunca visto y las posibilidades de cazas y excursiones en la región del Himalaya, lo tenían fuera de sí.

Llegó el momento de emprender la marcha. Todo estaba a punto y la máquina lanzó el silbido de ordenanza.

—¡Adelante! ¡En marcha! — gritó Hod agitando su sombrero —. ¡Gigante de acero, en marcha!

Creo llegado el momento de decir algo acerca del personal a nuestras órdenes.

El maquinista era un inglés llamado Storr, que había pertenecido hasta poco tiempo antes a la compañía del ferrocarril meridional de la India. Banks lo conocía perfectamente y confiaba en su habilidad y pericia.

Kaluth, nuestro fogonero, pertenecía a esa clase de indios que pueden soportar sin molestias las más elevadas temperaturas de la caldera, unidas al sofocante calor del trópico, y que se encuentran perfectamente en medios donde un europeo se asaría sin remedio.

Un *gurka* de 35 años, conocido por el nombre de Gumí, era el asistente del coronel. Formaba parte del regimiento que para demostrar su disciplina aceptó el uso de aquellos cartuchos que dieron pretexto a la sublevación de los cipayos, y llevaba todavía el uniforme negro de la brigada de *Rifles*. Habiendo hecho

toda la campaña al lado del coronel, por quien sentía una lealtad a toda prueba, le acompañó en su retiro.

Venía después Fox, el ordenanza del capitán Hod, un inglés muy alegre y parlanchín, tan cazador como su amo y que hacía honor a su nombre de Fox — que en inglés significa zorro —, pues había matado ya treinta y siete tigres, tres menos que el capitán, y pensaba continuar su lista.

No debe olvidarse en esta enumeración a nuestro cocinero, monsieur Parazard, un negro, francés de nacionalidad, que había recorrido todos los rincones del planeta y que adoptaba un aire grave, solemne y en cierto modo pontifical, cuando estaba dedicado a las funciones propias de su oficio.

En total componíamos una expedición de diez personas, más los dos perros, Fan y Black, cuyas grandes condiciones para la caza eran alabadas por su amo el capitán Hod.

Bengala, sin ser la más interesante, es desde luego la más rica de las provincias del Indostán y, aunque el país propiamente dicho de los *raydas* está situado un poco más al centro, la provincia se extiende por una comarca muy poblada que llega hasta los límites del Himalaya y que nosotros íbamos a atravesar oblicuamente.

Después de varios cambios de impresiones se decidió subir, siguiendo el curso del Hugli — uno de los brazos del Ganges que pasa por Calcuta —, hasta la ciudad francesa de Chandernagor, que dejaríamos a nuestra derecha, para continuar la línea del ferrocarril que va a Bardwan, donde torceríamos para atravesar el Behar y encontrarnos de nuevo con el Ganges del Benarés.

—Queda a cargo de ustedes la dirección del viaje — dijo el coronel —. Lo que decidan contará con mi asentimiento.

—Eso no — le respondió Banks —; es conveniente que des tu opinión.

—No — le contestó el coronel —; os pertenezco, y lo mismo me da ir a un sitio que a otro, pero quisiera hacer una pregunta: ¿qué dirección tomaremos después de Benarés?

—La del norte — interrumpió con vehemencia el capitán Hod —. El camino que lleva directamente hasta las primeras estribaciones del Himalaya, a través del Oude.

—Pues en ese caso, quizá les proponga algo...; pero hasta llegar al Benarés hagan ustedes lo que les parezca.

Aquellas palabras del coronel me interesaron. Yo creía que había emprendido el viaje fiado en que la casualidad le fuese más propicia que todas sus anteriores investigaciones, pero lo dicho por él me hacía sospechar que quizá esperase encontrar a Nana Sahib en el norte de la India. Para mí era evidente que sir Edward Munro albergaba una segunda intención, y Mac Neil debía saber cuál era.

Las primeras horas de la mañana en que salimos las pasamos en la sala. Nuestro magnífico elefante marchaba al paso, que era precisamente lo que convenía a los viajeros, deseosos de contemplar el paisaje.

A la salida de Calcuta nos acompañaba una multitud compuesta por algunos europeos y muchos indios, pero, a poco, se fué dispersando. Sin embargo, cuantos transeúntes encontrábamos en nuestro camino no podían reprimir sus *¡uajs!* de admiración, dirigidos particularmente al soberbio elefante, cuya trompa lanzaba torbellinos de humo.

A las diez nos sentamos a la mesa para hacer honor al desayuno preparado por monsieur Parazard. Nuestra máquina bordeaba la orilla izquierda del Hugli, el más occidental de los brazos del Ganges.

—Todo cuanto ve, mi querido Maucler — me dijo Banks —, es una conquista que el río sagrado ha venido haciendo a costa del golfo, también sagrado, de Bengala. No habrá, probablemente, una sola partícula de tierra que no haya sido arrastrada por la corriente del río desde las fronteras del Himalaya. El Ganges ha ido reduciendo, poco a poco, la montaña para crear esta provincia en la que se ha abierto un cauce...

—Que cambia con frecuencia, abandonándolo por otro — agregó Hod —. Este Ganges, es un río versátil y medio loco. Una ciudad se construye en sus orillas y, algunos siglos más tarde, la ciudad se encuentra en medio de una llanura, porque el río cambió su dirección. Eso ha sucedido con Raymangal y Gaur, bañadas en otra época por este río caprichoso, y que hoy se queman en medio de la llanura.

—¿Y no podría suceder algo parecido con Calcuta? — pregunté yo.

—¡Quién sabe!

—Aun no estamos en ese caso, pero si llegara, la cuestión se resolvería construyendo diques. Los ingenieros sabrían ponerle al Ganges una camisa de fuerza.

—Si los indios le oyesen hablar de esta manera del río no se lo perdonarían — dije yo.

—Tiene razón — me contestó Banks —; el Ganges, para esta gente, es un hijo de Dios, y nada de lo que hace está mal hecho.

—Ni siquiera las fiebres, el cólera y la peste que provoca — exclamó Hod —. Aunque hay que reconocer que ello no produce el menor efecto en los tigres y cocodrilos que pululan en los Sunderbunds, a los que el aire apestado les va tan bien como el de un *sanatorium* a los angloindios en la época del calor. Fox — agregó volviéndose hacia su asistente, que nos servía.

—Mi capitán.

—¿No fué allá donde mataste el número 37?

—Sí, mi capitán, a unas dos millas del puerto de Canning. Era una noche...

—Esa historia la conozco; ahora me interesa la del 38.

—Esa no existe todavía, mi capitán.

—No te preocupes, que tú matarás tu 38 y yo mi 41.

La palabra tigre no se pronunciaba jamás en aquellas conversaciones.

Conforme avanzábamos, el Hugli, que en Calcuta tiene un kilómetro de ancho, iba estrechándose. Más allá de la ciudad, sus orillas son muy bajas y en ellas suelen formarse terribles ciclones que, como el de 1864, destruyen barrios enteros.

La India tiene tres estaciones: la de las lluvias, la fría y la de los calores. Esta última es la más corta, pero también la más terrible, y comprende los meses de marzo, abril y mayo. Este último es el peor, y el termómetro llega a veces a alcanzar los 41° centígrados a la sombra.

"En esta época — escribe M. de Valbezen —, los hombres respiran como los caballos después de una fuerte carrera, y durante la guerra de los cipayos, los oficiales y soldados se daban continuas duchas de agua fría en la cabeza, prara preservarse de las congestiones".

Pero en nuestro tren, la marcha, la *punka* y las mamparas colocadas en las ventanas creaban una temperatura soportable. Además, la estación de las lluvias, que dura desde junio a septiembre, estaba próxima, y quizá fuese menos soportable aún. Pero en las condiciones en que se efectuaba nuestro viaje, no había nada que temer.

Alrededor de la una de la tarde llegamos a Chandernagor, la última ciudad que le queda a Francia en la presidencia de Bengala. Yo había estado ya en esa localidad en la que ondea la bandera tricolor, rival de Calcuta en las luchas del siglo XVII, y que hoy sólo está autorizada a poseer una guarnición no superior a quince soldados. Es probable que hubiese ganado nuevamente importancia si la línea férrea de Allahabad hubiese pasado por allá, pero el gobierno francés se opuso a ello, y Chandernagor perdió, quizá, su última oportunidad de recobrar importancia comercial.

Nuestro convoy se detuvo a tres millas de la ciudad en un bosque de bananeros, de donde partimos a la mañana siguiente.

Banks aprovechó aquel alto para renovar el combustible, pues aunque se había gastado poco, el ingeniero era hombre precavido y quería llevar siempre su carga completa, o sea, agua y combustible para sesenta horas.

La nueva etapa debía conducirnos hasta Bardwan, para lo cual viajaríamos durante dos días descansando las noches.

A las seis de la mañana del día 7 reanudamos la marcha bordeando la línea férrea. El tren de Calcuta pasó ante nosotros a toda marcha y parecía lanzarnos un reto a través de las exclamaciones de admiración de sus viajeros. Pero no aceptamos su desafío. Ellos viajarían más de prisa, pero no más cómodos que nosotros.

Atravesábamos un país llano y monótono. A los dos lados del camino se balanceaban algunos cocoteros, pero el paisaje estaba dominado por los arrozales. Después de Bardwan ya no encontraríamos más cocoteros, pues estos árboles prefieren la proximidad de la costa y no se los encuentra más allá de los parajes que confinan con el litoral.

Al otro día por la noche, a la hora marcada en el itinerario, nuestro tren llegaba a las puertas de Bardwan. Esta ciudad es la cabeza administrativa de un distrito británico que pertenece en propiedad a un célebre *maharajá*, quien no paga por impuestos una cantidad inferior a diez millones de francos al año. La mayor parte de las casas de Bardwan son viejas y forman preciosas y anchas calles, llenas de cocoteros y otros árboles, por las que podía transitar fácilmente nuestro tren.

Nuestro famoso elefante produjo el terror admirativo a que ya estábamos acostumbrados, y se vió rodeado por grupos de bengalíes, ellos vestidos sólo con un faldellín y ellas envueltas en un *sarri* blanco que las cubría de pies a cabeza.

—Sólo temo — dijo Hod — que el *maharajá* se encapriche con nuestro tren y nos ofrezca una cantidad tan enorme que no tengamos más remedio que vendérselo.

—De ningún modo — replicó Banks —; antes prefiero construirle otro, con un elefante tan poderoso que sea capaz de llevar todas sus riquezas de un extremo a otro del estado. Pero éste no está en venta a ningún precio, ¿verdad Munro?

—Desde luego — respondió el coronel con el aire de una persona a quien le tienen sin cuidado todos los millones de la tierra.

Pero no hubo oferta alguna de compra. El *maharajá* no se encontraba en Bardwan, y sólo recibimos la visita de su *kamdar*, quien después de recorrer nuestra casa se ofreció para enseñarnos los jardines del palacio, ofrecimiento que aceptamos con gusto. Allí estaban representadas todas las especies de la vegetación tropical, regadas por aguas vivas. El parque estaba adornado por quioscos y poblado de ciervos, gansos, elefantes, leones, panteras y tigres, estos últimos encerrados en jaulas.

—Los tigres en jaulas, como pájaros — comentó Fox —. Esto me da lástima, mi capitán.

—A mí también. Si se les pidiese su parecer, seguramente preferirían estar libres en los bosques, aun a riesgo de tropezar con una bala.

—Yo comprendo eso, mi capitán.

El 10 de mayo salíamos de Bardwan camino de Ramgur, ciudad situada a 75 leguas de Calcuta. Fuimos dejando atrás las ciudades de Murchendabad, Monguir y Patra, capital del Behar, centro importante del comercio del opio y a la que amenaza de destrucción el crecimiento de las plantas trepadoras.

El 15 de mayo nos encontrábamos cerca de Ramgur. Habíamos marchado a una velocidad media de 15 leguas en doce horas, arrastrados por el elefante de acero que emprendió un ligero trote, lo que nos permitió apreciar la

excelencia de la suspensión de nuestras casas.

El 18 nos deteníamos cien kilómetros más allá, en las cercanías de Chitra.

El viaje transcurría sin incidentes. El calor era fuerte, pero las horas más molestas las pasábamos durmiendo en la galería. En los altos que hacíamos durante la noche, mientras Storr y Kaluth se dedicaban, bajo la mirada vigilante de Banks, a inspeccionar la máquina, el capitán y yo salíamos con los perros, acompañados algunas veces por Gumí y Fox, a dar una vuelta por los alrededores, dedicándose a la caza de pelo y pluma y aportando nuevas provisiones que más tarde eran suculentamente preparadas por monsieur Parazard.

Todos hubiéramos deseado que el coronel nos acompañase en estas excursiones, aunque sólo fuese alguna que otra vez, pero nuestros esfuerzos resultaron vanos. Sir Edward Munro no consentía en otra cosa que en dar pequeños paseos por la carretera, siempre acompañado por su fiel Mac Neil.

Cada vez estaba más seguro de que el coronel no había emprendido aquel viaje por el mero placer de acompañarnos, sino que algún proyecto secreto le había empujado a dejar su residencia de Calcuta. Banks y Hod eran de mi opinión, y los tres nos preguntábamos con inquietud qué germen de tragedia llevarían en su interior aquellas dos casas rodantes que, empujadas por un elefante mecánico, corrían a través de la llanura de la India

PEREGRINACION AL FALGU

Aquel territorio del Behar que estábamos atravesando constituyó en otro tiempo la base territorial del imperio de Bagddha. Fué para los budistas algo así como un territorio sagrado, y todavía conserva innumerables templos y monasterios. Hace unos cuarenta siglos que los sacerdotes de Buda fueron desplazados por los brahmanes en cuyo poder se encuentran en la actualidad las *viharas* por ellos explotadas, ya que acuden numerosos fieles y hacen competencia a las aguas sagradas del Ganges, a las peregrinaciones que se dirigen a Benarés, y a las ceremonias de Yagrenat.

Nuestra Casa de Vapor iba avanzando por cañadas cubiertas por espesa vegetación, y nuestra vista podía distinguir las vastas plantaciones de arroz y opio, y una multitud de pequeñas aldeas que se elevaban aquí y allá, bajo la sombra de las palmeras, de los mangos y de las taras, todos ellos aprisionados por las lianas. También abundaban los bananeros, las plamplemusas y los *dalbs*. La mayor parte de aquella riqueza estaba en poder de los brahmanes.

El calor era verdaderamente insoportable. Un viento abrasador recorría la llanura desierta, pues ni siquiera los labradores se aventuraban a exponerse a los rayos de aquel sol de fuego, y todos deseábamos que los monzones de junio llegasen cuanto antes para librarnos de aquella angustia. Sólo Kaluth, nuestro fogonero, que debía estar hecho del mismísimo carbono, era capaz de resistir la temperatura sin abandonar su puesto junto a la caldera. El 19 de mayo, el termómetro colocado en nuestro comedor alcanzó los 42° centígrados. Aquel día, nuestra *hawakana*, palabra que quiere decir comer aire, y que se emplea para dar nombre al paseo que se realiza a la caída de la tarde para respirar el aire puro y tibio del anochecer, fué un fracaso. Era más bien aquella atmósfera ardiente la que parecía tragarnos a nosotros.

—Este calor me trae a la memoria — me dijo el sargento Mac Neil — los últimos días de mayo, cuando sir Hugh Ross trató de abrir brecha en el recinto de Luknow con sólo dos piezas de artillería. Peleábamos entre grandes murallas de granito que despedían fuego como si se tratase de las paredes de un horno. En medio de las filas de los soldados pasaban los *chitsis*, con sus odres llenos de agua, que vertían sobre nuestras cabezas, para que no cayésemos asfixiados. Llegó un momento en que yo me encontraba como muerto y me parecía que la cabeza iba a saltárseme hecha pedazos, cuando el coronel Munro, arrancando un odre de las manos de un *chitsi*, me lo tiró encima. Y era el último que quedaba. Créame, señor Maucler, que estas cosas no se olvidan, y yo, desde entonces, pertenezco en cuerpo y alma al coronel, a quien quisiera pagar gota de sangre por gota de agua.

—¿No cree usted que, desde nuestra salida, el coronel parece más preocupado?

—Y lo está, señor. Pero es muy natural, puesto que vamos acercándonos a Luknow y a Cawnpore, donde asesinaron... No puedo recordar todo esto sin que se me encienda la sangre. Quizá hubiese sido mejor seguir otro itinerario y no pasar por las provincias donde tuvo lugar la insurrección. Todavía no hace el tiempo suficiente como para que el recuerdo se haya amortiguado.

—Podríamos modificar el itinerario. Si usted lo cree conveniente, yo puedo hablar a Hod, y a Banks...

—Es ya tarde y, además, me parece que mi coronel quisiera ver por última vez el sitio donde lady Munro fué asesinada.

En ese caso lo mejor es no hacer nada. El llorar sobre la tumba de los seres queridos sirve a veces de consuelo...

—Sobre la tumba, sí, señor. Mas no puede llamarse tumba a ese pozo de Cawnpore lleno de innumerables víctimas confusamente mezcladas. El dolor de mi coronel será horrible, pero nada puede hacerse ya. Si intentásemos variar de rumbo, probablemente no querría seguirnos.

No cabía duda que el sargento decía la verdad, y que aquellos lugares, teatro de la espantosa tragedia, ejercían sobre el coronel una atracción de imán. ¿Pero me había dicho toda la verdad? ¿No tendrían otros proyectos, además? Entonces me aventuré a preguntar a Mac Neil si creía que Nana Sahib hubiese muerto.

—No señor — me respondió —. No tengo ninguna noticia; pero el instinto me dice que nadie puede morir tranquilamente, cuando ha hecho tanto daño. Créame que es algo tener en la vida una idea fija de venganza que lo sostenga a uno. ¡Quiera Dios que algún día!...

Banks y Hod estuvieron de acuerdo conmigo, cuando les relaté mi conversación con el sargento, en que no debíamos variar el itinerario. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que nadie había pensado pasar por Cawnpore, sino que, una vez cruzado el Ganges, nuestra Casa de Vapor debía dirigirse directamente hacia el norte. No podía asegurarse, pese a la opinión de Mac Neil, que el coronel quisiese ver nuevamente aquellos trágicos lugares, pero si manifestaba ese deseo, no haríamos nada por disuadirlo.

De Nana Sahib no habíamos vuelto a oír hablar desde nuestra salida de Calcuta, lo que nos hacía suponer que los informes recibidos por las autoridades podían ser falsos. Y si esas noticias encerraban algo de verdad, y el coronel había concebido algún proyecto de venganza, era de extrañar que su confidente fuese el sargento con preferencia a Banks, su más íntimo amigo, aunque no podía desconocerse el hecho de que Mac Neil apoyaba los deseos del coronel y el ingeniero hubiese hecho todo lo posible por disuadirle e impedir que se expusiese a nuevos peligros.

El 19, a mediodía, atravesamos Chitra, y el 20, a la caída de la tarde, llegábamos a las cercanías de Gaya, donde pensábamos permanecer treinta y seis horas realizando excursiones por aquel lugar delicioso.

Nuestro tren hizo alto a orillas de un río sagrado llamado el Falgú, en un lugar que recibía la sombra de hermosos árboles, y a unas dos millas de Gaya.

A las cuatro de la mañana Hod, Banks y yo

emprendimos el camino de la ciudad. El ingeniero conocía perfectamente aquellos parajes en los cuales había realizado estudios para la instalación de un ferrocarril cuyos trabajos no habían comenzado aún, y nos servía de guía. Marchábamos en medio de una multitud de peregrinos que se dirigían a Gaya, ciudad visitada anualmente por unos ciento cincuenta mil fieles. Banks nos hizo admirar, casi en las puertas de la ciudad santa, el árbol sagrado, un pipal de tronco enorme, que tendría doscientos o trescientos años de existencia, y ante el cual numerosos peregrinos permanecían en éxtasis. Los creyentes llaman a este árbol Bodhi, y aquél era el último que quedaba en pie de los numerosos pipales sagrados que existieron en aquella región, el primero de los cuales se plantó 500 años antes de nuestra era.

Nuestra presencia no les hizo mucha gracia, aunque no dijeron nada, pero nos fué imposible abrirnos camino entre ellos para visitar las ruinas del templo.

—Si hubiese algún sacerdote hubiéranos sido factible verlo todo.

—¿Cómo? ¿Los brahmanes son más asequibles que sus fieles? — pregunté yo.

—Se ablandan ante unas cuantas rupias — me respondió Banks —. Hay que comprender que también los brahmanes tienen que vivir.

—No veo que eso sea necesario — dijo Hod, que no sentía por los indios y sus costumbres la tolerancia de la generalidad de sus compatriotas, y para quien aquel país era sólo un inmenso coto de caza.

Seguimos nuestro camino. Cada vez era mayor el número de los peregrinos, y bien pronto, por un claro del bosque, se nos apareció Gaya, enclavada en lo alto de una roca con sus pintorescos edificios.

Lo más atrayente que había en ella era el templo de Vichnú, que la reina Holear había mandado reconstruir unos años antes. Creen los indios que el dios bajó a la tierra en aquel lugar para luchar contra el demonio Maya al que venció, y que en una de las piedras del templo quedó grabada la huella de su pie. Pero no nos fué posible contemplar el vestigio del pie divino. Pese a las rupias ofrecidas por Banks, los brahmanes no nos permitieron la entrada al templo, lo que provocó la indignación de Hod, que quería tomar represalias contra ellos.

—No haga usted eso — le aconsejó Banks sujetándolo —; bien sabe que los indios miran a los brahmanes como seres sobrenaturales.

Sin embargo, el paseo no podía considerarse perdido. Visitamos la enorme cantidad de patios, templos y *viharas* que es necesario atravesar hasta llegar al de Vichnú, los cuales dejaron en mí una agradable impresión.

Al llegar a la parte del curso del Falgú que bordea la roca de Gaya, un espectáculo extraño ofrecióse a nuestra vista. Nos encontramos frente a la más abigarrada y heterogénea multitud que he visto en mi vida. Mujeres y hombres, ancianos y niños, de las más variadas condiciones y clases sociales, formaban la gran masa de los peregrinos.

—¡Qué confusión! — dijo Hod.

—A la caída de la tarde, las aguas del Falgú no serán muy potables — añadió Banks.

—¿Por qué? — pregunté yo.

—Porque se trata de aguas sagradas en las cuales va a bañarse toda esa multitud, como los gangistas lo hacen en el Ganges.

—¿Hemos acampado río abajo? — inquirió Hod.

—No, río arriba — respondió Banks.

—Afortunadamente; no me hacía gracia que nuestro "Gigante de Acero" bebiese en estas aguas impuras.

Durante esta conversación atravesábamos por entre millares de indios que ocupaban un espacio demasiado reducido. El ruido de las cadenas y campanillas de los mendigos que pedían limosna utilizando las tretas más ingeniosas y mostrando sus llagas, falsas en su mayoría, rimaba con los brazos anquilosados de los faquires, con sus manos atravesadas por sus propias uñas, con los fieles borrachos de *bang* — opio líquido mezclado con una infusión de cáñamo —, suspendidos de los árboles hasta que se desgarraban sus miembros y caían al Falgú, y con los fanáticos que tenían las piernas y la lengua atravesadas por flechas y, sobre los cuales, una serpiente lamía la sangre que manaba de las heridas.

Aquel espectáculo me parecía terriblemente repugnante y sentía enormes deseos de apartarme de allí cuanto antes; pero Banks me detuvo diciendo:

—La hora de la oración.

En efecto, un brahmán había levantado la mano para señalar al sol que se dejaba ver por primera vez sobre la roca de Gaya. Entonces, aquella multitud de peregrinos se lanzó al río y, a juzgar por sus actitudes, se creería que era el alma y no el cuerpo lo que querían lavarse. Primero tomaban un poco de agua con la palma de la mano y la salpicaban en dirección a los cuatro puntos cardinales, luego se mojaban un poco la cara, tras de lo cual y de haberse arrancado un cabello por cada pecado cometido, se dedicaban simple y llanamente a nadar por el río, formando una algarabía tal que hasta los cocodrilos lo habían abandonado refugiándose en la otra orilla, desde donde contemplaban el espectáculo, abriendo y cerrando sus enormes mandíbulas.

Dejando a aquellos devotos entregados a su tarea de hacerse dignos de entrar en el Kailas, el paraíso de Brahma, regresamos a nuestro campamento.

El día transcurrió sin novedad. A la caída de la tarde, mientras Storr, Kaluth y Gumí hacían las provisiones, el capitán Hod salió a dar un paseo y volvió con alguna caza.

A las nueve, todos nos habíamos retirado; pero a las doce yo no había logrado dormirme aún a pesar de cuantos esfuerzos hacía, lo que cada vez me ponía más nervioso. Hacia la una de la mañana me pareció oír un sordo murmullo que venía de las orillas del Falgú. Esto me hizo suponer que se había levantado algo de viento, lo que me agradaba en extremo, pues aunque fuese, como era de suponer, muy cálido, serviría al menos para mover las distintas capas de la atmósfera y se podría respirar algo mejor. Para comprobarlo me asomé a la ventana. Habíame engañado: las hojas de los árboles permanecían quietas, y aquel ruido no procedía ni del agua ni del viento. Pero como no vi nada sospechoso, torné a meterme en la cama y, poco después, el sueño me rendía.

Algunas horas más tarde me despertó lo voz del maquinista llamando a Banks.

—¡Señor Banks!

—¿Qué quiere usted?

—¡Venga por favor!

Me levanté y salí del cuarto. Banks y Storr estaban en la galería anterior; el coronel caminaba delante de mí y poco después llegaba Hod.

—¿Qué pasa — preguntó el ingeniero.

—Mire usted allá — le contestó Storr.

A la luz del amanecer pudimos ver numerosos grupos de indios tendidos a lo largo del camino que debíamos seguir.

—Son los peregrinos de ayer — dijo Hod.

—¿Y qué esperan? — pregunté yo.

—Probablemente que salga el sol para volver a meterse en el agua — me respondió el capitán.

—Se equivoca usted — dijo Banks— hubieran podido hacer sus abluciones hasta en Gaya; han venido aquí porque...

—Porque nuestro "Gigante de Acero" sigue causando efecto — concluyó Hod.

—Se habrán enterado de que había por aquí un elefante gigantesco y querrán admirarle — agregué yo.

—Ojalá no pasen de ahí — exclamó el ingeniero.

—¿Qué temes? — preguntó el coronel.

—Que traten de impedir nuestro paso.

—De todos modos ten prudencia. Con estos devotos toda precaución es poca.

—Tienes razón — concluyó Banks, quien después llamó a Kaluth para preguntarle si estaba todo preparado.

—Sí señor — respondió el fogonero.

—Enciende, entonces.

—Eso es, enciende Kaluth — agregó Hod —, para que nuestra caldera escupa pronto su humo a los peregrinos.

Se necesitaba media hora para encender la caldera. Durante este tiempo, los indios se iban acercando a nuestro tren, algunos de ellos levantaban sus brazos en dirección al elefante y otros se arrodillaban y hacían genuflexiones. No cabía la menor duda de que lo estaban adorando.

Munro, el capitán y yo estábamos en la galería, bastante intranquilos, pensando en qué acabaría todo aquello. Mac Neil se asomaba de cuando en cuando sin decir nada. Y Banks había subido a la torrecilla con el maquinista.

A las cuatro, la caldera había alcanzado la suficiente presión y produjo un ruido que los indios debieron tomar como el rugido de aquel monstruo irritado. Banks se asomó y dijo:

—Todo está a punto.

—Pues en marcha — respondió el coronel —; pero con prudencia para no aplastar a nadie.

Podía decirse que era ya día claro y el camino que sigue las orillas del Falgú estaba materialmente lleno de indios que no parecían dispuestos a dejarnos avanzar.

Banks dió dos o tres silbidos que los peregrinos contestaron con aullidos frenéticos.

—¡Separarse! ¡Separarse! — gritaba el ingeniero mientras daba orden al maquinista de que abriese el regulador.

Se oyó el ronquido del vapor en la caldera y un gran chorro de humo salió de la trompa de nuestro elefante. Entonces la multitud se apartó un poco, el regulador quedó abierto a medias aumentando los rugidos del animal y nuestro "Gigante de Acero" empezó a marchar muy lentamente por entre las apretadas filas de indios.

—¡Cuidado, Banks! — grité yo de repente porque había visto a una docena de aquellos hombres arrojarse al camino con la evidente intención de dejarse aplastar.

—Levantarse — les decía el coronel.

—¡Estúpidos! — gritaba Hod —. Creen que esto es el carro del dios Yagrenat y quieren que los aplastemos con las ruedas.

Banks hizo una señal y el maquinista detuvo el convoy. Aquellos hombres parecían decididos a no levantarse y la multitud los animaba con sus gritos. El ingeniero no sabía qué hacer y todos nos mostrábamos consternados. Pero Banks tuvo entonces una idea: abrió el grifo de los limpiadores de cilindros y salieron varios chorros de vapor, al nivel del suelo, que silbaban estrepitosamente.

—¡Bravo, bravo! — exclamaba el capitán Hod —. ¡Azóteles bien, Banks; con vapor ardiente!

Aquello produjo un gran efecto. Los fanáticos querían hacerse aplastar, pero no quemar vivos, y se levantaron dando gritos. Toda aquella muchedumbre retrocedió y nosotros reanudamos la marcha.

—¡Magnífico! ¡Adelante! — gritaba Hod.

Y la Casa de Vapor desapareció lo más rápidamente posible de la vista de aquella gente que la contemplaba con asombro, como a un ser fantástico envuelto en una nube de humo.

BENARES

Teníamos ya abierto ante nosotros el camino que por Sasram lleva a la orilla derecha del Ganges frente a Benarés.

En cuanto estuvimos a una milla del campamento, nuestro tren disminuyó la marcha.

Pensábamos acampar aquella noche a unas 25 leguas de Gaya, en las cercanías de Sasram.

Durante el trayecto tuvimos que vadear un río llamado el Sone que recibe como afluentes al Coput y al Coyle, más arriba de Rotas, y luego vierte sus aguas en el Ganges entre Arrah y Dinapur. En aquellos terrenos de aluvión no abundan los puentes, pero nuestro "Gigante de Acero" demostró sus excelentes condiciones acuáticas, en medio del entusiasmo del capitán Hod que gritaba:

—Una casa ambulante que es a la vez carruaje y barco. ¡Sólo le falta tener alas!

—Algún día se llegará a eso — le respondió Banks.

—Ya sé que todo puede lograrse, menos el que nosotros vivamos doscientos años para verlo. Aunque a veces la vida no es muy divertida, me gustaría vivir diez siglos, sólo por curiosidad.

Se cumplió el programa fijado. Por la noche, después de haber pasado por debajo del magnífico puente de hierro del ferrocarril tendido sobre el Sone, llegábamos a la altura de Sasram, de donde partimos en la mañana del 22.

El paisaje continuaba siendo el mismo, pero aquel día tuve la fortuna de ver hermosos campos de rosas que anunciaban la proximidad de Gazipore, donde se produce en gran cantidad el agua, o mejor dicho la esencia de rosas.

Pedí a Banks que me diese algunos datos sobre el asunto, quien me respondió:

—El procedimiento es algo complicado. Primero se someten 40 libras de rosas a una especie de destilación y se obtienen 30 libras de agua de rosas que se vierten en una nueva vasija, donde hay otras 40 libras de flores. Una nueva destilación la reduce a 20 libras. Este líquido se deja expuesto al aire fresco de la noche durante doce horas, y, a la mañana siguiente, se encuentra fijada en la superficie una onza de aceite odorífico. De modo que de 80 libras de rosas, aproximadamente unas doscientas mil, sólo se obtiene una de esencia. Esto le explica a usted que la onza cueste 40 rupias, es decir, unos mil francos.

—Pues si para fabricar una onza de aguardiente se necesitasen 80.000 libras de uvas, no sé quién iba a poder beberse un grog — comentó Hod.

Aquel mismo día atravesamos el Karanmaca, un afluente del Ganges, cuyas orillas los indios consideran malditas y por el que creen que no es bueno navegar. Aseguran que los cadáveres que se confían a este río van derecho al infierno. Pero lo único que puedo afirmar es que su agua me pareció excelente.

Por la noche nos detuvimos junto a la orilla derecha del Ganges, frente a Benarés, la Jerusalén de los indios.

—Veinticuatro horas de parada — anunció Banks.

—¿A cuánto estamos de Calcuta? — pregunté.

—A unas 350 millas aproximadamente, y espero que confesará no haber notado lo largo del viaje ni las fatigas del camino.

Estábamos frente al Ganges, el río maravilloso de la leyenda india, y en el cual se encierra el misterio de la historia de un pueblo. El fantástico y caudaloso Ganges, que riega un valle de 500 leguas de extensión, en el que viven cien millones de habitantes. ¿Qué hubiera dicho de él Víctor Hugo? Víctor Hugo, para quien el Danubio:

Tiene, como el mar, creciente,
por el globo se desata
y, como sierpe de plata,
corre de occidente a oriente.

El Ganges corre también de occidente a oriente, tiene grandes olas y ciclones y, en vez de nacer en unas humildes colinas de la Selva Negra, baja del Himalaya.

Cuando amaneció el 23 de mayo, una sabana de agua brillante extendíase ante nuestros ojos, y sobre la arena varios cocodrilos enormes recibían, tendidos, la caricia del sol. Pero algunos cadáveres que bajaban por el río los arrancaron de su inmovilidad. Se dice que estos cadáveres flotan sobre la espalda cuando son de un hombre y sobre el pecho si son de una mujer; pero yo pude comprobar que esto no es verdad. También comprobé que, tanto sobre unos como sobre otros, los cocodrilos se lanzaban vorazmente.

El ferrocarril de Calcuta sigue la orilla derecha del Ganges hasta Allahabad, en donde se bifurca en dos: uno que se dirige a Delhi y otro a Bombay. De la estación de Mogul Seria parte un pequeño ramal que va a Benarés y llega a Jaumpore, con un recorrido total de 60 kilómetros.

Nosotros no pensábamos cruzar el río por Benarés, sino por Allahabad, por lo que acampamos, como queda dicho, en la orilla derecha. Para visitar la ciudad, contábamos con numerosas góndolas en que atravesar el río.

El coronel Munro, aunque conocía perfectamente Benarés, pensó por un momento acompañarnos, pero luego cambió de parecer y prefirió dar un paseo por la orilla del río en unión de Mac Neil. Tampoco el capitán Hod sería de la partida; había estado en otro tiempo de guarnición en Benarés y pensaba visitar a varios compañeros.

Naturalmente, cuando digo que Hod había estado de guarnición en Benarés me refiero a Secrole, la ciudad inglesa anexa a aquélla. Las tropas británicas no están nunca acantonadas en el interior de las ciudades indias, sino que tienen sus cuarteles situados en las proximidades de aquéllas, formando con las casas de los empleados y los negocios una especie de pequeñas ciudades europeas.

Sólo, pues, Banks y yo nos embarcamos aquella mañana en una góndola en dirección

a la ciudad santa que tantas ganas tenía yo de visitar.

—Benarés —me dijo el ingeniero— es la Meca de la India. Todo el que haya vivido en ella, aunque sólo sean 24 horas, tiene asegurada parte de la felicidad eterna. Esto le explicará a usted la enorme afluencia de peregrinos.

Se supone que la ciudad tiene treinta siglos de existencia, durante los cuales ha sido la capital espiritual de la India. En el siglo IX era el centro del budismo, y la revolución religiosa acaecida en aquella época convirtió a Benarés en capital de los brahmanes. La autoridad política está encarnada en un *rayda*, que habita un magnífico palacio en Ramnagur y recibe de los ingleses un pequeño subsidio que se limita a un lakh de rupias — escasamente unos 75.000 pesos —, lo que poco significa para un nabab. Aunque desciende de los reyes de Kaci, antiguo nombre de la ciudad, su influencia es nula.

Cuando estalló la sublevación de 1857, la guarnición de Benarés se componía del 37 regimiento de infantería indígena, un cuerpo de caballería irregular y medio regimiento sikh, más media batería de artillería servida por soldados ingleses. El escaso número de europeos no era suficiente para desarmar a los indígenas, por lo cual se esperó la llegada del regimiento número 10 del ejército real, al mando del coronel Neil. Este jefe formó a los cipayos y les ordenó que depusiesen las armas, negándose a ello los indígenas. Entonces se entabló un combate, al que puso fin la actuación de la artillería inglesa. Los cipayos se batieron bravamente, pero fueron derrotados.

Todo esto ocurrió fuera de la ciudad, en cuyo interior sólo hubo un conato de rebelión iniciado por los musulmanes, que fué prontamente sofocado.

A pesar de la antigüedad de la ciudad — me dijo Banks —, no existe ningún monumento que cuente más de tres siglos, a consecuencia de las destructoras luchas religiosas que han asolado al país.

La canoa que nos conducía se detuvo un momento en la bahía para que contemplásemos la ciudad que se alza en medio de la colina. Un enjambre de palacios, cuyos cimientos están siendo roídos por las aguas, amenaza derrumbarse. Una multitud de torres, agujas, pirámides y minaretes se levantaba ante nosotros, entre los que sobresalían la flecha de oro del Lingam de Siva y las dos de las mezquitas de Aureng-Fez. En primer término se destacaba una pagoda consagrada a Buda.

Banks no quiso que desembarcásemos inmediatamente, y ordenó al gondolero que nos diese un paseo por los muelles, donde pude contemplar, como en Gaya, a una multitud de peregrinos bañándose en el río. Pero esta vez el baño no era gratuito: unos guardas con turbante rojo y sable al costado exigían a los peregrinos su tributo, acompañados de brahmanes dedicados a la venta de reliquias o amuletos.

Pero no todos eran peregrinos. Había también traficantes de las sagradas aguas, de las que llenan pequeños frascos que venden luego en los más apartados rincones del país, y cuya autenticidad está asegurada por el sello de los brahmanes; pero, a pesar de ello, debe cometerse un fraude en gran escala.

—Si no hubiese fraude — me dijo Banks — es probable que toda el agua del río no bastase para cubrir la demanda de los creyentes.

Entonces le pregunté si en aquellos baños no se producían accidentes con frecuencia, y me respondió:

—Efectivamente, son frecuentes; pero como si se pierde el cuerpo se salva el alma, nadie se preocupa.

—¿Y los cocodrilos?

—Se alejan, porque el ruido los asusta. Los monstruos más temibles son malhechores que nadan bajo el agua y se apoderan de mujeres y niños que arrastraran hacia otros sitios para robarles las joyas que llevan consigo. Se cuenta el caso de uno de ellos que se cubría con una cabeza imitando a un cocodrilo, y que logró reunir una considerable fortuna, aunque aseguran que un día un cocodrilo verdadero lo devoró.

Hay también fanáticos que van a buscar la muerte en las aguas sagradas, y entran en el río llevando atadas alrededor de su cuerpo varias urnas vacías y agujereadas, a fin de que el agua entre en ellas poco a poco y los arrastre hasta el fondo, en medio de los frenéticos gritos de entusiasmo que dan los fieles.

Nosotros desembarcamos junto a la escalera Manmenka, al lado de la cual había varias piras, en las que se queman los cadáveres de los devotos que estiman en algo su vida futura. Las gentes ricas, incluso si viven lejos, se hacen llevar a Benarés cuando se encuentran enfermas de gravedad, porque está considerado por todos como el mejor punto de partida para la otra vida. Si el difunto sólo tiene pecados veniales va directamente al paraíso eterno, pero si sus pecados son graves debe reencarnar en el cuerpo de algún brahmán que esté próximo a nacer para que se purifique en esa nueva vida.

Durante el día nos dedicamos a recorrer la ciudad, muy limpia y bien cuidada, con sus calles cubiertas por la sombra de los árboles. Visitamos sus monumentos y sus bazares obscuros, donde se venden finas muselinas y una tela de seda, con brocados de oro, llamada *kinkob*, productos principales de la industria de Benarés.

Cuando desembarcábamos, había yo pronunciado incidentalmente en el curso de la conversación con Banks el nombre del coronel Munro, lo cual produjo una cierta impresión en un bengalí que estaba mirando nuestra góndola. Al principio no le di a esto la menor importancia, pero cuando advertí que nos seguía durante todo el día, no pude menos de convencerme de que se trataba de alguien para el cual el nombre del coronel no era indiferente. ¿Sería un amigo o un enemigo?

Nuestro palanquín se detuvo al pie de la gran escalera que conduce al templo de Aureng-Zeb y que, en otro tiempo, cuando se elevaba allí el templo a Vichnú, luego reemplazado por una mezquita, los fieles solían subir de rodillas.

Yo hubiera querido contemplar la ciudad desde uno de los minaretes de 132 pies de altura que adornan la mezquita, pero no se permite subir a ellos porque pueden derrumbarse cualquier día.

Cuando salimos del templo, el bengalí estaba en la puerta. Lo miré con fijeza y bajó los ojos. Pero no quise decir nada a Banks para no llamar la atención del hombre, porque quería cerciorarme de si, en verdad, nos espiaba.

Las pagodas de Benarés son innumerables y éranos imposible visitarlas todas. Por eso limitamos nuestra excursión al Lingam de Siva, una piedra informe que se supone forma parte del cuerpo del dios y está tapando un pozo a cuyas aguas se atribuyen virtudes milagrosas; al Mankarnika o fuente sagrada, donde también se bañan los fieles, y al Man-Mundir, observatorio que el emperador Akbar ordenó construir doscientos años antes.

Había oído hablar también de un palacio para monos y quería visitarlo. Es el Durga-Khund y está situado en las afueras. Los monos andan por él en plena libertad, saltando por las paredes, subiéndose a la cima de enormes mangos y peleándose entre sí para repartirse los granos de arroz tostado que les echan los visitantes. También de este palacio sacan los brahmanes su contribución.

Cuando llegamos al muelle para embarcarnos me encontré con el bengalí, que estaba a dos pasos de nuestra góndola y que tenía a su disposición una canoa manejada por un indio.

Quise poner a Banks al tanto del asunto, pero mi amigo se había dado cuenta de todo, así como de que era el nombre del coronel el que le había llamado la atención.

—¿No cree usted que podríamos?...

—No; lo mejor es que no sospeche que nos hemos dado cuenta de su persecución, y, además, ya se ha marchado.

En efecto, la canoa del bengalí acababa de desaparecer entre las muchas embarcaciones que surcan el río. Banks preguntó a nuestro marinero:

—¿Conoces a ese hombre?

—Es la primera vez que lo veo, señor.

Era ya de noche, centenares de barcos adornados y con faroles multicolores, llenos de cantores e instrumentistas, se cruzaban con nosotros, mientras que en la orilla izquierda se quemaban fuegos artificiales. La India tiene más de 300 dioses, subdioses, santos y subsantos, y no pude saber en honor de cuál se celebraba aquella fiesta; pero tengo que declarar que el espectáculo me pareció magnífico.

Al llegar a nuestra Casa de Vapor, Banks llamó al sargento y le preguntó si había ocurrido algo.

—Nada — respondió Mac Neil.

—¿No han visto a nadie sospechoso?

—A nadie. ¿Tiene usted motivo para temer algo, señor Banks?

—Nos han espiado durante nuestra excursión a Benarés, y eso no me ha hecho ninguna gracia.

—¿Y el espía era...?

—Un bengalí, a quien le chocó el nombre del coronel, que acababa de pronunciar mi amigo.

—No sé qué puede querer de nosotros ese hombre.

—Yo tampoco; pero conviene vigilar, Mac Neil.

—Descuide usted, señor Banks, que se vigilará.

LA CIUDAD DE ALLAHABAD

Aquella noche pasó sin incidentes y no volvimos a ver al bengalí.

Al amanecer del 24 de mayo reanudamos la marcha, camino de Allahabad, que dista de Benarés unos 30 kilómetros. La carretera sigue la orilla derecha del Ganges, entre el río y la línea del ferrocarril. Nuestro "Gigante de Acero" marchaba a una velocidad de tres o cuatro millas por hora, y, dentro de la casa rodante, el programa de cada día, desayunos, almuerzo, comida, siesta, se cumplía con una regularidad cronométrica.

Durante el trayecto tuvimos ocasión de admirar un interesante mausoleo de construcción mogólica, edificado en honor de Kazein-Solimán, padre e hijo, y la formidable fortaleza de Chunar, situada en la cúspide de una roca inexpugnable a 150 pies sobre el nivel del Ganges, al pie de la cual se extiende la ciudad. Lo curioso de la fortaleza de Chunar es que, en caso de que se intentase su asalto, puede defenderse por medio de sucesivas avalanchas de piedras, sin necesidad de hacer uso de las armas de fuego. Existe también en la fortaleza una de las reliquias sagradas que tanto abundan en la India, y que consiste en una tabla de mármol, sobre la cual aseguran que un dios viene a dormir su siesta todas las tardes.

Al atardecer de aquel día hicimos alto en los alrededores de Mirzapore, gran zona productora de algodón. Continuando el viaje, a las dos de la tarde del día 25 atravesamos el río Tonsa, en aquella época más bien un arroyo, y sobre las cinco pasábamos el puente de empalme del ferrocarril Bombay-Calcuta si-

tuado en las cercanías de Allahabad, a cuyos arrabales llegamos al atardecer.

El día siguiente debíamos dedicarlo a visitar la ciudad, edificada en el centro de la más rica comarca de la India, entre el Yumna y el Ganges. Quizá Allahabad llegue a ser la capital de la India, si un día los ciclones acaban con Calcuta.

—¿Desde aquí nos dirigiremos en línea recta hacia el norte? — pregunté a Banks.

—Sobre poco más o menos, Allahabad es el límite occidental de nuestra excursión.

—¡Por fin! — exclamó Hod —. Ya era tiempo de que entrásemos en los terrenos de caza. Bien están las ciudades, pero yo prefiero los llanos y los bosques.

—Pues en seguida vamos a lanzarnos a través de los territorios que usted prefiere — le respondió Banks —; de modo que está de enhorabuena.

—¿Avanzaremos en línea recta hacia la frontera indiochina sin pasar por Luknow?

—Creo que no debemos pasar ni por Luknow, ni por Cawnpore, lo que despertaría trágicos recuerdos en el coronel.

—Tiene usted razón — dije yo.

—¿No ha sabido usted nada de Nana Sahib en su visita a Benarés? — preguntó el capitán a Banks.

—Nada — respondió éste —; lo que me hace sospechar que quizá el gobernador de Bombay haya sido engañado.

—Es lo más probable, porque si no el nabab hubiese ya hecho hablar de él.

—De todas maneras — concluyó Banks —, estoy deseando dejar este valle del Ganges, teatro de tantos horrores.

Al día siguiente, Banks me acompañó durante mi visita de tres horas a Allahabad que, aunque ciudad santa, es menos interesante que Benarés. Está compuesta de tres ciudades: la ciudad india — casas bajas, calles estrechas —, la ciudad inglesa — igual a cualquier villa moderna de Europa —, y la ciudad musulmana. Las tres se encuentran edificadas en el llamado "Valle de las Limosnas" — porque los magnates indios vienen a él para efectuar sus obras de caridad por creer que vale más dar una moneda en este lugar que cien mil en otros —, que se extiende entre el Yumna y el Ganges.

Uno de los monumentos más curiosos de Allahabad es el fuerte que se eleva al oeste del Valle de las Limosnas, protegido por sus altas murallas de asperón rojo. Dentro del recinto hay un palacio que fué otrora la residencia favorita del sultán Akbar, hoy convertido en parque, y un pequeño templo que los indios no pueden visitar porque les está prohibida la entrada al fuerte.

El fuerte de Allahabad tiene su leyenda, que me contó Banks. Parece ser que cuando el sultán quiso edificar el fuerte, las piedras ofrecieron alguna resistencia, negándose a permanecer en las murallas que se derrumbaban una tras otra. Consultado el oráculo, la respuesta fué que era preciso encontrar una víctima voluntaria para acabar con el maleficio, ofreciéndose un indio, con cuyo sacrificio el fuerte pudo ser terminado. Este indio tenía por nombre Brog, y de aquí que la ciudad se llame indistintamente Brog-Abad o Allahabad.

Visitamos también los jardines de Cosru, hermosos y atrayentes, donde a la sombra de los más bellos tamarindos del mundo, se elevan innumerables mausoleos mahometanos, y entre ellos el del sultán que les dió nombre. En una de las paredes está incrustada la señal de una mano, perteneciente a un nieto de Mahoma.

Durante la insurrección de 1857, Allahabad fué teatro de sangrientos sucesos. Al saberse lo ocurrido en Benarés, las fuerzas indígenas se sublevaron, pero la enérgica actitud de los artilleros europeos logró que depusiesen las armas. En los acantonamientos la cosa estuvo más seria. Los indígenas sublevados sometieron al saqueo el barrio de los europeos hasta la llegada de las fuerzas al mando del coronel Neil, que lograron restablecer la situación.

Banks y yo poníamos toda nuestra atención en observar si también aquí éramos espiados, pero nada anormal pudimos apreciar.

—A pesar de todo — me dijo el ingeniero —, debemos estar siempre alerta. Yo hubiera querido viajar de incógnito, porque el nombre del coronel es demasiado conocido por estos parajes.

Volvimos alrededor de las seis. El coronel nos esperaba ya, y Hod llegó casi al mismo tiempo que nosotros de una visita que había hecho a los acantonamientos. Me pareció observar que sir Edward Munro estaba más preocupado que de ordinario, y en su mirada había un brillo extraño. Comuniqué estas impresiones a Banks, quien me respondió:

—Creo lo mismo que usted. Algo debe haber sucedido.

—Preguntemos a Mac Neil...

—Sí; quizá él lo sepa.

Pero el sargento no estaba allí.

—¿Dónde está Mac Neil? — preguntó Banks a Gumí.

—Salió, señor.

—¿Hace mucho?

—Como una hora.

—¿Sabes adónde fué?

—No, señor.

—¿Ha ocurrido algo mientras estuvimos fuera?

—Nada.

Sin duda, algo nuevo ocurría.

El coronel solía hablar durante las comidas y hacernos preguntas acerca de nuestros paseos, pero aquel día nada dijo. De cuando en cuando miraba hacia el camino que venía de los acantonamientos. No cabía duda de que esperaba con impaciencia el regreso de Mac Neil. La comida, pues, fué triste, y cuando terminó, el coronel, en vez de dedicar un rato al reposo, como tenía por costumbre, bajó las escaleras de la galería, anduvo unos pasos por el camino, siempre en dirección a los acantonamientos, y volviéndose hacia nosotros dijo:

—¿Quisieran ustedes acompañarme hasta las primeras casas de los acantonamientos?

Inmediatamente nos levantamos y lo seguimos. Habríamos andado unos cien pasos cuando el coronel se detuvo y, señalando un cartel que estaba pegado a uno de los postes del camino, nos dijo:

—Lean esto.

Era el cartel ofreciendo una recompensa por la cabeza de Nana Sahib.

—Banks — exclamó el coronel —; ¿sabías tú la noticia?

El ingeniero nada respondió.

—Tú lo sabías hace dos meses — continuó sir Edward Munro —, y no has querido decírmelo.

Banks no sabía qué decir.

—Sí, lo sabíamos, mi coronel — era Hod el que hablaba —, pero nos pareció que lo mejor era no decírselo. No existe ninguna prueba de que eso sea cierto, y nos resistíamos a despertar en usted recuerdos dolorosos.

—¿Has olvidado, Banks — decía el coronel con el rostro transfigurado —, que a mí más que a nadie corresponde hacer justicia a ese bandido? Sólo he consentido en hacer este viaje porque íbamos hacia el norte de la India; tenía la esperanza y el presentimiento de que Dios me ayudaría, y ya lo ves. No me ha fallado. Nunca creí en la muerte de Nana Sahib, ni olvidé mis deberes de vengador.

—No te he dicho nada — le respondió Banks —, porque la noticia me pareció errónea, y jamás creí en la presencia de Nana Sahib en la presidencia de Bombay. Fíjate en que ese cartel lleva fecha 6 de marzo, y desde entonces nada ha vuelto a saberse.

El coronel no respondió al pronto, limitándose a dirigir su mirada hacia el camino. Al cabo de un rato dijo:

—En seguida sabremos lo que haya de cierto, porque he mandado a Mac Neil a Allahabad con una carta para el gobernador, rogándole que me ponga en antecedentes de lo que se sepa acerca de ese hombre.

—Y si ha sido visto, ¿qué harás? — preguntó Banks.

—Ponerme inmediatamente en camino.

—¿Tu decisión es irrevocable?

—En absoluto. Vosotros continuaréis el viaje, y yo tomo esta noche el tren para Bombay.

—Bien; pero no irás solo. Nosotros te acompañaremos.

—Desde luego, mi coronel; no le dejaremos marchar solo.

—Espero que me permitirá usted acompañarle — dije yo.

—Sí, Maucler — me contestó Banks —. Esta noche saldremos todos de Allahabad.

—Ya no hace falta — dijo una voz grave.

Era el sargento Mac Neil, que volvía con un periódico en la mano, que le tendió al coronel, diciéndole:

—Lea usted, mi coronel. El gobernador me ordenó que le entregase esto.

Nuestro amigo leyó lo siguiente:

"El gobernador de la presidencia de Bombay hace saber al público que no tiene ya razón de ser la noticia referente al nabab Dandu-Pant. Ayer Nana Sahib fué atacado en los desfiladeros de los montes Sautpurra, donde se había refugiado con un grupo de partidarios, pereciendo en el combate. No existe duda alguna acerca de su identidad, puesto que el cadáver ha sido identificado por los habitantes de Cawnpore y de Luknow. Le faltaba el dedo de la mano izquierda, que se amputó para la celebración de falsas exequias cuando pretendió hacer creer en su muerte. El reino de la India puede considerarse libre de la cruel figura del nabab, cuyas actividades costaron tanta sangre."

El coronel había leído las últimas líneas con voz ronca, y después dejó caer el periódico.

Hubo unos momentos de silencio. Nosotros pensábamos que la muerte de Nana Sahib nos libraba de toda inquietud para lo sucesivo. El coronel se pasó la mano por la frente como para limpiarla de recuerdos, y preguntó:

—¿Cuándo partimos?

—Mañana a la salida del sol — fué la respuesta de Banks.

—¿Podríamos pasar por Cawnpore?—preguntó sir Edward Munro.

—¿Pero quieres. . .?

—Sí, Banks, quisiera visitarla por última vez.

—Bien; dentro de dos días llegaremos a Cawnpore.

—¿Y luego? — continuó preguntando el coronel.

—Proseguiremos hacia el norte de la India.

—Sí, hacia el norte — dijo el coronel en un tono de voz que me conmovió.

Aquel hombre tenía aún la esperanza de que Nana Sahib no hubiese muerto, como anunciaba el gobernador de Bombay. ¿Estaría en lo cierto?

Con el tiempo lo sabríamos.

VIA CRUCIS

El reino de Oude, que había sido uno de los más importantes de la India, seguía siendo considerado como uno de los más ricos. La debilidad de Wayad-Alí-Sha, su soberano, había permitido que fuese anexado por la compañía el 6 de febrero de 1857, poco antes de que estallase la revuelta de los cipayos, que tomara, precisamente, en este territorio, su cariz más sangriento.

Dos de sus ciudades, Luknow, la capital, y Cawnpore, una de las más importantes, adquirieron una triste celebridad.

En la mañana del 29 de mayo, después de haber atravesado una llanura cubierta de plantaciones de índigo, el "Gigante de Acero", que había marchado durante dos días a un promedio de velocidad horaria de tres leguas, llegaba a Cawnpore.

Cawnpore es una ciudad de unos sesenta mil habitantes, situada en la orilla derecha del Ganges, y que, a pesar de su antigüedad, no cuenta con ningún monumento de interés. Sólo, pues, los deseos del coronel eran la causa de nuestra visita.

En efecto, en la mañana del 30 abandonamos nuestra casa rodante para acompañarle a través del vía crucis que se había empeñado en recorrer.

Yo había conseguido de Banks una relación sucinta de lo acaecido en Cawnpore.

En el momento de la insurrección, la ciudad contaba con una guarnición de escasamente 250 europeos, tres regimientos de infantería y dos de caballería indígenas, y una batería del ejército de Bengala. Vivían, además, en la ciudad numerosos europeos dedicados a los negocios y las familias de los jefes y oficiales del regimiento de infantería real número 3, de guarnición en Luknow. Allí residía desde algunos años antes el coronel Munro, quien se había casado en 1855 con la señorita Honlay, bella e inteligente joven inglesa, digna compañera del coronel.

Cuando estalló en Mirat el primer chispazo de la insurrección, el coronel tuvo que abandonar precipitadamente la ciudad para unirse a su regimiento, pero aconsejó a su mujer y a su suegra que saliesen cuanto antes para Calcuta, ya que Cawnpore, no sin razón, le parecía sitio poco seguro.

El viaje de lady Munro y de su madre sufrió algunos retrasos que habían de resultarles fatales.

La plaza estaba al mando del general sir Hugh Wheeler y, cuando el día 14 de mayo llegaron a ella las primeras noticias de los sucesos de Mirat y Delhi, el primer regimiento de cipayos adoptó una actitud de rebeldía.

Nana Sahib, que vivía en su castillo de Biluhr, a unas diez millas de distancia, y que se decía amigo de los ingleses, ofreció su mediación. El general Wheeler creyó en el ofrecimiento, y los soldados del nabab ocuparon el edificio de la tesorería. Aquel mismo día un regimiento de cipayos de paso en Cawnpore asesinó a sus oficiales europeos en las mismas puertas de la ciudad. Ante la gravedad del peligro, el general Wheeler ordenó a los europeos que se refugiasen en un cuartel situado en las proximidades del camino de Allahabad, único sitio por el que podían llegar los auxilios. Allí se encerraron lady Munro y su madre. La esposa del coronel se portó heroicamente durante todo el sitio, ayudando y sosteniendo a sus compañeros y dando ánimos a todos.

El arsenal fué confiado a los soldados de Nana Sahib, quien aprovechó aquel momento para unirse a la insurrección. El día 7 de junio los cipayos atacaban el cuartel, donde una guarnición de 300 hombres se defendía heroicamente en medio de enfermedades y falta de víveres, muriendo de hambre y de sed, puesto que los pozos se secaron rápidamente.

La lucha duró hasta el 27 de junio, en que el general Wheeler cometió la imprudencia de aceptar, pese a los consejos de lady Munro, una propuesta de capitulación que le formuló Nana Sahib.

De acuerdo con los términos del convenio, los sitiados, en total unas 500 personas, abandonaron el cuartel para embarcarse en lanchas que debían conducirlos a Allahabad. Pero en cuanto los barcos se separaron de la orilla del Ganges, los cipayos dispararon contra ellos, y de todas las embarcaciones sólo una logró navegar algunas millas río abajo. En esta, precisamente, iba lady Munro, quien ya se creía a salvo cuando las tropas del nabab les dieron alcance, tomando prisioneros a todos sus ocupantes y conduciéndolos a Cawnpore. Entonces se hizo una clasificación de prisioneros: los hombres fueron inmediatamente pasados por las armas y a las mujeres y niños se los encerró en un *bungalow* llamado Bibí-Ghar.

—¿Cómo ha podido saber usted todos estos detalles? — pregunté a Banks.

—Por un sargento del regimiento 32, que tuvo la suerte de escaparse y fué recogido por el *rayda* de Raishwarah, quien trató a todos los fugitivos con las mayores consideraciones.

—¿Y qué fué de lady Munro y de su madre?

—Nada ha podido saberse con exactitud; los cipayos fueron dueños de la ciudad hasta el 15 de julio, día en que llegó a sus puertas la columna mandada por el general Havelock. Sus tropas entraban en la ciudad el día 17, pero cuando, dos jornadas antes, Nana Sahib se enteró de que las fuerzas inglesas habían logrado vadear el Pandu-Naddi, le acometió un exceso de furor. Mandó que los pocos hombres prisioneros en el Bibí-Ghar fuesen traídos a su presencia, y allí mismo los hizo degollar. Quedaban las mujeres y los niños, y un pelotón de cipayos recibió orden de matarlos a todos haciendo fuego a través de las ventanas del *bungalow;* pero la operación se prolongaba con exceso, por lo que el nabab envió a buscar a los carniceros musulmanes, los mezcló con los soldados de su guardia, y dió la orden de degüello general. Todos los cadáveres fueron arrojados a un pozo cercano que, cuando al día siguiente entraron las tropas de Havelock, estaba lleno hasta arriba. Entonces comenzaron las represalias; en manos de los ingleses habían caído unos cuantos cómplices del nabab, y el general Havelock dió su famosa orden del día, que dice así:

"El pozo donde yacen los cadáveres de las mujeres y niños bárbaramente asesinados por orden del Nana Sahib será rellenado con tierra y cubierto en forma de tumba. Un destacamento de soldados británicos al mando de un oficial realizará la piadosa operación. Los lugares donde han sido cometidos los salvajes asesinatos no podrán ser limpiados ni blanqueados por los compatriotas de las víctimas. El brigadier ha decidido que cada gota de sangre inocente sea lamida por la lengua de los reos antes de ser ejecutados, en proporción a la importancia de su casta y a la parte que cada uno haya tomado en el crimen. Por lo tanto, cada reo, una vez que le haya sido comunicada su sentencia de muerte, será conducido a la casa de referencia, donde se le obligará a limpiar con la lengua una parte del suelo. Debe procurarse que la tarea antedicha sea lo más repugnante posible a los sentimientos religiosos del condenado, y, en su caso, el preboste utilizará el látigo. Una vez que cada uno haya cumplido su tarea, se ejecutará la sentencia en la horca levantada junto a la casa."

Esta fué la orden del día, que se ejecutó punto por punto; pero las víctimas ya no existían, y cuando el coronel llegó, dos días después, nada pudo averiguar. Quiso hallar los restos de su mujer y de su suegra, pero le fué imposible.

Aquella mañana acompañamos al coronel al *bungalow* que su mujer, en compañía de su madre, había habitado en las afueras de la ciudad, donde ambos se conocieron y donde él la viera por última vez. Estaba situado no lejos de los acantonamientos militares y, en la actualidad, era sólo un montón de ruinas, pues el coronel no había querido que se tocase nada.

En aquel lugar pasamos una hora. El coronel se paseaba silencioso por entre las ruinas tan llenas de recuerdos para él. Debía sufrir horriblemente, pero nada dejaba traslucir. De pronto hizo un movimiento brusco, y volviéndose hacia nosotros nos llevó fuera de allí.

Después del *bungalow* quiso ver el cuartel donde su mujer estuvo sitiada y en el que tan heroicamente se comportara.

El cuartel estuvo emplazado en la llanura fuera de la ciudad y donde se edificaba entonces una iglesia; pero todavía podían distinguirse

restos de las paredes y vestigios de las obras de fortificación mandadas construir por sir Wheeler.

El coronel permaneció largo rato silencioso, mirando todo aquello, y después tomó la dirección de Bibí-Ghar. Entonces Banks lo asió de un brazo para detenerlo.

—Vamos — dijo el coronel.

—Te lo suplico... — insinuó Banks.

—Si no me acompañas iré solo.

No había más remedio que ceder, y, en efecto, nos encaminamos hacia Bibí-Ghar, en la actualidad rodeado de jardines. La boca del pozo estaba cubierta por un revestimiento de piedra, y en torno a él se eleva una columnata de estilo gótico. Encima del pozo hay una estatua de mármol blanco representando al ángel de la compasión, obra del escultor Marochetti.

El monumento fué idea de lord Canning, gobernador de la India durante la insurrección, quien lo costeó de su peculio.

Delante del monumento, sir Munro no pudo contenerse más y cayó de rodillas llorando amargamente. A su lado, Mac Neil lloraba en silencio.

El espectáculo eran conmovedor en alto grado y todos estábamos sobrecogidos; pero teníamos la esperanza de que las lágrimas servirían para que nuestro amigo se desahogase un poco y que, al dejar aquel lugar, se encontraría más calmado.

Entonces comprendí que, afortunadamente, sir Munro no formaba parte de las fuerzas que recuperaron Cawnpore; de otra manera no hubiese podido resistir el horrible choque.

Banks, con la ayuda del sargento, logró arrancarlo de allí casi a la fuerza. El coronel no olvidaría jamás las palabras que un soldado trazó con su bayoneta en el brocal del pozo: Remember Cawnpore.

Acuérdate de Cawnpore.

CAMBIO DE TIEMPO

Queríamos dejar Cawnpore cuanto antes, pero la bomba de alimentación de la máquina había sufrido algunos desperfectos que era necesario reparar, y, por lo tanto, no podríamos continuar la marcha hasta el día siguiente.

Aproveché este retraso para visitar Luknow, por donde Banks no quería pasar para que el coronel no encontrase nuevos recuerdos de la guerra. Salí a las doce de nuestra casa rodante para tomar el ramal de ferrocarril Cawnpore-Luknow, que recorrió en dos horas el trayecto que separa a ambas ciudades.

Luknow confirmó lo que yo sabía por mis lecturas. Todos sus monumentos datan del siglo XVII y fueron construídos durante el reinado de los emperadores musulmanes. Las murallas de la capital del Oude son obra de un francés de Lyón llamado Martín, simple soldado en el ejército de Lally-Tolendall, que fué favorito del emperador en 1730. El Kaiser-Bagh, residencia de los soberanos, es una mezcla de todos los estilos, lo mismo que otro palacio más pequeño llamado Farid-Bagh. Ambos son obra de Martín y revelan todo lo que podía dar de sí en arquitectura la imaginación de un soldado.

El Imambara, edificado por Kaifiatulla, el mejor arquitecto de la India, hace honor a su autor. La obra es verdaderamente magnífica y produce un efecto soberbio con sus mil campanarios.

Visité también el palacio Constantino, obra de Martín, y el jardín contiguo, llamado Secander Bagh, donde está su tumba, que fué violada por los cipayos.

Pero el nombre de Martín no es el del único francés honrado en Luknow. A él hay que añadir el de Duprat, un sargento de cazadores de Africa, que realizó tales prodigios de valor durante la insurrección, que los rebeldes quisieron hacerlo su jefe. Duprat se negó, permaneciendo fiel a los ingleses, y fué muerto en un encuentro. "Al fin te tenemos, perro infiel", exclamaron los rebeldes.

Regresé a Cawnpore después de haber admirado los soberbios parques de la ciudad y de haber recorrido sus principales calles, subido en un elefante y, al amanecer del día siguiente, seguimos nuestro viaje.

—Gracias a Dios que hemos terminado ya con todas las ciudades que me importan tanto como un cartucho vacío — exclamó Hod.

—Sí, ya hemos concluído — le respondió Banks —, y ahora vamos hacia el norte, camino de las faldas del Himalaya.

—¡Viva! —continuó el capitán—. La India no la forman solamente las ciudades, sino los lugares donde están en libertad los elefantes, los leones, los tigres... Estoy seguro, Maucler, de que no sentirá haber abandonado el valle del Ganges.

—En compañía de usted no echaré nada de menos, capitán — le respondí.

—Pero también en el norte hay ciudades muy interesantes — añadió Banks —, como Delhi, Agra, Lahore...

—¡Bah! — exclamó Hod —. Unos cuantos villorrios.

—Nada de eso, Hod; son ciudades magníficas, que trataremos de que Maucler visite sin perturbar sus planes.

—Me alegro tanto; pero, para mí, es hoy cuando empieza el viaje. ¡Fox!

—Presente, mi capitán.

—Prepara los fusiles, las carabinas y los revólveres.

—Todo está dispuesto.

—¿Nada falta?

—Nada.

—Quiero que esté todo a punto.

—Lo está.

—Así no tardarás en agregar a tu lista el 38.

—Para el 38 voy a preparar una bala explosiva de la que no podrá quejarse — y, saludando militarmente, salió.

Vamos a ocuparnos ahora del itinerario de esta segunda parte de nuestra excursión.

Subiríamos 75 kilómetros por las orillas del Ganges en dirección noroeste, desde donde nos dirigiríamos en línea recta hacia el norte, entre uno de los afluentes del Ganges y otro del Gutmi, y por Biswah llegaríamos a las primeras estribaciones de los montes de Nepal, a través del occidente del Oude y del Rohilkhand.

El itinerario había sido cuidadosamente elegido por Banks, para que, puesto que el carbón escaseaba en aquella parte del país, no nos faltase leña nunca. Los ochenta kilómetros que nos separaban de Biswah pensábamos cubrirlos en seis días, para que los cazadores pudiesen dedicarse a su deporte favorito. Auque yo no era un cazador experimentado, algunas veces les acompañé en sus excursiones.

El coronel habíase vuelto más comunicativo y, en cierto modo, cabe decir que estaba más alegre. Desde que abandonamos las ciudades charlaba con más animación durante las comidas, charla que, a veces, se prolongaba durante la siesta y hasta altas horas de la noche. Al fin y al cabo íbamos hacia el norte de la India, que era su obsesión.

Desde la visita a Cawnpore, Mac Neil se mostraba más taciturno, y un día me dijo:

—No puedo creer que nos hayan quitado a Nana Sahib.

Nada digno de mención ocurrió durante el primer día. Las fieras no aparecieron, y el capitán tuvo que conformarse con Black y Fan para la caza menor que reclamaba monsieur Parazard, quien no comprendía el entusiasmo de Fox por los tigres y leones.

—¿Pero acaso se come eso? — decía.

La noche fué tranquila, lo mismo que los dos días siguientes, en que los tigres seguían sin hacer acto de presencia.

—Pero este reino del Oude está cambiado — repetía el capitán —. No hay aquí más tigres que en Escocia.

—Es posible que se hayan dado por aquí batidas y que las fieras huyesen en masa, pero no hay que desesperarse; en cuanto lleguemos al pie de los montes del Nepal tendrá usted caza abundante — le decía el coronel.

—Sólo esa esperanza me mantiene — contestaba Hod.

El día 3 de junio sufrimos un calor de fuego, y el termómetro subió a 47° a la sombra. Al amanecer del otro día unas nubes se amontonaban hacia el oeste y pudimos contemplar uno de esos fenómenos de espejismo que en la India se llaman *sikote* o castillos aéreos, en unas partes, y *desaster* o ilusión, en otras. Toda una cordillera formada por una serie de colinas extendíase ante nuestros ojos, y las cimas de los cerros aparecían coronadas por fantásticos castillos.

Este fenómeno, que se distinguía con perfecta claridad, parecíanos algo mucho más real que aquel "Gigante de Acero", obra de la técnica más perfeccionada, marchando a través de los caminos de la India legendaria hacia una ciudad del siglo XI. El paisaje que se ofrecía a nuestra vista era algo semejante a algunos de los valles del Rin con los castillos de los burgraves.

—Gracias, madre naturaleza — exclamó el capitán —. Después de tantos minaretes y torres nos ofreces este magnífico paisaje de época feudal.

—Qué poético está usted hoy — dijo Banks.

—En vez de burlarse, observe—insistió Hod—. Fíjese cómo se aumenta el tamaño de los objetos en el primer plano, los arbustos se hacen árboles, las colinas montañas...

—Y si hubiese gatos se harían tigres, ¿no es eso?

—No sería nada despreciable. Pero... Ya desaparece y se hunde nuestra ciudad del Rin, y sólo nos queda un paisaje del reino del Oude, que las fieras no quieren ya habitar.

El sol, al subir un poco más en el horizonte, había acabado con el espejismo.

—Dejando a un lado las fantasías poéticas, ¿quieren ustedes saber lo que anuncia este fenómeno? — preguntó Banks.

—Dígalo, ingeniero — le respondió Hod.

—Un cambio de tiempo. Estamos en los primeros días de junio, y el cambio del monzón nos traerá las lluvias.

—En buena hora, aunque sean torrenciales — dije yo —; todo antes que este calor.

—No se preocupe que quedará bien servido; me parece que no anda lejos y que pronto van a subir las nubes del sudoeste.

Banks tenía razón. A la caída de la tarde, el horizonte empezó a llenarse de nubes, signo de que el monzón iba a soplar durante la noche. El océano Indico estaba presto a enviarnos sus brumas cargadas de electricidad. Durante el día aparecieron otros indicios; habíamos visto revolotear en torno a nuestro tren nubes de polvo finísimo, y hubo momentos en que parecía andábamos entre una especie de llamas sin calor, que no se asemejaban en nada a los fuegos de San Telmo. Storr aseguraba que, en más de una ocasión, había visto cómo marchaban los trenes entre dos filas de polvo luminoso.

Escalé la torrecilla para observar el fenómeno, pero permanecí allí poco tiempo. El calor de la atmósfera parecíame superior al de la máquina, y tuve que abandonar precipitadamente mi observatorio.

A las siete nos detuvimos a la entrada de un bosque de bananeros, a través del cual se abría el camino que recorreríamos al día siguiente, bajo altas copas de árboles que nos protegerían contra el calor.

Los bananeros, gigantes de la flora india, aparecen rodeados de hijos y nietos, que arrancan de una raíz común y suben luego independientes hasta llegar a las altas copas de sus progenitores, entre las que se cobijan.

Aquella noche, el campamento se organizó con más cuidado que de ordinario. Banks opi-

naba que si el día siguiente era tan caluroso como el que acabábamos de sufrir, lo mejor era permanecer en el campamento durante el día y reanudar el viaje por la noche, y todos fuimos de su parecer.

—¡Fox, Gumí! — dijo el capitán —; son sólo las siete, vamos a dar una vuelta antes de que sea de noche. ¿Viene usted, Maucler?

—Creo que haría bien en no alejarse del campamento — le dijo Banks sin darme tiempo a contestar —; el cielo amenaza tempestad y, si se desencadenara, les sería difícil volver. Mañana, si continuamos aquí...

—Mañana será de día, y ahora tenemos una ocasión propicia para ver si cazamos algo.

—Lo sé, Hod; pero la noche que se avecina no tiene nada de agradable. Por lo menos no se aleje usted mucho. Dentro de una hora será noche cerrada y encontrarían dificultades para volver.

—No pase cuidado, Banks, son sólo las siete, y no pido a mi coronel más que una licencia de diez horas.

—Vaya usted, Hod, mas no olvide las advertencias de Banks.

—Sí, mi coronel.

Hod, Fox y Gumí salieron armados con sus carabinas de caza, pero yo preferí quedarme en la casa, para descansar de la fatiga que me había producido aquel día agotador.

Banks ordenó que no se apagase la caldera, la que debía mantenerse a una o dos atmósferas de presión. El ingeniero quería estar preparado para todas las eventualidades. Storr y Kaluth se dedicaban a reabastecerse de agua y combustible, mientras monsieur Parazard meditaba acerca del *menú* del día siguiente.

El coronel, Banks, Mac Neil y yo nos sentamos a orillas de un arroyuelo cuya agua era utilizada por nuestro maquinista. La superficie del arroyo aparecía límpida y clara, y en ella se reflejaba la atmósfera que era sofocante. El sol no se había ocultado aún, y su luz daba una tonalidad violácea a la nubes que se iban acumulando poco a poco en el cenit.

Nuestra charla duró hasta las ocho. De cuando en cuando, Banks miraba hacia arriba y después se levantaba e iba hacia un claro del bosque para tener una información más exacta acerca del estado atmosférico. Al volver, movía la cabeza con aire de disgusto. En el último de sus paseos le acompañamos. El cielo tenía un aspecto terrorífico en medio de una calma completa, esa calma que precede a la tempestad. Desde nuestro observatorio podía contemplarse una inmensa llanura que se extendía hacia el oeste, a cuyo fondo una línea de cerros confundíase con las nubes. La tensión atmosférica era enorme y daba la sensación de una caldera a punto de estallar.

La explosión parecía inminente.

Alrededor de las ocho y media, el primer relámpago rasgó la masa de nubes, y sesenta y cinco segundos más tarde oíase el trueno. Banks consultó su reloj y dijo:

—La tormenta se encuentra aún a 21 kilómetros de aquí, que es la mayor distancia a que puede oírse el trueno; pero no tardará en llegar, de modo que lo mejor es volver a casa.

—¿Y el capitán Hod? — preguntó Mac Neil.

—Supongo que este trueno le dará la orden de regreso.

Cinco minutos más tarde estábamos ya charlando, sentados en la galería del salón.

ENTRE TRES FUEGOS

La India es, con ciertas regiones del Brasil, uno de los territorios del planeta donde más abundan las tempestades. Mientras en la zona media de Europa suele haber tormenta unos veinte días por año, en la India pasan de cincuenta.

Y la de aquel día se anunciaba como particularmente violenta. Al llegar a la casa consulté el barómetro y vi que había bajado rápidamente unas dos pulgadas, marcando en la actualidad 27; es decir, unos 730 milímetros. Cuando comuniqué mi observación al coronel, éste me respondió:

—Estoy intranquilo por la ausencia de Hod. La tempestad va a estallar en seguida y temo que en medio de la obscuridad no puedan encontrar el camino de vuelta.

—Fué una locura que saliesen — dijo Banks.

—Desde luego — le respondió el coronel —; pero eso ya no tiene remedio. Ahora hay que hacer lo posible para que vuelvan.

—¿No habría una manera de señalarles el camino? — pregunté yo.

—Sí — dijo Banks —, voy a dar la orden para que se enciendan nuestros fanales eléctricos, que tienen gran poder y se ven desde lejos.

—¡Magnífica idea!

—Yo podría ir en su busca — aventuró Mac Neil.

—No, mi buen Mac Neil — intervino Munro —, con eso conseguirías perderte tú también.

En aquel momento se encendieron los ojos de nuestro "Gigante de Acero" y lanzaron un haz luminoso que se extendió por el bosque. Inmediatamente desencadenóse el huracán, que arrancaba las ramas de los árboles y producía en el bosque un ruido infernal. El techo de nuestra casa crujió bajo el peso de un montón de ramas que el viento había arrojado contra él. Tuvimos que refugiarnos en el salón y cerrar todas las ventanas; pero aun no llovía.

—Creo que es un tifón — dijo Banks.

Este es el nombre que dan los indios a ciertos huracanes que sufren especialmente las regiones montañosas y son muy temidos por ellos.

—¿Están cerradas las ventanas de la torrecilla? — preguntó Banks a Storr.

—Sí, señor — respondió el maquinista.

—¿Dónde está Kaluth? — volvió a preguntar el ingeniero.



—Terminando de cargar de combustible el ténder.

—Mañana podremos recoger cuanta leña queramos del suelo; el huracán nos ha facilitado el trabajo. Monten la presión, Storr, y pónganse luego a cubierto.

—En seguida.

—Kaluth, ¿están llenos los baldes? — continuó preguntando mi amigo.

—Sí, señor; tenemos todo el repuesto completo.

—Está bien, entra, entra.

Los relámpagos eran cada vez más frecuentes, y el tifón, que movía una masa de aire tórrida, no había refrescado la atmósfera.

Nosotros permanecíamos en el salón, asomándonos de cuando en cuando a la galería para ver mejor. La tempestad arreciaba y los relámpagos seguidos de truenos se sucedían sin interrupción, hasta llegar a formar una sola luz y un continuo estampido.

—¿Por qué no habrán venido aún? — se preguntaba el coronel.

—Quizá hayan encontrado refugio en el bosque, en el hueco de un árbol o bajo una roca y no retornen hasta mañana — dijo el sargento.

Banks estaba muy inquieto y no parecía participar de la opinión de Mac Neil.

Cerca de las nueve, el agua, mezclada con granizo, empezó a caer con una furia tal que era imposible mantener ninguna conversación. Banks renunció a hacerse oír y se limitó a señalarme los granizos que, al chocar contra el cuerpo de nuestro elefante, centelleaban. Hubiérase creído que lo que caía de las nubes era un cuerpo metálico en fusión que, al chocar con el acero, despedía haces luminosos. Esto era una prueba de hasta qué punto la atmósfera estaba saturada de electricidad.

Estábamos en el salón en medio de una gran obscuridad, que contrastaba con la luminosidad exterior. Entonces comprobamos que nuestra saliva era también luminosa, en una palabra: que escupíamos fuego.

Este fenómeno no suele aparecer con frecuencia, y hace falta, para ello, que el ambiente esté totalmente impregnado de flúido eléctrico. El espectáculo era horripilante. Fuego dentro, fuego fuera, el fragor de la tempestad siempre en crescendo. Lo cierto es que hasta el corazón más firme aceleraba sus latidos.

—¿Dónde estarán? — preguntó sir Eduardo Munro.

—¿Qué será de ellos? — agregó Banks.

Todos estábamos justamente alarmados, y lo peor era que nada podíamos hacer por ellos. Si habían encontrado refugio sería bajo los árboles, y esto es peligrosísimo durante una tempestad. En aquel bosque tan espeso les iba a ser imposible situarse a cinco o seis metros de la vertical del árbol más cercano.

Yo estaba sumido en estas reflexiones, cuando un trueno mucho más fuerte que los anteriores estalló sobre nuestras cabezas, precedido sólo en medio segundo del relámpago. Nuestra casa tembló y por un momento creí que íbamos a volcar.

—Es un rayo — dijo Mac Neil.

—¡Storr! ¡Kaluth! ¡Parazard! — gritó Banks.

Los tres acudieron en seguida. Afortunadamente ninguno de ellos estaba herido. El ingeniero abrió entonces la puerta de la galería y dijo señalando el bosque:

—Ha sido allí; miren ustedes.

En efecto, la chispa había caído sobre un enorme bananero situado a unos diez pasos del camino. El árbol cayó a tierra y su corteza quedó arrancada de abajo arriba por un rayo de gran potencia.

—Un poco más y hubiese caído sobre nuestra casa. Sin embargo, estábamos en ella más seguros que en el bosque.

Entonces se oyeron unos gritos. Debían ser los cazadores que volvían.

—Es la voz de Parazard — dijo Storr.

Acudimos a la galería posterior donde estaba el negro. Unos cien metros más allá y a la derecha de nuestro campamento, estaba ardiendo el bosque. El incendio aumentaba de intensidad por momentos y se dirigía hacia nuestra casa. Después de una larga sequía y del calor agobiante de los últimos tres meses, el bosque ardía como yesca.

Todos contemplábamos en silencio aquel peligro, hasta que el coronel dijo dirigiéndose a Banks:

—A ti te toca sacarnos de esto.

—En efecto, y como no podemos apagar el incendio tendremos que huir.

—¿A pie? — pregunté yo.

—En nuestro tren.

—¿Y el capitán? — inquirió, anhelante, Mac Neil.

—Nada podemos hacer — respondió Banks —, si no llegan antes de nuestra partida, será preciso marchar de todos modos.

—No podemos abandonarlos — dijo el coronel.

—Cuando el tren esté a salvo volveremos y daremos una batida por el bosque.

—Como quieras — acabó por decir el coronel, quien comprendía que Banks tenía razón.

—¡Storr! ¡Kaluth! Cada uno a su puesto. ¿Qué presión tiene la caldera?

—Dos atmósferas — dijo el maquinista.

—Dentro de diez minutos debe tener cuatro.

Aquellos hombres se pusieron a la obra con todo entusiasmo, y de la trompa del elefante empezaron a salir torrentes de humo. El coronel, Banks y yo, permanecíamos en la galería posterior observando el incendio, cuyos progresos eran rápidos y espantosos. En cinco minutos habría avanzado unos cincuenta pasos, ardían los grandes árboles, y las llamas se elevaban hacia el cielo confundiéndose con los relámpagos.

—Debemos partir antes de cinco minutos — dijo Banks — o se quemará el tren.

—El incendio va muy de prisa — insinué yo.

—Pero nosotros iremos más — me respondió el ingeniero.

—Si estuviesen aquí los cazadores... — aventuró el coronel.

—Daremos unos cuantos silbidos, Munro. Quizá nos oigan.

El ingeniero se dirigió a la torrecilla e hizo resonar varias veces el pito. La situación no es para descrita. De un lado, nos veíamos en la necesidad de partir; de otro, nos era imposible abandonar a nuestros compañeros.

Banks volvió adonde estábamos nosotros. El incendio seguía avanzando. El aire se hacía irrespirable, y muchas ramas encendidas caían ya sobre nuestro tren.

—Estamos ya en presión — dijo Storr apareciendo.

—Adelante, pues; pero no muy de prisa — le ordenó Banks —; sólo lo necesario para ponernos a cubierto.

—Espera un poco, Banks — le rogó el coronel, que no se decidía a partir.

—Sólo esperaré tres minutos, Munro. Dentro de ese tiempo, el fuego llegará a la cola del tren.

—Transcurrieron dos minutos. Ya no podía permanecerse en la galería exterior; el hierro de la barandilla despedía fuego. Era imposible detenerse por más tiempo.

—¡Vámonos! — ordenó Banks.

—¡Allí! — exclamó el sargento.

—¡Ya vienen! — grité yo.

Hod y Fox aparecieron entonces trayendo en brazos a Gumí.

—¿Muerto? — preguntó Banks.

—Herido solamente — respondió Hod —; un rayo le ha roto el fusil que tenía en la mano y le ha paralizado la pierna izquierda.

—¡Gracias a Dios! — exclamó el coronel.

—Muchas gracias, Banks — dijo Hod —, sin sus silbidos no hubiéramos podido llegar al campamento.

—¡En marcha! — gritó el ingeniero.

El capitán y su asistente subieron al tren llevando en sus brazos a Gumí, al que depositaron en su cama.

—¿Qué presión tenemos? — preguntó Banks.

—Casi cinco atmósferas — le contestó el maquinista.

—¡Adelante, pues! — ordenó Banks.

A las diez y media, el "Gigante de Acero" se puso en marcha. Hod, con pocas palabras, nos contó su odisea. Los cazadores no habían encontrado huellas de animales y, cuando sonó el primer trueno, se encontraban a unas tres millas del campamento. La obscuridad era completa y no hallaron el camino en medio de los grupos de bananeros, que les parecían todos iguales. No habían visto nuestros reflectores, por encontrarse fuera de su radio de acción. La tempestad era cada vez más intensa. De pronto, estalló un trueno, casi al mismo tiempo que el relámpago, y Gumí cayó al suelo. Todo el metal que componía su fusil había desaparecido y sólo quedaba en su mano la culata de madera. Al principio lo creyeron muerto, pero, afortunadamente, no era así. Sin embargo, su pierna izquierda estaba paralizada y no podía dar un solo paso. Gumí pedía a sus compañeros que lo dejasen para volver luego por él; pero éstos no lo consintieron de ningún modo. Con el herido a cuestas viajaron durante dos horas por el bosque, sin hallar el menor indicio que les indicase el lugar donde se encontraba el "Gigante de Acero". Por fin los silbidos de la locomotora les permitieron orientarse, y un cuarto de hora después llegaban a la Casa de Vapor.

Nuestro tren corría por el ancho camino que bordea el bosque, y el fuego corría tanto como él. El viento había variado; ahora soplaba por la parte posterior del tren, activando la combustión. El incendio se acercaba, los trozos de leña, ardiendo y chisporroteando, llovían de todas partes, dando la sensación de un volcán en erupción. Banks apresuró la marcha, pero aquella lluvia torrencial había originado baches profundos en el camino, y nuestro tren no podía andar tan rápidamente como el ingeniero hubiera deseado.

A las once y media de la noche, un relámpago cegador, seguido de una terrible explosión, nos hizo temer por la suerte de Banks y Storr, que se encontraban en la torrecilla, pero, afortunadamente, ellos estaban ilesos; era el "Gigante de Acero" el que había recibido la exhalación en una de sus puntiagudas orejas. Sin embargo, esto no pareció afectarle lo más mínimo y continuó su trote vigoroso.

—¡Bravo, bravo! — gritaba Hod —. Un elefante de carne y hueso estaría muerto, pero a ti nada puede detenerte. ¡Viva nuestro "Gigente de Acero"!

Durante media hora conseguimos mantener la distancia. El miedo de chocar con algún obstáculo en medio de aquella obscuridad hacía que Banks sólo fuese a la velocidad necesaria para no ser alcanzados por el incendio.

El coronel, Hod y yo, estábamos sentados en la galería, desde la que veíamos cruzar grandes sombras a uno y otro lado del camino. Por fin, las fieras del bosque habían salido a relucir, y el capitán fué en busca de su fusil, pues existía el peligro de que alguna de ellas, asustada, buscase refugio en nuestro tren.

En efecto, un tigre enorme, dando un salto soberbio trató de alcanzar nuestra casa, pero se quedó enganchado entre dos renuevos de bananero que le aprisionaron el cuello. Bajo la fuerza del viento, el tronco principal se inclinó poniendo en tensión sus renuevos y estrangulando al tigre.

—¡Pobre bicho! — dijo Fox.

—Estos animales han nacido para morir a balazos y no ahorcados — expresó indignado el capitán.

A la una de la mañana, el peligro se agravó considerablemente. El viento soplaba entonces

desde los cuatro puntos cardinales a la vez, animando el incendio que llegó hasta la parte delantera del camino. Estábamos, pues, cercados por las llamas. No había más remedio que aumentar la velocidad de nuestra marcha, aun a riesgo de chocar contra un obstáculo. Banks, con una serenidad admirable, lanzó nuestro tren a una marcha de seis o siete millas por hora.

Avanzábamos entre dos paredes de fuego. Por un momento creí que íbamos a quedarnos allí para siempre. Teníamos que pasar por un lugar estrecho de unos cincuenta metros de largo, todo cubierto de llamas. Las ruedas de nuestros coches chirriaron al aplastar los carbones encendidos que había sobre el suelo; una atmósfera de fuego envolvió a nuestro convoy, pero... pasamos.

A las dos de la mañana el peligro se había alejado y pudimos contemplar el extremo del bosque envuelto por las llamas.

Al amanecer nos detuvimos. La tempestad había pasado ya por completo, y organizamos un campamento provisional.

A las seis de la mañana, tras un breve descanso, reanudábamos la marcha, y a mediodía llegábamos a las cercanías de Rewa.

LAS HAZAÑAS DEL CAPITAN HOD

Aquella tarde y el día siguiente permanecimos en el campamento, gozando de un descanso que en verdad nos merecíamos.

Ya habíamos salido del reino del Oude; nuestros ojos se deleitaban ahora con el paisaje, todavía fértil, pero cortado por numerosos barrancos, del Rohilkhand. Este territorio tiene la forma de un cuadrado de 155 millas de lado, regado por todos los afluentes del Cogra, y su capital es Bareli.

Como ya hemos dicho en uno de los primeros capítulos de esta obra, fué aquí donde se refugiaron principalmente los insurrectos cuando las tropas británicas se apoderaron de Delhi, desarrollándose sangrientos combates.

El territorio, llano, con hermosos caminos y ríos fáciles de vadear, no podía ser más favorable a nuestra marcha. Sólo unos centenares de kilómetros nos separaban de los primeros montes del Nepal.

La estación de las lluvias, que en el litoral suele empezar a últimos de mayo, pero que no llega a las provincias del interior hasta el mes de junio, había comenzado ya. Pero nosotros planeamos el viaje contando con aquello.

Todo se normalizaba a bordo de nuestra casa. Gumí, desde el día siguiente, se encontró mucho mejor, y muy pronto estuvo completamente restablecido. El capitán Hod salió de caza con su asistente los días 6 y 7 de junio, y cobraron una pareja de antílopes del país, a los que los indios llaman *nilgaus*, especie de bueyes o de ciervos azules de la India. No eran éstas las piezas con que soñaba el capitán, pero no había más remedio que conformarse. En cuanto a Fox, como los *nilgaus* habían sido muertos mientras iban a toda carrera, aseguraba que para él se trataba de simple caza de pluma.

Muy otra fué la opinión de monsieur Parazard, quien logró conquistar nuestra simpatía en razón de los excelentes guisos que preparó con los tales antílopes.

En la mañana del 8 de junio abandonamos un campamento que estableciéramos en las cercanías de una aldea de Rohilkhand, adonde llegamos la noche antes, después de cubrir los cuarenta kilómetros que la separaban de Rewa. Habíamos avanzado a una marcha bastante moderada a causa de que los caminos estaban humedecidos como consecuencia de las últimas lluvias, y los arroyos crecidos, por lo que resultaba más difícil vadearlos.

A ambos lados del camino que seguíamos había matorrales de bambúes; pero no se vaya a creer por eso que entráramos ya en el verdadero matorral, nombre con que se designa en la India la llanura sin cultivar, cubierta de maleza y arbustos; aquellos campos se dedicaban normalmente al cultivo del arroz en su mayoría.

Nuestro tren avanzaba tranquilamente, cuando de pronto un animal se lanzó de un salto inverosímil sobre el cuello de nuestro elefante.

—¡Un chita! ¡Un chita! — gritó el maquinista.

El capitán se lanzó al balcón anterior fusil en mano.

—¡Un chita! — exclamó a su vez.

—¡Tírele! — dije yo.

—Tengo tiempo — me respondió el capitán, contentándose con apuntar.

El chita es una especie de leopardo de la India, algo más pequeño que el tigre, pero tan temible como éste. No cabía duda de que tomó a nuestro *elefante* por un animal de carne y hueso, saltando sobre él. Mas en vez de carne donde hundir sus garras encontró duro metal. El chasco lo puso de muy mal humor, e iba ya a dejar el *elefante* cuando nos vió.

El capitán seguía apuntándole con cuidado. Cazador experto tenía confianza en su tiro y esperaba el momento oportuno para disparar. El chita se incorporó dando rugidos; seguramente se daba cuenta del peligro pero no quería huir y quizá esperaba, él también, el momento propicio para lanzarse al ataque. Subió a la cabeza del *elefante*, abrazó con sus patas el tubo que hacía las veces de trompa y trepó por él hasta la boca por donde despedía el humo.

—Tírele — dije al capitán.

—Hay tiempo — me volvió a responder, preguntándome después —: ¿no ha matado nunca un chita, Maucler? ¿Quiere matar uno?

—No quisiera arrebatarle el honor de ese golpe.

—No se preocupe por eso; además, éste no es un golpe de cazador. Tome su fusil y apunte a la paletilla del animal, luego yo lo heriré al vuelo.

—De acuerdo.

Fox, que estaba detrás de nosotros, me dió una carabina que tenía a mano. Entonces yo apunté a la paletilla del animal y disparé. El chita, a mi parecer herido ligeramente, dió un soberbio salto por encima de la torre del maquinista y cayó sobre el techo del primer coche. Fué tal la rapidez del salto que Hod no tuvo tiempo de dispararle.

—Este es nuestro turno, Fox — exclamó.

El capitán y su asistente salieron de la galería y se apostaron detrás de la torrecilla. El leopardo iba y venía por el techo del primer vagón, y de un salto pasó al segundo. En el momento en que Hod iba a disparar, se precipitó al suelo, perdiéndose rápidamente en la espesura.

—¡Alto, alto! — gritó Banks al maquinista, quien inmediatamente paró nuestro tren.

El capitán y Fox se lanzaron al camino y penetraron en el bosque por el sitio en que había desaparecido el chita. Nosotros, atentos, esperábamos escuchar el disparo de un momento a otro, pero no fué así. Algunos minutos más tarde, los cazadores reaparecían con las manos vacías.

—Se ha esfumado — dijo Hod — sin dejar siquiera un rastro de sangre.

—La culpa ha sido mía — agregué —; debió disparar usted en mi lugar.

—Tengo la seguridad de que usted le dió — me respondió Fox —, aunque no en el sitio debido. Ese no hará el 41 del capitán ni mi 48 — añadió con aire muy mohino.

—Después de todo, un chita no es un tigre — concluyó Hod —; si se hubiese tratado de un tigre no hubiera yo cedido la vez.

—En fin, vamos a almorzar — dijo el coronel, — y comiendo se consolarán.

—Sobre todo cuando Fox ha sido el culpable de todo — agregó Mac Neil.

—¿Yo? — preguntó asustado el asistente.

—Por haberle dado al señor Maucler una carabina cargada sólo con perdigones — y uniendo la acción a la palabra, mostraba el segundo cartucho que acababa de sacar del arma que yo disparara.

—¡Fox! — dijo el capitán.

—Mi capitán.

—Dos días de arresto.

—Sí, mi capitán.

Y se retiró avergonzado a su cuarto, de donde no pensaba salir durante cuarenta y ocho horas.

Al otro día, Hod, Gumí y yo, fuimos a recorrer la llanura durante un alto que Banks quiso concedernos. Todo el día había llovido, pero hacía un rato que el cielo estaba sereno y podíamos contar con algunas horas. Además, no se trataba de caza mayor, sino de una simple expedición para proveer las exigencias de monsieur Parazard, en la que íbamos acompañados de Black y Fan y armados de modestas escopetas de caza. Durante dos horas sólo vimos algunas liebres y perdices, pero tan lejanas, que no nos fué posible ni disparar siquiera.

El capitán Hod estaba de pésimo humor. En medio de aquella llanura llena de aldeas y de casas de labranza no era de esperar que se presentase ninguna fiera. Ni como proveedores de monsieur Parazard teníamos éxito alguno.

—Amigo mío — me dijo el capitán —, esto se pone cada vez peor. Cuando salimos de Calcuta le ofrecí magníficas expediciones contra las fieras, pero no puedo cumplir mi palabra.

—Tengamos paciencia — le respondí —, cuando lleguemos a los montes del Nepal habrá en abundancia.

—Sí, no cabe duda de que en las primeras estribaciones del Himalaya podremos resarcirnos de nuestro fracaso; además, estoy convencido de que nuestra Casa de Vapor asusta a las fieras más de lo que las asustaría un tren, y esto nos pasará durante todo el camino. Sólo en los descansos haremos algo. Aquel valiente leopardo de ayer mereció ser muerto de un buen balazo. Ese maldito Fox tuvo la culpa. Créame que no lo olvidaré nunca. ¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

—Y ni siquiera hemos disparado un tiro.

—Tenemos tiempo hasta las siete, y de aquí a entonces...

—No tengo ninguna esperanza y estoy convencido de que la suerte, factor importantísimo en las cacerías, se nos ha vuelto de espaldas.

—También la tenacidad tiene su importancia. Por lo tanto, le propongo que nos comprometamos a no volver de vacío. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sí, señor. Y muera el que se desdiga.

—Convenido.

—Llevaremos aunque sea un loro o una ardilla.

Continuamos, pues, nuestra caza con todo entusiasmo, caminando entre los arrozales, examinando a derecha e izquierda, pero... nada. A las seis y media no habíamos disparado un solo tiro. Yo miraba de reojo al capitán, quien rechinaba los dientes y pronunciaba palabras ininteligibles. El fusil le quemaba las manos y era evidente que estaba deseando descargarlo contra lo que fuese.

Gumí estaba observando al capitán y me dijo:

—Si esto sigue va a volverse loco.

—Eso creo — le respondí —, y daría cualquier cosa por que apareciera el más modesto pájaro.

De ser posible hubiese enviado a Gumí a comprar un ave cualquiera para entregarla a la voracidad cazadora de mi amigo.

La noche se acercaba y dentro de una hora la obscuridad sería completa. Aunque prometiéramos no volver de vacío, no habría más remedio que hacerlo así si aquello continuaba. La única solución fuera pasar la noche en la llanura, pero ésta se anunciaba como lluviosa y, además, nuestra ausencia hubiese provocado la inquietud de Banks y el coronel.

Hod, con los ojos desmesuradamente abiertos, marchaba delante de nosotros mirando a todos lados y en una dirección que no era precisamente la de nuestro campamento.

Iba yo a adelantarme para convencerlo de que lo mejor que podíamos hacer era volvernos, cuando oí un ruido de alas a mi derecha y vi una masa blancuzca que se levantaba por encima de un matorral. Sin dar tiempo a que el capitán volviese la cabeza, me eché la escopeta a la cara y disparé los dos tiros.

El animal cayó pesadamente al suelo. Fan fué hasta él de un salto y se lo llevó al capitán.

—Bueno — dijo Hod —, si monsieur Parazard no está contento, que se tire de cabeza en su olla.

—¿Este bicho es comestible? — pregunté yo.

—A falta de otro.

—Ha sido una suerte que nadie le viese — me dijo Gumí.

—¿Por qué?

—Porque ha matado usted un pavo real, y, siendo ave sagrada, eso está prohibido.

—Que se vayan al infierno las aves sagradas y los que creen en ellas. Esta ya está muerta y nos la comeremos con mucha "unción" si te parece, pero nos la comeremos.

Desde la invasión de Alejandro, época en que apareció el pavo real en la India, se lo ha considerado como un animal sagrado. El que yo había matado era una magnífico ejemplar: sus alas eran de un color verde obscuro con reflejos metálicos y una franja dorada en el borde; la cola parecía un soberbio abanico.

—Bueno, volvamos al campamento — dijo Hod —, y monsieur Parazard nos dará pavo real para cenar, que, pese a lo que crean los brahmanes, no pasa de ser una gallina presumida.

—Veo que ya está usted satisfecho.

—De usted sí, pero no de mí. Mi mala suerte sigue todavía, y será preciso que cambie.

Nos encaminamos hacia el campamento, que estaría a unas tres millas, por un camino bordeado por matorrales de bambúes. El capitán marchaba delante, yo le seguía, y unos pasos a retaguardia iba Gumí. El sol aun no se había ocultado, pero estaba cubierto por unas nubes, y una semiobscuridad nos envolvía.

De pronto se oyó hacia la derecha un formidable rugido que me sobrecogió a mi pesar e hizo que me detuviera. El capitán me dijo, asiéndome una mano:

—¡Un tigre!

En seguida lanzó un juramento:

—¡Mil diablos! No tenemos más que perdigones.

Era verdad, ninguno de los tres llevábamos balas. A los diez segundos del rugido, el tigre salió de la espesura y se plantó de un salto en medio del camino, a unos 20 pasos de nosotros. Era un soberbio animal de la especie que los indios llaman comedores de hombres, y cuyas víctimas se cuentan anualmente por cientos.

La situación se tornaba espantosa. Yo miraba al tigre, y declaro que el fusil me temblaba en la mano. Tendría unos 9 ó 10 pies de largo y era bellísimo con su pelo anaranjado surcado de rayas blancas y negras. El nos miraba también, mientras arrastraba la cola por el suelo y parecía dispuesto a atacarnos.

El capitán se mantenía magníficamente sereno, y mientras apuntaba a la fiera, murmuraba con un acento especial:

—¡Perdigones! ¡Matar un tigre con perdigones! Como no le dispare a boca de jarro y le meta toda la carga en los ojos, nos vamos a...

No pudo acabar la frase. El tigre venía hacia nosotros, pero no a saltos, sino paso a paso. Gumí, agazapado tras de mí, le apuntaba también. Yo traté de tomar mi fusil.

—No se mueva — me dijo Hod —. Al menor movimiento el tigre saltaría, y nuestra salvación está en que no salte.

Los tres permanecíamos inmóviles. El animal se acercaba lentamente. Su cabeza permanecía quieta y aparentaba observarnos a hurtadillas. Su mandíbula rozaba la tierra como si rastrease la carne humana. Estaba ya a diez pasos.

Hod lo aguardaba a pie firme, quieto como una estatua, toda la fuerza concentrada en la mirada. En aquel momento admiré su serenidad; parecía estar como siempre.

Me imaginé que el tigre ya iba a saltar, pero avanzó todavía cinco pasos, y yo tuve que hacer un esfuerzo para no decirle al capitán:

—Tire usted.

Comprendí que él tenía razón y que la única posibilidad que teníamos de salvarnos estaba en quemar los ojos de la fiera, para lo cual era preciso tirar a boca de jarro.

El tigre dió otros tres pasos y se dispuso a saltar. Se oyeron dos detonaciones casi simultáneas. El animal tuvo tres o cuatro sacudidas que acompañó con rugidos de dolor y, al fin, cayó a tierra.

—¡Milagro! Mi escopeta estaba cargada con bala, y explosiva. Gracias, mi buen Fox, gracias.

—¿Cómo? — pregunté yo.

—Mire — me respondió Hod mientras sacaba del cañón izquierdo de su fusil un cartucho que era evidentemente de bala.

La explicación estaba clara. No cabía duda de que, al cargar la carabina y la escopeta, ambas de dos cañones, Fox cambiara los cartuchos. Por eso yo le había tirado al leopardo con perdigones y Hod al tigre con bala.

—Le aseguro que nunca me había visto tan cerca de la muerte — me dijo el capitán.

Llegamos al campamento una media hora después. Hod llamó a su asistente y le contó lo sucedido.

—Mi capitán — respondió Fox —, eso demuestra que en vez de dos días de arresto merezco cuatro por haberme equivocado dos veces.

—Lo mismo creo, pero como tu falta me ha permitido matar a mi 41, te regalo esta guinea.

Fox se la guardó mientras decía:

—Creo que debo aceptarla.

Así fué cómo el capitán Hod mató el tigre número 41.

Aquella noche nos deteníamos junto a una pequeña aldea, y por la mañana continuamos la marcha en dirección a las montañas del Nepal, de las que nos separaban todavía 150 kilómetros.

UNO CONTRA TRES

Pocos días nos faltaban para llegar a las primeras estribaciones de los montes más altos del mundo, pero nuestro tren caminaba aún por la llanura. Sin embargo, el suelo se iba elevando poco a poco.

Gozábamos de un tiempo tormentoso y más que nada lluvioso, pero los caminos no estaban aún muy malos y nuestro "Gigante de Acero" marchaba perfectamente. De cuando en cuando, un bache demasiado profundo obligaba a Storr a presionar sobre el regulador, y la dificultad era inmediatamente salvada.

En verdad, no teníamos más que motivos para felicitarnos de la idea que había presidido la construcción de nuestra Casa de Vapor.

Ya no caminábamos por la llanura inmensa sin confines que se extiende desde el Ganges hasta los territorios del Oude y el Rohilkhand. Al norte de nuestro horizonte se dibujaba la línea del Himalaya.

Conforme avanzábamos, el paisaje tomaba un aspecto más agreste: había más matorrales y menos cultivos. Ya no veíamos palmeras; ahora teníamos los bananeros, los mangos, los bambúes. Magníficas magnolias que perfumaban el aire, arces, pinos, encinas.

Veíamos aldeas, cuyas casas eran de paja o de bambú. Alguna que otra granja. También la población disminuía conforme marchábamos hacia el norte.

Como cúpula de todo este paisaje contábamos con un cielo brumoso y plomizo, del que caía agua con frecuencia. La mayor parte del tiempo debíamos permanecer en el interior de nuestra casa, charlando o jugando al *whist*.

Del 13 al 17 de junio no pudimos salir a cazar, con gran disgusto del capitán; pero una de las noches logró dos bolas y esto le puso de buen humor.

—Siempre es posible matar un tigre —declaró—, pero no siempre se puede lograr una bola.

El 17 de junio decidimos establecer un campamento en las proximidades de uno de esos *bungalows* destinados a los viajeros que existen en la India, donde se los conoce por el nombre de *serai*. Nuestro "Gigante de Acero", que había caminado mucho durante los últimos días, requería algún descanso.

Vamos a explicar, ahora, qué es un *serai*. Está formado generalmente por una serie de construcciones de un solo piso, dispuestas en cuadrilátero y en cuyo centro se abre un patio; cuatro torres se elevan en los cuatro ángulos del edificio, lo que contribuye a darle un cierto aire oriental. El personal de tales establecimientos suele componerse de cuatro personas: el *bisti* o aguador, el cocinero —confeccionador de *menús* a base de huevos y pollo—, el *kansama*, especie de almacenero que vende provisiones a los viajeros, y el guarda o peón, jefe del *serai* y representante de la compañía propietaria de la mayor parte de estos establecimientos.

Cada viajero puede permanecer en un *serai* durante veinticuatro horas, pero si desea permanecer más tiempo necesita un permiso especial del inspector, sin lo cual puede ser desposeído de su habitación por el primero que llegue.

Aquel *serai* estaba ocupado por el príncipe Garu Singh, hijo de un *rayda*, que se dirigía hacia el norte de la península viajando con una pompa extraordinaria. Todas las habitaciones de la posada habían sido habilitadas para él y su séquito. Nuestro "Gigante de Acero" produjo, como siempre, una gran impresión, y el afectado desdén con que lo miraban los huéspedes del *serai* no hizo más que confirmarnos en esta creencia.

Como yo no había tenido aún ocasión de ver a un *rayda* en viaje, en cuanto dejamos instalado nuestro campamento, me encaminé en compañía de Hod y Banks hacia el lugar en que el príncipe Garu Singh estableciera el suyo.

El hijo de un *rayda* que viaja tiene que hacerlo siguiendo las prescripciones de un determinado ceremonial.

—No se trata de un hombre que va de un sitio a otro —me aclaró Banks—, sino de un pueblo entero que cambia de alojamiento.

—Quizá el príncipe preferiría nuestra Casa de Vapor a todo ese aparato —dijo Hod.

—Pues en cuanto quiera le fabrico otra, con tal que la pague —respondió Banks—; pero veamos antes si su campamento vale la pena de ser visitado.

La comitiva del príncipe no bajaba, en realidad, de quinientas personas, para cuyo alojamiento se habían dispuesto doscientos carros al lado del *serai*, bajo los árboles de la llanura. Para tirar de los carros había un gran número de bueyes y búfalos, a más de veinte camellos y tres magníficos elefantes que llevaban a cuestas riquísimos palanquines. Toda una multitud de músicos, bayaderas y prestidigitadores acompañaban al *rayda*, además de 300 portadores y 200 alabarderos, cuyo entretenimiento y sueldos hubieran sido capaces de disipar cualquier fortuna que no fuese la de un *rayda* independiente de la India.

Los músicos tocaban tamboriles, címbalos, tam-tam, guitarras y violines, lo cual producía una infernal algarabía. Había encantadores de serpientes, acróbatas que bailaban en la cuerda floja y malabaristas que hacían ejercicios de sable.

Las bayaderas eran de las llamadas *bundelíes*, tan solicitadas para los espectáculos nocturnos. Iban vestidas muy rica y decentemente y adornadas con joyas. Bailaban, con singular gracia y elegancia, la famosa danza de los huevos.

Aparte de toda esta gente figuraban en la comitiva innumerables hombres, mujeres y niños, cuya misión no llegué a comprender. Los hombres iban vestidos con una larga banda de tela y cubiertos de una túnica blanca. La primera se llamaba *doti* y la segunda *yamah*; mientras que las mujeres llevaban el *chaoli*, especie de chaqueta de manga corta, y el *sari*, parecido al *doti* de los hombres y que se ata por detrás de la cabeza.

Estos indios, tumbados indolentemente a la sombra de los árboles, esperaban la hora de la comida. Unos fumaban cigarrillos envueltos en hojas verdes, otros se entretenían con la pipa, y algunos mascaban hojas de diversas plantas. Todos tenían un marcado aire de indiferencia y de aburrimiento, y sólo se animaban en las fiestas.

Al aparecer nosotros en el campamento nos dirigieron algunos saludos, acompañados de las palabras *sahib, sahib*—que significa señor—, y haciendo profundas inclinaciones a las que nosotros contestábamos con signos amistosos.

Yo esperaba que el príncipe Garu Singh daría una fiesta en nuestro honor, y el patio del *serai* me parecía particularmente apropiado para ello, pero cuando le hablé del asunto a Banks, éste me respondió:

—El *rayda* de Guzerat es completamente independiente, y apenas se ha sometido desde la revuelta de los cipayos. Su comportamiento no ha sido muy claro. Creo que los ingleses no le resultan simpáticos, y su hijo no hará nada en nuestro honor.

Cuestión de "gustos"



—Tiene ojos azules, cabello ondulado, ¡este..., y posee un pozo de petróleo en Oklahoma! Pienso casarme con él... Ya sabes cómo me gustan los hombres de ojos azules.

—Ni falta que nos hace — dijo Hod con aire de desdén.

Banks tenía razón, ni siquiera se nos permitió visitar el interior del *serai*. Quizá el príncipe aguardase la visita oficial del coronel, pero sir Edward Munro no tenía por qué molestarse.

Durante todo aquel día yo esperé una invitación del príncipe, pero no llegó y, al día siguiente, 18 de julio, lo dispusimos todo para salir al amanecer.

A las cinco, Kaluth empezó a levantar presión en la caldera. El *elefante* había sido desenganchado y estaba haciendo provisión de agua a unos cincuenta pasos de los coches. Cuando Storr se disponía, cuarenta minutos después, a comenzar la maniobra, apareció un grupo de indios que se acercó a nosotros. Varios de ellos iban ricamente ataviados, luciendo túnicas de seda y tocados por turbantes con adornos de oro. Venían acompañados por una docena de guardias armados de fusiles y sables, uno de los cuales lucía una corona de laurel, signo de que se trataba de un componente de la comitiva de un personaje importante.

En efecto, el príncipe Garu Singh en persona llegaba hasta nosotros. Era un hombre de unos treinta y tantos años, de porte altanero y con el tipo de los *raydas* legendarios. Tenía facciones bastante perfectas que recordaban los rasgos marahatas.

Aquel personaje no hizo caso alguno de nuestra presencia y se dirigió hacia el *elefante*, examinándolo con curiosidad disimulada. Luego preguntó a Storr:

—¿Quién hizo esta máquina?

El maquinista señaló a Banks, que estaba con nosotros. El príncipe se volvió hacia él para preguntarle en un inglés flúido:

—¿Ha sido usted el que...?

—Yo, en efecto — respondió Banks.

—Me habían dicho que se trataba de un capricho del *rayda* de Butham.

Banks dijo que sí con la cabeza. Entonces el príncipe se encogió desdeñosamente de hombros para decir:

—No comprendo para qué utilizar una máquina cuando hay elefantes de carne y hueso.

—Porque, probablemente, éste tiene más fuerza y poder que todos los vivos.

—¡Eso! — respondió el *rayda* con un cierto aire de desprecio —. ¡Más poderoso!...

—Mucho más — le contestó Banks.

—Ninguno de los vuestros — intervino el capitán Hod a quien los modales del príncipe tenían ya nervioso — podría mover una sola pata de éste.

—¿Cómo? — preguntó el príncipe.

—Mi amigo asegura — terció Banks —, y yo estoy de acuerdo con él, que este elefante de acero tiene la fuerza de veinte caballos, y que los tres elefantes que trae V. A. no conseguirían hacerle retroceder un solo paso.

—No creo nada de lo que me dice — le contestó el príncipe.

—Lo cual no impide que sea cierto — replicó Hod.

—Y si V. A. está decidido a pagarlo — agregó Banks —, yo estoy dispuesto a construirle uno que tenga el poder de veinte elefantes elegidos entre los mejores de V. A.

—Decir eso es muy fácil — expresó con sequedad el príncipe.

—Pero también se hace — replicó el ingeniero.

El príncipe se iba animando por momentos y podía apreciarse que le molestaba la contradicción.

¿Podríamos hacer la experiencia en este lugar? — propuso tras un instante de reflexión.

—Desde luego — repuso el ingeniero.

—Y también se podría hacer una apuesta — añadió Guru Singh —, si usted no retrocede, como lo haría este elefante si tuviese que enfrentarse con los míos.

—¡Setroceder el "Gigante de Acero"! —exclamó Hod —. ¿Cómo puede pensarse tal cosa?

—Yo lo pienso — dijo el príncipe.

—¿Y cuánto apuesta V. A.? — preguntó el ingeniero.

—Cuatro mil rupias.

Esta cantidad equivale a unos diez mil francos, y Banks vacilaba antes de exponer semejante cifra, mientras Hod, que hubiera sido capaz de apostar el doble, sólo disfrutaba de un modesto sueldo.

—¿No aceptan? — preguntó Guru Singh para quien esa cantidad no significaba nada —. ¿Temen perder cuatro mil rupias?

—La apuesta queda aceptada — dijo el coronel que acababa de aproximarse a nosotros.

—Por lo visto, el coronel Munro tiene cuatro mil rupias — le contestó el príncipe.

—Y también diez mil — replicó el coronel —, si ello place a V. A.

—Aceptado — respondió el príncipe.

Banks estrechó en silencio la mano del coronel. La situación se hacía interesante por momentos. El capitán Hod no cabía en sí de gozo y, adelantándose hacia el "Gigante de Acero", dijo:

—¿A ver cómo te portas? Se trata de pelear por el honor de la vieja Inglaterra.

Banks había subido a la torrecilla para dar unas instrucciones a Storr.

A una indicación del príncipe, sus servidores salieron en dirección al campamento para regresar poco después con tres magníficos elefantes, a los que se había desembarazado de todo su correaje. Eran tres soberbios ejemplares oriundos de Bengala, de tamaño algo superior al corriente y en pleno vigor juvenil. Venían conducidos por los mahuts, montados sobre sus cuellos, y los tres desfilaron delante del príncipe, ante el cual el mayor de los tres dobló las rodillas e hizo una genuflexión como perfecto cortesano.

Declaro que yo experimentaba una cierta inquietud, mientras Hod no podía estarse quieto y se mordía, sin cesar, los bigotes. Admiré la tranquilidad del coronel, de quien me atrevería a decir que estaba más tranquilo que el príncipe.

—Cuando quiera V. A. — dijo Banks.

—Ahora mismo — respondió el príncipe.

A un signo de S. A., los mahuts lanzaron un silbido particular y los tres elefantes empezaron a tirar con todas sus fuerzas. La Casa de Vapor empezó a retroceder un poco. Yo proferí un grito, mientras que Hod daba una patada en el suelo. Banks sin inmutarse ordenó a Storr:

—¡Calza las ruedas!

De un golpe rápido, seguido de un relincho de vapor, el calzado automático quedó establecido.

Nuestro tren ya no se movió, parecía clavado en el suelo. En vano, los tres elefantes, excitados por los mahuts, pusieron en tensión su músculos para redoblar el esfuerzo. Todo fué inútil.

Guru Singh se mordía los labios hasta hacerse sangre, en tanto que Hod no dejaba de aplaudir.

—Y ahora, adelante — ordenó Banks.

—¡Adelante, sí, adelante! — gritaba Hod.

El maquinista abrió completamente el regulador y descalzó las ruedas que empezaron a girar lentamente haciendo avanzar la Casa de Vapor y arrastrando a los tres elefantes, pese a su enorme resistencia que dejaba surcos en el suelo, donde apoyaban con todas su fuerza las patas. El "Gigante de Acero" siguió avanzando, los tres elefantes cayeron a tierra de costado y nuestra máquina los arrastró así durante un trayecto de veinte pasos.

—¡Bravo! ¡Viva! ¡Adelante! — exclamaba Hod sin poder contenerse.

El coronel hizo una señal con la mano y Banks dió la orden de parar.

Los tres elefantes de S. A., con la trompa recogida y las patas en el aire, producían una penosa impresión. Parecían más bien escarabajos gigantescos.

Los elefantes fueron desenganchados y se los vió levantarse doloridos por su derrota. Al pasar por delante del "Gigante de Acero", de vuelta al campamento, el mayor de ellos hizo la misma reverencia que ante el príncipe, a pesar de los esfuerzos del mahut para que siguiera adelante.

En cuanto a Guru Singh, se había marchado antes de que terminase la experiencia, rojo de rabia y de vergüenza. Al cuarto de hora llegó el secretario de S. A. con un talego de oro que contenía las diez mil rupias. El coronel Munro, devolviéndoselo al indio, dijo con desdén:

—Para la comitiva de S. A.

Era la mejor lección que podía darse al príncipe aquel, desdeñoso y altanero.

Poco después nos poníamos en marcha, saludados por los gritos de una multitud de indios maravillados.

Al día siguiente empezamos a subir las primeras pendientes que conducen a la falda del Himalaya. Nuestro "Gigante de Acero" se portaba admirablemente y parecían no existir obstáculos para él. Conforme íbamos avanzando, el paisaje se ensanchaba a nuestra espalda, permitiéndonos gozar, desde la galería trasera, de un maravilloso espectáculo. A nuestros pies, la llanura de la India extendíase como una inmensa sabana, con sus bosques, sus arrozales y sus ríos.

Esta ascensión duró desde el 19 al 25 de junio.

—Con un poco de paciencia nuestro tren subiría hasta el Himalaya — dijo el capitán.

—No sea usted tan ambicioso Hod — le respondió el ingeniero.

—Pero, dígame, ¿subiría?

—Sí, mi capitán, a condición de que hubiese caminos por donde subir y de que contásemos con la suficiente provisión de leña, que no se encuentra en los ventisqueros, y de aire, que al motor le faltaría a partir de las 2.000 toesas. Pero no tenemos por qué pensar en eso; en cuanto lleguemos a la altura en que se establecen los *sanatoriums*, podremos acampar en

en un sitio fresco y agradable, y nuestro amigo el coronel habrá transplantado al Himalaya su *bungalow* de Calcuta.

Y el mismo 25 de junio hicimos el alto definitivo. Desde cuarenta y ocho horas antes, el "Gigante de Acero" transitaba caminos cada vez menos practicables que requerían abundantes provisiones de leña, y hacía el mismo tiempo que recorríamos parajes casi desiertos, en los que sólo podía verse, de tarde en tarde, alguna casa aislada.

Nos habíamos detenido en un amplio paraje despejado en cuyas proximidades existía un torrente de agua clara y cristalina que serviría para todas nuestras necesidades. Desde allí, nuestra vista podía recorrer la llanura en una extensión de cincuenta o sesenta millas.

Estábamos a 325 leguas de Calcuta y a dos mil metros sobre el nivel del mar. Encima de nosotros, la cima del Devalagari elevábase á veinticinco mil pies de altura.

EL FAMOSO PAL DE TANDIT

Dejemos al coronel Munro y a sus compañeros al pie del Devalagari, para ver lo que ha podido acontecer a Nana Sahib, a quien abandonamos en la noche del 7 al 8 de marzo, cuando cabalgaba en unión de su hermano Balao-Rao y de un grupo de adictos camino de los desfiladeros de Sautpurra.

El lector recordará que el gobernador de Allahabad había enviado al coronel, por conducto de Mac Neil, un ejemplar del diario de aquella ciudad, de fecha 25 de mayo, en el que se daba cuenta de la muerte de Nana Sahib. ¿Qué habría de cierto en ello?

Ahora lo veremos. Después de sesenta horas de camino, el nabab y sus acompañantes llegaron a los desfiladeros de Sautpurra. Estaban a cien millas de su punto de partida y en un lugar poco frecuentado, lo que les permitía gozar de una cierta seguridad.

Los montes Sautpurra, cuyas cimas más elevadas no son muy altas, se hallan situados al sur de la cuenca del Nerbudda y casi paralelos a la cordillera de los Vindhyas, que está al norte, pero mientras esta última atraviesa la India de occidente a oriente a la altura de los 23 grados de latitud, los montes Sautpurra no llegan más allá de los 75 de longitud, donde se unen al monte Kaligong.

Nana Sahib se encontraba ahora a la entrada del país de los gunds, raza indomable y nunca sometida del todo, a la que quería sublevar.

El país de Gudwana comprende una extensión de 200 millas cuadradas y cuenta con una población de 3.000.000 de habitantes, que constituyen, según Rousselet, una raza autóctona. La línea férrea de Bombay a Allehabad lo atraviesa en parte, y de ella parte un ramal que llega hasta Nagpore, la capital, pero las tribus que lo habitan continúan en estado semisalvaje y se muestran impacientes por librarse de la dominación europea, lo que no ignoraba el nabab, quien por algo se había dirigido a aquel lugar.

Entre la zona norte y el Gudwana se encuentra el Bundelkund, que se extiende desde la meseta superior de los Vindhyas hasta el río Yumna. Tiene 28.000 kilómetros cuadrados y dos millones y medio de habitantes, los llamados bundelas, gentes ignorantes y primitivas entre las cuales reclutó Tipp-Sahib sus tropas para luchar contra los ingleses, siempre dispuestas a prestar su ayuda a cualquier malhechor. De allí proceden los *thugs* y los *dacoits*, terribles sectas de estranguladores y envenenadores, y es en aquella región donde las partidas de pindarris han cometida las más feroces tropelías.

El Kondistán está situado al este de Gudwana, habitado por fanáticos de sus feroces dioses, el Tado-Pennorr o dios de la tierra y el Maunck-Soro o dios de los combates, a los cuales ofrecen sacrificos humanos, prácticas contra las cuales los ingleses tuvieron que luchar denodadamente.

Por último, al oeste, existe el pueblo de los *bils* con un millón y medio o dos millones de almas que constituyeron antiguamente poderosos reinos y que hoy se hallan esparcidos por toda la cuenca de los montes Vindhyas, entregados en su mayoría a la bebida, un aguardiente que extraen del árbol *mowah*, aunque todavía dispuestos a oír el *khisri*, que es su grito de guerra y destrucción.

Nana Sahib había, pues, elegido bien el sitio de su retiro. Desde allí cualquier movimiento podía adquirir en poco tiempo un carácter nacional. Pero lo primero era buscarse un asilo seguro desde el cual empezar la campaña, y fué esto lo que de inmediato preocupó al nabab.

Los indios de su escolta podían transitar libremente por el país, y hasta su hermano Balao-Rao, de no ser por el gran parecido que tenían ambos, hubiese podido prescindir de un refugio.

En efecto, desde su fuga en las fronteras del Nepal, nadie había vuelto a nombrarlo y existían razones para creer que había muerto.

Era preciso, por lo tanto, encontrar un asilo para ambos en los desfiladeros de Sautpurra, lo que no era difícil en verdad. Un *gund* de la escolta les comunicó que existía a la orilla de uno de los pequeños afluentes del Nerbudda un *pal* abandonado, conocido con el nombre Tandit.

El *pal* no llega a ser una aldea; es más bien una reunión de casas, lo que nosotros llamamos un caserío, donde se establece por algún tiempo una familia nómada, después de quemar unos cuantos árboles para que sirvan de abono al suelo, y que se rodea de una especie de empalizada para defenderse de los peligros exteriores. Suele establecerse, además, en el interior de algún espeso matorral, lo que hace muy difícil el descubrirlo.

Ordinariamente, el *pal* se construye en lo alto de una cima, desde la cual se domina el valle, en medio de rocas escarpadas, por cuya razón resulta dificilísimo llegar hasta él, ya que sus habitantes hacen todo lo posible para borrar las huellas del camino y, por otra parte, una avalancha de rocas, que puede desencadenar la fuerza de un niño, aplastaría al imprudente que se aventurase a tratar de subir.

Estos *pales* aislados se comunican unos con otros por medio de hogueras, lo que significa la presencia de tropas en el valle.

Las señales recorren veinte leguas, y, en seguida, los *pales* sospechosos son abandonados y quemados. El grito de guerra de estos montañeses, que puede confundirse con el chillido de un pájaro, sirve también de grito de alarma. El malhechor busca refugio en otra parte.

En uno de estos *pales* se instaló Nana Sahib con su comitiva el día 20 de marzo.

Lo primero que hicieron Nana Sahib y su hermano fué reconocer los alrededores. Inquirieron quiénes ocupaban los *pales* cercanos, observando su campo visual y estudiaron la pendiente escarpada en cuya cúspide se había establecido el *pal*, comprendiendo que a no ser por el camino que ellos habían seguido, oculto en un buen trecho por las aguas de un río, nadie podría llegar hasta allí. Aquello ofrecía excelentes condiciones de seguridad.

Pero Balao-Rao quería informarse, no sólo del presente, sino también del pasado de aquel lugar, por lo que dijo al *gund*, mientras su hermano examinaba el interior:

—¿Cuánto tiempo hace que está abandonado este *pal*?

—Más de un año.

—¿Quién vivía antes aquí?

—Una familia de nómadas que sólo estuvo unos meses.

—¿Y por qué lo dejó?

—Porque las tierras no sirven para el cultivo.

—¿Y desde entonces nadie se ha refugiado aquí?

—Nadie.

—¿Ni los soldados del ejército real, ni los policías han estado aquí nunca?

—Jamás.

—¿No lo ha visitado ningún extraño?

—Ninguno, excepto una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una loca que desde hace tres años anda errante por el valle del Nerbudda.

—¿Sabes quién es?

—Ni yo ni nadie lo sabe, ni podemos decir de dónde ha venido. No sabemos siquiera si es extranjera o india.

Balao-Rao, tras de reflexionar unos momentos, preguntó:

—¿Y qué hace?

—Va de un lado para otro y vive solamente de limosna. En todo el valle le tienen un poco de veneración y yo mismo la he recibido en casa más de una vez. Nunca habla con nadie, como si fuese muda, y quizá lo sea. Se pasea de noche llevando en la mano una tea encendida y por eso se la llama por estos contornos la llama errante.

—¿Pero, esa mujer puede venir aquí? ¿No habrá algún peligro en ello?

—Ninguno. Esa mujer es una loca. Sus ojos no ven lo que ven; sus oídos no oyen lo que oyen; su lengua no puede pronunciar una palabra. Es como si fuese ciega, sorda y muda. No es más que una muerta que anda.

Al responder a las preguntas de Balao-Rao, el indio acababa de describir a una original criatura muy conocida por aquellos parajes y a quien se llamaba la "Llama Errante del Nerbudda".

Se trataba de una mujer, indudablemente, bonita y joven, pero de rostro envejecido y totalmente inexpresivo. Nadie conocía su origen ni podía calcularse su edad. Sus ojos carecían de toda luz, como si contemplasen continuamente escenas de dolor que sólo viviesen en su imaginación.

Los montañeses habían acogido con simpatía a aquel ser extraño. Para ellos, los locos eran seres sagrados, y por eso le daban de comer cuando tenía hambre y le ofrecían una cama cuando estaba cansada.

Todas las preguntas que se hacía la gente con respecto a ella quedaban incontestadas. ¿Por qué se paseaba con una tea en la mano? ¿Era para alumbrarse en su camino? ¿Para es-

Cosas de marinos



—Te lo juro, Luisa; me hubiera hecho grabar tu nombre, pero no tengo ningún lugar disponible...

pantar a las fieras? ¿Adónde iba durante las largas temporadas en que abandonaba el valle del Nerbudda?

Algunas veces tardó tanto en volver que llegaron a creerla muerta; pero al final ella reaparecía siempre, sin que nada lograse hacer mella en aquella constitución de apariencia tan frágil.

Balao-Rao había escuchado con toda atención la historia del indio, mientras se preguntaba interiormente si habría algún peligro que aquella mujer conociese la existencia del *pal* de Tandit y pudiese volver a él.

Trató de saber si alguien conocía dónde se hallaba la loca, pero el indio le respondió que hacía más de seis meses que había desaparecido y quizá hubiese muerto, pero que, aunque volviese, no tenían nada que temer, porque no los vería, ni los oiría, ni los reconocería. Llegaría al *pal*, sentaríase al hogar, estaría allí un día o dos y después volvería a encender su tea para continuar vagando por el valle de casa en casa. Esa era toda su vida.

Balao-Rao juzgó prudente no decir nada de todo aquello a su hermano, y él mismo acabó por olvidar a la loca de la tea y su historia. Un mes después de su llegada al *pal*, no había aparecido en los valles del Nerbudda la famosa llama errante.

LA VIDA DE LA LLAMA ERRANTE

Durante todo un mes, el nabab permaneció escondido. Pensaba que lo mejor era dar tiempo para que los ingleses perdiesen su pista.

De día, ni él ni Balao-Rao abandonaban el *pal*. Sus partidarios, en cambio, recorrían los alrededores preparando el ánimo de aquellos montañeses para la revuelta, a los que anunciaban la próxima aparición de un semidiós.

Por la noche, el nabab y su hermano dejaban el refugio y se aventuraban por el valle, de aldea en aldea y de *pal* en *pal*, esperando el momento de lanzarse por los dominios de los *raydas* feudatarios de Inglaterra, muchos de ellos semiindependientes, y deseosos de desembarazarse de aquellos extranjeros. En todas partes encontraron un espíritu muy propicio a la rebelión y, aunque Nana Sahib, por elemental precaución, no se dió a conocer más que a dos o tres jefes importantes, pudo comprobar que su nombre tenía el suficiente poder como para poner en pie de guerra a varios millones de indios.

El momento no había llegado aún. No bastaba con levantar a las poblaciones del valle del Nerbudda; hacía falta que la insurrección pudiera propagarse a las regiones independientes, para lo cual era preciso hacer un buen trabajo en las provincias limítrofes del Nerbudda, colocadas bajo la dependencia directa de Inglaterra. En Bopal, en Malwa, en el Bundelkund y en todo el reino de Scindia, había que crear focos de rebelión. Pero Nana Sahib quería visitar por sí mismo a los antiguos jefes de la rebelión de 1857, que seguían siendo fieles a su persona, que no habían creído jamás la noticia de su muerte y que esperaban que reapareciese de un día a otro.

Al mes de su estada en el *pal* de Tandit, creyó llegado el momento de comenzar sus operaciones en la seguridad de que en Bombay lo habían ya olvidado.

En efecto, en la semana que siguió a la noticia de su presencia, la autoridad realizó numerosas pesquisas, pero habiendo resultado todas infructuosas, se pensó que el informe recibido debía ser erróneo.

Inició, pues, su campaña. Vestido un día de *parsi*, otro de labrador; unas veces solo, con la compañía de su hermano, otras; empezó a alejarse del *pal* y a recorrer la margen septentrional del Nerbudda, llegando incluso más allá de la vertiente norte de los Vindhyas.

El 12 de abril se encontraba en Indere, capital del Holkar, donde, manteniendo el incógnito, se puso en contacto con la gente del campo, dedicada al cultivo del opio. La población rural del Holkar estaba compuesta por *ribillas*, *mekranis* y *valayalis*, valientes y fanáticos, muchos de ellos desertores de las tropas indígenas.

Después de atravesar el Betwa, un afluente del Yumna que bordea la frontera oeste del Buldenkudn, llegó a Suari el 19 de abril. En esta ciudad existen unos monumentos funerarios llamados *topes*, especie de túmulos coronados de cúpulas semicirculares, de cuyas profundidades surgieron, a la voz de Nana Sahib, muchos rebeldes de 1857, que allí vivían ocultos.

En las ruinas de la ciudad antigua, en Bilsa, importante villa de Malwa, celebraba una reunión con elementos rebeldes el 24 de abril. El 27 llegaba a Raygurh, cerca de la frontera del reino de Pannah, y el 30 a las ruinas de Saungor, donde se le unieron su hermano y Kalagani.

En aquella región se dieron a conocer a los jefes de las principales tribus, en cuya lealtad tenían una fe absoluta, acordándose entre todos un plan de campaña en virtud del cual, mientras Nana Sahib operase en el sur, sus amigos se levantarían en la región septentrional de los Vindhyas.

Antes de volver al valle del Nerbudda quisieron visitar el reino de Pannah, reclutando valiosos elementos entre las pobres gentes que explotan las minas diamantíferas por cuenta del *rayda*, "quien — como cuenta Rousselet —, comprendiendo la situación poco airosa en que la dominación inglesa ha dejado a los príncipes del Bundelkund, ha preferido transformarse en un propietario territorial, que jugar el papel de un reyezuelo de opereta". Entre aquellas pobres gentes bárbaramente explotadas y a quien el *rayda* hace decapitar cuando baja el rendimiento de las minas, el nabab encontró muchos partidarios.

Después, los dos hermanos encamináronse hacia el Nerbudda, pero antes de reintegrarse a sus lares para provocar la insurrección en el sur quisieron detenerse en Bopal, capital del islamismo hindú y cuya princesa había sido siempre fiel a los ingleses.

Llegaron a la ciudad acompañados por una docena de *gunds* el 24 de mayo, día de la celebración del Moharren. Vestidos de *yoguis*, especie de mendigos fanáticos armados de un largo puñal corvo, se incorporaron a la procesión que recorría las calles de la ciudad con numerosos elefantes que portaban sobre sus costillas las *tadzias*, especie de templetes de veinte pies de alto. Allí se mezclaron con toda clase de gentes, entre las que contaban con muchos partidarios, con los que cambiaron los signos secretos conocidos por los que habían participado en la guerra de 1857.

A la caída de la tarde, todos se dirigieron al lago situado en la parte oriental de la ciudad, donde en medio de una infernal algarabía de tiros y fuegos artificiales, se arrojaron las *tadzias* al agua, poniendo fin a las fiestas del Moharren.

Nana Sahib notó que alguien le tocaba en el hombro y, al volverse, vió a un bengalí, antiguo compañero de armas en Luknow. El nabab le interrogó con la mirada y el otro acercándose le dijo al oído:

—El coronel Munro ya no está en Calcuta.

—¿Dónde está?

—Ayer en Benarés.

—¿Y adónde va?

—A la frontera del Nepal.

—¿Qué va a hacer allí?

—Estarse unos meses.

—¿Y luego?

—Irá a Bombay.

Nana Sahib profirió un silbido, y un indio se acercó inmediatamente a él, a través de la multitud. Era Kalagani.

—El coronel Munro va hacia el norte y tú vas a seguirle los pasos. Préstale los servicios que puedas para engañarle y juégate la vida si hace falta. No debes separarte del coronel hasta que haya pasado más allá de los Vindhyas y llegue al valle del Nerbudda. Entonces vienes a avisarme.

Kalagani se limitó a decir que sí con la cabeza y desapareció entre la gente. Diez minutos tardó en salir de Bopal.

Balao-Rao se acercó al nabab.

—Debemos irnos — dijo.

—Sí — respondió el hermano —; debemos llegar al *pal* antes de que amanezca.

—Pues, en marcha.

Seguidos de su escolta siguieron la orilla del lago hasta una granja donde les esperaban los caballos. Eran de esos caballos corredores, capaces de cubrir 50 millas en una noche.

A las ocho ya galopaban camino del Nerbudda, adonde el nabab quería llegar antes de que saliese el sol para que no notasen su presencia.

Los dos hermanos avanzaban sin hablarse, pero ambos estaban dominados por un mismo pensamiento. De aquella excursión traían la esperanza de que muy pronto la India estaría otra vez en pie de guerra contra los ingleses. Toda la meseta central estaba en sus manos. Los acantonamientos ingleses, muy diseminados, no podrían resistir aquel alud.

Pero Nana Sahib tenía otro motivo de gozo. El coronel Munro había salido de Calcuta; desde ahora todos sus pasos iban a ser guiados por la mano de Kalagani, quien lo traería hasta los Vindhyas, donde nada podría arrancarlo al suplicio que el nabab le preparaba.

Balao-Rao no sabía nada de todo esto. Estaban ya cerca del *pal*, cuando su hermano le dijo:

—Munro salió de Calcuta y marcha hacia Bombay.

—El camino de Bombay va a morir en las playas del Océano Indico — le respondió su hermano.

—Para el coronel terminará en los Vindhyas.

Volvieron a poner los caballos al galope, y, a las cinco de la mañana, cuando ya clareaba, llegaban al Nazur, cuyo lecho conducía al *pal*. Allí dejaron los caballos en poder de dos *gunds* que debían conducirlos a una aldea cercana.

La calma era completa.

De pronto sonó un tiro seguido de varias descargas y se oyeron varios gritos:

—¡Bravo! Hurra! ¡Adelante!

Un oficial, seguido de unos cincuenta soldados del ejército real, apareció en lo alto del *pal*.

—Fuego — ordenó —, y que ninguno se escape.

Se oyó una descarga. Cinco o seis indios cayeron y los otros se arrojaron al torrente perdiéndose entre los árboles.

—¡Nana Sahib! ¡Nana Sahib! — gritaban los ingleses a la vez que penetraban en el barranco.

Uno de los heridos se incorporó para gritar:

—¡Mueran los invasores!

Después se desplomó.

—¿Es éste el nabab? — preguntó el oficial.

—Sí — le respondieron los soldados, que lo conocían por haber estado en la guarnición de Cawnpore.

—Pues ahora a los otros.

Y se lanzaron por el bosque en persecución de los que huían.

Apenas desaparecieron, una sombra pasó por lo alto del *pal*. Era la Llama Errante, cubierta por una túnica atada a la cintura. Ella había sido el guía inconsciente de las tropas inglesas. Había regresado al valle días antes y marchaba camino del *pal* de Tandit. Pero aquella vez, la loca, a quien todos creían muda, iba murmurando un nombre, sólo uno, el del asesino de Cawnpore.

—¡Nana Sahib! ¡Nana Sahib! — repetía inconscientemente como obedeciendo a una imagen interior.

Aquello chocó al oficial, quien con sus hombres siguió a la loca. La Llama Errante parecía no darse cuenta de que era seguida y se dirigió al *pal*. ¿Sería allí donde había encontrado refugio el nabab? Se adoptaron las medidas necesarias y se vigiló el Nazur. Los resultados ya los conocemos. El jefe de la insurrección de los cipayos había muerto.

Esto era lo que el telégrafo había transmitido a todo el país y lo que el coronel leyó en Allahabad. Esta vez no había duda acerca de la identidad. Los soldados habían reconocido a Dandu Pant y, además, podía comprobarse, como decía muy bien el periódico, la falta de un dedo de la mano izquierda.

La loca bajaba ahora el lecho del Nazur. De sus ojos parecía salir como un resplandor interno, mientras que sus labios continuaban murmurando el nombre del nabab. Llegó hasta el sitio en que estaban los cadáveres y se detuvo ante el que los soldados habían identificado como el de Nana Sahib. Su rostro, contraído por el odio, parecía amenazar aún a sus enemigos.

La loca se arrodilló ante él y puso sus manos sobre el cuerpo acribillado a balazos, manchándose la túnica de sangre. Estuvo un rato mirándolo detenidamente. Después se levantó y, moviendo la cabeza de un lado a otro, continuó bajando hacia el valle.

Había vuelto a su mudez habitual.

"LOS INCONMENSURABLES"

La frase con que Hauy calificó a la cordillera andina: "Los inconmensurables de la creación", quizá fuese más exacta aplicarla al Himalaya, al que ningún hombre ha logrado medir con precisión matemática.

Esa es la impresión que producía aquella región en cuyo seno íbamos a residir durante algunas semanas.

—A más de ser inconmensurables — nos dijo Banks —, las cimas más altas de esta cordillera son inaccesibles, porque a tal altitud el organismo humano no encuentra el oxígeno suficiente para la respiración.

Constituye el Himalaya una imponente barrera de rocas primitivas que se extiende desde el meridiano 72 al 95, con una longitud de 2.500 kilómetros, a través de las presidencias de Agra y Calcuta y los reinos del Nepal y el Bután, con una altura media superior a la del Monte Blanco en los Alpes. Existen en el Himalaya tres zonas claramente determinadas: la primera, que llega hasta los cinco mil pies de altura es apta para el cultivo del trigo en invierno y del arroz en verano; la segunda, que se extiende entre los cinco y los nueve mil pies, está cubierta de nieve, que se derrite en primavera, y la tercera, que alcanza hasta los 25.000 pies, es la región de las nieves perpetuas. Once pasos, algunos a veinte mil pies de altura, perforan esta cordillera, poniendo en comunicación la India con el Tibet, aunque el viaje bajo el peligro de las avalanchas, los torrentes y los hielos, resulte extraordinariamente difícil. En plena cordillera se encuentran los nacimientos del Cogra, el Yumna y el Ganges, dominados por altos picos, como el Dukia y el Kanchanyanga de más de 7.000 metros, el Yodunga de 8.000, el Devalagari de 8.500, el Chamulari de 8.700 y el Everest de 9.000. Todo esto forma un conjunto mucho más imponente que los Alpes y los Pirineos colocados unos encima de otros.

En las primeras estribaciones de la cordillera existen bosques abundantes de palmeras que, poco a poco, según se va subiendo, van dando paso a las encinas, cipreses y pinos.

Banks, que era quien nos daba estos pormenores, nos dijo también que en la vertiente de la cordillera que da al Tibet existen aldeas hasta los 15.000 pies de altura, en medio de abundantes pastos y campos de cebada y que, según aseguran los indígenas, se cubren de hierba en una sola noche. En la zona media abundan las cabras, y especialmente los carneros, y se encuentran perdices, faisanes, codornices y abutardas. En la parte alta sólo se encuentran jabalíes, gamuzas y gatos monteses, mientras que el águila es la única ave que surca las alturas.

Pero nada de esto parecía interesar al capitán Hod. Afortunadamente, para él existe al pie de las primeras estribaciones una zona de siete a ocho kilómetros de ancho, que los indios llaman el Cinturón de Tarryani, cálida y cubierta de maleza, en la que suelen abundar las fieras, y nuestro campamento estaba sólo a unos 500 metros sobre aquellos parajes.

—¿No se conoce aún bien esta cordillera? — pregunté a Banks.

—El Himalaya todavía guarda muchos secretos — me respondió.

—Pero se han hecho bastantes recorridos a través de ella — aventuré yo.

—Evidentemente; una legión de exploradores, entre los que recuerdo los hermanos Gerard de Webb, los oficiales Kirpatrik y Fraser, Hogdson, Herbert, Lloyd, Kooker, Cunningham, Strabing, Skinner, Johnson, Moorcroft, Thomson, Griffith, Vigne, los misioneros Huc y Gabet, los hermanos Schiagintweit, el coronel Wangh y los tenientes Reuillier y Montgomery, han realizado interesantísimos estudios; pero es aún mucho lo que falta por conocer. Ni siquiera puede asegurarse aún que sea el Everest el monte más alto; primero se supuso que era el Kinchinyinga, después el Devalagari, ahora el Everest. Según los chinos, el Kuen-Lun es más elevado que el Everest, pero aun no ha podido ser medido científicamente. (1).

—Todo se logrará con el tiempo — terció Hod —; como se harán los viajes al Polo Norte y al Polo Sur.

—Indudablemente.

—También se llegará a las mayores profundidades del océano.

—Evidentemente.

—Y se viajará al centro de la tierra.

—¡Hurra, Hod!

—Todo se hará — dije yo.

—Hasta llegar a los demás planetas — añadió el capitán.

—No lo creo, capitán — le respondí yo —; el hombre es habitante de la tierra y debe, al menos, conocerla íntegramente, pero no puede transponer sus fronteras.

—Ese es su deber, sí señor — agregó Banks —. Más tarde, cuando la tierra no tenga ya secretos para nosotros, entonces...

—Desaparecerá con él — concluyó Hod.

—No señor, lo que hará es sacar de este globo terráqueo el mayor partido posible. Pero, puesto que estamos aquí, les voy a poner en la pista de un descubrimiento interesante que, sin duda, les gustaría hacer.

—¿Qué es ello?

—En el relato del misionero Huc se habla de un árbol extraordinario al que los indios llaman árbol de las diez mil imágenes. Dice la leyenda que Tong-Kabac, el reformador del budismo, fué convertido en árbol y que su cabellera dió lugar al follaje del árbol en cuestión, en cuyas hojas el misionero asegura haber visto caracteres tibetinos que formaban los nervios de las hojas.

—No me parece nada mal ese árbol productor de hojas impresas — dije yo.

—Conteniendo preceptos de moral pura — agregó Banks.

—Merece la pena de ser encontrado — repliqué.

—Pues encuéntrenlo — nos animó Banks —. Si existe en la parte meridional del Tibet, tiene que encontrarse también en la vertiente meridional del Himalaya. He ahí un nuevo entretenimiento para sus excursiones.

—Yo, desde luego— dijo Hod —, vine aquí para cazar, y renuncio a todo alpinismo.

—Pero, hombre — le respondió Banks —, no puedo creer que un trepador tan audaz como usted...

—No haré más ascensiones.

—¿Por qué?

—Renuncié a ellas para siempre.

—No sabía. ¿Desde cuándo?

—Desde un día en que tras de enormes esfuerzos y de jugarme la vida varias veces puse el pie en la cúspide del Vrigel, en el reino de Bután. Me habían asegurado que nadie había estado jamás allí. ¿Sí, eh? ¿Saben ustedes lo que encontré? Las siguientes palabras grabadas en una roca: "Durand, dentista, 14, calle Caunmartin, París".

La forma en que nuestro amigo nos relató aquella historia, hizo que riésemos de buena gana durante un rato.

Varias veces en el curso de este relato he hablado de los *sanatoriums*, establecimientos situados a una cierta altura, donde las familias pudientes del país pasan los meses del verano, huyendo de la atmósfera tórrida de la llanura.

El más importante de todos es el Simla, a la altura del paralelo 31 y el meridiano 75 y a 2.000 metros de altitud; es como una pequeña Suiza con sus torrentes y arroyos y con sus preciosos chalets graciosamente distribuídos. Viene después el Doryling, a 500 kilómetros de la capital y a 2.300 metros de altura, dominado por el Kanchanyanga.

Y a estos dos *sanatoriums* y a otros muchos que existen había que agregar nuestra Casa de Vapor, magníficamente emplazada en el lugar

(1) De acuerdo a recientes estudios, la cordillera del Himalaya — nombre compuesto de dos palabras sánscritas que significan cordillera de las nieves — tiene una longitud de 2.200 kilómetros y una anchura de 250, por lo menos. Se ha confirmado que el monte Everest, con sus 8.840 metros de alto, es el punto más elevado de la cordillera y del planeta. Una expedición inglesa logró subir por el monte hasta 8.603 metros, en junio de 1924 (N. del T.)

en que el sendero que va por la parte baja de la montaña se bifurca en dos, a cinco millas de una aldea de simpáticos serranos, dedicados a la cría de la cabra y el carnero, y al cultivo del trigo y cebada.

En uno de los numerosos contrafuertes de la cordillera, nos establecimos en una llanura ligeramente ondulada, de una milla de longitud por media de anchura, cubierta de hierba, en la que se elevaban varios grupos de árboles — cedros, encinas, hayas, areces —, que se dirían desprendidos del bosque inmenso que surge a los lados del contrafuerte. Por la parte posterior de este valle corría un torrente que iba a desembocar en un estanque natural.

La Casa de Vapor había quedado emplazada en la cresta de la meseta, desde donde dominaba una multitud de cerros más pequeños. El primer coche se había situado a la derecha y oblicuamente, para que desde la galería y las ventanas del comedor y la sala pudiese contemplarse el panorama que se extendía al sur. A veinte pasos, y hacia la izquierda, apoyado sobre una inmensa roca de granito, estaba el segundo coche. Al fondo, resguardado bajo un cobertizo de grandes pandáneos, se hallaba nuestro magnífico "Gigante de Acero", que en comparación con la inmensidad del paisaje quedaba algo empequeñecido.

—Una mosca en la fachada de una catedral — había dicho el capitán Hod.

La imagen era exacta; precisamente detrás de nuestro elefante se elevaba una inmensa mole de granito de la cual hubiesen podido salir mil gigantes como aquél. Y la inmensa roca no era más que uno de los escalones de la monumental escalera que sube hasta la cresta de la cordillera. A veces, las nubes, más bajas que las altas cimas, achican el paisaje, y entonces los objetos vuelven a realzarse ante nuestros ojos. También sucede que las nubes se sitúen por debajo de nosotros, mientras que el sol brilla en las alturas en un cielo despejado, produciéndose curiosos efectos de luz.

Pero el viento cambia y arrastra consigo a todas aquellas nubes. La mirada del viajero puede extenderse de nuevo, desde el Himalaya, enorme y magnífico, hasta el confín de la llanura que se dilata a sus pies.

VAN GUITT, EL NATURALISTA

Al amanecer del día siguiente a nuestra llegada me despertó un rumor de conversaciones. Hod y su asistente charlaban animadamente en el comedor de nuestra casa.

Al llegar yo, Banks salía de su cuarto y el capitán lo interpelaba, diciendo:

—Parece ser que hemos llegado a puerto. Ya no se trata de un pequeño descanso, sino de una parada definitiva.

—En efecto — le respondió Banks —, y desde ahora puede organizar sus cacerías como tenga por conveniente, sin que el silbido del "Gigante de Acero" lo llame el campamento.

—¿Oyes tú?

—Sí, mi capitán.

—A poco que Dios me ayude no saldré de este campamento sin haber matado mi cincuenta. ¿Qué te parece, Fox? A mi entender, debe ser difícil matar el cincuenta.

—Sin embargo, caerá — dijo el asistente.

—¿Por qué cree usted que será difícil? — le pregunté.

—No sé qué decirle; es sólo un pensamiento de cazador.

—¿Se pondrán ustedes en campaña desde hoy? — preguntó Banks.

—Sí, señor. Vamos a iniciar un reconocimiento del terreno en el que llegaremos hasta los bosques de Tarryani. Espero que los tigres no los hayan abandonado.

—¿Cómo puede usted creer...?

—Tengo mala suerte.

—¿En el Himalaya? — exclamó Banks —. ¿Cabe esa posibilidad?

—Bueno; ya veremos ¿Nos acompaña usted Maucler?

—Eso pienso.

—¿Y usted Banks?

—Yo también, y hasta espero que se nos una Munro, aunque sólo sea como espectador.

—Pero como espectador bien armado, ¡eh! No es cosa de pasearse entre las fieras del Tarryani con un bastón. Esto las ofendería.

—De acuerdo.

—Y ahora nada de equivocaciones — dijo el capitán dirigiéndose a su asistente —. Cuatro carabinas Einfield para el coronel, Banks, Maucler y yo, y dos fusiles con bala explosiva para Gumí y para ti.

—Descuide usted, mi capitán.

Alrededor de las once, después de almorzar, salió la expedición bajando por el camino que cortaba diagonalmente la llanura. Algún tiempo después, al doblar un recodo del camino perdíamos de vista la Casa de Vapor. En ella habían quedado, con el sargento Mac Neil, Storr, Kaluth y monsieur Parazard. Había que terminar la instalación, y el "Gigante de Acero", tras el viaje que había soportado, necesitaba una revisión.

No llovía ya, pero seguíamos gozando de un tiempo fresco. Teníamos que bajar dos mil metros hasta los bosques de Tarryani, mas como, naturalmente, el camino no estaba dispuesto en línea recta, tardamos una hora y media en llegar hasta ellos. A la entrada, Hod nos dijo:

—¡Atención, amigos! Entramos en estos momentos en los dominios de las fieras, por lo cual es preciso ser prudentes y no alejarnos unos de otros.

Todos atendimos su indicación, montamos nuestras carabinas y avanzamos con cuidado.

No son las fieras el único peligro de estos lugares; hay que contar también con las serpientes, algunas de ellas como las belongas, las verdes, las serpientes látigo y otras muy venenosas, hasta el extremo de que es cinco o seis veces mayor el número de personas y animales que mueren a consecuencia de la mordedura de los reptiles que por ataques de las otras fieras. Era necesario avanzar con toda precaución, mirando bien dónde se iba a poner el pie o dónde se podría apoyar la mano.

A las doce y media habíamos llegado hasta la sombra de los grandes árboles, cuyas ramas cubren el camino por donde pasan las carretas de los montañeses transportando madera y que corre paralelo a la cordillera siguiendo la orilla del Tarryani.

Nosotros marchábamos por el camino, no con propósitos de caza, sino con el fin de conocer la distribución general del bosque, pero encontramos huellas indudables de que las fieras no habían abandonado aquellos parajes como había temido Hod.

De pronto, el capitán, que marchaba delante de nosotros, lanzó una exclamación y todos nos detuvimos.

En el ángulo de una plazoleta rodeada de árboles, como a unos veinte pasos de distancia, se levantaba el más original edificio que haya visto en mi vida. Una serie de troncos clavados en el suelo y atados entre sí con cuerdas de ramas, sostenían a otra serie de troncos transversales que formaban el techo y que iban encajados en la parte superior de los verticales. Allí no se veía ninguna entrada, a no ser que ésta estuviese oculta por un grueso tronco, cuya parte superior sobresalía un poco de los demás. Una serie de largas varas flexibles rodeaba la construcción; esas varas se unían entre sí por encima del techo, sostenida por otra algo más fuerte y dispuesta en forma de palanca horizontal, de cuyo extremo pendía un nudo corredizo hecho con trenza de lianas.

—¿Qué es esto? — pregunté yo.

Después de examinarlo, Banks dijo:

—Esto no es otra cosa que una ratonera, pero dado su tamaño pueden ustedes suponer la clase de ratones a que está designada.

—¿Es una trampa para tigres? — exclamó Hod.

—Eso creo — continuó Banks —, y la puerta cerrada por el tronco que estaba suspendida por ese nudo de lianas ha debido caer porque algún animal habrá tocado la báscula interior.

—Es la primera vez que veo en la India un aparato de este género — dijo el capitán —. Esto me parece indigno de un cazador.

—Y también de un tigre — agregó su asistente.

—Quizá — continuó el ingeniero —; pero si lo que se busca es destruir a esas fieras y no el placer de la caza, el sistema más eficaz es el que logre atrapar a un mayor número, y este aparato me parece ingeniosamente dispuesto para no despertar desconfianza en los bichos.

—Y, puesto que la puerta está cerrada, debe haber algún animal dentro — añadió el coronel.

—Ahora lo veremos — dijo Hod —. Y como el ratón no esté muerto...

Todos estábamos convencidos de que aquella era una trampa de las que tan frecuentemente se encuentran en los bosques de la Malasia. Y no cabía duda de que la que teníamos ante nosotros estaba bien construída. Era sólida y sensible.

Hod, seguido de Fox y Gumí, se adelantó hasta ella y la examinó con detenimiento. Los intersticios que había entre una y otra madera no dejaban ver nada del interior. El capitán aplicó el oído y tampoco pudo oír nada. No nos habíamos equivocado al suponer que uno de aquellos troncos hacía las veces de puerta; en efecto, era así. Había caído a tierra entre dos ranuras y no cabía hacer otra cosa que levantarlo para entrar.

—No se oye nada — dijo el capitán —; esta ratonera está vacía.

—De todos modos — le aconsejó Munro —, sean prudentes.

—¡Adelante, Gumí! — dijo Hod.

El indio comprendió lo que se le pedía, y como era ágil y flexible como un mono, subió de un salto al techo de la trampa, encaramándose después a las varas que había encima y pasó el nudo corredizo por el agujero del tronco-puerta. Para abrir, sólo era menester hacer un movimiento de palanca.

Pero esto requería movilizar a las reservas. Así es que el coronel, Banks, Fox y yo pusimos manos a la obra. Gumí habíase quedado arriba para desprender la palanca si tropezaba con algún obstáculo, y Hod, que estaba al acecho ante la puerta, nos gritó:

—Si hace falta iré a ayudarles, pero si no soy necesario prefiero quedarme aquí, y si sale un tigre lo saludaré al paso.

—¿Lo considerará su 42? — pregunté al capitán.

—Ya lo creo, porque estaría muerto en plena libertad.

—Bueno, no me parece prudente vender la piel del oso antes de matarlo — bromeó Banks.

—Especialmente cuando el oso puede ser un tigre — agregó el coronel.

—Preparados — dijo Banks —. ¡Aúpa! ¡Aúpa!

El tronco aquel era enormemente pesado y corría mal, pero conseguimos levantarlo un pie del suelo. Hod habíase agachado y miraba a ver si aparecía alguna enorme garra; pero nada.

—¡Un esfuerzo más! — gritó el ingeniero.

Con la ayuda de Gumí, que presionaba la parte superior de la palanca, el tronco siguió subiendo hasta dejar una abertura suficiente para que saliese cualquier animal.

Pero no salió ninguno.

Quizá el ruido que habíamos hecho le asustase y hubiese buscado refugio en el fondo de la trampa, esperando un momento propicio para salir de un salto y perderse en el bosque.

Aquel instante no dejaba de tener cierta emoción. Vi como el capitán se levantaba y avanzaba hacia la puerta, con el dedo en el gatillo de su carabina, buscando un sitio que

le permitiese divisar todo el interior de aquella rara construcción. El tronco estaba completamente levantado y la luz entraba de lleno.

De pronto se oyó un ruido, al que siguió un gruñido sordo o más bien un bostezo. No cabía duda, allí había un animal que dormía y al que acabábamos de despertar. El capitán avanzó algunos pasos y luego apuntó con su carabina a una masa que se movía en la penumbra. Pero la masa dió un grito de terror, tras lo cual se oyeron las siguientes palabras pronunciadas en inglés:

—¡Por favor, no tire usted!

Y un hombre salió fuera de la trampa.

Nuestro estupor fué tal que soltamos la polea y la puerta cayó pesadamente.

Mientras tanto, el personaje que había salido de la trampa se dirigió al capitán, que le apuntaba con la carabina en medio del pecho, y le dijo no sin cierto aire impertinente:

—Haga el favor de bajar el fusil; no está usted ante un tigre del Tarryani.

Hod, tras de cavilar un instante, colocó su carabina en posición menos temible.

—¿A quién tenemos el honor de hablar? — preguntó Banks acercándose al hombre.

—A Matías Van Guitt, naturalista y proveedor de fieras para las conocidas firmas Carlos Rice de Londres y Hagembeek de Hamburgo. ¿Y ustedes?

—Coronel Munro y sus compañeros de viaje — respondió Banks.

—Que han venido a dar un paseo por el Himalaya, ¿no? Magnífica excursión, ¿verdad? Pues estoy completamente a su servicio.

¿Quién sería aquel extraño sujeto? Quizá estuviese un poco loco, como lo hacía suponer el que viviese de aquel modo en una prisión para tigres.

Aquel señor que se titulaba a sí mismo naturalista y proveedor de fieras, tenía más bien el aspecto de un viejo actor retirado.

En efecto, Matías Van Guitt era un hombre de unos cincuenta años, de tez pálida y larga nariz. Usaba lentes y el pelo empezaba a escasear en su cabeza. Era enormemente expresivo y acompañaba de gestos todo cuanto decía, como esos actores decadentes que no se resignan a dejar las tablas y continúan haciendo un poco de teatro en la vida.

M. Van Guitt cuidaba con esmero su lenguaje, empleando sólo palabras escogidas y un tanto rebuscadas.

Nos dijo que era un antiguo profesor de Historia Natural en el Museo de Rotterdam, pero que le fué imposible hacer fortuna en el profesorado. Nosotros pensamos que indudablemente debía resultar excesivamente cómico para sus alumnos. Las circunstancias, pues, le habían hecho abandonar la zoología teórica por la práctica, donde tuvo suerte llegando a ser proveedor oficial de dos importantes casas, de Hamburgo y de Londres, que suministran, a su vez, fieras al mundo entero. Había recibido un importante pedido, razón por la cual se encontraba en la India, y su campamento estaba establecido a unas dos millas de la trampa en donde le habíamos encontrado.

—Pero, ¿cómo es que estaba en esta trampa?

—Ayer por la tarde, cuando ya Febo había recorrido su trayectoria diurna, tuve la idea de ir a visitar una de las trampas para tigres, levantadas bajo mi dirección. Dejé mi *kraal*, que espero me harán el honor de visitar, y tomé el camino que conduce a esta plazoleta. Venía solo; las gentes a mis órdenes se hallaban, en aquellos momentos, dedicadas a las faenas que les son propias, y no quise interrumpir su trabajo. Me declaro reo del delito de imprudencia, pero ya no tiene remedio. Cuando llegué ante esta trampa que ustedes ven, la puerta estaba levantada, por lo que deduje que ninguna fiera había entrado en ella. Sentí el impetuoso deseo de comprobar si se encontraba en perfecto estado de funcionamiento y, diestramente, me introduje en su interior.

Sería imposible explicar los gestos con que M. Van Guitt acompañó sus últimas palabras.

—Al llegar al fondo de la trampa — continuó el naturalista — examiné el cuarto de carne de cabra, colocado para que sus emanaciones, gratas al olfato de las fieras, las atraigan hasta aquí. Comprobé que no había sido tocado, y pensaba ya retirarme, cuando un movimiento, torpe pero involuntario de mi brazo, hizo mover la báscula, cerrándose la puerta de la trampa con un golpe seco y rápido. Había caído en mi propia trampa.

El proveedor de fieras guardó silencio por unos instantes, para darnos el tiempo necesario para comprender toda la gravedad de la situación.

Nosotros hacíamos grandes esfuerzos por contener la risa, imaginándonos el suceso. Por fin, Banks se dirigió a él:

—De modo que su campamento está situado en esta parte del Tarryani.

—A dos millas escasas, como he tenido el alto honor de comunicar a ustedes, y espero me honrarán dejándose conducir por mí hasta el *kraal*.

—Con mucho gusto — dijo el coronel.

—Estoy presto a conducirlos a mi *kraal* — dijo el naturalista.

En aquel momento se oyeron gritos en el bosque y una media docena de indios se presentó a nuestra vista.

—Es mi gente — dijo Van Guitt —. Y ruégoles muy encarecidamente no comenten ante ellos mi aventura, pues ello iría en desmedro del prestigio que debo conservar.

Hicimos un gesto de aquiescencia, que le tranquilizó.

—Patrón — dijo uno de los indios cuya fisonomía impasible e inteligente me chocó —, hace más de una hora que lo buscamos.

—Me hallaba con estos caballeros que tienen la bondad de ir a visitar nuestro *kraal*; pero antes hay que armar la trampa.

Indicio infalible



EL ABOGADO.—*Creo que perderemos el juicio, muchacho. El acaba de preguntarme quién ocupará tu puesto en el equipo de fútbol.*

Mientras los indios se dedicaban a esa operación, Van Guitt nos invitó a visitar su interior, y Hod y yo le seguimos.

Aquel sitio era demasiado estrecho para que el proveedor de fieras pudiese producir sus amplios ademanes y se sentía algo violento.

—Le felicito —dijo Hod—, esto está muy ingeniosamente ideado.

—Puede estar seguro de ello mi capitán —repuso Van Guitt—, esta clase de trampas es infinitamente superior a los antiguos hoyos cubiertos con estacas y a los árboles flexibles y encorvados, mantenidos en forma de arco y provistos de un nudo corredizo.

Apenas terminó su frase el naturalista cuando se oyeron gritos en el exterior. Hod y yo nos lanzamos fuera.

¿Qué había ocurrido?

Una serpiente látigo acababa de ser cortada en dos por la varita de un indio, en el momento en que se lanzaba sobre el coronel. Era precisamente el indio que había despertado mi interés y cuya rápida intervención acababa de salvar la vida del coronel Munro.

Los gritos que habíamos oído eran lanzados por uno de los servidores del *kraal*, que se retorcía en el suelo presa de los últimos estertores de la agonía. Por fatalidad, uno de los trozos de la serpiente cortada había caído sobre su pecho clavándole los dientes e introduciéndole aquel veneno que mata en menos de un minuto, sin que pueda hacerse nada para evitarlo.

Nos acercamos al coronel.

—¿Te ha tocado? — preguntó, anhelante, Banks.

—No; tranquilízate.

Luego se volvió al indio a quien debía la vida, para decir:

—Gracias, amigo mío.

El indio aquel hizo un gesto que significaba que no valía la pena.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el coronel.

—Kalagani.

EL "KRAAL" DE VAN GUITT

La muerte de aquel pobre indio nos había impresionado vivamente. Su cuerpo se descomponía por momentos y fué necesario enterrarlo de inmediato.

Contra el veneno de las serpientes látigo no se conoce antídoto, y aquel desdichado era una víctima más que agregar a las muchas producidas por esa clase de reptiles.

En cuanto terminó el entierro del indio, llevado a cabo por sus compañeros, emprendimos el camino en dirección al *kraal* de M. Van Guitt, a donde llegamos media hora después.

Aquel campamento era un verdadero *kraal*, como se dice en Africa del Sur. Se trataba de un recinto construído en el centro de una gran plazoleta, rodeado de una alta empalizada en la que se abría una puerta lo suficientemente ancha para que por ella pudiesen pasar los carros. Al fondo del recinto cercado se levantaba una construcción hecha con troncos y tablas y que servía de casa-habitación para todo el personal del *kraal*, su jefe inclusive. Seis jaulas divididas en varios compartimientos se alineaban a la izquierda, y los rugidos que salían de ella hacían suponer de qué clase eran sus moradores. A la derecha, una docena de búfalos pastaban tranquilamente dentro de un cercado descubierto. Seis carreteros y diez indios, especialistas en la caza de fieras, componían todo el personal del campamento.

Matías Van Guitt y sus hombres vivían en aquel campamento desde hacía meses, expuestos, no sólo a los ataques de las fieras, sino también a las asechanzas de la malaria, huésped habitual de las orillas del Tarryani; pero todos ellos estaban acostumbrados a la vida en aquellas regiones y podía considerárseles inmunizados. No era ése nuestro caso, pero nosotros no pasaríamos allí más que alguna que otra noche al acecho, y la mayoría de los días volveríamos por la tarde a la Casa de Vapor.

Cuando llegamos al campamento se abrió la puerta para darnos paso, y el naturalista que parecía encantado de nuestra presencia, nos dijo:

—Permítanme, ahora, que les haga los honores de mi *kraal*, que está dispuesto para responder a todas las exigencias de mi profesión. Como ustedes pueden ver, no se trata de otra cosa que de una choza en grande, lo que los cazadores del país conocen con el nombre de *huddi*.

Después visitamos las casas de las fieras, constituídas, como queda dicho, por seis jaulas, montadas cada una sobre cuatro ruedas. Su distribución recordaba esas exposiciones que los circos ambulantes suelen hacer en las ferias, aunque faltaban, naturalmente, los carteles anunciadores, chillones y de vivos colores. Cada jaula tenía tres compartimientos que podían comunicarse entre sí en caso de necesidad. Aquellas jaulas estaban ocupadas a la sazón por siete tigres, dos leones, tres panteras y dos leopardos.

El naturalista nos confesó que necesitaba aún dos leopardos, un león y tres tigres para completar su colección, y que, una vez capturadas dichas fieras, se pondría en camino hacia la estación más próxima, desde donde tomaría el tren para Bombay.

Las fieras capturadas ofrecían un aspecto magnífico. No habían tenido aún tiempo de acostumbrarse a la cautividad, por lo que se les veía muy inquietas, paseando de un lado para otro, lanzando rugidos espantosos y dando manotadas a las barras de hierro, algunas de las cuales habían logrado encorvar.

Al presentarnos nosotros, el mal humor de las fieras aumentó, sin que ello pareciera producir el menor efecto en Matías Van Guitt.

—Desearía que nos hiciese el favor de darnos algunas explicaciones sobre las fieras que ha venido a buscar a esta parte de la India. Soy cazador; pero le advierto que no le haré competencia, y aun estoy dispuesto a prestarle ayuda para que termine su colección. Claro que, cuando esté completa, supongo que no le molestará que me dedique a la caza para divertirme.

Matías Van Guitt parecía resignado a aceptar lo que no podía impedir, y reconoció que en el Tarryani había numerosos animales co solicitados en el mercado, cuya caza justificarse.

—Puede usted matar jabalíes — le Hod —, aunque estos paquidermos no sean nívoros.

—¡Carnívoros! —exclamó el capitán.

—Quiero significar que son hervívoros, caza no está, ni mucho menos, exenta de ligros.

—¿Y los lobos?

—Abundan en todo el territorio de la sula, y en manadas suelen ser peligrosos; lo que a mí concierne, no les dedido la nor atención.

—¿Y los osos?

—Tienen ya un cierto interés com aunque los que existen en la India no sean buscados como sus congéneres de la de los ursinos. Claro que, fuera del inv estos animales son inofensivos, y no presa a propósito para un verdadero como el señor capitán Hod.

El interpelado dió a entender con un que haría lo que le pareciese conven aunque respetando mucho las opiniones naturalista.

—Por otra parte —continuó Van Guitt — trata de animales botanófagos.

—¿Botanófagos?

—Quiero decir que se alimentan excl mente de vegetales y no tienen la menor comitancia con las especies feroces que dan en el país.

—¿Incluye usted entre éstas al leopard — preguntó el capitán.

—Evidentemente, sí. Es ágil, audaz, vali sabe y puede trepar a un árbol, por lo que ocasiones, resulta más peligroso que el tigre.

—¡Oh! — exclamó el capitán.

—Créame, caballero, cuando el cazador tiene la seguridad de hallar refugio en un bol, está expuesto a ser cazado.

—¿Y la pantera?

—Magnífico animal, del que poseo, como den ustedes apreciar, soberbios ejemplares. ne la particularidad de poder ser adiestrada ra la caza, como hacen los *raydas* de G war. Cuando el soberano sale a cazar con acompañamiento, lleva a la pantera amae da en un palanquín, con la cabeza cubierta una capucha. Cuando la comitiva llega vista de un rebaño de antílopes, se quita caperuza a la pantera, y ésta se lanza sobre rebaño, siempre con éxito magnífico. Sí, ñor capitán, hallará usted panteras en el rryani; pero le prevengo que esas no amaestradas.

—Afortunadamente.

—Como tampoco los leones — prosiguió el turalista a quien la observación de Hod no bía caído muy en gracia.

—Los leones. Hablemos de ellos; si gusta.

—Los leones de la India son considera por mí como inferiores a los de la anti Libia. Les falta esa hermosa melena, signo tintivo de los reyes de la animalidad, y me la impresión de pobres sansones esquila Debo añadir que esta pobre raza degener ha desaparecido casi enteramente de la In central para buscar refugio en el Katia el desierto de Thiel y las orillas del Tarry Y, créanme, amigos míos, de un león pue uno salvarse; de un tigre, jamás.

—¡El tigre! — exclamó el capitán.

—¡Sí, el tigre! — exclamó Fox.

—Es el que merezca la corona real — co nuó el naturalista —. Se dice tigre real y león real, y ello no puede ser más justo. India le pertenece por entero y él sólo la boliza. ¿No fué, acaso, el primer ocupante su suelo? ¿Quién puede, pues, poner en d su derecho a considerar como invasores a tod aquellos que ponen sus plantas en este mag fico país? Pero resiste valientemente; se le

encuentra en todas las regiones y no ha abandonado uno solo de los distritos de sus mayores, desde el cabo Comorin hasta la barrera del Himalaya. En el Sunderbund se hallan como en su propia casa; reinan como señores, y desgraciado del que intente disputarles su territorio. En las Nilgiri vagan en manadas como los gatos monteses. Por eso están solicitados en Europa y constituyen el orgullo de los coleccionistas. Es la gran atracción de las casas de fieras; el que pone en peligro la vida de los domadores y hace estremecer al público de los circos; el que los *raydas* pagan a peso de oro; el que se cotiza con prima en las bolsas de fieras de Europa. ¿Cuál es la caza que da lustre y realce a los oficiales? La del tigre. ¿Qué hace un *rayda* cuando quiere honrar a sus huéspedes? Ordena que se lleve un tigre real en una jaula que se coloca en el centro de una amplia llanura; el *rayda*, sus convidados, sus oficiales, armados y en su mayoría montados en soberbios solípedos...

—¿Solípedos?...

—Caballos, si usted prefiere, que sienten la presencia del tigre y se encabritan. Entonces se abre la jaula, la fiera ataca y se defiende infligiendo generalmente a su rabia un número crecido de víctimas. Hubo casos en que logró romper el círculo de hierro que lo aprisionaba; pero la mayoría de las veces sucumbe, aunque su muerte sea una muerte gloriosa.

—¡Bravo, Mr. Van Guitt! —exclamó el capitán, que empezaba a animarse—. Declaro que debe ser un espectáculo soberbio. Sí, el tigre es el rey de los animales.

Entonces, intevino Banks:

—Los tigres —dijo— son indudablemente los reyes de la creación, y convengo en ello; pero se trata de soberanos algo peligrosos para sus súbditos. En 1862, estos graciosos animalitos se comieron a todos los telegrafistas de la estación establecida en la isla Saungor. Se habla de una tigresa que hizo en tres años 118 víctimas, mientras que otra ostenta el "record" de 127 personas. Me parece demasiado. Puedo añadir que desde que se desarmó a los cipayos, en tres años, 12.554 individuos parecieron a causa de esos reyes.

—¿Pero olvida usted que se trata de animales omófagos? —preguntó el profesor.

—¿Omófagos? —inquirió el capitán.

—O sea que comen carne cruda y, en opinión de los indios, cuando han probado la carne humana no les gusta ya otra.

—¿Y adónde va usted a parar con eso? —preguntó Banks.

—Simplemente —respondió el naturalista sonriéndose— a señalar que obedecen a su naturaleza..., y se ven en la necesidad de alimentarse.

UNA SOBERANA DEL TARRYANI

Ya era hora de volver a la Casa de Vapor; así que nos despedimos de M. Van Guitt, con el que convinimos en mantener relaciones constantes.

El naturalista y el capitán no eran, al separarse, los mejores amigos del mundo, pero, a pesar de ello, M. Van Guitt ofreció a Hod suministrarle cuantos informes pudieran serle útiles, mientras que el capitán se comprometió a prestarle su ayuda para que pudiese completar la colección. Los *chikaris* del naturalista, perfectos conocedores del terreno, podían ser muy provechosos para las expediciones que planeaba el capitán.

Sir Edward Munro, que no pensaba probablemente convertirse en un asiduo concurrente al *kraal*, dió las gracias nuevamente, antes de retirarnos, al indio que le había salvado la vida, y le aseguró que sería siempre bien recibido en nuestro campamento.

Kalagani se inclinó con frialdad, y si le satisfizo la actitud del coronel, supo disimularlo muy bien.

Llegamos a la Casa de Vapor a la hora de comer y, naturalmente, hablamos del naturalista y su *kraal*.

Los días 27, 28 y 29 de junio llovió torrencialmente, lo que hizo imposible organizar nuevas expediciones. El 30 dejó de llover y cambió la apariencia del cielo, por lo que el capitán, Fox, Gumí y yo nos dispusimos a bajar al *kraal*.

Durante la mañana recibimos la visita de varios montañeses de aquellos contornos, gentes leales, sencillas y valientes, que habían oído hablar de la aparición de una pagoda en plena montaña.

Nuestro tren les produjo una gran impresión, particularmente el "Gigante de Acero", ante el cual llegaron a la adoración.

El coronel recibió amablemente a esos indios de la montaña, muy superiores a los de la llanura, y la conversación giró en torno a Nana Sahib y la parte de la frontera en que se refugió después de su derrota. Aquellos hombres no nos aportaron ningún dato nuevo, pero yo pude darme cuenta de que nuestro amigo, al decidirse a emprender aquel viaje al norte del país, lo había hecho con el objeto de obtener datos acerca de las andanzas del nabab.

El capitán Hod dirigió sus preguntas hacia el tema de los tigres. Los montañeses le aseguraron que éstos abundaban, no sólo en el Tarryani, sino en cualquier sitio de la llanura en que hubiese altas yerbas entre las que poder esconderse para estar al acecho.

—¡Malditos bichos! —decían con indignación los montañeses, los cuales tenían de las fieras opiniones distintas a las del naturalista y el capitán.

Nuestros visitantes se marcharon muy complacidos por la acogida que les habíamos dispensado, y prometieron volver.

En cuanto se marcharon emprendimos nuestra excursión, y al llegar a la plazoleta donde estaba la trampa de la que libertamos a Van Guitt, el naturalista apareció ante nuestra vista.

Kalagani y otros de sus dependientes estaban empeñados en hacer pasar a una de las jaulas un tigre que había caído en la trampa durante la noche.

Era un magnífico animal, y el capitán sintió cierta envidia.

—Uno menos— murmuró en un suspiro.

—Y uno más en mi colección —le respondió el proveedor—. Ya no me faltan más que dos tigres, un león y dos leopardos. ¿Me acompañan al *kraal*, caballeros?

—Muchas gracias; pero hoy es nuestro primer día de caza —dijo el capitán.

—En ese caso pongo a Kalagani a su disposición. Conoce perfectamente el bosque y les será útil.

—Lo aceptamos y quedamos muy reconocidos.

Van Guitt nos saludó con uno de sus innumerables gestos y se dirigió hacia el *kraal*, siguiendo la jaula que llevaba al tigre.

—Vamos a entrar en campaña —dijo el capitán—; estoy ansioso por matar mi 42.

—Y yo mi 38 —agregó Fox.

—Y yo mi número uno —añadí.

Estas últimas palabras y el tono en que las pronuncié hicieron sonreír al capitán Hod. Evidentemente yo carecía del fuego sagrado.

El capitán se volvió hacia Kalagani para preguntarle:

—¿Conoces bien la zona?

—La he recorrido infinidad de veces toda ella, de noche y de día.

—¿Sabes si hay algún tigre por los alrededores del *kraal*?

—Sí, una tigresa. La han visto en lo alto del bosque a unas dos millas de aquí. Si ustedes quieren...

—Queremos— replicó Hod.

Entonces, nos pusimos en camino, guiados por Kalagani.

Tardamos una hora en llegar, andando a buen paso, a la orilla de un arroyo torrencial, cerca del cual había una plazoleta, en cuyo centro se alzaba un poste del que pendía un cuarto de buey, en torno al cual una docena de chacales, a los que nuestra presencia puso en fuga, se disputaban la presa.

—Capitán — dijo Kalagani —, va a ser aquí donde esperaremos a la tigresa. Ya ve usted que es un sitio favorable para el acecho.

El indio tenía razón. Allí era fácil esconderse en los árboles o detrás de las rocas, y fué lo que hicimos.

Gumí y yo nos subimos a un mismo árbol, mientras el capitán y su asistente se encaramaron a una encina cada uno. Kalagani se escondió tras de una roca a la que podía subir en caso de necesidad.

Todo lo que debíamos hacer era esperar. Los chacales dispersos aquí y allá llenaban el aire con sus aullidos, pero sin atreverse a acercarse al cebo. De pronto, estos animales enmudecieron y dos o tres de ellos, atravesando la plazoleta de un salto, fueron a perderse en lo más intrincado del bosque.

Kalagani nos indicó con una señal que estuviésemos preparados, y se dispuso a trepar por la roca. Nuestras armas estaban dispuestas; cuando apareciese la tigresa se vería atrapada en un círculo de fuego.

Las ramas empezaron a moverse en la espesura y se oía el crujir de leña seca. No había duda, un animal se acercaba a la plazoleta. Pero venía sin apresurarse, como si su instinto le dijese que allí existía un peligro. Sin embargo, el hambre pudo más que la prudencia, y, poco después, una tigresa de gran tamaño se mostró a través de las ramas. Tras unos segundos de vacilación, dirigióse hacia el poste a rastras como si fuese un reptil.

Sonaron dos disparos.

—¡Cuarenta y dos! —exclamó el capitán.

—¡Treinta y ocho! —gritó Fox.

Los dos habían hecho fuego al mismo tiempo, y la tigresa, herida en el corazón, rodó por tierra. Inmediatamente nos acercamos a ella. No se movía.

Pero, ¿a quién debía atribuírsele su muerte? ¿Cuál de las dos estadísticas debía engrosar?

Se abrió el cadáver, y vimos que tenía el corazón atravesado por dos balazos. Correspondía, pues, medio tigre a cada uno, como hizo notar el capitán, y ninguno hubiera cedido su derecho por nada del mundo.

Dejando a Gumí y Fox en la plazoleta para que despojasen a la fiera de su piel, regresamos a la Casa de Vapor.

No es cosa de describir todos los pormenores de nuestras diarias cacerías. Baste con decir que el capitán y su asistente no tuvieron por qué quejarse. Por eso me limitaré a relatar sólo aquellos incidentes que ofrezcan algo de particular.

El 10 de julio se organizó una cacería en el *huddi*, es decir, en una especie de choza rodeada de muros con aspilleras que suelen levantarse a orillas del río donde los animales van a beber. Las fieras están acostumbradas a verla y no desconfían, por lo que se exponen directamente al fuego de los cazadores. Pero de todas maneras, es preciso herirles mortalmente al primer tiro, pues de lo contrario la fiera se vuelve extraordinariamente peligrosa, y no siempre el *huddi* ofrece un refugio seguro contra sus acometidas. Y eso fué lo que sucedió en aquella ocasión.

Matías Van Guitt había decidido acompañarnos, quizá con la esperanza de apoderarse de

Gentileza



—Y ahora, señora de González, tranquilícese y díganos a su manera por qué se vió usted obligada a matar a su marido.

algún tigre que sólo estuviese herido y al que pensaría curar en el *kraal.*

Estábamos al acecho cuando aparecieron tres tigres. Sonó la primera descarga, pero las fieras, heridas ligeramente, se lanzaron sobre el *huddi.* Una segunda descarga acabó con dos de ellas, pero la tercera saltó al interior con una paletilla chorreando sangre.

—A éste lo atraparemos vivo — gritó el naturalista.

Como si lo hubiese comprendido, el animal se lanzó sobre él, derribándolo, y hubiera dado cuenta de sus huesos si una bala disparada por el capitán no lo dejase muerto en el acto.

—¡Caramba, capitán! — exclamó el profesor en vez de darle las gracias —; pudo usted haber esperado algo.

—¿Quería usted que esperase a que le abriese el pecho de una manotada?

—Una manotada de tigre no es mortal.

—Esté tranquilo que la próxima vez esperaré.

El 13 de julio, Matías Van Guitt vino a hacernos una visita. No había podido añadir ningún nuevo ejemplar a su colección y esto lo tenía de pésimo humor, que no hacía nada por disimular.

Kalagani y los *chikaris* de su personal acompañaban al proveedor en aquella visita.

La instalación del *sanatorium* le gustó muchísimo y aceptó la invitación de quedarse a comer, que le formuló el coronel.

Mientras monsieur Parazard preparaba los distintos platos, el naturalista quiso visitar nuestra instalación, no regateando sus elogios para las habitaciones rodantes, sin que el "Gigante de Acero" le causara mucha impresión. ¿Cómo podía él aprobar la creación de un animal artificial?

—No juzgue mal a nuestro elefante — le dijo Banks —, se trata de un animal poderoso que podría arrastrar estas dos casas y todas las jaulas de usted.

—Dispongo de mis búfalos de paso reposado y seguro — contestó el profesor.

—Pero el "Gigante de Acero" no teme a los tigres — insistió Banks.

—Naturalmente; pero, ¿por qué habían de atacarlo las fieras? No creo que sientan un gran interés por la carne metalizada.

Sin embargo, Kalagani y los indios se sintieron grandemente impresionados por nuestro elefante.

Los platos preparados con todo esmero por monsieur Parazard y regados con las provisiones de nuestra bodega encantaron al naturalista, quien comió y bebió de lo lindo, hasta el extremo de que, al separarnos por la tarde, siendo los mejores amigos del mundo, necesitó el auxilio de los indios para poder llegar al *kraal.*

El 16 de julio, en el momento en que un tigre estaba a punto de trasponer la puerta de una de los trampas de Van Guitt, fué muerto de un tiro por el capitán Hod, lo que provocó una agria discusión entre ambos, a la que puso término la intervención del coronel Munro, comprometiéndose el capitán a respetar en lo sucesivo las fieras que manifestasen deseos de dejarse atrapar por los ingeniosos aparatos del naturalista.

Vinieron después unos días de lluvias que nos tuvieron recluídos en la Casa de Vapor con gran disgusto de nuestra parte.

El 23 de julio, se presentaron en el campamento algunos montañeses de la frontera, procedentes de la aldea de Suari que estaba a unas cinco millas de nuestro campamento, en el límite septentrional del Tarryani.

Uno de ellos nos dijo que hacía algunas semanas había aparecido una tigresa que tenía consternada a la comarca. Había diezmado dos rebaños, y los montañeses pensaban ya en abandonar la aldea, en vista de que no existía seguridad para los animales ni para las personas.

El capitán Hod se ofreció en seguida para poner a su servicio su experiencia de cazador, pero comprendí que aquellos hombres no tomaban muy en serio la oferta.

—¿Me acompañará, Maucler? — preguntó el capitán.

—Desde luego — respondí —; por nada del mundo faltaría a una operación tan importante.

—También yo pienso ser de la partida — declaró el ingeniero.

—Gran idea, Banks.

—Sí, capitán, tengo grandes deseos de verlo en acción.

—¿Y yo no iré? — preguntó Fox.

—¡Ah, tunante! — dijo el capitán —. Te veo ansioso por completar tu medio tigre. Sí, vendrás, Fox.

Como se trataba de una expedición de cuatro o cinco días, Banks preguntó a Munro si quería acompañarnos, pero el coronel agradeció la oferta diciéndole que pensaba aprovechar el tiempo en hacer una excursión por la cordillera con Mac Neil y Gumí.

Acordamos salir aquel mismo día para el *kraal* a fin de pedir a Van Guitt que nos prestase algunos *chikaris,* los que podrían sernos muy útiles.

El naturalista se mostró muy encantado con las hazañas de la tigresa, que servirían para realzar entre los entendidos el valor de las fieras de la India, y no tuvo inconveniente alguno en poner a nuestra disposición tres de sus *chikaris,* además de Kalagani.

Nos pusimos en camino a las dos de la tarde y antes de las cuatro habíamos llegado a Suari.

Encontramos la aldea en un estado de gran excitación y pánico. Precisamente, aquella mañana una pobre india había sido sorprendida por la fiera en las proximidades de un arroyo.

Nos instalamos en la casa de un rico hacendado inglés de aquellos contornos.

Nuestro anfitrión tenía motivos para quejarse de las andanzas de la fiera, y de buena gana hubiese dado por su cabeza algunos miles de rupias.

Capitán Hod — nos dijo —, recuerdo que hace algunos años, en el centro del país, una tigresa obligó a huir a los habitantes de trece aldeas, convirtiendo en eriales doscientos cincuenta millas de tierra fértil. Y aquí será preciso abandonar la provincia entera.

—¿Han hecho ustedes todo lo posible para acabar con ella? — preguntó Banks.

—Todo: lazos, fosos y hasta cebos impregnados en estricnina, pero el resultado ha sido nulo.

—Señor mío — dijo Hod —, no puedo asegurarle que tengamos éxito, pero sí que har[emos] cuánto está en nuestras manos.

Aquel mismo día, en cuanto termina[mos] nuestra instalación, inicióse una batida a la [...] se unieron veinte montañeses que conocían [per]fectamente el terreno.

Durante los días 24, 25 y 26 de julio bati[mos] toda aquella parte de la montaña, sin resul[tado] alguno, si se exceptúan dos tigres que vini[eron] a aumentar la colección del capitán.

El 27 nuestro enemigo señaló su aparic[ión]. Un búfalo, propiedad de nuestro huésped, [fué] atacado en un prado cercano a la aldea, y [sus] restos encontrados a un cuarto de milla.

¿Sería la tigresa buscada con tanto afán?

Los montañeses no tenían la menor duda.

—Seguro que es mi tío — me dijo uno de [ellos].

Mi tío. Así es como llaman al tigre en [la] mayor parte de los territorios de la India, p[or]que creen que sus antepasados fueron conde[na]dos a vivir eternamente en el cuerpo de uno [de] esos bichos.

Aunque, en aquella ocasión, fuese más op[or]tuno decir mi tía.

Iniciamos nuestra batida inmediatamente, [si]guiendo las huellas sangrientas que había [ido] dejando en su camino y que se dirigían a [una] pequeña espesura que registráramos varias [ve]ces sin resultado. A pesar de ello, decidim[os] cercarla, formando un círculo a su alrede[dor].

Los montañeses y los indios se dispersa[ron] primero, y luego empezaron a marchar ha[cia] el centro, estrechando el círculo. El capit[án], Kalagani y yo, íbamos por un lado; Fox [y] Banks, por otro; pero todos estábamos en co[mu]nicación constante.

No cabía duda de que el animal se enco[n]traba allá dentro, puesto que las huellas [que] llegaban hasta un lado se perdían en la espe[su]ra y no reaparecían por el otro.

Serían las ocho de la mañana. Formado [el] círculo, empezamos a avanzar poco a poco [y] al cabo de media hora, llegábamos a los p[ri]meros árboles. Hasta entonces nada había oc[u]rrido y no encontramos ningún indicio [que] denotase la presencia de la fiera. Empezab[a a] preguntarme si no estaríamos perdiendo [el] tiempo.

En aquel momento sólo podíamos ver[nos] los más próximos, pero como hacía falta con[servar] la unidad de movimiento, se acordó q[ue] el primero que llegase al bosque dispararía [un] tiro.

El capitán Hod, como siempre, march[aba] delante y dió la señal. Todos penetramos a tra[vés] de los árboles. Entonces miré mi rel[oj]. Eran las ocho y treinta y cinco.

Quince minutos después el círculo se hab[ía] estrechado y el tacto de codos quedó estab[le]cido. Nos detuvimos en la parte más estrec[ha] del bosque sin haber encontrado nada.

De pronto se oyó un rugido.

—¡Allí está la tía de ustedes! — dijo emoc[io]nado el capitán Hod, a la vez que señalaba [la] entrada de una caverna que se abría en med[io] de un montón de rocas coronadas por un grupo de grandes árboles.

El capitán estaba en lo firme. A la puer[ta] de aquella caverna podían observarse huellas sangrientas. La mayoría de nosotros nos acer[ca]mos a la entrada.

—Hay que entrar ahí — dijo el capitán.

—Se trata de una operación peligrosa — arg[u]yó Banks —, y el primero que entre se expone a recibir grandes heridas.

—Pues voy a entrar — dijo Hod, mientras examinaba su carabina.

—Detrás de mí, capitán — afirmó Fox, acer[cán]dose a la entrada.

—No, Fox, me pertenece a mí.

—A mí, capitán, que me he quedado rezagado en seis.

—No permitiré que entre nadie — concluyó Banks con acento firme.

—Quizá haya un medio — aventuró Kalagani.

—¿Cuál? — preguntó el ingeniero.

—Llenar la caverna de humo; entonces la

tigresa saldrá, y fuera podremos acabar con ella más fácilmente.

—Kalagani tiene razón —respondió Banks—. De modo que manos a la obra; traed leña y hierba seca, vamos a encender una hoguera a la puerta de la caverna, y el viento se llevará el humo adentro. Entonces la fiera no tendrá más remedio que quemarse o salir.

—Saldrá —dijo el indio.

—Y aquí la saludaremos —agregó Hod.

La hierba y las hierbas empezaban a amontonarse. No se oía nada, y, sin embargo, no podíamos habernos engañado; el rugido salió de allí. En pocos momentos la hoguera estuvo encendida. Entonces se oyó un segundo rugido, mucho más espantoso que el primero. La fiera, perseguida hasta su último refugio, no tendría más remedio que salir si no quería morir por asfixia.

Nos apostamos en escuadra a ambos lados de las rocas, cubiertos por los árboles para no ser víctimas del primer asalto. Pero el capitán había elegido otro sitio. Se colocó, en efecto, frente a la entrada de la cueva, interceptando el paso a un sendero que se abría a través del bosque, único lugar por donde podía huir la fiera. Allí estaba, rodilla en tierra, para asegurar más su tiro, con la culata de la carabina bien apoyada sobre el hombro, inmóvil como una estatua.

Pasaron tres minutos. Un nuevo rugido, o, mejor dicho, algo así como el estertor de un ser vivo que se ahoga, resonó a la entrada de la cueva, y una masa enorme se dibujó en medio del humo.

—¡Fuego! —gritó Banks.

Diez tiros sonaron a la vez; pero ninguno dió en el blanco. Su aparición entre el humo había sido demasiado rápida.

La tigresa inició un salto para lanzarse a la espesura. El capitán, que la esperaba con toda serenidad, disparó, hiriéndola en la paletilla. La tigresa se volvió contra él, lo derribó, y estaba a punto de abrirle el cráneo con un golpe de sus formidables garras..., cuando Kalagani, esgrimiendo un largo machete, se lanzó de un salto sobre la fiera.

Sorprendido por el nuevo ataque, el animal derribó al indio con un movimiento de sus cuartos traseros y se precipitó sobre él, pero ya Hod se había incorporado, y, recogiendo el machete caído de manos de Kalagani, lo hundió en el corazón de la fiera, que rodó muerta.

Todo aquello habría durado unos cinco segundos. Cuando nos acercamos, el capitán estaba todavía de rodillas, y Kalagani acababa de levantarse con el hombro ensangrentado.

—¡Bag Mahryaga! ¡Bag Mahryaga! —gritaban los indios.

Eso significaba que el tigre estaba muerto. Y estaba bien muerto en realidad.

¡Hermoso animal! No tendría menos de diez pies desde el hocico hasta el extremo de la cola. Y todo en él —cuerpo, patas, garras—, estaba en proporción a su longitud.

Nosotros admirábamos la tigresa, y los indios proferían insultos contra ella por el daño que les había hecho.

Kalagani se acercó a Hod.

—Gracias, capitán —dijo.

—Soy yo el que debe dártelas; si no es por ti, uno de los capitanes del primer escuadrón de carabineros del ejército real perece a manos de una tigresa.

—Si no llega a ser por usted yo estaría muerto —respondió fríamente el indio.

—¿Pero no fuiste tú, voto a Satanás, el que se lanzó machete en mano cuando el tigre iba a aplastarme la cabeza?

—Pero es usted quien lo ha matado, capitán, y ese tigre hace el número 46 de su colección.

Los indios gritaron:

—¡Bravo! ¡Bravo por el capitán Hod!

Y en verdad, nuestro amigo había ganado el derecho a poner aquel tigre en la lista de sus víctimas, pero no por ello dejó de dar a Kalagani un fuerte apretón de manos.

—Venga usted con nosotros a la Casa de Vapor —dijo Banks a Kalagani—; tiene el hombro destrozado, pero allí encontraremos manera de curarlo.

El indio se inclinó en señal de asentimiento, y tras de decir adiós a los montañeses, cuya gratitud no tenía límites, tomamos el camino de nuestro campamento.

Los *chikaris* nos dejaron para dirigirse al *kraal*. Van Guitt había tenido mala suerte y no podría unir a su colección aquella magnífica soberana del Tarryani.

Hacia las doce del día llegamos a la Casa de Vapor, donde nos esperaba una sorpresa desagradable. El coronel, Mac Neil y Gumí no estaban allí. En una carta dirigida a Banks, el coronel le decía que no se inquietase, que había partido para la frontera del Nepal con objeto de esclarecer algunos pormenores referentes a los compañeros de Nana Sahib, y que volvería antes de que abandonásemos aquellos parajes.

Al oír esto me pareció que Kalagani había hecho un involuntario movimiento de contrariedad.

Pero debían ser figuraciones mías, o quizá la herida que le dolía.

SORPRESIVO ATAQUE NOCTURNO

La marcha del coronel nos contrarió, pero evidentemente nada podía hacerse. No podíamos seguir sus pasos, porque desconocíamos la dirección que había tomado, y comprendíamos que si no nos había puesto al corriente de sus propósitos con anterioridad a su partida era porque temía que tratásemos de disuadirlo de su empeño.

No nos quedaba otro camino que esperar. El coronel regresaría antes de fin de agosto, último mes que debíamos pasar en aquellos parajes. Kalagani sólo estuvo 24 horas en la Casa de Vapor. Bien cuidado por Banks, su herida se cerraba rápidamente, y regresó al *kraal* para continuar su servicio.

Agosto empezó también con lluvias, por cierto bastante fuertes; pero, en general, el mes iba a resultar menos lluvioso que el anterior, lo cual nos permitiría realizar un mayor número de excursiones.

Seguíamos manteniendo relaciones frecuentes con el *kraal*. M. Van Guitt no estaba de muy buen humor. El también pensaba abandonar aquellos parajes a primeros de septiembre, y aun le faltaban un león, dos tigres y dos leopardos para completar su colección, pero, a cambio de ellos, un soberbio ejemplar de oso cayó en su trampa el 4 de agosto.

Dos días más tarde, el 16 de agosto, el naturalista vió aumentada su colección.

Veamos en qué circunstancias:

El capitán, el naturalista y yo habíamos salido de madrugada acompañados de Fox, el maquinista y Kalagani, y nos encontrábamos registrando un matorral, cuando oímos una serie de rugidos ahogados. Con los fusiles preparados nos dirigimos hacia el sitio de donde partiera el ruido. Habríamos andado unos cincuenta pasos cuando el naturalista nos pidió que hiciésemos alto. Por la clase de rugidos creía saber lo que había sucedido y, dirigiéndose en especial al capitán, dijo:

—Nada de disparos inútiles.

Luego se adelantó algunos pasos y volviéndose hacia nosotros exclamó:

—¡Un león!

Se trataba, en efecto, de uno de esos leones desmelenados que se encuentran en la India. El animal pugnaba por desasirse del lazo en que había caído, y el extremo de la cuerda que lo tenía sujeto se hallaba atado fuertemente a la horquilla de una sólida rama. Una de sus patas había sido atrapada por el nudo corredizo y no conseguía librarse de la trampa.

A pesar de la recomendación del proveedor, el primer impulso de Hod fué llevarse el fusil a la cara.

—No dispare, capitán —dijo el naturalista—. Se lo ruego.

—Pero...

—No, capitán, ese león ha caído en uno de mis lazos y me pertenece.

Van Guitt envió a Kalagani en busca de la jaula, y durante la media hora que ésta tardó en llegar contemplamos a nuestro antojo al animal, que hacía desesperados esfuerzos para librarse del lazo.

Metido, no sin algún trabajo, el león en la jaula, emprendimos el camino del *kraal*.

—Ya empezaba a perder toda esperanza —nos dijo el naturalista, que estaba muy contento—, porque los leones no figuran entre las bestias nemorales de la India.

—¿Nemorales? —preguntó el capitán.

—Sí, quiere decir que frecuentan los bosques.

A partir de aquel momento, Van Guitt no pudo quejarse de su buena suerte. El 11 de agosto atrapó dos leopardos juntos en aquella trampa para tigres, de la que nosotros lo sacáramos. Eran dos chitas semejantes al que durante nuestro viaje saltó sobre el "Gigante de Acero". Ya sólo le faltaban al proveedor dos tigres para completar su colección.

Llegó el 15 de agosto sin que el coronel regresase. Banks empezaba a estar intranquilo y preguntó a Kalagani qué peligros podía haber corrido el coronel en su expedición, quien le aseguró que no quedaba un solo partidario de Nana Sahib por aquellos contornos, y pareció sentir que sir Munro no lo hubiese elegido como guía, dados sus conocimientos del terreno.

Hod y Fox, acompañados por los indios del *kraal*, continuaron sus correrías por el Tarryani y añadieron tres tigres más a su lista. Dos fueron muertos por el capitán y el otro por Fox.

—Cuarenta y ocho —dijo Hod, el cual no deseaba abandonar el Himalaya sin llegar al cincuenta.

—Treinta y nueve —exclamó Fox.

El 20 de agosto logró Van Guitt uno de los tigres que le faltaban.

Sólo faltaba, pues, un tigre para que la colección del proveedor estuviese completa, y pronto lo obtendría, pero a un precio muy caro.

El capitán había organizado una expedición para el 26 de agosto por la noche. El tiempo se presentó favorable: cielo despejado y luna en cuarto menguante, lo que aseguraba que las fieras saldrían de sus cubiles, pues cuando la oscuridad es demasiado densa suelen quedarse en sus guaridas.

Hod, Fox, Storr y yo formábamos la expedición, que salió de la Casa de Vapor después de comer, camino del *kraal*, donde debían unirsenos Kalagani y varios indios.

Invertimos una hora en el camino y, hacia las ocho de la noche, llegábamos al *kraal*, donde el proveedor nos recibió con su acostumbrada amabilidad.

Celebramos consejo y se acordó colocarnos al acecho en un riachuelo que bajaba por uno de los barrancos del bosque, donde solía ir a beber una pareja de tigres. No se había puesto cebo alguno, pues los *chikaris* nos aseguraron que la sed era suficiente para que las fieras no faltasen a la cita.

Como eran las ocho y no debíamos ponernos en camino hasta las doce, el proveedor nos dijo:

—Amigos míos, mi modesta choza está a la

¿Indirecta?



LA DUEÑA DE CASA.—*¡Oh, Dios mío! Esta lluvia impedirá venir a los invitados más distinguidos e interesantes.*

entera disposición de ustedes, y me permito aconsejarles que sigan mi ejemplo y se acuesten. No pierdan de vista que tendremos que velar toda la noche y que algunas horas de sueño nos sentarán admirablemente.

—¿Tiene usted sueño? —me preguntó el capitán.

—No —le respondí—, y prefiero pasar la noche en vela antes que tener que despertarme en lo mejor del sueño.

—Como le plazca —dijo el proveedor—; por mi parte, confieso sin rubor que mis párpados se mueven espasmódicamente, dando lugar a ese movimiento que se llama de *pendiculación*.

El naturalista que, además de *pendicular*, bostezaba, hizo un gesto de despedida y se metió en su habitación, donde no debía tardar en quedarse dormido.

—¿Qué haremos? —pregunté al capitán.

—Paseamos por el *kraal*, gozando de esta noche tan hermosa.

Empezamos, pues, a pasear. Storr se había quedado dormido junto a un árbol. Los *chikaris* y los carreteros hacían lo mismo. Nadie quedaba de guardia en el *kraal*, ya que éste se hallaba protegido por su alta empalizada, y Kalagani, después de cerciorarse de que la puerta estaba bien cerrada, nos dió las buenas noches y se retiró a descansar.

Hod y yo quedamos solos. Van Guitt, sus hombres, nuestros compañeros, las fieras y los animales domésticos dormían.

Nuestro paseo nos llevó primero hacia el sitio en que se encontraban los búfalos. Ni siquiera se les había trabado y dormían plácidamente tendidos sobre la hierba.

Charlando nos encaminamos hacia el sitio donde estaban las fieras. Tigres, leones, panteras, leopardos, dormían en sus compartimientos separados, pues hasta que pasase algún tiempo hubiese sido una imprudencia tenerlos reunidos.

Los tres leones permanecían completamente inmóviles y tendidos en semicírculo; parecían dormir el sueño de los justos. El sueño de los tigres era más inquieto.

—Tienen pesadillas, y lo comprendo — comentó el capitán.

Algunos remordimientos o algunos recuerdos tristes — de la época en que vagaban libremente — agitaban a las panteras, pero no a los leopardos, que parecían encontrarse en sus glorias.

Una sola jaula se hallaba vacía, la que debía ocupar el sexto tigre, todavía no atrapado.

Nuestro paseo duró aún una hora, en medio de una tranquilidad y un silencio sepulcrales y, al cabo de él, el capitán y yo fuimos a sentarnos bajo una mimosa.

Tanto Hod como yo ya no charlábamos, pero aun no había llegado el sueño y sentíamos esa especie de laxitud agradable que suele acompañar al perfecto reposo de la naturaleza. Se piensa, sin llegar a formular el pensamiento, y se sueña sin estar dormido.

De pronto, sentimos una sorda agitación que se levantaba en torno nuestro.

La agitación procedía de la jaula de las fieras. Estaban inquietas iban y venían con murmullos de cólera.

—¿Qué les pasa? —le pregunté a Hod.

—No lo sé —me respondió—, pero temo que hayan adivinado que se acercan...

No pudo terminar su frase porque estallaron terribles rugidos alrededor del *kraal*.

—¡Tigres! — exclamó el capitán echando a correr hacia la casa de Van Guitt.

Pero los rugidos eran tan fuertes que todo el personal se había levantado, y el proveedor, rodeado de su gente, salía al llegar nosotros.

—¡Un ataque! —exclamó.

—Eso creo —dijo Hod.

—Esperen, voy a ver... —y sin acabar su frase colocó una escalera sobre la empalizada y se encaramó por ella.

—¡Diez tigres y una docena de panteras! —exclamó.

—El asunto es serio —comentó el capitán—; queríamos ir a cazarlos y son ellos los que vienen por nosotros.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritaba el naturalista.

Todos obedecimos sus órdenes, y, en pocos instantes, nuestros fusiles estaban dispuestos.

Tales ataques llevados por las fieras no son extraordinarios en la India. Varias veces los habitantes de los territorios en que habitan los tigres, y más particularmente los de los Sundebunds, han sufrido asaltos en su propias moradas.

A los rugidos del exterior se unieron los del interior, formando tal algarabía que sólo podíamos entendernos por señas.

—¡A la empalizada! —gritó el proveedor.

Nosotros obedecimos sus órdenes, pero en aquel momento la puerta, que, sin duda, había quedado mal cerrada, se abrió violentamente y una manada de fieras se precipitó en el interior.

—¡A la casa! ¡A la casa! —gritó el naturalista, al mismo tiempo que se lanzaba hacia la habitación.

¿Tendríamos tiempo de llegar a ella? Dos *chikaris*, alcanzados por los tigres, habían caído a tierra, y los otros huían despavoridos buscando un refugio cualquiera.

Van Guitt, Storr y seis indios habían llegado a la casa, cuyas puertas cerraban en aquel momento para impedir que entrasen dos panteras; Kalagani, Fox y los otros se habían subido a los árboles. Sólo el capitán y yo permanecíamos aún en medio del *kraal*.

—¡Maucler! ¡Maucler! —gritaba el capitán, cuyo brazo derecho acababa de ser desgarrado.

Un tigre me derribaba en aquel momento de un coletazo, pero pude levantarme y correr en auxilio del capitán. Un solo refugio nos quedaba: la jaula vacía, a la que Hod y yo nos lanzamos a todo correr. Apenas habíamos cerrado la puerta cuando las fieras se arrojaron contra los barrotes rugiendo espantosamente. La presencia de sus compañeros animó a los animales enjaulados y, entre unos y otros, estuvieron a punto de derribar la jaula. Por fortuna no sucedió eso; cansados de atacarnos inútilmente, los tigres fueron en busca de presas más fáciles.

—Es el mundo al revés — dijo el capitán—, ellos fuera y nosotros dentro.

—¿Cómo va su herida? —le pregunté.

—No es nada —me respondió.

Unos cuantos tiros partieron en aquel momento de la casa atacada por dos tigres y tres panteras, y una de las fieras cayó muerta.

La mayor parte de nuestros atacantes se había arrojado sobre los búfalos, indefensos, ya que Fox, Kalagani y los indios, que se encontraban en los árboles, tuvieron que arrojar sus armas para llegar más pronto arriba.

Hod, pese a la herida de su brazo derecho, apuntó con cuidado y puso fuera de combate a su cuarenta y nueve.

En aquel momento, los búfalos, llenos de terror, se dispersaron por el *kraal*, perseguidos por las fieras que esquivaban, a saltos, sus cornadas. Uno de ellos, con una pantera encima, cuyas garras se clavaban en su cuello, se lanzó al exterior. Cuatro o cinco de sus compañeros lograron romper el cerco de las fieras y le siguieron.

Varios tigres salieron en su persecución. Otros tiros partieron de la casa. También Hod y yo disparábamos como mejor podíamos.

Un nuevo peligro se cernía sobre nuestras cabezas. Los tigres de la jaula contigua, excitados por todo aquello, daban saltos y rugidos feroces. ¿Conseguirían romper los barrotes que nos separaban?

Era de temer.

Una de las jaulas se volcó, y cuando yo creía ver a nuevas fieras en libertad pude comprobar que había caído con los barrotes hacia el suelo y que sus huéspedes no podían escaparse.

Uno de los tigres dió un salto tremendo hasta la horquilla de un árbol donde se habían refugiado dos o tres *chikaris*. Uno de aquellos pobres indios fué apresado por la garganta y arastrado al suelo, donde una pantera le disputó al tigre su presa.

—¡Fuego! ¡Hagan fuego! ¡Disparen! —gritaba el capitán como si pudiese hacerse oír.

A nosotros se nos habían terminado los cartuchos y no podíamos hacer ya nada. Esperamos. De pronto, un tigre del compartimiento de al lado dió un salto tan violento, que nuestra jaula se volcó también y caímos. Sufrimos unas contusiones ligeras, pero las paredes de la jaula resistieron. Los barrotes estaban contra el suelo y no podíamos ver nada.

Sin embargo, oíamos. Un estrépito de aullidos y rugidos llenaba el *kraal*. ¿Qué estaría pasando?

—Y no poder salir de este cajón — gritaba el capitán, lleno de rabia.

Transcurrió un cuarto de hora, el ruido fué disminuyendo, los saltos de nuestros vecinos se hicieron menos frecuentes. ¿Habrían acabado las fieras con todos nuestros compañeros?

Oímos que se cerraban de un golpe las puertas del *kraal*. Y luego las voces de Kalagani y Fox que nos llamaban.

—Mi capitán, mi capitán.

—Por aquí —respondimos, e instantes después nuestra jaula era levantada.

—¡Fox! ¡Storr! —gritó el capitán, cuya primera preocupación fueron sus compañeros.

—Presentes —respondieron.

No estaban ni siquiera heridos, lo mismo que Van Guitt y Kalagani. Dos tigres y una pantera habían sido muertos, y los demás abandonaron el *kraal*.

Ninguna de las fieras de la colección logró escapar; al contrario, el proveedor lograba completarla con un joven tigre, sobre el que había caído la pequeña jaula de ruedas, aprisionándole como en una trampa.

El naturalista había terminado su trabajo, por el que pagaba un precio caro. Cinco búfalos habían muerto y los demás huído, mientras que, en el suelo del *kraal*, bañados en sangre, yacían los cadáveres de tres indios.

LA DESPEDIDA DE VAN GUITT

No volvió a ocurrir ningún incidente aquella noche. Esa vez la puerta había quedado bien cerrada.

¿Cómo habría podido abrirse, puesto que Kalagani había corrido con muescas las traviesas que la aseguraban?...

A Hod le dolía mucho la herida, aunque sólo era una rozadura, y decidimos regresar a la Casa de Vapor en cuanto amaneciese.

Por lo que respecta a Van Guitt, aparte del sentimiento de haber perdido tres de sus hombres, no parecía desesperarse, aunque la falta de búfalos lo colocase en una situación difícil.

—Son gajes del oficio — nos dijo —, y tenía el presentimiento de que algo así nos ocurriría.

En cuanto empezó a clarear nos pusimos en camino acompañados por Kalagani y dos indios, que el proveedor se empeñó en poner a nuestra disposición.

Nada de interés ocurrió durante la vuelta. Los indios se despidieron al final del bosque, y media hora después llegábamos a nuestra casa.

Puse a Banks en antecedentes de lo ocurrido, quien nos felicitó por haber salido con vida de tan peligrosa aventura. El se encargó de la curación de Hod, el cual, pese a que la herida carecía de importancia, se vió obligado a llevar el brazo en cabestrillo, con gran disgusto de su parte.

En la tarde del día siguiente, 27 de agosto, los ladridos de los perros nos atrajeron fuera de la casa.

Era el coronel que regresaba, junto con Mac Neil y Gumí.

Su vuelta nos produjo verdadera alegría. ¿Volvería triunfante?

Banks fué el primero que corrió hacia él y le interrogó con la mirada.

—Nada — dijo el coronel por toda respuesta.

Sus acompañantes, con los que Banks habló por la noche, fueron más comunicativos. El coronel había querido cerciorarse de si quedaba algún vestigio de Nana Sahib, de Balao-Rao o de sus acompañantes en la frontera del Nepal. Todo fué inútil, y volvía con la convicción de que los rebeldes habían pasado la frontera.

No había otro camino, pues, que dejar el Himalaya y continuar nuestro viaje hacia el sur en dirección a Bombay, punto final de nuestra expedición.

Se fijó la partida para el 3 de septiembre, porque había que dar el tiempo necesario para que la herida de Hod se cicatrizase y para que el coronel descansase de la fatiga del viaje que acababa de hacer.

La última semana de agosto transcurrió con más tranquilidad. La herida de Hod cicatrizaba y el capitán deseaba emprender una última expedición, pero sir Munro no se lo consintió.

—Tenga usted en cuenta — agregó Banks — que 49 tigres, sin contar los heridos, han muerto por su mano, y usted está vivo. No tiene, pues, de qué lamentarse.

—Cuarenta y nueve, sí, pero mi ilusión hubiese sido llegar a los cincuenta.

El día 2, víspera de nuestra partida, Gumí entró para anunciarnos la visita de Van Guitt, quien llegaba acompañado de Kalagani. Venía, sin duda, a despedirse de nosotros.

El coronel lo recibió cordialmente. M. Van Guitt pronunció su discurso dando una serie de vueltas y circunloquios, como quien no se atreve a decir algo.

—Fué Banks quien puso el dedo sobre la llaga al preguntarle si había conseguido búfalos.

—No, señor Banks. Las reiteradas gestiones de Kalagani, que ha recorrido los alrededores, han terminado en un fracaso completo. Ni una sola pareja de rumiantes pudo ser hallada. La dispersión de mis búfalos, ocasionada por el repentino ataque que sufrimos en la noche del 25 al 26 de agosto, a consecuencia del cual resultó herido nuestro amigo el capitán Hod, de cuya mejoría me congratulo, me ha creado dificultades de cierta importancia, y me veo privado de todo motor de tracción. Mis jaulas resultan muy pesadas y...

—¿Y qué piensa usted hacer? — preguntó Banks.

No lo sé. Reflexiono... Busco soluciones... Vacilo... y el tiempo apremia, puesto que el 20 del corriente, o sea dentro de 18 días, debo entregar en Bombay el pedido que se me ha hecho.

—¡Sólo 18 días! — comentó el ingeniero —. Pues no tiene usted tiempo que perder.

—En efecto, señor ingeniero, y sólo veo un medio que...

—¿Cuál?

—Sin el menor deseo de causar trastorno alguno al séñor coronel, desearía dirigirle un ruego, evidentemente muy indiscreto, pero debe tenerse en cuenta que me fuerza a ello...

—Diga lo que sea — le interrumpió sir Edward Munro —, en la seguridad de que haré cuanto esté en mi mano por ayudarle.

Van Guitt tomó la actitud de un hombre que se siente abrumado por tanta bondad y, después de varios gestos, nos comunicó que su única salvación estaba en que se enganchasen las jaulas a la cola de nuestro tren hasta Itawa, la más próxima estación de Delhi a Allahabad. Un trayecto de 350 kilómetros en total por camino fácil.

—¿Es posible satisfacer al señor Van Guitt? — preguntó el coronel.

—No hay dificultad alguna — le respondió Banks—. El "Gigante de Acero" no apreciará siquiera el aumento de peso.

—Pues de acuerdo, señor Van Guitt — concluyó el coronel —. Conduciremos sus jaulas hasta Itawa. Entre vecinos debe uno ayudarse hasta en el Himalaya.

—Coronel — dijo el naturalista con aire solemne —, conocía su bondad y no quiero ocultarle que conté siempre con ella para salir de este apuro.

—Hizo usted bien — respondió sir Munro.

Una vez resuelto su problema, el proveedor se dispuso a volver al *kraal*, donde pensaba despedir a la mayor parte de sus hombres. Cuatro *chikaris* le bastarían para el cuidado de las bestias.

El proveedor, muy satisfecho de su buen éxito, tomó con una especie de mutis teatral el camino de su campamento, seguido de Kalagani, quien, durante toda la entrevista, no había dejado un momento de mirar a sir Munro. El viaje del coronel parecía haber intrigado mucho al indio.

Dedicamos el resto de la jornada a terminar nuestros preparativos y, a las siete de la mañana del día siguiente, todo estaba listo para partir. Entonces se produjo un incidente que nos sorprendió a todos.

Tras de cargar el fogón de la caldera y prenderle fuego, Kaluth tuvo la idea de abrir la caja de humos, en cuya pared estaban soldados los tubos de transmisión del vapor, para ver si el tiro se hacía normalmente.

Pero en cuanto abrió la puerta retrocedió de un salto, y más de veinte serpientes-látigo fueron lanzadas al exterior con un extraño silbido.

Banks, Storr y yo nos mirábamos sin comprender la causa de todo aquello.

—¿Qué es eso? — preguntó Banks.

—Una lluvia de serpientes — le respondió el fogonero.

Sin duda, aquellas serpientes habían buscado refugio en los tubos de la caldera para dormir mejor. Algunas cayeron al suelo quemadas por las primeras llamas del fogón, y si Kaluth no hubiese abierto la caja de humos todas hubiesen perecido rápidamente.

Desembarazado de sus poco deseables huéspedes, el "Gigante de Acero" estuvo rápidamente en condiciones de partir.

Una hora más tarde nos deteníamos en el límite sur del Tarryani, a la entrada de la llanura. Allí nos dejó el "Gigante de Acero" para dirigirse, conducido por Banks, el maquinista y Kaluth, al *kraal* de Van Guitt, de donde volvió dos horas después arrastrando las seis jaulas del proveedor, quien dió nuevamente las gracias, con la prosopopeya en él habitual, al coronel Munro.

Las jaulas del naturalista, más un carruaje que servía de vivienda a él ya sus hombres, fueron enganchadas a nuestro tren, y el "Gigante de Acero" inició la marcha como si el peso no hubiese sufrido aumento alguno.

Ahora llevábamos un verdadero tren.

—¿Qué piensa usted de nuestro animal? — preguntó el capitán al naturalista.

—Que si fuese de verdad sería aún más extraordinario.

El 10 de septiembre pasamos por Filibit sin detenernos, pero muchos indios acudieron a visitar nuestro tren. Y, dicho sea en honor a la verdad, nuestro "Gigante de Acero" causó mucha más impresión que las fieras de Van Guitt.

Entre Filibit y la estación Itawa hay que atravesar el alto Ganges y uno de sus afluentes, el Kali Nadi. El material de la casa de fieras fué desenganchado, y nuestra Casa de Vapor, convertida en buque de vapor, pasó sin dificultad ambos ríos, pero las jaulas de Van Guitt hubo que pasarlas una a una, valiéndose de las barcas, por lo que perdimos algún tiempo.

El día 17 llegamos al ferrocarril de Delhi a Allahabad, a unos cien pasos de la estación de Itawa, donde se organizó el campamento para pasar la noche.

A la mañana siguiente nos separaríamos. El proveedor tomaría el tren para Bombay, mientras que nosotros continuaríamos a través del reino de Scindia en dirección a los Vindhyas, siguiendo, sobre poco más o menos, el meridiano 77.

El proveedor pensaba también separarse de dos de sus servidores, pues con los otros dos tendría bastante para el servicio de las jaulas hasta Bombay, donde debía embarcarse para Europa, y el embarque lo harían los cargadores del puerto. Uno de los despedidos por el naturalista fué Kalagani, y Banks creyó observar que se quedaba sin saber qué hacer, por lo que le preguntó si quería venir con nosotros hasta Bombay.

El indio, después de reflexionar unos momentos, resolvió aceptar la oferta de Banks y el coronel, y a partir de aquel día entró a formar parte de nuestro personal.

A la mañana siguiente levantamos el campo. Matías Van Guitt estuvo admirable en la despedida. Primero, con un movimiento rápido de su antebrazo volvió hacia abajo la palma de su mano derecha, con lo que quería decir que jamás olvidaría, en este mundo, el favor que debía al coronel, y que si alguna vez la gratitud quedaba desterrada de las costumbres se refugiaría en su corazón, como postrer asilo. Después, volvió la palma hacia arriba, dando a entender que tampoco en el cielo se creería autorizado a dar por saldada su deuda de reconocimiento.

El coronel contestó a Van Guitt con las palabras apropiadas al caso, y, poco después, la silueta pequeña y movible del proveedor de fieras para Hamburgo y Londres, desaparecía de nuestra vista.

EL INFRANQUEABLE PASO DEL BETWA

El 18 de septiembre nuestra Casa de Vapor se encontraba a 1.300 kilómetros de Calcuta, a 380 del sitio donde habíamos acampado en el Himalaya y a 1.600 de Bombay.

Impulsiva



—¡Oh, Emilio! Ya no servirás más el desayuno. Anoche soñé que me declarabas tu amor..., ¡y yo también te amo!

La presencia de Kalagani, perfecto conocedor del terreno, facilitaría aún más nuestra marcha. Aquella misma tarde, mientras el coronel y Hod dormían la siesta, Banks preguntó al indio en qué circunstancias había recorrido aquellos parajes.

—Yo formaba parte — respondió Kalagani — de una de las muchas caravanas de *bañaris* que transportan cereales, y por eso he recorrido veinte veces los caminos del centro y norte de la India.

—¿Hay todavía caravanas de ésas? — preguntó el ingeniero.

—Sí, señor, y no me extrañaría que encontrásemos alguna.

—Su conocimiento del terreno — dijo Banks — va a sernos utilísimo, porque en vez de pasar por las ciudades queremos hacer el viaje a través del campo, y usted podría decirnos por dónde debemos pasar.

—Con mucho gusto. ¿Desea usted que le indique el camino de un modo general?

—Hágalo aquí — replicó Banks extendiendo un mapa sobre la mesa a fin de poder controlar la exactitud de los informes.

—Es muy sencillo — afirmó el indio —. Iremos casi en línea recta del ferrocarril de Delhi al de Bombay, que se juntan en Allahabad. Desde aquí hasta el Bundelkund sólo atravesaremos un río importante, el Yumma, y desde allí hasta los montes Vindhyas otro, el Betwa. Si estos ríos se han salido de madre, con motivo de las lluvias, me parece que a pesar de todo podríamos pasar con...

—No habrá dificultad, Kalagani — dijo Banks —. ¿Y desde los Vindhyas?

—Derivaremos un poco al sudeste en busca de un paso practicable. Yo conozco uno: la garganta de Sirgur, donde las cuestas son suaves y pasan muchos carruajes.

—Por donde pasan caballos, ¿podremos también pasar nosotros? — pregunté.

—Desde luego — dijo el ingeniero —, pero al otro lado del paso de Sirgur encontraríamos un país muy accidentado. ¿Por qué no atravesar los Vindhyas en dirección a Bopal?

—Por ese lado hay muchas ciudades y nos sería difícil no pasar por ellas, y, además, en ese territorio se señalaron particularmente los cipayos durante la guerra de la independencia.

—Aquella expresión, *Guerra de la Independencia*, me chocó un poco, pero había que tener en cuenta que Kalagani era indio y no inglés.

—De acuerdo — dijo Banks —; dejaremos a nuestra derecha las ciudades del Bopal, y si tiene usted la seguridad de que por el paso del Sirgur se puede llegar a un camino practicable...

—Es un camino por el que he marchado muchas veces — le interrumpió el indio.

—Perfectamente — dijo el ingeniero —, y no veo ningún obstáculo en seguir ese camino. Acaba usted de prestarnos un servicio más, y crea que no lo olvidaremos.

Kalagani hizo una reverencia e iba a retirarse, cuando, tras un instante de vacilación, se volvió hacia Banks.

—¿Desea usted algo? — preguntó éste.

—Quisiera saber por qué razón tratamos de evitar las ciudades.

Banks y yo nos miramos, y como no había motivo alguno para ocultar lo que ocurría con el coronel Munro, lo pusimos en antecedentes de ello.

El indio escuchó con gran atención nuestro relato y después dijo:

—El coronel Munro no tiene nada que temer de Nana Sahib, por lo menos en esas provincias.

—Ni en las otras tampoco — replicó el ingeniero —, pero, ¿por qué ha dicho usted en esas provincias?

—Porque si el nabab estuvo, como se dice, en la presidencia de Bombay, y no han podido encontrarlo, debe haber vuelto a pasar la frontera.

Esta respuesta nos indicaba que Kalagani ignoraba la muerte de Nana Sahib.

—Advierto, Kalagani — dijo el ingeniero —, que las noticias de lo que pasa en la India no llegan al Himalaya.

El indio nos miró con una expresión de sorpresa como la de quien no comprende lo que se le dice, por lo que Banks agregó:

—Le he dicho eso porque parece ignorar que Nana Sahib ha muerto.

—¡Muerto! — exclamó Kalagani.

—El gobierno dió la noticia explicando las circunstancias en que lo mataron.

—¿Lo mataron? ¿Dónde?

—En el *pal* de Tandit, situado en los montes Sautpurra.

—¿Cuándo?

—El 25 de mayo.

La fisonomía de Kalagani tomó una expresión rara, y él permanecía inmóvil, cruzado de brazos.

—¿Tiene usted alguna noticia que le permita no creer en lo que le decimos? — le preguntó Banks.

—Ninguna; creo lo que ustedes me dicen.

Cuando Kalagani se hubo marchado, Banks me dijo:

—Todos estos indios son iguales. Nana Sahib se ha hecho para ellos una figura legendaria y no creen en su muerte porque no lo han visto ahorcar.

—Lo mismo les ocurría a los veteranos de Napoleón, quienes, veinte años después de su muerte, creían que vivía aún.

Continuó el viaje en las mejores condiciones y, el 19 de septiembre, llegamos a orillas del Yumna, que forma una especie de frontera entre el país de los *raydas* o Raydistán y el Indostán propiamente dicho.

El 23 de septiembre tuvimos un encuentro. Habíamos terminado de almorzar y estábamos charlando en la galería de nuestra casa. El "Gigante de Acero" marchaba por un excelente camino entre dos hileras de hermosos árboles, cuando percibimos un polvo fino y blando que el viento levantaba delante de nuestro tren, y dos o tres kilómetros más allá podía distinguirse una verdadera nube de polvo.

—No comprendo esto — dijo Banks —; apenas hay una ligera brisa.

—Kalagani nos lo explicará — le respondió el coronel.

Llamamos al indio, quien, tras de ob[illegible] el camino, dijo:

—Es una caravana que va hacia el [illegible] Será, probablemente, una caravana de *ba*[illegible]

—Entonces encontrará usted algunos de [illegible] compañeros — dijo Banks.

—Probablemente. Viví mucho tiempo [illegible] los nómadas.

—¿Piensa usted unirse a ellos? — preg[illegible] Banks.

—No, señor; de ningún modo.

El indio tenía razón, y media hora de[illegible] nos veíamos obligados a pararnos ante [illegible] verdadera muralla de rumiantes.

Aquello obligó a detener nuestra marcha, [illegible]ro no lo sentimos. El espectáculo que se [illegible]ció a nuestros ojos valía la pena. Un re[illegible] no inferior a cuatro o cinco mil bueyes lle[illegible] el camino, conducido por una caravana [illegible] *bañaris*.

—Los *bañaris* — dijo Banks — son los gi[illegible] de la India. Forman un pueblo más bien [illegible] una tribu, y viven en verano bajo las tiendas [illegible] en invierno al abrigo de las montañas. Los [illegible] visto trabajar durante la insurrección de [illegible] en que por un convenio tácito de los belige[illegible]tes se les permitía abastecer a ambos.

La Casa de Vapor se había colocado a [illegible] lado del camino, para darles paso, porque [illegible] hubiese podido resistir la avalancha de bu[illegible] ante los cuales huyen las mismas fieras.

El "Gigante de Acero" no produjo la ad[illegible]ración a que nos tenía habituados. Aque[illegible] gentes parecían acostumbradas a no admir[illegible] de nada. Hombres y mujeres eran altos, [illegible]rosos y bien formados, tenían finas las fac[illegible]nes, nariz aguileña, pelo rizado y su piel [illegible]traba un color de bronce. Ellos iban ves[illegible] con una larga túnica y tocados de un turb[illegible] llevaban lanza y escudo y una larga espada [illegible]gada del tahalí; ellas un corpiño que les [illegible]sionaba el busto y una ancha falda, e iban [illegible]vueltas en un largo manto. Se adornaban [illegible] pendientes, gargantillas, brazaletes y anillos [illegible] los tobillos.

Se trataba de una tribu entera que march[illegible] en caravana al mando del *naik* o jefe, qu[illegible] ejerce un poder sin límites durante su mand[illegible]

Al frente de la caravana marchaba un t[illegible] de gran tamaño, cubierto de ricas telas y ad[illegible]nado con campanillas y veneras.

Pregunté a Banks su significado, y el ing[illegible]niero me respondió:

—Kalagani nos lo dirá. ¿Por dónde anda?

—Fué a saludar a sus antiguos compañeros.

Nada más natural, y, sin embargo, la aus[illegible]cia del indio me pareció extraña.

—Yo creo — dijo Banks, entonces — que [illegible] toro representa la divinidad. El marca el ca[illegible]no y determina las paradas, pero tengo la s[illegible]pecha que obedece los mandatos del *naik*.

A las dos horas de haber empezado el de[illegible]file pudimos ver el fin de la caravana. Bus[illegible] a Kalagani y lo vi acompañado de un ind[illegible]

—Es uno de mis antiguos compañeros, q[illegible] se unió hace dos meses a la caravana — nos [illegible]plicó Kalagani cuando estuvo a nuestro la[illegible]

Continuamos la marcha y, al día siguien[illegible] nos detuvimos a cinco o seis kilómetros al [illegible] de Urcha, a la orilla izquierda del Betwa, [illegible] de los mayores afluentes del Yumna.

No teníamos la costumbre de establecer gu[illegible]dia en nuestro campamento; en caso de apro[illegible]marse alguien los perros nos advertirían.

Y eso fué lo que sucedió. A eso de las [illegible] de la mañana, los ladridos de Fan y Black [illegible] despertaron. Me levanté de un salto y enco[illegible] a mis amigos de pie.

—¿Qué sucede? — preguntó el coronel.

—Los perros ladran — le respondió Banks — y debe de haber algún motivo para ello.

—Seguramente alguna pantera que habrá [illegible]gido en el bosque — dijo el capitán —. Vam[illegible] a ver lo que pasa; pero no olvidemos los fus[illegible]

Encontramos a Gumí, Mac Neil y Kalag[illegible] que estaban fuera tratando de averiguar lo q[illegible] sucedía.

—¿Qué pasa? — preguntó el capitán —. ¿Algunas fieras que han venido a beber al río?

—Kalagani cree que no — dijo Mac Neil.

—¿Cuál es su opinión? — preguntó el coronel al indio.

—No lo sé, coronel; pero fieras no hay. Me parece ver entre los árboles una masa confusa...

—Vamos a ver lo que es — dijo Hod siempre pensando en su 50.

—Espere un momento Hod — le dijo Banks—. En el Bundelkund siempre es bueno desconfiar de los salteadores.

—Somos muchos y llevamos armas. Lo mejor es cerciorarse de lo que acontece.

—Adelante, pues — respondió Banks.

—Quédate aquí con los otros — dijo Banks al coronel —, mientras Hod, Maucler, Kalagani y yo hacemos un reconocimiento.

Los perros penetraron en el bosque marcándonos el camino. Oímos un rumor de pasos y vimos a unas sombras deslizarse entre la espesura. No cabía la menor duda de que en los linderos del campamento había una tropa numerosa.

—¿Quién va? — preguntó Hod.

Nadie respondió.

—O no quieren contestar o ignoran el inglés — dijo Banks.

—Pero comprenderán el indio — insinué yo.

—Kalagani, hágame el favor de decirles en indio que si no responden abriremos el fuego.

Kalagani, en el idioma de la India central, transmitió lo ordenado y tampoco obtuvimos respuesta.

De pronto sonó un tiro. Era el capitán, que no había podido contenerse y había apuntado a una sombra que huía en el bosque.

Una gran agitación siguió al disparo. Parecía que toda una tropa se dispersaba por el bosque corriendo en todas direcciones. Fan y Black volvieron tranquilamente.

—Sea quien fuere — dijo el capitán —, se han marchado.

—No cabe duda — le repondió Banks —, y no nos queda otro camino que volver a la Casa de Vapor, pero, por precaución, montaremos una guardia.

Mac Neil, Gumí y Fox se turnaron para hacer guardia, y la noche terminó sin incidentes.

A la mañana siguiente, antes de partir, quisimos explorar el bosque por última vez, pero no hallamos el menor vestigio de la tropa que lo habitara por la noche.

Banks estudió con el catalejo el sitio más conveniente para pasar. El río había adquirido la anchura de una milla, y aquella sería nuestra más larga travesía por agua.

Cada uno ocupó su sitio en la Casa de Vapor y nos dispusimos a cruzar los cincuenta pies de terreno inundado que era preciso atravesar antes de llegar a la corriente.

Entonces volvimos a oír el mismo rumor e igual agitación que la noche anterior, y un centenar de monos, gesticulando y haciendo toda clase de ademanes, salió del bosque.

—¡Caramba! ¡Eran monos! — dijo Hod riendo a carcajadas.

Aquella tropa se dirigía hacia nosotros en formación compacta.

—¿Qué quieren? — preguntó el sargento.

—Atacarnos quizá — dijo el capitán, siempre dispuesto a pelear.

—No hay nada que temer — aseguro Kalagani, que los había estado observando.

—Bueno, pero ¿qué quieren? — volvió a preguntar el sargento.

—Pasar el río con nosotros — le respondió el indio.

Kalagani tenía razón. Aquellos monos pertenecían a la clase de los languros, y eran animales pacíficos y tranquilos, que sólo cuando se les ataca y se sienten heridos son peligrosos. El "Gigante de Acero" había atravesado la parte inundada y entraba ya en el verdadero lecho del río. Los monos se aproximaban y llegaban ahora a la sabana que cubría el talud de la orilla.

Permanecimos quietos sin hacer ninguna demostración hostil, y, rápidamente, toda aquella familia de monos, dando brincos y ayudándose unos a otros, subió por la Casa de Vapor.

Banks temió por un momento que el "Gigante de Acero" no pudiese con toda aquella tropa; pero se engañaba. Los monos habían distribuido muy inteligentemente su peso a través de todo el tren.

Hod, y particularmente Fox, estaban encantados. Este último hablaba con los monos, les daba la mano y hubiese agotado todos los terrones de azúcar que guardaba nuestra despensa, de no haber intervenido enérgicamente monsieur Parazard.

Media hora después ganábamos la otra orilla, y toda aquella tropa bajaba a tierra y desaparecía dando saltos.

—Hubieran podido dar las gracias — comentó Fox.

Una carcajada acogió el comentario del asistente.

EL CAPITAN HOD CONTRA BANKS

Atravesamos el Betwa y transcurrieron cuatro días sin que sucediese nada; ni siquiera un incidente de caza vino a turbar la monotonía de los acontecimientos.

—No cabe duda — repetía Hod — de que llegaremos a Bombay sin que haya matado mi 50.

La travesía del Bundelkund, uno de los sitios más peligrosos de la India, porque allí suelen refugiarse todos los criminales, se iba haciendo sin incidentes. Pero la parte más peligrosa del Bundelkund es, precisamente, la región de los Vindhyas en la que íbamos a penetrar.

En los primeros días de octubre llegamos al paso del Sirgur, donde entramos sin gran trabajo. En alguna ocasión hubo que forzar el vapor y ascender por cuestas que tenían una inclinación de 12 a 15 centímetros por metro.

No había miedo alguno que nos extraviásemos. Kalagani conocía perfectamente toda aquella región y no vacilaba nunca en la elección del camino cuando llegábamos a una encrucijada. Algunas veces se adelantaba, bien solo o acompañado por algunos de nosotros, pero no para reconocer el camino que debíamos tomar, sino para averiguar el estado en que lo dejaran las últimas lluvias y ver si podíamos avanzar por él.

El viaje seguía, pues, felizmente. Ya no llovía; el calor, aunque algo molesto durante las horas centrales del día, no llegaba a ser sofocante; había caza menuda en abundancia. ¿Qué más podía pedirse?

Sólo Hod y Fox lamentaban la ausencia de las fieras del Tarryani. Pero si no había tigres, leones, ni panteras, teníamos ocasión, sin embargo, de trabar conocimiento con los elefantes salvajes que abundan en los Vindhyas.

Cierta mañana se nos apareció una pareja de elefantes delante de nuestro tren, los que se apartaron para dejarnos paso y hasta se asustaron un poco; pero luego se dispusieron a seguir su camino tras de nosotros, y pronto se les unieron otros. Al cuarto de hora, su número no bajaría de una docena, manteniéndose a unos cincuenta pasos de nosotros, como si tuvieran interés en no acortar ni alargar esa distancia, lo que les era relativamente fácil, ya que el "Gigante de Acero" no podía acelerar su marcha por aquellas cuestas, y, contrariamente a lo que pudiera creerse, los elefantes son capaces de marchar bastante de prisa, pudiendo alcanzar velocidades, según míster Sanderson, de 25 kilómetros por hora, por lo que les hubiese sido fácil alcanzarnos y hasta adelantársenos.

Pero, seguramente, no era ésa su intención, y lo que pretendían era reunirse en mayor cantidad. Nuestros seguidores lanzaron varios barritos y fueron apareciendo otros elefantes. Alrededor de la una de la tarde había unos treinta.

Las familias de elefantes suelen componerse de treinta o cuarenta individuos, pero su número llega a veces a ciento.

El coronel, Banks, Hod, Mac Neil, Kalagani y yo estábamos asomados en la galería del segundo coche y observábamos lo que sucedía.

—Cada vez son más numerosos — dijo Banks, — y probablemente se agregarán a ellos todos los elefantes que anden sueltos por el territorio.

—Sin embargo, su barrito sólo puede oírse a cierta distancia — dije yo.

—Pero se olfatean — me replicó Banks —, y la finura de su olfato es tal, que hay elefantes amaestrados que perciben la presencia de los salvajes a tres y cuatro millas.

—Se trata de una verdadera migración — comentó el coronel —. Miren ustedes. Cada vez aumenta el número. Será preciso ir más de prisa, Banks.

—Hacemos ya todo lo posible — contestó el ingeniero —. La caldera va a cinco atmósferas de presión, pero el terreno. . .

—¿Para qué correr? — preguntó el capitán —. ¿Por qué no hemos de permitir que nos acompañen esos magníficos animales? Así viajaremos escoltados como unos *raydas* de leyenda.

—No habrá otro remedio que dejar que nos acompañen — dijo Banks.

—Pero, ¿por qué le preocupa? — insistió el capitán —. Un rebaño es mucho menos peligroso que un elefante solitario. Estos excelentes bichos son como unas grandes carneros con trompa.

—Ya lo veo entusiasmado — terció el coronel —. Estoy de acuerdo con usted en que si esos "bichitos" permanecen en donde están, no hay nada que temer; pero si varían de opinión y quieren pasar delante podrían ocasionar averías en la Casa de Vapor

—Sin contar con su reacción cuando se vean cara a cara con el "Gigante de Acero" — añadí yo.

—Lo saludarán como los del príncipe Guru Singh — exclamó Hod.

—Aquéllos eran elefantes domesticados — dijo Mac Neil.

—Y éstos se domesticarán o se admirarán cuando vean a nuestro "Gigante de Acero" — le respondió el capitán, que no había perdido nada de su entusiasmo por nuestra máquina.

—Además — agregó —, los proboscidios son muy inteligentes; tienen la facultad de razonar y demuestran a veces un talento casi humano.

—Eso es muy discutible — afirmó Banks.

—¿Cómo discutible? No comprendo que quien ha vivido en la India pueda decir eso. El elefante se emplea para todos los usos domésticos; presta toda clase de servicios que se le ordenen, y es superior a cualquier criado. Según aquellos que lo han estudiado más a fondo, el elefante adivina los deseos de las personas a quienes ama, los descarga de los pesos que llevan, les regala flores y fruta, pide para la comunidad, como en la pagoda de Willenur, paga en las tiendas aquello que adquiere, protege en el Sunderbund los rebaños y las casas de sus amos, saca agua de los pozos y lleva a los niños de paseo. Es agradecido, porque goza de una memoria prodigiosa y no olvida los favores ni las malas pasadas. Son de una exquisita sensibilidad. Un amigo mío ha visto cómo un elefante domesticado se negaba a aplastar un insecto que un indio había puesto sobre una piedra, dándole la orden de que lo aplastase. Al pasar sobre él, levantaba la pata, sin que órdenes ni golpes lograsen lo contrario. ¿Va usted a negarme ahora que el elefante es un animal bueno, generoso, superior a todos los otros? ¿Dejará usted de reconocer que los indios tienen razón cuando le suponen tanta inteligencia como al hombre?

Y una vez dicho esto se despojó de su sombrero y saludó con entusiasmo al rebaño que nos seguía.

—Muy bien, capitán — dijo el coronel —. Los

Coincidencia



—Bueno, Gabriel, es hora de que toques el clarín.

elefantes le guardarán gratitud por su ardiente defensa.

—¿No tengo razón, mi coronel?

—Puede que la tenga — afirmó Banks —, pero a mí me parece que tiene más razón Sanderson, que se ha dedicado a la caza de elefantes y los ha estudiado a fondo.

—¿Y qué dice? — preguntó el capitán desdeñosamente.

—Opina que la inteligencia del elefante es muy reducida, y que todas esas cosas sorprendentes que realiza es por obediencia a las órdenes más o menos secretas que le da su amo.

—¡Bah! — dijo el capitán.

—Afirma que ésta es la causa de que los indios no se hayan valido jamás del elefante para las esculturas en que se representa la inteligencia, y han preferido, en cambio, la zorra, el ciervo o el mono.

—¡Protesto enérgicamente! — exclamó el capitán.

—Proteste todo lo que quiera, pero escuche — continuó Banks —. Para Sanderson, lo que distingue al elefante es el gran desarrollo de la protuberancia cerebral correspondiente a la obediencia, y agrega que este animal se deja atrapar por procedimientos ingenuos e infantiles, con los que sería imposible cazar a cualquier otro animal.

—¡Pobres animales! — exclamó el capitán con aire de broma —. Cómo los trata este ingeniero.

—Asegura también que es mucho más fácil domesticarlos cuando son machos y adultos que si se trata de elefantes jóvenes o hembras.

—Esto los acerca más a la especie humana — replicó el capitán —. ¿O, acaso, no son más fáciles de conducir los hombres que las mujeres y los niños?

—Nosotros somos solteros y carecemos de experiencia en la materia — le contestó Banks y añadió —: Duda también Sanderson de la supuesta bondad de tales animales y afirma que resulta imposible resistir a una tropa de elefantes cuando se ponen furiosos, por lo que le aseguro que estaría mucho más tranquilo si ésta que nos escolta, como usted dice, tomara la dirección norte, ya que nosotros vamos hacia el sur.

—Tanto más — concluyó el coronel — cuanto que su número aumenta en forma alarmante mientras ustedes discuten tan animadamente.

CIENTO CONTRA UNO

El coronel tenía razón. El grupo de elefantes estaba compuesto ahora por unos cincuenta o sesenta, los primeros de los cuales no estarían a más de diez metros de nuestro tren, por lo que podíamos observarlos con detenimiento.

Venía a la cabeza uno de los mayores del grupo, cuya altura no sería inferior a tres metros. Lo seguían varias hembras. Estas suelen ser las verdaderas directoras del rebaño, y a no ser por nuestra presencia, hubieran ido directamente a la cabeza. Los machos, por no tener a su cargo los hijos, no saben cuándo debe hacerse un alto para dar descanso a los pequeños ni la clase de campamento que les conviene. Por eso son siempre las hembras las que dirigen las migraciones.

—El número de elefantes aumenta, capitán — dije a Hod —. ¿Cree usted aun que son inofensivos?

—¡Bah! — me respondió —. ¿Por qué iban a atacarnos? No son tigres, ¿verdad, Fox?

—Ni tan siquiera panteras— replicó el asistente, siempre de acuerdo con su amo.

Pero Kalagani movía la cabeza como quien no está conforme con lo que opinan los que están hablando.

—No creo que le haga a usted mucha gracia la escolta de los elefantes — le dijo Banks, que estaba mirándolo.

—¿Podríamos ir más de prisa? — preguntó el indio.

—Me parece que no; pero voy a intentarlo — contestó el ingeniero, mientras tomaba el camino de la máquina.

Los relinchos del "Gigante de Acero" aumentaron, y algo también la velocidad de nuestra marcha, pero el aumento fué pequeño, pues aquel terreno no permitía otra cosa.

Conforme avanzaba la tarde, los elefantes manifestaron algunos síntomas de inquietud. Emitían en coro un grito sordo, pero potente, al que siguió otro ruido bastante extraño.

—¿Qué significa eso? — preguntó el coronel.

—Es el grito de los elefantes cuando están frente a un enemigo — dijo Kalagani.

—Y el tal enemigo debemos de ser nosotros — afirmó Banks.

—Eso temo — corroboró el indio.

Cuando llegó bien la noche, a las nueve, aproximadamente, nos detuvimos, pero no desenganchamos al "Gigante de Acero" ni se disminuyó la presión de las calderas.

El coronel, tras de darnos las buenas noches, se fué a su cuarto, pero nosotros y todo el personal de la Casa de Vapor permanecimos en pie. Sin embargo, ¿qué podíamos hacer si los elefantes tenían el capricho de lanzarse sobre nuestro tren?

Pasó una hora, durante la cual continuamos oyendo el mismo ruido. Los elefantes se estaban desplegando por la llanura.

—¿Continuarán viaje? — pregunté.

—Es posible — dijo Banks.

—Y probable — añadió el optimista capitán Hod.

Alrededor de las once de la noche el ruido empezó a disminuir poco a poco, para acabar por completo diez minutos más tarde. El silencio era absoluto.

—Tenía razón — exclamó Hod —. Esos buenos elefantes se han marchado.

—Les deseo un buen viaje — comenté yo.

—¿Marchado? — dijo Banks —. Vamos a cercionarnos en el acto. ¡Storr, los fanales!

El haz de luz de nuestros faros recorrió el horizonte en todas direcciones. Los elefantes estaban allí, acampados en círculo en torno a la Casa de Vapor. Bañados por la luz, adquirían proporciones fantásticas, y se levantaban de un salto dando muestras de inquietud y mugiendo.

—Apaga — ordenó Banks, y los fanales dejaron de lucir. Luego continuó:

—Ya han visto ustedes. Ahí los tenemos y ahí seguirán cuando amanezca.

—¡Hum! — dijo el capitán, quien me pareció menos optimista.

Había que tomar una resolución, y llamamos a Kalagani. Nos era imposible continuar la marcha en medio de aquella obscuridad y, probablemente, no nos hubiese servido para nada, porque los elefantes nos hubieran seguido y la cosa sería peor que durante el día. Se decidió no reanudar la marcha antes del amanecer.

—¿Y si se empeñan en seguir con nosotros? — pregunté.

—Veremos la manera de llegar a algún sitio donde la Casa de Vapor se ponga fuera de su alcance.

—¿Hay algún posible refugio en los Vindhyas? — interrogó Hod.

—Hay uno — respondió Kalagani.

—¿Cuál? — preguntó Banks.

—El lago Puturia.

—¿Qué está?...

—A nueve millas, sobre poco más o menos.

—Pero los elefantes son quizá los animales que nadan mejor— arguyó Banks —, y en ocasiones se los ha visto mantenerse más de media hora en el agua. De modo que podrían seguirnos...

—Es el único medio que veo — replicó el indio.

—Pues lo intentaremos.

Cuando llegó el nuevo día, el "Gigante de Acero" lanzó un potente silbido; poco después una nube de vapor salía de su trompa y comenzábamos la marcha.

Al primer momento la masa de elefantes pareció sorprendida y nos dió paso, pero reaccionaron en seguida, moviéndose por el camino adelante y atrás. Había elefantes de todos los tamaños y edades, pero no se apresuraban, amoldando su marcha a la del "Gigante de Acero".

—No me parece molesto que nos escolten hasta el lago — dijo el coronel.

—¿Pero qué pasará cuando se estreche el camino? — preguntó Kalagani.

El indio había comprendido cuál era el peligro. Tres horas tardamos en andar doce de los quince kilómetros que nos separaban del lago, sin que ocurriese incidente alguno.

Alrededor de las once de la mañana el camino empezó a hacerse más estrecho, como Kalagani había previsto, con lo que se agravó nuestra situación.

Los elefantes que caminaban a los lados de nuestro tren corrían el peligro de ser aplastados contra las rocas o precipitados a los barrancos que existían a ambos lados del camino, por lo que se colocaron a la cabeza y a la cola, impidiéndonos avanzar y dar marcha atrás.

—La situación va complicándose — dijo el coronel.

—Sí — contestó Banks —, y no tenemos otro remedio que forzar la marcha por entre esa masa.

—¡Adelante! — gritó Hod —. Los colmillos de acero de nuestro "Gigante" son muy superiores a los de marfil de esas malas bestias.

—Pero es ciento contra uno — comentó Mac Neil.

—De todos modos debemos marchar — dijo Banks —, porque si no todo ese rebaño pasará por encima de nosotros.

Se aumentó la presión; creció la velocidad del "Gigante de Acero", y uno de sus colmillos se clavó en el lomo de uno de los elefantes que teníamos delante.

El animal, al notarse herido, prorrumpió en un grito de dolor, que fué coreado por toda la manada.

De un momento a otro iba a comenzar la lucha, y todos nos habíamos armado. El primer ataque partió de un macho de gran tamaño, que, apoyándose fuertemente en sus patas traseras, se encaró con nuestro "Gigante".

—Un *gunesh* — exclamó Kalagani.

—Sólo tiene un colmillo — comentó Hod con desprecio.

—Por eso es más temible — dijo el indio.

Aquel bicho lanzó un sonido, algo así como una nota de clarín, y tras de encorvar su trompa, que nunca utilizan para la lucha, se

precipitó contra el "Gigante de Acero", clavándole en el pecho el colmillo, que se rompió contra la armadura del fogón interior.

Nuestro tren se tambaleó, pero a causa del impulso adquirido pudo rechazar al *gunesh*.

El grito de dolor del animal herido fué oído por toda la manada. Los que iban delante se detuvieron en el acto y nos presentaron batalla, mientras que los que marchaban detrás continuaron avanzando hasta chocar con la galería posterior, en tanto que los que caminaban a los lados agarraban con sus trompas los salientes de los carruajes y los sacudían con violencia. Llegaba el momento en que los fusiles debían entrar en acción.

—¡Que no se pierda un tiro! —exclamó el capitán—. Apunten al nacimiento de la trompa o al hueco que tienen bajo los ojos. Son los sitios más vulnerables.

Obedecimos las indicaciones de Hod, y tres o cuatro elefantes rodaron por el suelo, mientras la primera avalancha retrocedía un poco, lo que nos permitió continuar la marcha.

—A cargar y esperemos el ataque —gritó Hod.

Este se produjo rápidamente con extraordinaria violencia. De toda aquella masa *proboscidia* surgía un imponente tumulto de mugidos, semejantes a los que emiten los elefantes educados para la guerra, en los cuales sus cuidadores provocan una cólera llamada *musth*.

—¡Adelante! —gritaba Banks.

—¡Fuego! —ordenaba Hod.

Mientras, el "Gigante de Acero", resoplando estrepitosamente, se abría paso descargando su trompa movible a derecha e izquierda y clavando sus colmillos en la carne de sus semejantes.

—¡Hurra! —gritaba el capitán como un soldado que se lanza a lo más vivo de la pelea.

—¡Hurra! —coreábamos nosotros.

Un elefante enlazó con su trompa al coronel, y en el momento en que iba a arrastrarlo fuera del coche, Kalagani se la cortó de un hachazo.

Pude observar que el indio, sin dejar de batirse bravamente y de atender a la defensa común, cuidaba de un modo especial del coronel.

En aquellos momentos pude admirar el enorme poder del "Gigante de Acero", que se abría paso en medio de aquella enorme masa.

Un ruido sobresalió en medio del tumulto. Era el segundo coche que había sido aprisionado contra las rocas por un grupo de elefantes.

—¡Vengan, vengan! —gritó Banks a los que defendían aquel carruaje.

Gumí, el sargento y Fox pasaron a nuestro coche.

—¿Y monsieur Parazard? —preguntó Banks.

—No quiere venir.

—Traedlo a la fuerza.

Monsieur Parazard, que se negaba a dejar la cocina, que consideraba como su puesto de honor, no tuvo más remedio que ceder a los *argumentos* empleados por Gumí.

—¿Estamos todos? — preguntó Banks.

—Todos — contestó Gumí.

—¡Cortad el enganche! — ordenó el ingeniero.

—¿Vamos a abandonar el segundo coche? —preguntó el capitán.

—No hay otro remedio—le respondió Banks.

Aacaba de ser cortada la barra que unía a los dos coches, cuando el carruaje fué derribado por los elefantes, que se arrojaron sobre él destrozándolo y convirtiéndolo en una ruina sin forma, que sirvió para obstruir el camino a retaguardia.

Medio kilómetro nos separaba del lago Puturia. El "Gigante de Acero", bien dirigido por Storr, realizó el último esfuerzo, hendiendo aquella enorme masa de sus congéneres, a los que hería con los colmillos y sobre los que lanzaba chorros de vapor ardiente como con los peregrinos de Falgú.

El espectáculo era soberbio.

Al doblar un recodo percibimos el lago. Diez minutos más y estaríamos a salvo.

Así lo comprendieron los elefantes, cuya inteligencia tanto había alabado Hod, e intentaron un supremo esfuerzo para derribar nuestro tren. Pero nuestros fusiles funcionaron con acierto, y una lluvia de balas cayó sobre los primeros grupos. La Casa de Vapor siguió avanzando por un suelo rojo de sangre.

Estábamos a cien pasos del lago cuando tuvo lugar el último encuentro. Pero la caldera marchaba entonces a una presión de ocho atmósferas, el máximo que podía resistir, y el "Gigante de Acero" lo arrasó todo marchando por entre miembros y cadáveres de elefantes.

Corrimos más de una vez el riesgo de volcar, pero no sucedió así, y el tren entró en el lago.

—¡Demos gracias a Dios! — dijo el coronel.

Dos o tres elefantes, cegados por la rabia, se precipitaron al lago para continuar la lucha, pero el "Gigante de Acero" marchaba velozmente, alejándose de la orilla, y los últimos disparos dieron cuenta de los enemigos que nos seguían.

—¿Y qué piensa usted de la mansedumbre de estos animalitos? — preguntó Banks a Hod.

—¡Después de todo — contestó éste —, su furor no puede compararse al de los tigres! Si en vez de cien elefantes hubiésemos tenido que habérnoslas con treinta tigres, puedo asegurarle que a estas horas no quedaba vivo ni uno de nosotros.

EL LAGO PUTURIA

El lago Puturia se encuentra a unos cuarenta kilómetros al este de Dumoh, capital de la provincia de su nombre.

Nuestra situación, desde el encuentro con los elefantes, no dejaza de presentar ciertos inconvenientes. Al perder el segundo coche, habíamos perdido, no sólo las provisiones y la cocina, sino también nuestro depósito de municiones, y sólo nos quedaban algunos cartuchos. Estábamos a 70 kilómetros de Yubbulpore y debíamos resignarnos a pasar 24 horas sin comer, pues no había manera de llegar al ferrocarril Allahabad-Bombay antes del día siguiente por la noche.

Para colmo, un nuevo problema acababa de aparecer. El ingeniero nos comunicó que el combustible empezaba a faltar. Durante las últimas veinticuatro horas no habíamos podido hacer provisión, y en la carrera al lago gastamos todas nuestras reservas.

—En este momento no tenemos ya nada que quemar — nos comunicó Banks — y la presión ha descendido a dos atmósferas.

—¿Tan grave es la situación? — preguntó el coronel.

—Si quisiéramos volver a la orilla de la que acabamos de separarnos, podríamos hacerlo en un cuarto de hora, pero cometeríamos una imprudencia, pues debe de estar llena de elefantes. De modo que lo que tenemos que hacer es llegar a la otra orilla.

—¿Cuál es el ancho del lago? — preguntó el coronel.

—Según Kalagani, de siete a ocho millas. Necesitaríamos algunas horas para atravesarlo, y dentro de cuarenta minutos la máquina no podrá ya funcionar.

—En ese caso opino que debemos pasar la noche en el lago, y ya veremos, mañana, lo que se puede hacer.

Era ésta la mejor solución, si se tiene en cuenta que no habíamos dormido nada la noche anterior.

Hacia las siete de la tarde una espesa niebla cayó sobre el lago, que fué haciéndose más densa por momentos. A las siete y media, el "Gigante de Acero" dejó de nadar, y nos quedamos flotando en medio del lago.

En aquellas condiciones y en medio de la niebla no era fácil determinar nuestra situación. Mientras funcionó la máquina nos habíamos dirigido hacia la orilla sudeste, y como el Puturia tiene una forma ovalada no sabíamos si estábamos cerca o lejos.

Llamamos a Kalagani para preguntarle, y me pareció que esta vez el indio vacilaba un tanto en sus respuestas, lo que desde luego no era difícil, ya que se trataba de determinar nuestra posición, que una ligera brisa o una débil corriente podía cambiar.

—En fin, Kalagani — dijo Banks insistiendo —: ¿Conoce usted la extensión del Puturia?

—Perfectamente — respondió el indio —, pero con esta niebla...

—¿Podría calcular usted a qué distancia estamos de la orilla más cercana?

—No a más de milla y media.

—¿Hacia el este?

—Sí señor.

—En ese caso si atracamos en esa orilla estaremos más cerca de Yubbulpore que de Dumoh, ¿no es así?

—Así es.

—En consecuencia debemos renovar nuestras provisiones en Yubbulpore, pero desconocemos el tiempo que tardaremos en arribar a ella.

—Uno de nosotros — dijo el indio — podría intentar llegar a tierra esta misma noche.

—¿Cómo?

—A nado.

—En estas condiciones sería arriesgar la vida.

—Sin embargo, no es razón para no intentarlo.

En aquel momento la voz de Kalagani me sonó a falsa.

—¿Sería usted capaz de intentarlo? — preguntó el coronel.

—Sí, coronel, y creo que con éxito.

—Siendo así, nos haría usted un gran favor, y una vez en tierra le sería fácil llegar a Yubbulpore.

—Estoy dispuesto — dijo Kalagani.

El coronel, que no había quitado ojo al indio durante toda la conversación, en vez de darle las gracias, como esperábamos, llamó a Gumí.

—Tú eres un buen nadador Gumí — le dijo.

—Sí, mi coronel.

—Y podrías nadar perfectamente una milla en estas tranquilas aguas.

—Y hasta dos.

—Bien. Kalagani se ha ofrecido para ir nadando a tierra en busca de provisiones, y como dos hombres son mejores que uno y pueden ayudarse mutuamente, quiero que lo acompañes.

—Entendido, mi coronel.

—No necesito ayuda — dijo Kalagani —, pero si el coronel lo quiere, acepto a Gumí de compañero.

—Partid, pues, amigos míos, y que tengáis suerte.

El coronel se llevó a Gumí a un rincón y habló con él unas palabras, tras de lo cual, los dos indios se ataron los vestidos a la cabeza y se lanzaron a las aguas del lago, perdiéndose a poco en la niebla.

Entonces pregunté al coronel por qué había tenido tanto empeño en que fuese Gumí.

—Las respuestas de ese indio — respondió sir Munro — me han parecido poco francas.

—Yo he tenido la misma impresión — dije.

—La verdad, yo no he observado nada — comentó Banks.

—No tengas la menor duda de que al ofrecerse a ir a tierra tenía una segunda intención — insistió el coronel.

—¡Hum! — dijo Hod.

—Hasta ahora ese indio se ha portado muy bien, sobre todo contigo — dijo Banks a sir Munro —. ¿Hoy dices que nos traiciona? ¿Qué pruebas tienes?

—He podido observar — replicó el coronel — que mientras Kalagani hablaba, su piel se ponía negra, y cuando la piel de la gente cobriza se pone negra es que miente. He comprobado esto multitud de veces. Y tengo la convicción de que Kalagani no ha dicho la verdad.

—¿Pero qué proyectos puede tener? — pre-

Distracción



—¡Caramba! Acabo de afeitar a otro por segunda vez.

guntó Banks —. ¿Por qué iba a traicionarnos?

—Eso lo sabremos después — contestó el coronel —; a lo mejor cuando ya sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde, mi coronel — intervino Hod —. No creo que estemos perdidos.

—En todo caso — comentó Banks — has hecho bien en ordenar a Gumí que lo acompañe; su presencia puede sernos utilísima.

—Especialmente porque lo he prevenido para que no se fíe de Kalagani.

—Bueno — concluyó Banks —; ahora sólo nos queda esperar el día.

La noche era oscura, pero no había miedo a una tormenta, que hubiese sido fatal para nosotros y, al salir el sol, se disiparía la niebla. No cabía duda de que una ligera brisa nos empujaba hacia tierra, porque a eso de las dos de la mañana empezaron a oírse los rugidos de las fieras a una distancia, según Banks, de una milla. Pero algún tiempo después estos rugidos se oían más distintamente, y aun podía apreciarse la diferencia entre el rugido grave del tigre y el ronco himplar de la pantera.

—¡Qué ocasión para haber matado mi cincuenta! — exclamó el capitán.

—Otra vez será, amigo mío — comentó Banks —. Ahora lo que hay que pensar es que Gumí y Kalagani no hayan sido presa de esas fieras.

—No son los tigres lo peor que le puede suceder a Gumí — respondió pensativo el coronel.

Alrededor de las seis comenzó a soplar una brisa ligera que aumentó poco después, y la orilla sudeste del lago apareció a unos doscientos pasos de nosotros.

—¡Tierra! — gritó el capitán.

La orilla estaba desierta y conseguimos atracar con gran facilidad a una playa de arena.

—Lo primero es hacer provisión de leña — dijo Banks.

Sólo Kaluth se mantuvo al lado de la caldera, mientras los demás nos dedicábamos a recoger la leña.

Pensábamos cazar algo durante el camino y que nuestro cocinero lo guisase con un poco de lumbre que le facilitasen de la máquina.

Cuando la caldera estuvo en presión, Banks gritó:

—¡A Yubbolpore!

Pero antes de que el maquinista tuviese tiempo de poner en marcha el "Gigante de Acero", una multitud de unos ciento cincuenta indios salió del bosque cercano y en menos de lo que se cuenta, rodearon la Casa de Vapor y se apoderaron de nosotros, conduciéndonos a unos cincuenta pasos.

Después se lanzaron al asalto de nuestro tren al que saquearon e incendiaron en pocos minutos.

—¡Infames! ¡Canallas! — gritaba el capitán, al que apenas podían contener varios indios.

Luego le tocó el turno al "Gigante de Acero", que también hubiesen querido destruir; pero fueron impotentes para ello. Ni el hacha ni el fuego sirvieron para realizar tal infamia.

En aquel momento se presentó un indio que debía de ser el jefe, pues todos se inclinaron ante él. Este indio venía acompañado de otro que era Kalagani. A Gumí no se le veía por ningún lado.

Kalagani se acercó al coronel y con toda tranquilidad, dijo:

—Este es.

Varios indios se apoderaron del coronel y lo llevaron consigo, desapareciendo en dirección sur. Nosotros quisimos desasirnos de los brazos que nos sujetaban, pero fuimos lanzados a tierra, y si hubiésemos hecho cualquier movimiento más, nos habrían degollado.

—No ofrezcan resistencia — dijo Banks.

Pasados quince minutos, los indios nos soltaron y partieron en la misma dirección que los que habían conducido al coronel. Seguirlos representaba una imprudencia sin beneficio para nadie, pero todos íbamos a lanzarnos en aquella dirección, cuando Banks dijo con firmeza:

—¡Quieto todo el mundo!

La orden del ingeniero fué obedecida por todos. No cabía duda de que el coronel Munro, y sólo él, interesaba a los indios. Pero ¿por qué?...

...De pronto, el nombre de Nana Sahib surgió ante mí...

❦ ❦ ❦

Así concluye el relato escrito por Maucler, puesto que el francés no fué testigo de los acontecimientos posteriores, pero otros lo han presenciado y escrito, lo que sirve para completar la narración hecha por el viajero galo.

FRENTE A FRENTE

Los feroces *thugs* ya han desaparecido, afortunadamente, de la India, pero han sido reemplazados por los *dacoits*, que asesinan lo mismo que los otros, aunque con fines distintos.

Los *dacoits* organizan bandas que acogen a cuantos malhechores quieran unírseles, y es precisamente en el Bundelkund donde abundan. A veces, cuando se trata de atacar una aldea entera, forman partidas numerosas, y sus habitantes no tienen otro recurso que huir para no caer en las manos de tan feroces bandidos, en cuyas prácticas han revivido las de los quemadores del extremo occidente.

El coronel había caído en manos de una partida de *dacoits* conducida por Kalagani, quien se había portado como un traidor perfecto.

Cuando el 24 de mayo recibió en Bopal la orden de Nana Sahib, partió inmediatamente, alcanzando en Cawnpore a la Casa de Vapor, y desde entonces los siguió paso a paso sin dejarse ver y, cuando los viajeros se establecieron en el Himalaya, entró al servicio de Matías Van Guitt.

Kalagani tenía el presentimiento de que pronto se establecerían relaciones entre el naturalista y los viajeros, y su instinto no le engañó. También la suerte le fué propicia, y el mismo día en que se presentó ante el coronel, tuvo la fortuna de prestarle un gran servicio.

Nuestros lectores conocen cuánto sucedió después. Ahora sigamos con el relato.

Kalagani y su acompañante, después de nadar durante una hora, llegaron a orillas del lago Puturia y marcharon de común acuerdo durante tres horas camino de Yubbulpore, desconfiando el uno del otro. Gumí, que llevaba un puñal al cinto, no perdía de vista a Kalagani y estaba dispuesto a saltar sobre él a la menor sospecha.

Pero llegado el caso le fué imposible hacer lo que había pensado.

La noche era extraordinariamente obscura porque la niebla en tierra era mucho más intensa que en el lago.

De pronto, desde uno de los recodos del camino, llamaron a Kalagani.

—Soy yo, Nassim — respondió el indio.

En aquel momento resonó a la izquierda un grito extraño y muy conocido de Gumí. Era el *kisri*, el grito de guerra de las tribus feroces del Gundwana.

Matar a Kalagani hubiera significado tener que hacer frente a toda aquella tribu, que obedeciendo al grito iba a reunirse. Por eso, Gumí decidió huir y tratar de llegar al lago, para advertir a los ocupantes de la Casa de Vapor que ésta no debía atracar.

Cuando Kalagani volvió con Nassim y no encontró a Gumí, se ordenó a los *dacoits* que diesen una batida por los alrededores, pero ésta resultó infructuosa.

Pero después de todo, ¿qué podía temerse de aquel indio, solo y sin recursos, que se encontraba a más de tres horas del lago?

Kalágani decidió, pues, abandonar sus pesquisas.

Pero ¿cómo habían sido advertidos los *dacoits* de su llegada? ¿De qué modo pudieron ser avisados?

El enlace se realizó por medio de aquel indio que marchaba con la caravana de *bañaras* y que no era otro que Nassim, quien transmitió el mensaje de Kalagani al jefe supremo de toda aquella conspiración.

Por eso cuando el coronel y sus amigos desembarcaron, pudieron ser apresados por los indios.

Pero los *dacoits* sólo querían prender a sir Edward Munro y no se preocupaban gran cosa de sus compañeros de viaje, abandonados en un país deconocido y con su casa destrozada.

El coronel se dejaba conducir y, en medio de aquella comprometida situación, no había perdido la serenidad. No se había dado cuenta de la presencia de Kalagani, o al menos así lo había aparentado.

Al cabo de un cuarto de hora de camino atravesaban un angosto desfiladero que forma el límite del valle del Nerbudda, a 350 kilómetros del *pal* de Tandit

En uno de los contrafuertes de aquel desfiladero se alzaba la fortaleza de Ripore, abandonada hacía mucho tiempo en vista de la dificultad que ofrecía su abastecimiento en cuanto había un pequeño número de enemigos en los desfiladeros del oeste.

A este lugar fué conducido el coronel Munro.

¿Ante qué enemigos iba a encontrarse?

Al llegar, vió un grupo de indios en la explanada, al que se dirigió Kalagani, mientras los *dacoits* tomaban posiciones en el parapeto. Figuraba al frente de dicho grupo un indio sencillamente vestido. Kalagani se inclinó ante él y besó su mano.

El jefe, después de dar a entender con un gesto que estaba satisfecho de los servicios de Kalagani, se dirigió hacia el coronel andando despacio, pero con un brillo especial en sus ojos que denunciaba la cólera contenida. Parecía una fiera acercándose poco a poco a su presa.

El coronel lo dejaba acercarse sin dar un solo paso atrás y mirándole con igual fijeza. Cuando estuvo cerca, dijo con desprecio:

—¡Balao-Rao!

—Mírame mejor — le contestó el indio.

—¡Nana Sahib! — exclamó el coronel retrocediendo, pese a su dominio sobre sí —. ¡Nana Sahib, vivo!

En efecto, era el nabab. Nana Sahib vivía; el que había muerto en el encuentro con los soldados ingleses fué Balao-Rao. El parecido entre los dos hermanos, ambos con un dedo de

menos y picados de viruela, confundió a los soldados.

El nabab explotó aquella noticia, y dejando de lado por el momento sus proyectos de insurrección general, se dedicó con ahinco a su venganza privada.

Abandonó su refugio del *pal* de Tandit, que ya no ofrecía seguridades, y llegó por el valle del Nerbudda hasta los Vindhyas, instalándose con un grupo de indios adictos a los que no tardó en unirse una partida de *dacoits*, en la fortaleza de Ripore.

Durante cuatro meses, Nana Sahib estuvo esperando. Sólo le preocupaba el que la noticia de su muerte hubiese llegado a Kalagani y que el indio abandonase la empresa. Por eso envió a Nassim para que se pusiese en contacto con él.

Todo había salido bien y los dos hombres estaban frente a frente.

Así permanecieron durante unos minutos, pero de pronto la imagen de lady Munro pasó ante los ojos del coronel quien no pudo contenerse y se lanzó sobre Nana Sahib, el cual se contentó con dar dos o tres pasos atrás mientras tres indios se lanzaban sobre sir Munro reduciéndolo a la impotencia.

Con un gran esfuerzo, el coronel logró calmarse, y comprendiéndolo así el nabab, hizo seña a los indios de que lo soltasen.

—Munro — empezó diciendo Nana Sahib —: los tuyos han atado a la boca de los cañones a los ciento veinte prisioneros de Peschawar, han degollado bárbaramente a los fugitivos de Lahore, y en Delhi a tres príncipes y veintinueve miembros de la familia real. En Luknow, más mil de los nuestros murieron después de la batalla de Pendjab. Un total de ciento veinte oficiales y más de 200.000 indígenas pagaron con su vida el haberse alzado por la independencia de su patria.

—¡La muerte! ¡La muerte! — gritaron los indios; pero el nabab con un gesto les ordenó callar.

El coronel guardó silencio.

—Tú mismo — continuó el nabab — has dado muerte por tu mano a la *rani* de Yansi, mi fiel compañera, que aun no ha sido vengada.

El coronel siguió callado.

—Por último, hace cuatro meses — prosiguió Dandu Pant —, mi hermano Balao-Raó ha caído bajo el impulso de balas inglesas. El tampoco ha sido vengado.

—¡Que muera! ¡Que muera! — gritaron los indios, y los gritos fueron esta vez más numerosos que la anterior.

—¡Silencio! — ordenó el Nabab.

Todos callaron.

—Uno de tus ascendientes — agregó dirigiéndose al coronel — fué el primero que tuvo la ocurrencia de aplicar ese suplicio que tanto habéis usado después de 1857. Fué él quien primero ató a la boca de los cañones a nuestros padres y hermanos. Pues, bien. Tú morirás como murieron los nuestros.

Después le preguntó:

—¿Ves ese cañón? Serás atado a su boca. El cañón está cargado, y mañana cuando salga el sol, su detonación, al retumbar por los montes y gargantas de los Vindhyas, anunciará al mundo que la venganza de Nana Sahib ha sido cumplida.

Tranquilamente, con una serenidad magnífica, el coronel miró al nabab y le dijo:

—Me parece bien. Harás lo mismo que yo hubiese hecho.

Y se dirigió por su propia voluntad hasta la boca del cañón a la cual fué atado.

Toda aquella tropa de *dacoits* y de indios se dedicó a insultarle durante una hora; y el espectáculo aquel recordaba al que organizan los sioux de la América del Norte cuando dan vueltas en torno a un prisionero atado al poste del suplicio. El coronel soportó los ultrajes con gesto impasible. Al cabo de una hora, el nabab, Kalagani y Nassim se retiraron al viejo cuartel, y su gente, cansada por aquella dura jornada, no tardó en seguirlos.

Sir Edward Munro quedó solo frente a su destino.

ATADO A LA BOCA DEL CAÑON

El silencio no duró mucho. Bien pronto los indios, excitados por el *arak*, un fuerte licor que bebían sin moderación, prorrumpieron en gritos y exclamaciones.

El coronel se preguntaba si iban a dejarlo solo toda la noche, cuando vió a un indio que salía del cuartel y marchaba hacia donde se encontraba prisionero. Debía tener, sin duda, la misión de vigilarle. Examinó el cañón, comprobó el estado de las cuerdas y dijo como hablando consigo mismo:

—Está cargado con diez libras de buena pólvora. Hace mucho tiempo que el viejo cañón de Ripore no ha hablado, pero hablará mañana.

A lo que el coronel respondió con una risa de desprecio.

El indio se dirigió a la culata del cañón, la examinó y apoyándose en ella se puso a tararear una vieja canción de Gundwana. Pero, a veces, se detenía como no recordando las palabras. Debía estar borracho. Volvió a la parte anterior del cañón y pronunció ante el coronel una serie de palabras incoherentes, tras de lo cual se recostó en el parapeto, a unos diez pasos de distancia.

Un cuarto de hora estuvo tratando de luchar con el sueño, pero, al fin, cayó vencido.

Durante todo aquella noche, ni por un solo momento pensó sir Edward Munro en lo que le aguardaba. Su fin próximo no era capaz de hacer flaquear su ánimo. Pensaba en toda su vida. El recuerdo de lady Munro no se apartaba un solo momento de su imaginación. La veía cuando era todavía una muchacha, allá en Cawnpore, y, después, durante sus años de felicidad, bruscamente interrumpidos por la horrible tragedia.

Embebido en sus recuerdos, el coronel no se dió cuenta de que había pasado ya media noche. En aquellas tres horas, él vivió tres años, con tal fuerza, que llegó a parecerle que sus recuerdos eran realidad.

Volvió a pensar en el crimen horrendo de Cawnpore, y evocó minuto a minuto la lenta agonía de lady Munro y de su madre, desde el momento en que tuvo que separarse de ellas para cumplir su deber de soldado. Todo esto trajo a su memoria la imagen odiada de Nana Sahib, su carcelero y su verdugo. Loco de furor, hizo un desesperado esfuerzo para romper las ligaduras, con lo que sólo consiguió apretarlas más.

Entonces lanzó un grito, no de dolor, sino de rabia, el que tuvo la virtud de despertar a su centinela, que acordándose de la misión que se le había encomendado se levantó, y con paso vacilante, dirigiéndose hacia donde estaba el coronel, le puso una mano en el hombro, como para asegurarse de su presencia, mientras murmuraba:

—Mañana al amanecer...

Tras de lo cual volvió a ocupar su puesto en el parapeto y a quedarse dormido.

Este incidente cambió el curso de los pensamientos del coronel, quien se acordaba ahora de sus compañeros. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Estarían en manos de otra partida de *dacoits*? Esto no le parecía probable, pues si Nana Sahib hubiese querido matarlos estarían allí con él. Si habían quedado en libertad, lo que tampoco le parecía probable, se habrían dirigido a Yubbulpore a bordo del "Gigante de Acero", que no pudo ser destruído. La distancia no era mucha y el "Gigante" tenía buen andar. Pero, aun suponiendo que las cosas hubiesen sucedido así, ¿cómo adivinar que el coronel se encontraba en aquella inaccesible fortaleza de Ripore? ¿Cómo podían pensar en Nana Sahib, que para ellos estaba muerto?

Tampoco era lógico contar con la posible ayuda de Gumí, a quien probablemente Kalagani habría eliminado.

No quedaba, pues, ninguna probabilidad de salvación, y sir Munro volvió a evocar los días felices de su existencia.

El coronel no pudo nunca calcular las horas que transcurrieron mientras estaba sumido en sus meditaciones.

De pronto comprendió que no estaba solo en la explanada de Ripore. Una luz acababa de aparecer en el sendero que conducía a la poterna de la fortaleza. Aquello despertó algo sus dormidas esperanzas, y no apartaba sus ojos de aquella luz, un poco vacilante, que iba y venía, y de la que se desprendía un vapor fuliginoso, por lo que dedujo que no podía estar encerrada en un fanal.

—¿Será alguno de mis amigos? — pensó —. ¿Gumí, quizá? No; no vendría con esa luz para descubrirse.

La luz se iba acercando poco a poco y recorría el parapeto, dando la impresión de un fuego de San Telmo en las noches de tempestad. El coronel temía que pudiese ser vista por los indios. Ahora, al lado de la luz, se distinguía ya una sombra.

Luz y sombra se acercaban al prisionero, quien pudo ver perfectamente a una persona de mediana estatura envuelta en una larga túnica.

—Debe ser algún loco que tendrá la costumbre de andar por estos sitios. Pero si en vez de una llama trajese un puñal — pensó el coronel.

Sir Munro no se engañaba. Se trataba, en efecto, de la Llama Errante, cuya participación en los acontecimientos del *pal* de Tandit nadie conocía, y que continuaba vagando por todas aquellas regiones en medio del respeto supersticioso de los *gunds*. Varias veces había pasado la noche en Ripore, donde nadie le hacía caso.

La Llama Errante se acercaba al cañón. El coronel no se atrevía ni a respirar para no asustar a la extraña aparición. La loca llegó hasta el cañón y dió la vuelta en torno a él. ¿Sabría para qué servía aquel aparato, y por qué un hombre estaba atado a su boca?

La loca se dirigió hacia el parapeto y comenzó a andar, probablemente con intención de llegar a la poterna, pero a los pocos pasos volvió como si la atrajese una fuerza invisible y se colocó ante el coronel. La Llama Errante se acercó al prisionero y levantó la tea como para verlo mejor. El coronel pudo advertir que, a través de los agujeros de su cogu-

Juguete perfecto



—¡Atención! ¡Altoooo!

Económico



—Las colas las embalsamaban a menor precio.

lla, los ojos de aquella infeliz brillaban como la llama.

Luego con un movimiento brusco descubrió su rostro.

El coronel creyó que el corazón iba a salírsele del pecho.

—¡Lorenza! ¡Lorenza! —gritó.

Se creía loco él también. ¿Era aquello una aparición o una realidad? Porque frente a él, con una tea en la mano y envuelta en una extraña túnica, estaba lady Munro.

—¿Tú...? ¿Pero eres tú?... —repitió.

Lady Munro no le respondió; no lo había reconocido, y hasta era casi seguro que no le oía.

—¡Ella, Dios mío! ¡Loca! ¡Loca, sí..., pero viva!

Sir Edward Munro no se había engañado. La que tenía delante de sus ojos, desfigurada por los sufrimientos pero aun bella, era su mujer.

Lady Munro se había salvado milagrosamente de caer asesinada en la prisión de Bibí-Ghar. Cuando vió degollar a su madre cayó desmayada, y como estaba herida la creyeron muerta y fué precipitada entre las últimas al pozo de Cawnpore. El instinto de conservación, y sólo el instinto, porque la razón ya la tenía perdida, le hizo salir del pozo y andar vagando por los alrededores hasta abandonar la ciudad al mismo tiempo que las tropas del nabab, pero por otra puerta. Como una loca, empezó a andar por los campos, huyendo de las ciudades y amparada por los campesinos que respetan mucho la locura. Durante nueve años había deambulado sin cesar de un lado para otro.

Sir Munro volvió a llamarla, pero la loca no respondió.

En aquellos momentos, el coronel lo hubiese dado todo por poder estrecharla entre sus brazos y llevársela de allí para devolverle la razón a fuerza de cuidados y cariños. Aquel sí que era un suplicio con el que no había contado el nabab. ¡Ah! Si él lo hubiera sabido ¡cómo hubiese gozado con su martirio!

—¡Lorenza! ¡Lorenza! —repetía el coronel en voz alta, sin preocuparle que podía despertar al indio que dormía a pocos pasos de allí.

Ella le miraba con ojos extraños, sin comprender nada, ajena en absoluto al sufrimiento espantoso de aquel hombre. De pronto dejó caer el velo sobre su cara y retrocedió un paso. El coronel creyó que iba a huir.

—Lorenza! —gritó por última vez.

Pero no, la Llama Errante no pensaba abandonar la explanada de Ripore, y la situación iba a tornarse difícil.

El cañón, que probablemente despertaba en ella vagos recuerdos de Cawnpore, la atraía, y se puso a dar vueltas en torno a él, con la llama en alto. Una chispa que cayese de la tea hubiese bastado para dispararlo. El coronel no podía sufrir la idea de que iba a morir por causa de aquella mano.

Estaba ya decidido a gritar y despertar a sus guardianes, cuando del interior del cañón salió una mano que apretó las suyas. No cabía duda, era la presión de una mano amiga. Bien pronto sintió el frío de la hoja de un cuchillo que comenzaba a cortar sus ligaduras, y un segundo después estaba libre.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dar un grito. Miró al cañón; una mano salió de su boca. El coronel la tomó y tiró hacia sí. Poco después, con un supremo esfuerzo, un hombre salía del cañón y caía a sus pies. Era Gumí.

El indio fiel, tras de lograr salvarse de Kalagani, había decidido seguir el camino de Yubbulpore, para pedir auxilio, pero al llegar al sendero que conducía a Ripore, tuvo que esconderse para no ser visto por un grupo de *dacoits* que estaban parados allí. Acercándose con cuidado pudo oír su conversación y enterarse de que proyectaban llevar al coronel a Ripore, donde se encontraba Nana Sahib. El valiente Gumí no vaciló un momento, y se encaminó a la fortaleza de Ripore. Cuando llegó a la explanada no había nadie y decidió esconderse en la boca del cañón para libertar al coronel si las circunstancias lo permitían, o morir al mismo tiempo que él en caso contrario.

—Va a salir el sol, hay que huir —dijo Gumí.

—¿Y lady Munro? —preguntó el coronel señalando a la Llama Errante.

—La llevaremos en brazos —respondió el indio.

Cuando se acercaron a ella, la pobre loca se agarró al cañón negándose a partir. La antorcha cayó sobre el cebo y una enorme detonación, resonando por las gargantas de la cordillera, se extendió hasta el valle que se abre a sus pies.

LA MUERTE DEL GIGANTE DE ACERO

La detonación había desmayado a lady Munro, quien cayó en brazos de su marido.

El coronel echó a correr por la explanada en dirección a la poterna seguido de Gumí, que había dado muerte al centinela, despertado por la detonación.

Al llegar al sendero, la tropa de Nana Sahib había ya invadido la explanada.

El nabab no estaba entre ellos, pues saliera aquella noche para entrevistarse con un jefe de tribu.

Entre Kalagani y los demás se originó un momento de confusión. No sabían lo que había ocurrido, y el cadáver del centinela no podía orientarlos. Creyeron al principio que el cañón se había disparado por una causa cualquiera y que el coronel había volado hecho pedazos. Esto los llenó de rabia, pensando que ninguno había podido asistir a su suplicio. Pero el nabab no estaba lejos, y al oír la detonación volvería a toda prisa.

Esta vacilación favoreció a los fugitivos, quienes, a los cinco minutos de haber atravesado la poterna, estaban ya a mitad del sendero.

Pero empezaba a dibujarse la claridad en el cielo y bien pronto los gritos de Kalagani resonaron sobre sus cabezas.

—¡Munro! ¡Es Munro! —rugía ciego de rabia.

Kalagani seguido de su tropa se lanzó en persecución de los que huían.

—Nos han visto —dijo el coronel.

—Yo me quedo para detener a los primeros. Me matarán, pero quizá usted pueda llegar a la carretera —dijo Gumí.

—O nos matan a los dos, o los dos nos salvamos —declaró el coronel.

La parte inferior del sendero era menos áspera y podían correr por ella. Pronto llegarían a la carretera por donde la huída era más fácil, aunque también lo era la persecución.

El coronel tomó la resolución de matar a su esposa y suicidarse con el puñal de Gumí antes que caer en manos de aquellos asesinos.

Tenían cinco minutos de ventaja y quizá llegasen al camino de Yubbulpore.

—¡Adelante! —gritaba Gumí—. Antes de cinco minutos llegaremos al camino real.

—¡Quiera Dios que allí encontremos ayuda! —exclamó el coronel.

Los gritos de los indios se oían cada vez más cerca, y en el momento en que los fugitivos llegaban al camino se encontraron con hombres que con paso rápido se encaminaban al sendero.

Había ya bastante claridad para distinguir los objetos y las personas, y dos gritos resonaron a la vez:

—¡Munro!

—¡Nana Sahib!

El nabab, al oír la detonación, había tomado rápidamente el camino de la fortaleza. Venía acompañado por un indio; pero antes de que éste pudiera moverse, el puñal de Gumí lo había tendido a sus pies.

—¡A mí! —gritó el nabab dirigiéndose a la tropa que bajaba por el sendero.

—¡A ti! —le respondió Gumí lanzándose sobre él; pero la mano del nabab lo detuvo y el puñal cayó al suelo.

Furioso el indio al verse desarmado, agarró a Nana Sahib por la cintura y lo arrastró consigo, decidido a lanzarse con él por el primer precipicio, mientras Kalagani y sus hombres iban ganando terreno.

—¡Huya usted mi amo! —gritaba Gumí—. Yo puedo detenerlos por algún tiempo, escudándome en el cuerpo del nabab.

Tres minutos escasos separaban a perseguidos y perseguidores, cuando veinte pasos hacia adelante se oyeron varios gritos:

—¡Munro! ¡Munro!

Por el camino de Ripore aparecieron Banks, el capitán, Maucler, el sargento, Fox y Parazard, mientras que en la carretera estaba el "Gigante de Acero" con Storr y Kaluth.

Los compañeros del coronel habían tomado el camino de Yubbulpore, pero al llegar frente al sendero que conduce a la fortaleza oyeron una detonación. Sin poder decir por qué aquello les había chocado, y un certero presentimiento les impulsó a lanzarse por él.

A los pocos momentos el coronel estaba con ellos.

—¡Salvad a lady Munro! —les dijo—. Aquí tenemos al verdadero Nana Sahib.

Hod y Mac Neil se apoderaron del nabab y todos subieron en seguida al "Gigante de Acero" sin entretenerse en explicaciones.

El nabab fué atado al cuello del "Gigante", pues el coronel quería entregarlo a las autoridades, y lady Munro acomodada en la torrecilla al lado de su marido, que espiaba con emoción todos sus gestos, pues comenzaba a volver en sí.

—¡A toda máquina! —gritó Banks.

Era ya pleno día, y la cuestión estaba en llegar al destacamento militar situado a la entrada de Yubbulpore. El "Gigante" tenía provisiones de sobra, pero, por aquellos caminos, no se lo podía lanzar a ciegas.

Los aullidos de los indios eran cada vez más fuertes, y la tropa mandada por Kalagani se aproximaba.

—Habrá que defenderse —dijo el sargento.

—Nos defenderemos —respondió Hod.

La guarnición del "Gigante de Acero" sólo tenía doce cartuchos. El capitán y su asistente se apostaron en la grupa, detrás de la torrecilla; Gumí en la parte anterior, con el fusil dispuesto para tirar en sentido oblicuo,

Mac Neil, con el revólver en una mano y un puñal en la otra, al lado del nabab, para darle muerte antes de que los indios llegasen hasta él. Kaluth y Parazard cargaban el fogón de combustible mientras Banks y Storr dirigían la marcha.

A los diez minutos, los indios sólo se encontraban a doscientos pasos. Indudablemente marchaban más de prisa que el "Gigante", pero éste tenía más resistencia.

Se oyó una docena de explosiones, y las balas pasaron por encima del "Gigante", excepto una que se clavó en la trompa.

—¡Que nadie dispare, todavía! —ordenó el capitán—. Hay que ahorrar las balas y aun están muy lejos.

En aquel instante desembocaron en una recta del camino. Banks abrió el regulador y, en pocos momentos, los indios quedaron varios centenares de metros atrás.

—¡Viva el "Gigante"! — gritó alborozado Hod—. ¡No lo tendréis!

Pero al final de la recta había un desfiladero y una áspera pendiente. Los indios sabían eso muy bien y no abandonaron la persecución.

En efecto, al llegar a la cuesta, Bauks tuvo que disminuir la velocidad, y los perseguidores ganaron todo el terreno perdido y pronto sonaron nuevos disparos.

—La cosa se pone seria —dijo el capitán, mientras apuntaba—. ¡Atención!

Gumí y el capitán dispararon al mismo tiempo, y dos indios mordieron el polvo.

—¡Dos menos! —exclamó Gumí mientras cargaba de nuevo su fusil.

—Dos por ciento es poco; hay que hacer más bajas —dijo Hod.

Entonces dispararon de nuevo. También lo hizo Fox, y cayeron tres indios más.

El "Gigante de Acero" seguía marchando despacio, pero sólo faltaba media milla para pasar la última garganta de los Vindhyas y desembocar a unos cien pasos del puesto de tropa situado en las cercanías de Yubbulpore.

Mas los perseguidores no eran gente que se arredrase por el fuego con tal de poder salvar a Nana Sahib, y Kalagani sabía que los fugitivos no andaban muy sobrados de municiones. A pesar de ello se oyeron cuatro detonaciones más y cayeron cuatro indios.

Cuando sólo le quedaban dos cartuchos al capitán y a Fox, Kalagani, que hasta entonces había permanecido en la retaguardia, se adelantó.

—¡Vil traidor, ya eres mío! —exclamó el capitán a la vez que le apuntaba.

La bala le dió en mitad de la frente. Las manos del indio se agitaron un momento en el aire y tras de dar media vuelta, cayó.

En seguida doblaron un recodo, y el extremo del desfiladero se presentó ante su vista. Banks aceleró la máquina cuanto pudo y el último disparo de Fox acabó con otro de los indios, pero éstos se dieron cuenta de que ya no disparaban desde el "Gigante" y se lanzaron al asalto del mismo.

—¡Saltemos a tierra! —gritó Banks.

Sin duda era lo mejor. Así tratarían de ganar corriendo el cercano puesto de tropa.

Todos saltaron inmediatamente a tierra, sólo Banks estaba aún en la torrecilla.

—¿Y ese criminal? —preguntó Hod refiriéndose a Nana Sahib.

—Corre de mi cuenta —respondió Banks, y tras de dar una vuelta al regulador se unió a sus compañeros.

Echaron a correr, puñal en mano, dispuestos a luchar hasta el último instante. El "Gigante" seguía también avanzando, pero como carecía de dirección fué a chocar contra las rocas que había a la izquierda del camino y quedó atravesado en mitad de la carretera, cerrando el paso.

Los fugitivos se encontraban ya a treinta pasos cuando los indios se lanzaron sobre el "Gigante", impulsados por el deseo de salvar al nabab.

Una espantosa detonación conmovió la atmósfera. El ingeniero había cerrado las válvulas de escape y, cuando la presión del vapor llegó a un punto determinado, estalló la caldera esparciendo por todos lados los restos del "Gigante".

—Este fiel animal ha muerto para salvarnos —comentó el capitán.

EL CINCUENTA DEL CAPITAN

La explosión fué oída en el puesto de tropa, y un destacamento de soldados salió a la carretera.

El coronel y sus amigos estaban salvados. Sir Edward Munro dió a conocer su identidad, y media hora más tarde los viajeros habían llegado a la estación, donde pudieron reponerse de todas las fatigas pasadas.

Lady Munro fué conducida a una fonda, en espera de poder llevarla a Bombay, donde el coronel pensaba ponerla en curación. Ni él ni ninguno de sus amigos habían perdido la esperanza de que aquélla recobrase el uso de sus facultades mentales.

En el primer tren se dirigirían a Bombay, conducidos por una máquina vulgar en vez del infatigable "Gigante de Acero".

Pero el "Gigante" no sería olvidado. Particularmente, él capitán, su más grande admirador, y Banks, que lo había creado, recordarán con pena el momento en que saltó hecho pedazos.

Antes de partir, Banks, Hod, Maucler, Fox y Gumí hicieron una excursión para contemplar sus restos, acompañados por una patrulla de soldados, aunque en realidad ya no había peligro alguno.

Cinco o seis cadáveres yacían mutilados por el suelo. En cambio, del resto de la banda no quedaban ni vestigios. Probablemente se habría dispersado por el valle del Nerbudda.

El "Gigante de Acero" había quedado destruído por completo. Una de sus patas fué lanzada a gran distancia por la explosión, y parte de la trompa se había clavado en el talud de la carretera.

De aquel elefante artificial, soñado por la imaginación fantástica del *rayda* de Bután y que Banks había realizado, sólo quedaban unos restos informes.

—¡Pobre animal! —exclamó el capitán contemplando con pena sus restos.

—Aun puede hacerse otro más poderoso todavía —dijo el ingeniero.

—Sí, Banks, pero no será él.

Tras estas reflexiones, los viajeros se dedicaron a buscar los restos del nabab para tener una prueba irrefutable de su muerte. Si el rostro había sido desfigurado, tratarían de hallar la mano mutilada que ahora no podía ya confundirse con la de Balao-Rao.

Pero nada encontraron. Lo único era pensar que su gente se había llevado todos sus restos para guardarlos como reliquias, pues no cabía suponer que hubiese sobrevivido a la explosión.

Mas la falta de una prueba fehaciente de su muerte haría que ésta no fuese creída por las poblaciones fanáticas de la India central, para las cuales Nana Sahib continuaría viviendo hasta que hiciesen de él un dios.

El capitán recogió un trozo de uno de los colmillos del "Gigante de Acero", que habría de conservar toda su vida como recuerdo.

Estrategia



—Papá, si tuviera veinte centavos te invitaría a tomar un refresco de soda.

Al día siguiente de estos sucesos, partieron de la estación de Yubbulpore en un carruaje puesto a sus órdenes. Veinticuatro horas más tarde atravesaban los Gates occidentales y, tras de algunas horas más de tren, llegaban a la isla de Bombay, que con las de Salceta y el Elefante da lugar a la espléndida rada de su nombre, sobre la que se levanta la capital de la presidencia.

El coronel permaneció poco tiempo en la ciudad, pues los médicos le aconsejaron que trasladase a su esposa a un chalet de los alrededores, con la esperanza de que la tranquilidad y los cuidados le devolviesen la razón.

Pasó un mes. Ninguno de los amigos del coronel había partido, porque todos deseaban estar presentes en el feliz momento en que lady Munro volviese a la vida consciente.

Indudablemente, la enferma mejoraba poco a poco; su notable inteligencia comenzaba a funcionar de nuevo, y el recuerdo de la Llama Errante se desvanecía cada vez más.

Uno de los días en que el coronel la llamaba, tratando de despertar su memoria, lady Munro reconoció a su marido y se lanzó a sus brazos.

A la semana de este feliz acontecimiento, todos los huéspedes de la Casa de Vapor estaban reunidos en el *bungalow* de Calcuta.

A partir de entonces, una vida muy diferente iba a comenzar para cada uno de ellos. Banks pensaba pasar allí sus días de descanso, y el capitán el resto de su licencia.

Cuando llegó el momento en que Maucler debía regresar a Europa, Hod tuvo que incorporarse a su regimiento de guarnición en Madrás.

—Hasta la vista, capitán —le dijo Munro—, y me cabe la alegría de que no lleve usted ningún mal recuerdo de nuestro viaje, si se exceptúa el no haber podido matar su cincuenta.

—¡Caramba, mi coronel! ¿Ha olvidado usted que lo maté?

—¿Dónde y cuándo?

—No hay duda alguna, cuarenta y nueve tigres y Kalagani hacen un total de cincuenta tigres.

★★★ FIN DE "LA CASA DE VAPOR" ★★★



Problemas de ingenio, de lógico, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

TEMPESTAD EN UNA BOTELLA

Una botella grande, de leche, se llena de agua hasta la mitad y se tapa con un corcho. En éste, por su parte inferior, se ha clavado la extremidad de un alambre o de una aguja de tejer, que se hundirá en el agua hasta llegar cerca del fondo de la botella.

Se prepara un tapón circular que se convierte en una especie de anillo, practicando una abertura circular bastante amplia.

Al poner dentro de la botella el alambre o la aguja de tejer, se coloca de modo que uno u otra pasen por el agujero circular del tapón, el cual flotará en el agua.

Se plantea entonces la siguiente pregunta ¿Cómo puede hacerse salir del alambre o aguja el tapón que flota sin destapar ni invertir la botella? Para conseguirlo, bastará hacer girar ésta fuertemente, en forma que describa cuatro o cinco círculos sobre la mesa; y luego se abandona a sí misma. Y se comprobará que por efectos de la fuerza centrífuga, el nivel del líquido deja de ser horizontal y afecta la forma de un cono, cuyo vértice se halla cerca del fondo del recipiente.

El corcho flotante desciende con el agua a lo largo del alambre o aguja y abandona la fina varilla que le atravesaba por el centro.

PROBLEMA DE: PALABRAS CRUZADAS



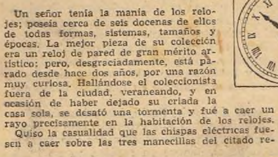
HORIZONTALES

1. Especie de cerveza fabricada en Inglaterra.
3. Pedazos de madera cortos y huecos.
7. Sujete, amarre.
8. Instrumento de acero templado, cubierto de estrías, que sirve para gastar o alisar los metales, la madera, etc.
9. Contracción.
11. Materia nitrogenada de carácter básico, que existe en la carne.
12. Materia colorante del añil.
13. Arca grande.
14. Iniciales del nombre y apellido de un patriota cubano nacido en 1848 y muerto en el combate de Punta la Brava, en 1896.
15. Tener cariño, estimar, apreciar.
16. Ser supremo, creador del universo.
17. Símbolo químico.
18. Planta crucífera olorosa.
19. Igualdad de nivel de las cosas.
20. Nombre de una consonante.
21. Natural de Alaró, villa de la provincia de Baleares.
22. Trasladarse de un lugar a otro.
23. Aspecto de la atmósfera.
25. Afirmación.
26. Aleación de cobre y cinc.
27. Iniciales del nombre y apellido de un político e historiador francés (1797-1877).
28. Nota musical.
29. Conjunto de las células nerviosas, con sus prolongaciones protoplasmáticas y sus cilindroejes.
31. Atavíos, adornos.
33. De otro modo, por otro nombre.
34. Mantos largos, sueltos y sin mangas.
35. Ese.
36. Habitar en un lugar.

VERTICALES

1. Que niegan la existencia de Dios.
2. Recorra con la vista un escrito o impreso.
3. Tinaja, vasija grande de barro.
4. Dueña y señora de casa.
5. ¡Quiá!
6. Pez malocopterigio abdominal, extranjero.
7. Armas que sirven para disparar flechas.
8. Oblicuo, atravesado.
10. Parte superior de la tráquea.
11. Producir algo.
12. Cantón del Salvador en el distrito y departamento de San Vicente.
13. Nombre de mujer.
15. Amusgar, echar hacia atrás las orejas un animal con intención hostil.
17. Emperador romano hijo de Domiciano y Agripina.
18. Contracción.
20. Ave acuática palmípeda, lamelirrostra (plural).
21. Iniciales del nombre y apellido de un poeta y orador cubano, autor de "El negro Francisco".
23. Inga, planta leguminosa.
24. Prefijo privativo que indica privación, supresión, mezcla, posición interior o superior.
26. Nombre de varón.
27. Género de moluscos marinos que habitan en el Océano Indico.
28. Signo matemático.
30. Nombre de una consonante.
31. Río de Suiza que nace en el Grimsel.
32. Voz de verbo.
34. Preposición inseparable que significa con.

PROBLEMA: EL RELOJ



Un señor tenía la manía de los relojes; poseía cerca de seis docenas de ellos de todas formas, sistemas, tamaños y épocas. La mejor pieza de su colección era un reloj de pared de gran mérito artístico: pero, desgraciadamente, está parado desde hace dos años, por una razón muy curiosa. Hallándose el coleccionista fuera de la ciudad, veraneando, y en ocasión de haber dejado su criada la casa sola, se desató una tormenta y fué a caer un rayo precisamente en la habitación de los relojes.

Quiso la casualidad que las chispas eléctricas fuesen a caer sobre las tres manecillas del citado reloj, soldándolas en una sola pieza. Lo más curioso es que aunque unidas entre sí en la misma posición que ocupaban al caer el rayo, las tres agujas pueden girar reunidas en torno del eje.

Cuando volvió el dueño de casa y se enteró de lo ocurrido, tuvo el capricho de conocer la hora exacta en que había caído el rayo. Parecía natural que el reloj la señalase, pero la criada tuvo la ocurrencia de hacer dar vueltas al conjunto de las tres agujas y no recordaba cómo señalaban cuando ella las encontró soldadas.

Alguien insiste, sin embargo, que por la posición que guardan las manecillas, todavía puede averiguarse la hora. ¿Cómo podrá hacerse?

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

De los **"DOS PROBLEMAS PARA RESOLVER EN DIEZ SEGUNDOS"**

DE ESPOSAS Y MARIDOS: La mujer de Mario, es Delia; la de Luis, es Alicia y la de Roberto, es Laura.

DE LA ARDILLA: La ardilla demoró cinco días para salir del pozo.

Del problema: **"LA CASA DESHABITADA"**

La casa deshabitada es la número 5. La número 1, recibió dos cartas; la número 2, una; la número 3, cuatro; la número 4, tres; la número 6, cinco; la número 7, ocho; la número 8, siete y la número 9, seis.

Del problema: **"UN DOMINO DIABOLICO"**

Las líneas diagonales indican cómo hay que hacer los pliegues para que el número de fichas disminuya en la forma dada.



De la **"FRASE HECHA"**

de Pe a Pa

De los **"JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"**

SOBREPELLIZ

CORRETAJE

MILITARIZADO

De **"AMBIDEXTRO"**

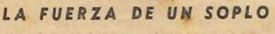
Dábale arroz a la zorra el abad.

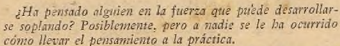
LA FUERZA DE UN SOPLO



¿Ha pensado alguien en la fuerza que puede desarrollarse soplando? Posiblemente, pero a nadie se le ha ocurrido cómo llevar el pensamiento a la práctica.

Los niños preparan unas bolsas de papel que llenan de aire, haciéndolas estallar luego con gran ruido. Ampliando este procedimiento, que les sirve para divertirse a los niños, podemos obtener una comprobación de la fuerza de nuestros pulmones.





Se hace una bolsa de papel resistente, larga y estrecha. Colocada sobre el borde de una mesa – dejando la parte abierta de la bolsa frente a quien va a realizar el experimento –, se ponen, encima de la parte cerrada, libros voluminosos. Ahora bien, soplando la bolsa de papel veremos cómo ésta se hincha, y los libros, que representan un peso no despreciable, caerán con toda facilidad.